

CUENTOS POPULARES GRIEGOS



CUENTOS POPULARES GRIEGOS

CUENTOS POPULARES GRIEGOS

PUBLICADOS POR

JEAN PIO,

PROFESOR DE LA UNIVERSIDAD DE COPENHAGUE

Y TRADUCIDOS

POR

D. Ramón Manuel Garriga,

CATEDRÁTICO DE LA DE BARCELONA

*

Reedición y texto introductorio de
Panagiota Papadopoulou

Granada 2017

CENTRO DE ESTUDIOS BIZANTINOS, NEOGRIEGOS Y CHIPRIOTAS

Biblioteca de Autores Clásicos Neogriegos

Director: Moschos Morfakidis

DATOS DE PUBLICACIÓN:

Cuentos populares griegos

Publicados por Jean Pio

Traducidos por Ramón Manuel Garriga y Nogués

Reedición y texto introductorio de Panagiota Papadopoulou

pp. 310

1. Literatura Griega Moderna 2. Narrativa 3. Cuento popular

Primera edición: Barcelona, 1890

Reedición: 2017

ISBN: 978-84-95905-82-6

© CENTRO DE ESTUDIOS BIZANTINOS, NEOGRIEGOS Y CHIPRIOTAS
C/Gran Vía 9-2ºA, 18001 Granada. Telf. y Fax: +958 220874

Maquetación y diseño de portada: Jorge Lemus Pérez

En la maquetación del texto participó: Athanasios Tsakalos

Ilustración de la portada:

Nicólaos Gyzis: El cuento de la abuela (1884)

Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción total o parcial de la presente obra sin la perceptiva autorización.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	9
--------------------	---

CUENTOS DEL EPIRO

Asterino y Pulia.....	19
La Cenicienta.....	25
El hijo del rey y el potro.....	29
Cincirlis, Mincirlis y Microsincirlaquis.....	35
La varita de oro.....	39
El medio hombre.....	45
La serpiente, el perro y la gata.....	53
El señor Nicolás y la señora María.....	57
Cenio y la Lamia.....	59
El señor Lázaro y los dragones.....	63
Juan y los dragones.....	67
El león, el tigre y el águila.....	71
El hermano menor que libró á su hermana del poder del dragón..	77
El convenio con el barbilampiño.....	83
El cuchillo, el asperón y el cirio.....	85
El cordero con vellones de oro.....	89
La zorra en la romería.....	93
El labrador, la serpiente y la zorra.....	95
La princesa guerrera.....	97
Los gemelos.....	101
La mujer honrada.....	107
La doncella cabra.....	111
La baya del laurel.....	115
El hijo de la osa.....	117
El príncipe y la extranjera.....	119

CUENTOS DE ASTIPALEA

El caballo de oro.....	125
La cajita de oro.....	139
La papadia tonta y sus hijas tontas.....	157
El viejo astuto.....	161
El zapatero y la hija del rey.....	171
El padre bravo con su hijo bravo.....	177
El judío y la doncella.....	193
La mujer honrada.....	201
El judío envidioso.....	207
El tiñoso.....	213
El salvaje.....	233

CUENTOS DE TINOS

El cuento del dragón.....	249
Constante y el dragón.....	253
El cuento del barbilampiño.....	261
Las tres nueras.....	267
Cuento de las doce zorras.....	271

CUENTOS DE SIROS

El Juanito de la viuda.....	277
Los amigos.....	287
Los tres consejos.....	291
El barbilampiño y los dragones.....	295
Los dos pantufleros.....	299
La varita.....	303

Introducción

Fue en el siglo XIX, en la Europa del Romanticismo, cuando el cuento comenzó a ser objeto de investigación sistemática. Símbolo de la infancia, inocencia y simplicidad, con infinitas posibilidades de adaptación, con plena libertad y lejos de la necesidad de hacer referencia a una persona, a un tiempo y a un lugar determinados, con características de la universalidad y también de la diversidad, el cuento se transforma y se mueve entre lo indefinido, lo imaginario, lo mágico y lo improbable, sin ignorar la realidad social de la que es producto. Y cuando el cuento pasa del lenguaje oral y narrativo al escrito, sale de sus límites tradicionales, las pequeñas comunidades rurales y, se convierte, aparte de tema de investigación, en lectura de todos los estratos sociales.

La tendencia a la recopilación y al registro de material folclórico y de cuentos –dinámica en Europa en este periodo– llevó a muchos investigadores extranjeros a Grecia. El discurso espontáneo y simbólico de los cuentos griegos modernos era un medio de aproximación a la antigua mitología griega y a la religión, y en general, a la antigua expresión de la cultura griega.

Uno de los primeros que se comprometió en reunir, registrar y publicar cuentos griegos modernos fue el filoheleno anticuario austriaco Johann Georg von Hahn. Comenzó a recoger cuentos griegos, primero cuando fue nombrado, en 1847, Cónsul de Austria en Ioannina, y más tarde cuando se estableció en Syros. Consiguió convertirse en propietario de

un número de cuadernos en los que estudiantes de secundaria y gente sencilla del pueblo, que sabían escribir, redactaron narraciones con la orden explícita de conservar la fidelidad de la palabra hablada y evitar cualquier tipo de distorsión del lenguaje. De forma explícita y característica él mismo escribe “... el director eligió de diez a doce de los mejores alumnos y les dio instrucciones para que, durante sus vacaciones, sus madres, abuelas y hermanas les dictaran sus cuentos de su tierra natal, evitando de forma tajante una supuesta mejora...”.

De estos cuentos eligió ciento catorce y publicó una colección, de las primeras publicadas con cuentos griegos, traducida por él al alemán. Esta colección fue publicada en 1864 en Leipzig por el editor Wilhelm Engelmann¹.

Durante su estancia en Grecia, Johann Georg von Hahn conoció a Jean Pio, profesor de Filología Clásica en la Universidad de Copenhague. Jean Pio estudió los manuscritos y estimó que la publicación de este material en el idioma original sería una contribución extremadamente importante para la investigación y el estudio de la expresión cultural contemporánea de Grecia, y para su relación con el mundo antiguo, y por ello sugirió su edición. Al final, Jean Pio asumió la realización de la idea, cuando, después de la muerte de Johann Georg von Hahn y tras su instrucción, su familia entregó a Jean Pio todos los manuscritos. Con la ayuda del lingüista

¹ Johann Georg von Hahn, *Griechische Märchen*, Leipzig, Wilhelm Engelmann, 1864. De esta edición fueron publicados, en el año 1991 en Atenas por la editorial Opera, treinta y uno cuentos, traducidos del alemán al griego, bajo el título *Ελληνικά παραμύθια* (selección, traducción de Dimos-thenis Kurtovic).

griego D. Mavrofridis², en 1879 en Copenhague, bajo el título bilingüe “Νεοελληνικά Παραμύθια. Contes Populaires Grecs”³, fue publicada una colección de cuarenta y siete cuentos de los cuales veinticinco procedían de Epiro, once de Astipálea, cinco de Tinos y seis de Syros.

En aquel período, el siglo XIX, en España y, especialmente, en Cataluña, en el mundo académico, dominaba un espíritu fuertemente filohelénico⁴ debido al resultado positivo de la lucha de los griegos, que emocionó e inspiró a muchos estudiosos del nacionalismo catalán. Seguidores contemporáneos de la idea griega en España, fueron Antonio Bergnes de las Casas⁵, profesor de la Universidad de Barcelona, y su “Escuela”, un grupo de estudiosos de la literatura griega clásica, medieval y moderna. Es digno de mención el hecho de que Antonio Bergnes de las Casas (1801-1879)⁶ eligió la pronunciación griega para la enseñanza del griego clásico frente a la establecida en toda Europa, la de Erasmus.

Uno de los alumnos de Bergnes de las Casas y, más tarde, su colaborador fue Ramón Manuel Garriga y Nogués (1835-1906)⁷. Vástago de una familia acomodada de la ciudad de Vic, en la provincia de Barcelona, estudió latín, hebreo y griego clásico y, a la vez, se ocupó del griego moderno. Al

² Χρυσούλα Χατζητάκη Καψωμένου, *Το νεοελληνικό λαϊκό παραμύθι*, Θεσσαλονίκη, 2002, σσ. 98-100.

³ Jean Pio, *Νεοελληνικά παραμύθια. Contes Populaires Grecs*, Copenhague, 1879.

⁴ Ι. Χασιώτης, «Ο Ισπανικός Φιλελληνισμός» *Μακεδονική Ζωή*, 2002.

⁵ Enciclopedia ESPASA, *Gran Enciclopedia Catalana*.

⁶ Santiago Olives Canals, *Bergnes de las casas, helenista y editor*, Barcelona, 1947.

⁷ Enciclopedia ESPASA, *Gran Enciclopedia Catalana* και *El Dr. Garriga y Nogués, trabajo necrológico*.

principio, fue profesor de hebreo en la Universidad de Santiago de Compostela y luego catedrático de lengua griega y su literatura, y rector, durante un tiempo, de la Universidad de Barcelona.

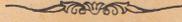
Cuando Jean Pio publicó la colección de los cuentos griegos, Ramón Manuel Garriga y Nogués se convirtió en propietario de uno de doscientos ejemplares que circulaban entonces. “Por casualidad tuve la fortuna de que llegara a mis manos uno de estos ejemplares”, dice él mismo y continúa, “creyendo que podría prestar un señalado servicio a la literatura popular, decidí traducir los cuentos a nuestra lengua castellana”.

Fueron traducidos los cuarenta y siete cuentos de la colección y publicados en Barcelona en 1890 por la editorial Casa Provincial de Caridad de Barcelona⁸.

Se trata de una traducción fiel y respetuosa al texto griego, muy próxima desde el punto de vista semántico, casi sin pérdidas, que presenta el original y sus ideas a través de una lengua simple, cotidiana y viva, y sigue la secuencia de los acontecimientos del mismo modo que el original. No interfiere en el orden de presentación y su flujo; tampoco se esfuerza en embellecer o normalizar el texto traducido con adiciones o sustracciones y no deja vacíos de significados en relación con el texto griego. Conservador, en cuanto a la estructura, evita alejarse del original y busca una coincidencia total entre los dos textos, sin que esto sea perjudicial para la funcionalidad de español, pero tampoco a expensas de la transmisión del mensaje del texto griego.

⁸ Ramón Manuel Garriga, *Cuentos populares griegos*, Barcelona, Casa provincial de Caridad, 1890.

ΝΕΟΕΛΛΗΝΙΚΑ ΠΑΡΑΜΥΘΙΑ



CUENTOS POPULARES GRIEGOS,

PUBLICADOS POR

JEAN PIO,

PROFESOR DE LA UNIVERSIDAD DE COPENHAGUE,

Y TRADUCIDOS

POR

D. Ramón Manuel Garriga,

CATEDRÁTICO DE LA DE BARCELONA.



BARCELONA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE LA CASA PROVINCIAL DE CARIDAD

1890

Νεοελληνικά παραμύθια
Cuentos populares griegos

Cuentos del Epiro

Asterino y Pulia

Da principio el cuento. Buenas noches tengan vuestras Mercedes.

Vivía en cierto tiempo una mujer que tenía dos hijos, el uno varón, al cual llamaban Asterino, y el otro hembra, por nombre Pulia¹. Un día que su marido fué de caza, trajo un pichón y se lo entregó para que lo guisara. Tomó ella el pichón, lo colgó en el arto y se salió á hablar con las vecinas; pero entretanto la gata, viendo el palomo colgado en el arto, lo hizo caer y se lo comió. Cuando llegó la hora, se retiraron las vecinas de la conversación, y se encontró la mujer sin el pichón, sospechando al momento que la gata lo habría hecho caer. Temerosa de que su marido la reprendiese, se cortó un pecho y lo guisó. Llega luego su marido y le dice: «¿Has hecho la comida, esposa mía?» —«Sí, le contestó», y colocándole el sillón, se la sirvió. —«Mujer, siéntate á comer». —«He comido hace poco rato, le contestó, porque tardabas en venir».

Cuando hubo el marido probado un bocado; ¡qué gustosa es esta carne, dijo; en mi vida la he comido tan buena!—Una vez concluida, le dijo la mujer: «¡Cuánto y cuánto he sufrido! Colgué el pichón en el arto de la cocina y me fui por leña; mas cuando volví ya no lo encontré; se lo había comido la gata: ¿qué hago entonces? me corto un pecho y lo guiso, y si no lo crees, mira», y se descubrió.

¹ Pulia significa las Pléyadas y Asterino la estrella de la mañana (Nota del Trad.).

«¡Qué buena es la carne humana, esposa!» contestó él: «¿sabes qué podemos hacer? matar los hijos para comérmolos. Mañana temprano nos vamos á la iglesia y tú te vienes antes que yo para matarlos y guisarlos, y después vendré yo y nos los comeremos».

Estaba cerca de ellos un perrito que al oír la conversación se dirigió al cuarto donde dormían los niños, ladrando ¡guau! guau!, y oyeron una voz que les decía: « ¡levantáos, que vendrá vuestra madre á mataros!» –«¿Qué, qué?», preguntaron. El perro repitió el mismo aviso, y como entonces le oyeran bien, se levantaron al punto con intención de huir.

«Pulia ¿qué tenemos á nuestra disposición?» preguntó el niño. –«No encuentro, Asterino, le contestó la niña, más que un cuchillo, un peine y un puñado de sal». Tomaron estas cosas y se retiraron con el perro á un rincón para ver de lejos á su madre cuando fuera á cogerlos. Al cabo de un rato Asterino dijo al oído á su hermana: «Mira, que viene la madre á cogernos para matarnos!» –«No tengas miedo que nos coja, amante», le contestó la niña. –« ¡Que nos coge, Pulia, mira!» –«Arroja por tu espalda el cuchillo». Lo arrojó y se convirtió en un campo inmenso. Al poco rato fué de nuevo su madre á cogerlos en el campo. –« ¡Que nos coge!» dijo otra voz el niño. –«No temas, no nos cogerá». –« ¡Que nos coge!» –«Arroja al momento el peine». Arrojó el peine, y se convirtió en un espeso bosque. Siguió la madre hacia el bosque, y entonces arrojaron la sal, que quedó convertida en mar, por el cual pasaron. Cuando se hallaron al otro lado, la madre les decía: «Volveos, amantes, que nada os haré». Los niños no quisieron obedecerla, y entonces hiriéndose el pecho de indignación é ira les amenazó, mas ellos sin hacerle caso siguieron su camino.

Después de mucho andar, exclamó Asterino: «¡Pulia, tengo sed!» –«Espera un poco, le contestó ella, que allí al otro lado está la fuente del rey y beberás». Cuando llegaron á otro sitio, exclamó de nuevo el niño: «¡Voy á rabiarse de sed!» Allí encontraron una pezuña del lobo con agua, y dijo á su hermana: «¡Beberé de aquí!» –«No bebas, le respondió, porque te volverás lobo y me devorarás». –«No bebo, sí así ha de ser», y siguieron adelante. Andando, andando, encontraron una pezuña de cordero con agua, y dijo el niño: «¡Beberé de aquí; no puedo sostenerme, estoy rabioso!» –«No bebas, le contestó Pulia, porque te volverás cordero y te matarán». –«¡Beberé aunque me maten!» Bebió, y al punto quedó convertido en cordero y andando detrás, balaba: ¡éh, Pulia, eh, Pulia! Ven conmigo, le dijo Pulia, y llegaron á otro sitio, en donde encontraron la fuente del rey y ambos bebieron. Dijo después Pulia al cordero: «Querido, quédate aquí con el perro;» y ella se postró al pie de un elevadísimo ciprés, invocando á Dios en estos términos: «¡Dios mió, dame poder para subir á la cima de este ciprés, y atiende mi súplica!» El poder divino la subió á lo alto del ciprés, que al punto quedó convertido en un trono de oro, y el cordero pacía al pie del árbol en compañía del perro.

Al poco rato llegaron los criados del rey para abrevar los caballos; pero cuando se aproximaron al ciprés, éstos, espantados de los resplandores que despedía desde la cima del árbol la hermosa Pulia, huían rompiendo los cabestros. «Bájate, le dijeron los criados, porque al ir á beber se espantan los caballos». –«No bajo», les contestó, –«que beban los caballos, yo nada os hago». –«Baja, le dijeron segunda vez». –«No bajo». Fueron entonces al hijo del rey y le hablaron así: «Junto á la fuente, en lo alto de un ciprés está sentada

una niña resplandeciente de hermosura: los caballos se han espantado por los rayos de luz que despide, no quieren beber; le hemos dicho que baje y se niega».

Al oír esto el príncipe levántase, va y le suplica que baje, pero ella no accede. Dícele segunda y tercera vez: «Si no bajas cortaremos el ciprés». –«Córtalo, le contestó, yo no bajo». Trajeron entonces hombres para cortarlos; mas en el punto donde descargaban el hacha lamia el cordero, y nada adelantaban. Golpeaban y golpeaban, pero no podían cortarlo. «Idos todos de aquí», dijo entonces irritado el príncipe, y todos se marcharon. Va lleno de ira en busca de una vieja y le dice: «Si me bajas del ciprés aquella niña, te regalaré un capillo de oro». «Yo te la bajaré», contestó la vieja, y tomando una artesa, una criba y harina, fué al pié del árbol, colocó al revés la artesa y la criba, y se puso á cribar. Al ver eso la niña gritó: «Al contrario la artesa y la criba, abuela». La vieja seguía trabajando como si no oyera y decía: «¡ah, querida, quién eres, no oigo!» –«Al contrario la criba y la artesa, le repitió por dos y tres veces». De nuevo la vieja le responde: «¿Quién eres, amante, que ni oigo ni veo? preséntateme y así lograrás tu objeto». De este modo la niña bajó poco á poco, y al aproximarse encontró al príncipe que estaba oculto, quien la arrebató y se la llevó, seguida del cordero y del perro.

Así que llegaron al real palacio, dispuso la boda y se casó con ella. El rey amó muchísimo á la nuera, pero la reina le tenía celos, y por esto un día que salió el príncipe, llamó la reina á las doncellas y les mandó que sacaran la nuera á pasear por el jardín y la arrojaran al pozo. Cumplieron la orden las doncellas y la echaron al pozo. Cuando llegó el príncipe y no la vió preguntó á su madre: «Madre, ¿dónde está tu nuera!» –«Ha salido de paseo, contestó, ¡y ahora que no está aquí

mataremos el cordero!» –«Conforme», dijeron los demás. Al oír estas palabras el cordero corre al pozo y dice á Pulia: «Pulia amada, me van á matar». –«Calla, querido, que no te matarán». –«¡Mira, que vienen corriendo con cuchillos; me cogen; van á matarme!» –«Qué he de hacerte, querido de mi alma, considera donde estoy». Cogieron las doncellas el cordero para matarlo, y cuando afilaban el cuchillo, invocó Pulia á Dios diciendo: «¡Dios mío! matan á mi hermano, y yo estoy dentro del pozo!» De repente vuela desde el fondo del pozo, y encuentra el cordero ya degollado. Afligida y sin consuelo exclama y grita: «¡cordero mío, cordero mío!»

Llega en esto el rey y le dice: «¿Qué quieres, amor mío, qué quieres y te lo concederé?» –«Nada, contesta, ¡cordero mío, cordero mío!» –«Pero calla, ya no tiene remedio». Cuando lo hubieron guisado, lo llevaron á la mesa: «Ven á comer», le dijo. –«Ya he comido, ahora no quiero tomar nada». –«Ven, hermosa, ven», repitió el rey. –«Comed, os vuelvo á decir, que yo ya he comido». Cuando hubieron terminado, recogió ella todos los huesos en una olla grande y los enterró en medio del jardín. En este mismo punto brotó un manzano elevadísimo, que produjo una manzana de oro: muchos iban á cogerla, pero no podían, porque cuanto más se acercaban, tanto más se elevaba el árbol, y únicamente se bajaba al aproximarse Pulia. Esta dijo un día al rey: «Han ido todos y no han cogido la manzana; quiero ver si yo la alcanzo». –«Personas tan altas han ido y no lo han conseguido, ¿y tú la habías de coger?» –«Iré, replicó, si me das permiso». –«Trepa, si te empeñas», le contestó; y se acercó sola, inclinóse al punto el árbol, y al ir á tomar la manzana, oyó que le decía: «Arráncame con cuidado, no sea que me rompas». La tomó y poniéndosela en el bolsillo, exclamó así: «Adiós,

amantísimo suegro, y que mi perruna suegra jamás se vea harta de sueño». Y al punto se alejó. Después Pulia quedó convertida, en la constelación de las Pléyadas y Asterino en la estrella de la mañana.

La Cenicienta

Estaban en cierta ocasión tres hermanas hilando lino, y se dijeron; «A la que so deje caer el huso la mataremos y nos la comeremos». Sucedió que le cayó á su madre, y la perdonaron. Sentáronse de nuevo y por segunda y tercera vez vino al suelo el huso de la madre. Ea, «á comerla ahora» dijeron entonces. «No, replicó la menor, no la comais, comedme á mí puesto que queréis carne humana». Las otras dos no accedieron, y después de matar á su madre, la guisaron. Sentáronse á la mesa y llamaron á la menor diciéndole; «¡Ven tú también á comer!» Ella se negó y retirándose se sentó en un basto que las gallinas habían llenado de basura, y llorando maldecía á sus hermanas. Estas le dijeron repetidas veces: «Ven á comer», pero siempre se negó, y cuando hubieron acabado, se marcharon. Entónces la menor, á quien llamaban Cenicienta², recogió todos los huesos y los enterró en un cenizal, incensándolos por espacio de cuarenta días, al cabo de los cuales fué á sacarlos para trasladarlos á otro punto. Al remover la piedra se deslumbró con los rayos que despedía, y aparecieron tres riquísimos trajes bordados que tenían, el uno el cielo con sus astros, el otro la primavera con sus flores, el tercero el mar con sus olas, y además una infinidad de monedas de plata y oro, y todo lo dejó allí mismo; fueron después sus hermanas, y encontrándola sentada sobre el basto, se enfadaron.

² La ópera italiana titulada *La Cenerentola* está basada sobre el mismo argumento que este cuento (Nota de Trad).

El domingo siguiente, así que éstas fueron á la iglesia, se levantó, púsose el traje de cielo y se dirigió también al templo, llevando además un saquete de monedas de oro. Llamó la atención de todos por los resplandores que despedía, y al salir de la iglesia la siguió todo el pueblo para ver donde iba. Entonces ella se llenó la mano de monedas del saco, y fué arrojándolas por la calle para que la gente se entretuviera en cogerlas; y luego que llegó á casa, se cambió poniéndose el vestido usual y se sentó en el basto. A seguida llegaron sus hermanas, que le dijeron: «Dónde estás, infeliz? Ven, que te contaremos cómo ha ido á la iglesia una joven resplandeciente como el sol con un traje tan vistoso y brillante que no habrías podido mirarla, y además ha arrojado dinero por la calle: ¡mira cuántas monedas hemos recogido nosotras! no haber ido tú también, ¡mala perezosa!» –«Recoged vosotras, que yo no quiero». Les contestó.

Al otro domingo fueron á la iglesia é hizo lo mismo. El tercer domingo sucedió que andando de prisa al arrojar el dinero, quedó descalza dejándose una chinela en la calle, y el hijo del rey que la seguía sin lograr alcanzarla, recogió la chinela. En seguida hizo pregonar: «La joven á quien la chinela por mí recogida le venga exactamente, sin que le sea grande ni pequeña, la haré mi esposa».

Fué á todas las mujeres, les hizo probar la chinela, y no pudo encontrar su dueña. Entonces dijeron las hermanas á la menor: «¡Vé tú, á ver si te hace!» –«Marchaos, les contestó, ¡yo dejar caer la chinela estando aquí sentada sobre el basto; no os burléis de mí!»

El hijo del rey había recorrido las casas por orden, y cuando llegó á la de Cenicienta, sus criados la intimaron que se probase la chinela. –«No os burléis de mí!» les contestó. Bajó

al fin, y al verla el príncipe comprendió que era de ella. «Pruebate la chinela», le dijo. Púsosela á la fuerza, y le venía exacta á la medida del pié. –«Tú serás mi mujer», le dijo el príncipe. –«No te burles de mí, le contestó; ¡así ibas á emplear tu juventud!» –«No me burlo, replicó, te tomo por esposa;» y se casó con ella y la coronó.

Sus hermanas le cobraron envidia, y cuando tuvo un niño, pasaron á visitarla; y hallándola sola en la cama, la cogieron y pusieron en una caja, arrojándola al rio, de donde fué á parar á un desierto. Estaba en aquel sitio una vieja demente, la cual tomó la caja, así que la vió, y al abrirla y ver dentro una persona, se apartó ocultándose.

Quedóse sola la Cenicienta, y oyendo gruñir los lobos y rugir los leones y jabalíes, en medio de lágrimas y suspiros exclamó: «¡Dios mío! concédeme un pequeño agujero para que meta la cabeza y no oíga las fieras» –y se lo concedió. De nuevo suplicó: «¡Dios mío! concédeme un pequeño agujero para introducir medio cuerpo» –y también se lo concedió. Invocó hasta tercera vez, y se encontró dentro de un palacio ricamente alhajado, donde le servían cuanto pedía, por ejemplo; deseaba comer y decía: «Venga la mesa con todo el servicio; venga la comida, las cucharas, los tenedores» y al instante aparecía todo, y al acabar preguntaba: «¿estáis todos en órden?» –y todos contestaban: «Sí, estamos».

Cierto día fue el príncipe á cazar por aquel sitio, y al divisar el palacio le picó la curiosidad de saber quién lo habitaba, y llegándose llamó á la puerta. Viéndolo ella de lejos, lo reconoció, pero preguntó: «¿Quién llama á la puerta?» «Yo, ábreme». Entonces gritó la jóven: «abrios, puertas» y abriéndose de repente, franquearon la entrada al príncipe. Subió, y la encontró sentada en un trono. –«Buenos días», dijo. –«Bien

venido», contestó ella, y todos los muebles del palacio repitieron: «bien venido». –« ¡Venga un trono», dijo la Cenicienta, y al momento se presentó el trono, é invitó al príncipe á sentarse. Después de preguntarle la causa de su visita, le suplicó se sentara á comer antes de irse. Accedió él á su invitación y en seguida exclamó ella: «Venga la mesa con todo el servicio», y con admiración del príncipe apareció al momento. –«Venga la jarra, el aguamanil con agua para lavarnos; vengan diez platos de comida;» y todo compareció según deseaba. Al concluir de comer el príncipe quiso llevarse una cuchara, que metió dentro de la bota; mas así que se levantó en ademan de despedirse, preguntó ella: «Mesa, ¿tienes todo tu servicio?» «Sí, lo tengo». –«Cucharas, ¿estáis todas?» Todas contestaron afirmativamente, excepto una que exclamó: «Yo estoy dentro de la bota del príncipe». La joven, como si nada hubiera oído, volvió á preguntar: «Cucharas y tenedores, ¿estáis todos?» Entonces el príncipe, corrido de vergüenza, sacó la que había ocultado. Díjole ella: “¿Por qué te abochornas? Ya lo observé, pero no temas; soy tu esposa». Y refirióle cuanto le había sucedido y cómo se hallaba allí.

Abrazáronse tiernamente, y mandó ella al palacio que se pusiera en marcha, llegando de este modo á la Corte, donde toda la población se admiró al verlos llegar dentro de un palacio. Ordenó despues el príncipe que trajeran sus cuñadas á su presencia, y mandó descuartizarlas. Así vivieron en adelante felices, aunque nosotros lo somos más.

El hijo del rey y el potro

Érase una reina que no tenía hijos, y llegándose cierto día un judío le dijo: «Toma esta manzana, cómela y tendrás familia». Tomó ella la manzana, mondóla y se la comió, y las pieles que cayeron al suelo se las comió la yegua, sucediendo que las dos quedaron preñadas á un tiempo. La reina parió un niño y la yegua un potro. Al llegar el niño á los doce años fué al colegio á aprender la táctica militar, y cuando volvía á casa tenía la costumbre de disparar la javelina. Un día la reina, que amaba al judío, le dijo: «¿Cómo haremos para matar al niño y quedarnos libres?» «Pongamos veneno en su comida, contestó el judío, y de este modo cuando la tome, morirá».

Llegó el niño del colegio, y después de disparar la javelina, fué á la cuadra á ver el potro, á quien, encontró triste y lloroso. «¿Por qué lloras?» le preguntó. «Escucha bien, le contestó, tu madre ama al judío, y quieren matarte, para lo cual te han puesto veneno en la comida: no la tomes y dices que el maestro te ha dejado sin comer por no haber sabido la lección». Llamóle su madre y le dijo: «Ven á comer, que yo hablaré al maestro y no te reprenderá». «No, no como», contestó el niño, y se escapó al colegio. No habiendo logrado su intento, discurrieron por la tarde echar el veneno en el vino. Al salir el niño de la escuela, se encaminó hacia el potro, que de nuevo le habló así llorando: «Te han puesto veneno en el vino, y así, no bebas». Sube á casa, y le dicen: «Toma, bebe vino». «No, no bebo, les contestó, porque el que toma vino

no aprende la lección». Entonces dice aparte el judío á la reina: «Pondremos en el colchón agujas envenenadas, y cuando se acueste, le punzarán y morirá». Fué de nuevo el niño al potro, que otra vez le habló llorando: «Te han puesto veneno en el colchón, y así no te acuestes en él». Después que hubo cenado, le dijo su madre: «Vaya, nos iremos á dormir». «Yo, respondió el niño, no me acostaré en casa, me iré á dormir fuera, para saber cómo duermen los que están en campaña». Y se fué á dormir fuera, de modo que no tuvo éxito el ardid de la reina y el judío.

En esto llega aviso de que el rey volvía de la guerra. Disgustada la reina con tal noticia, se fingió enferma, y así que el rey llegó, mandó que la visitaran varios médicos, pero inútilmente. Entonces se llegó el judío diciendo: «Yo la curaría, pero se necesita una medicina que tu Majestad no cederá». –«¿Cuál es? di, no temas». –«¿A quién amas con preferencia, á la reina ó á tu hijo?» –«A los dos amo». –«No: prefieres que muera la reina ó el hijo?» –«Prefiero que muera el hijo, porque podemos tener otros». Decidieron, pues, matar al hijo, y el judío encargó le sacaran los hígados para dárselos á comer á la reina.

Cuando volvió el niño del colegio, se fué, según costumbre, á la cuadra, y encontró al potro lloroso y gimiendo. «¿Por qué lloras?» le preguntó. «Van á matarte», respondió el potro. –«Calla, no temas, que no me matarán». Presentóse después al rey, quien colmándolo de besos, le dijo: «¡Qué hermoso eres, amante! Lástima que hayan de matarte!» «¿Por qué?» repuso el niño. –«Para dar la salud á tu madre». –«Que me maten por mi madre, contestó, pero antes quiero que me hagas tres vestidos que tengan el cielo con sus astros, la primavera con sus flores y el mar con sus olas, y así ataviado vendré tres veces á

palacio y después podéis matarme para que me vaya contento al otro mundo». El rey dispuso al momento que hicieran todo conforme á sus deseos. Púsose el niño el vestido del sol con los astros, y entrando en palacio dijo al rey: «¿Estoy hermoso, Señor?» –«Hermoso estás, amante, pero te matarán». Después se lo quitó, lo colocó en la maleta, y vistiéndose el traje de la florida primavera, se dirigió á palacio y de nuevo preguntó al rey: –«¿Estoy hermoso, Señor?» –«Hermoso estás, amante, pero te matarán», le contestó segunda vez. Se vistió el del mar con sus olas, y preguntó: «¿Estoy hermoso, Señor?» «Hermoso estás, amante, pero te matarán», contestó por última vez el rey. «Pues quedad con Dios, dijo á su padre, y donde quiera que me halléis podéis matarme».

Desapareció al instante y se fué á un lugar desierto; guardó en la maleta los ricos vestidos, y tomando un pelo de la cola del potro, le dijo: «Quédate aquí, y si ves que enciendo este pelo acude al momento». –«Está bien» le contestó el potro. El niño, vestido interiormente con el traje del cielo estrellado, sobre el cual llevaba el usual viejo y en la cabeza un casquete mugriento, se dirigió á una ciudad, y llegándose frente al palacio real, en una de cuyas ventanas se hallaba asomada la hija menor del rey, se sentó en tierra y desabrochóse un poco el pecho dejando ver el traje de cielo estrellado, á cuya vista comprendió la joven que debía ser príncipe.

Un día mandó el rey á su hija mayor que le trajera un melón, y la llevó uno tan maduro, que no pudo comerlo. «¿Qué es eso que me has traído?» «Así estoy yo de madura y quiero que me cases». «Calla, ¿qué es lo que dices? ¿No te das vergüenza?» Llamó á la mediana, y le llevó otro igual, contestando á la reprensión del rey en los mismos términos que lo había hecho la mayor. Llamó por fin á la menor, quién le llevó uno

que estaba en sazón, y entonces exclamó el rey «¡Bien, éste está en su punto!» «También yo lo estoy, Señor».

–«Bueno, os casaré á todas». En su virtud dispuso que pasara todo el pueblo por debajo de la ventana, donde estarían sus hijas, y al que cada una eligiese, le tocase tirándole una manzana de oro. Al momento pasó todo el pueblo, y las dos hijas mayores tocaron con la manzana á dos jóvenes gallardos, y la pequeña al del casquete mugriento. Al observar esto último el rey, «ha sido un error», exclamó, y mandó que pasaran de nuevo, pero por segunda y tercera vez se fijó en el mismo. Entonces se acercó y la reprendió; mas ella le replicó: «Yo lo quiero». –«Ea, puesto que lo quieres, sea», y las casó con el que habían escogido, quedando el rey y el pueblo muy disgustados con el casamiento de la menor.

Al poco tiempo cegó el rey, y los médicos declararon que sanaría si le traían agua inmortal. Fueron en busca de la medicina los dos yernos primeros, montados en hermosos caballos. Llegóse á él la hija menor diciéndole: «Señor, permite que vaya también mi marido». Y después de muchas instancias le contestó: «Que vaya». Tomó él un caballo cojo y marchó; mas al llegar á un lodazal, cayó en medio. Los otros dos se burlaron de él, y lo dejaron abandonado. Encendió entonces el pelo, y al instante compareció el potro. Cambióse el vestido, y tomando el atajo se adelantó, cogió el agua inmortal, y encontrándolos al regreso les preguntó: «Buenos días, gallardos mancebos, ¿dónde vais?» «¡Bien haya la juventud! Vamos en busca del agua inmortal para lavar y curar los ojos de nuestro suegro que ha quedado ciego». –«Yo tengo el agua inmortal: si os detenéis para que mi potro os toque en el trasero, os la daré». Paráronse y tocándolos el potro quedaron marcados con señales de fuego. Después sacó la calabaza con otra agua

y se les dio. Marcháronse muy satisfechos, y cuando los hubo perdido de vista, se puso el traje sucio y montó de nuevo el caballo cojo, y lo encontraron aún en el lugar pantanoso, y volvieron á mofarse de él. ¡Llegaron á presencia del rey, y le lavaron una vez los ojos, ¡pero nada! Laváronle segunda y tercera vez, ¡y tampoco! Entonces llega él con su casquete, va su mujer al rey, y le dice: «Viene á lavarte los ojos». «Vete, le contestó, no han podido traer los otros el agua inmortal, y la habrá traído él!» –«¡Deja que te lave! ¿Qué vas á perder?» «Vaya, pues que me lave».

Llégase entonces, y así que le lavó por primera vez vió un poco; repitió y vió mejor, y á la tercera vez vió con toda claridad. El rey lo abrazó agradecido diciéndole: «Tu eres ahora mi hijo». Él le contestó: «Si deseas tenerme por tal, manda cubrir de oro el suelo desde tu palacio hasta mi cabaña y montado á caballo me pasearé hasta allí». Al momento el rey tendió alfombras cubiertas de oro en la calle, y todo el pueblo salió admirado. El encendió de nuevo el pelo y se presentó el potro. Vistióse el traje del mar con las olas, que era el más hermoso, y montado en el potro se presentó al rey diciéndole: «Examina á tus yernos para que veas por las marcas que llevan que son mis esclavos». Luego de examinarlos los echó del palacio y después suegro y yerno vivieron felices.

Sincirlis, Mincirlis y Microsincirlaquis

Había un joven á quien llamaban Sincirlis, Mincirlis y Microsincirlaquis. Pasando cierto día por una callejuela vió en una ventana elevada una muchacha llamada Heliogénita³, y al momento se enamoró de ella con tal vehemencia que no podía andar. Llegado con hartó trabajo á su casa, se tiró sobre el colchón exclamando:

«¡Madre, el alma; madre, el corazón; madre, la cabeza; madre, el amor me ha embargado; madre, hoy voy á morir; madre, Heliogénita arriba en la ventana!»

Esto dijo segunda y tercera vez gritando y murmurando entre dientes. Su madre le preguntó qué tenía, y cuando oyó que sufría todo aquello por Heliogénita, lo refirió al momento á su marido y convinieron en enviar sirvientas á casa de ésta. Asi que llegaron las muchachas y llamaron á la puerta, preguntó ella: «¿Quién llama?» Contestaron: «Somos las criadas de Sincirlis, Mincirlis y Microsincirlaquis. En seguida Heliogénita dijo: «¡Corred á abrir, muchachas!» y abiertas las puertas, entraron. (Sincirlis, Mincirlis y Microsincirlaquis se había disfrazado de criada y entró con ellas á fin de verla y escuchar lo que respecto de él diría).

Así que subieron, ofrecióles para asientos sillas de oro, y al cabo de un rato comenzaron á decir que las había enviado Sincirlis el cual deseaba tomarla por esposa. Al oír tal cosa

³ Significa la *Hija del Sol* (Nota de Trad.).

Heliogénita, les dijo que las manos de Sincirlis eran escardillas de su jardín, los pies azadones de sus campos y la lengua espátula de su escusado. Mandó á las doncellas le dieran esta contestación, con lo cual se marcharon, y él desalentado se arrojó sobre el colchón gritando con más fuerza que antes: « ¡Madre, el alma; madre, el corazón; madre, la cabeza; madre, Heliogénita; madre, esta noche me muero! »

Entonces su madre le aconsejó que fuese á consultar á las hechiceras é hiciera lo que le dijese. Fué, pues, y les habló así: «Esta pasión tengo: ¿qué debo hacer para apoderarme de ella?» «No te preocupes, le contestaron; ponte un traje de mujer, vas á su casa, llamas y ella preguntará ¿quién llama á la puerta? ¿Y tú le respondes: «Yo soy tu prima de San Donato⁴ y vengo á que me enseñes á bordar».

Además las hechiceras le dieron maleficio diciéndole: «Ahí tienes el hechizo; así que entres, abrazas y unges primeramente á Heliogénita y después á las criadas; y á la noche, luego que hayáis cenado, comenzará el hechizo á apoderarse poco á poco de ellas, y entonces! exclamas: «¡Ah! Todas, todas las aves duermen juntas; y yo, ave solitaria, ¿con quién dormiré?»

Ella te contestará: «Calla, calla, prima mía, que tú te quedarás con las criadas;» mas tú le replicas: «¿Yo, hija de un rey, he de quedarme con las criadas?» Te dirá entonces que con las niñeras, y poniendo tú igual reparo, por fin exclamará: «Calla, prima mia, ya te quedarás conmigo». Te conformas, y esperando que se duerma, la tomas y huyes».

Hizo Sincirlis al pié de la letra lo que le aconsejaron las hechiceras, y apoderándose de la joven se la llevó dormida á su

⁴ Ciudad fuerte del Epiro.

propia casa. Mientras la tenía en sus brazos exclamaba ella: «¡Ay! ¿Dónde estáis, niñeras y criadas, que os contaré lo que he visto en sueños? Me parecía estar en los brazos del bestia Sincirlis». «Pues en los míos estás», le dijo. Cuando Heliogénita comprendió que así era en verdad, se heló de espanto y no articuló ni una palabra más. Después se casaron y vivieron felices; pero nosotros lo somos más que ellos.

La varita de oro

Erase un mercader que tenía tres hijas, y preparándose en cierta ocasión para marchar á las Indias para surtirse de géneros, pues hacia el comercio con aquella plaza, le pidieron las hijas que les trajese como regalo, la una un vestido indio, la otra un pavo, y la meñor la varita de oro, y le echaron la maldición de que no se moviera el barco si no traía estos objetos.

Cuando llegó á las Indias, compró las mercaderías que necesitaba y los encargos de dos de sus hijas, pero se olvidó la varita de oro. Quiso regresar, pero á pesar de hacer un tiempo favorable, el barco no podía moverse. Entonces sentado en tierra echóse á pensar, y pasando por su lado le labriego le preguntó por qué estaba tan pensativo, pero el mercader no quiso contestarle. Insistió el labriego diciéndole: «Discurre bien; ¿has prometido alguna cosa?» Discurrió el mercader, y recordando entonces el encargo de su hija menor, preguntó al labriego: «¿Dónde se halla la varita de oro?» El labriego le señaló un camino, y le dijo que anduviera tres horas y la encontraría.

Tomó el camino el mercader y después de andar tres horas llegó un pueblo donde preguntó si estaba por allí la varita de oro. Mostráronle un palacio y le dijeron que dentro del palacio estaba la que era el mismo hijo del rey. Púsose á temblar al oír tal cosa; pero al cabo de un rato se reanimó, y llegándose al palacio solicitó permiso para entrar, que le fué concedido. Cuando el rey le juntó qué quería, contestó que

deseaba hablar al príncipe. El rey lo encaminó hacia la sala donde se hallaba el príncipe, que al verlo le preguntó: «¿Qué me quieres?» Él le refirió el encargo que traía de su hija. Entonces el príncipe lo tomó de la mano, é introduciéndole en una sala donde había muchos retratos de mujeres jóvenes, le preguntó: –«¿Es tu hija, tan hermosa como éstas?» –«¡Cómo! contestó, es mil veces más hermosa». Introdújole en otra sala, donde estaba el retrato también al óleo de una joven, que el príncipe había soñado había de ser su esposa, y de nuevo le preguntó: –«¿Es tan hermosa tu niña?» Y él admirado le respondió: –«¡Es ella misma!» El príncipe le dio entonces una carta, una taza y una sortija para que las entregase á su hija.

Embarcóse el mercader, y al llegar á casa le preguntaron las hijas: –«Oye padre, ¿has traído lo que nos prometiste?» –«Sí, lo he traído», les contestó, y sacó y dio á cada una su encargo, entregando á la pequeña la carta, la taza y la sortija que le había dado el príncipe. Tomólas y fué y se encerró en su cuarto, donde leyó la carta, en la cual le decía que pusiera agua en la taza y en el agua la sortija, y cuando dijera tres veces –«ven, ven, ven, varita de oro», él comparecería en forma de palomo y bañándose en el agua se convertiría en hombre y le encargaba además que tuviera en el cuarto un escondite para poder meterse dentro.

Hizo la joven tal cual le escribía, llegó el palomo y después de bañarse quedó convertido en hombre y tuvieron larga y amena conversación. Lavóse de nuevo y convertido en palomo se ausentó, dejándole como obsequio un coco con encargo de que lo abriese y se pusiese lo que dentro había. Lo rompió y vió que contenía un hermoso vestido con el cielo y los astros pintados. Pusóselo y salió del cuarto, pero al verla sus hermanas la interrogaron poseídas de admiración y envidia.

Repitió la joven la operación, y de nuevo compareció el príncipe, y al marcharse le dejó una avellana haciéndola la misma observación. Abrió la avellana y encontró un vestido que tenía pintado el mar con las olas, y se lo puso. Admiráronse sus hermanas al verla y le cobraron más envidia. Volvió á poner la sortija en el fondo de la taza con agua, y dijo tres veces –«ven, ven, ven varita de oro». Llegó el palomo, se lavó en el agua y se convirtió en hombre, y al marcharle dejó un higo. Lo abrió y encontró otro vestido que tenía pintado el florido Mayo. Sus hermanas poseídas de creciente admiración, discurren cómo podrían hacerle daño, y convinieron que cuando fueran á lavar, la mayor llevase una bolsa con una perla y fingiera que se le había caído por el camino, y mientras la mediana y la menor irían á lavar, ella se quedaría buscando la perla y se volvería al cuarto de la menor y haría lo que ella acostumbraba para llamar al príncipe, pues la habían espiado, todo con el objeto de que le hiciese algún regalo.

A la madrugada del día siguiente cuando fueron á lavar tomó la mayor la bolsita con la perla, y mientras andaban simuló que había resbalado y perdido la perla; y así dijo á las otras: –«Seguid adelante, que yo voy á coger la perla». Siguiéron ellas andando, y la mayor volvió á casa, tomó la llave del cuarto de la pequeña (pues había observado donde la dejaba), y abriendo el armario, sacó la taza, echó agua y puso dentro la sortija. La pequeña había dejado por distracción un cuchillo sobre la taza, y cuando la mayor exclamó: –«ven, varita mía», bien acudió el hijo del rey, pero al marcharse convertido en palomo, se cortó con el cuchillo. Al ver ella la sangre en el agua, se incomodó en gran manera, dejó la taza dentro del armario y fué en busca de las hermanas. Llegaron á casa, y, según costumbre, se entró la pequeña en su habitación, y

exclamó: –«¡Ven, varita de oro, ven á verme ahora que llego de lavar!» Mas al tomar la taza y verla llena de sangre, llora, gime y grita: –«¡Ay de mí, qué desgracia me ocurre!» Comprendió al fin que aquello era obra de sus hermanas, y se fué á encontrar al padre, á quien resueltamente habló así: –«Señor, córtame un traje de hombre á la francesa, que sea muy hermoso, y dame además un gran barco para irme al Extranjero». Cortóle su padre el traje francés y se lo puso, embarcándose después en dirección á las Indias al encuentro del príncipe.

En el camino vió una ave que iba siguiendo á otra, y la primera, que era un palomo, decía á la de atrás: –«¿No estás irritada desde que el príncipe se halla enfermo y lo han abandonado los médicos?» La otra le respondió: –«Los médicos son unos ignorantes, porque el príncipe puede curar». –«¿Con qué medicamento?» –«Si nos mataran y con agua de aquella fuente de enfrente hicieran unguento y con él untaran su cuello, que está cortado, sanaría». Como la joven entendía la lengua de los palomos por las conversaciones que había tenido con la varita de oro, comprendió lo que hablaban, y sin perder momento las mató de un disparo de escopeta, confeccionó el unguento, y dirigiéndose á la parte baja del palacio gritó: –«¡Buen médico, buen médico, buena medicina!» Oyóla el rey, y, haciéndola subir, le pregunto –«¿Puedes curar á mí hijo?» –«A verlo», contestó. Lo vió y dijo al rey –«En el término de ocho días lo curo y lo hago salir á cazar». Alegróse el rey al oír tales palabras, mas los otros médicos lo negaron diciendo: –«Si lo cura, como dice, que nos corten la cabeza».

Entonces aplicó el unguento al príncipe, que se alivió bastante; al cabo de dos días comenzó á hablar, y siguiendo el plan curativo, a los ocho quedó sano y salió de caza. –«¿Qué quieres, le dijo el rey, en pago del bien que me has hecho?»

–«No solicito de tu Majestad otra cosa, le contestó, sino que prepares un banquete al cual convoques á todos los personajes ilustres de la India». –«Nada es en verdad lo que solicitas», repuso el rey, y en seguida comenzó á hacer los preparativos para el banquete, al cual concurrieron todos los grandes de la India. Después que hubieron comido y bebido opíparamente, suplicó el médico al rey que impusiera silencio porque iba á referir un cuento. Quedando todos callados, contó todo cuanto le había sucedido pero sin descubrirse como protagonista, hasta que al llegar al punto en que la joven se había convertido en médico, se declaró diciendo: –«Yo soy la joven y la esposa del príncipe, pero no lo herí yo, sino mi hermana». Al oír estas palabras el príncipe la abrazó y le dijo: –«Tú eres mi esposa». A seguida se celebraron las bodas y los coronaron.

El medio hombre

Erased una mujer que no tenía sucesión, y cuéntase que cierto día invocó con insistencia á Dios en estos términos: –«Dios mío, dame un hijo, aunque sea *medio*». Dios la escuchó y le concedió un hijo medio, que tenía media cabeza, una pierna, una mano, medio tronco y media nariz. Como era de tal conformidad, lo guardaban metido siempre en casa, sin enviarlo á la escuela ni dedicarlo á ningún oficio.

Un día dijo á su madre: –«Madre, ¿por qué no me das un hacha y un burro, y me iré á cortar leña?» –«¿Cómo has de poder tú, hijo mío, le contestó, cortar leña siendo medio hombre?» Mas como insistiera, accedió la madre, y le dio el hacha y el burro, y se fué á cortar leña, que trajo á casa. Pasó cierto día por debajo del palacio del la hija del rey, derecho con la pierna sobre el burro, y al verlo la princesa, se echó á reír, y llamó á sus doncellas para que lo vieses! –«Venid, gritó, que veréis al medio hombre». Así que lo vieron, se desternillaron de risa. Al pasar se le cayó el hacha, y pensando, se decía: «si bajaré, si no bajaré á cogerla». Al fin no se bajó y dejó en tierra el hacha.

Entonces dijo la hija del rey á sus doncellas: –«Mirad: al medio hombre se le ha caído el hacha, y no se ha bajado á cogerla». Anduvo un poco más adelante, y se le cayó la cuerda. De nuevo pensó: «si bajaré, si no bajaré á coger la cuerda;» tampoco quiso bajar, y la dejó en tierra. Llamó

otra vez la princesa á las doncellas, diciéndoles: –«Mirad: al medio hombre se le ha caído la cuerda, y no se ha bajado á cogerla». Llegó por fin al sitio donde cortaba la leña, y se echó á pensar cómo la cortaría. Había cerca de aquel punto un lago, y mientras discurría, vió un pez que nadaba. Echó la red y lo cogió. Cuando lo tuvo en su poder, le dijo el pez: –«Suéltame y te enseñaré un arte con el cual sucederá aquello que tú quieras». El medio hombre le replicó: –«Si me cargas de leña el burro, creeré lo que me dices». Entonces habló el pez así: –«Primero por mandato de Dios y después del pez, que el burro quede cargado de leña». Y sucedió así. Al ver esto el medio hombre dijo al pez que le enseñara esa arte, y lo soltaría. Accedió él y le habló así: –«Has de decir: primero por mandato de Dios y después del pez, que se convierta en tal cosa lo que quieras, y cuando acabes de decir estas palabras, se convertirá».

Soltó entonces el pez, y tomando el burro cargado de leña se volvió á su casa. Tuvo que pasar por debajo del palacio, y al verlo la princesa llamó á sus doncellas: –«¡Venid luego á ver al medio hombre que vuelve con el burro cargado de leña, sin haber llevado el hacha!» Riéronse todas ellas, y al ver que se le burlaban, dijo en su interior: –«¡Primero por mandato de Dios y después del pez, que quede en cinta la princesa!» Y al punto quedó embarazada. Cuando llegó el tiempo de parir, tuvo un hijo sin saber de quién ni cómo. Cogióla su padre y la interrogó, mas ella contestó: –«No sé de dónde me viene esto, porque jamás me he tratado con nadie».

Crecido que hubo el niño, reunió el rey todos los hombres de aquella ciudad, y dándole una manzana, le dijo: –«Toma esta manzana y dásela á tu padre». Estando jugando el niño con ella, se le rayó y rodando fué á parar á un rincón. Al cogerla levantó la cabeza y vió al medio hombre, y le dijo: –«Toma la manzana». Prendieron entonces al medio hombre y lo presentaron al rey, quien se expresó indignado en estos términos: –«Puesto que tal cosa hizo este hombre deforme, es preciso que matemos á todos, á él, á la princesa y al niño». Admirado el tribunal repuso: –«Lo que dices, Señor, es injusto, porque la princesa es tu hija; manda construir un tonel de hierro, y metes dentro los tres, dándoles únicamente una sarta de higos, para que no muera en seguida el niño». Este discurso agradó al rey, quien mandó hacer el tonel, y metiendo á los tres, ordenó lo arrojasen al mar.

Así que estuvieron dentro del tonel, dijo la princesa al medio hombre:

–«Yo te he visto alguna vez; dime ¿por qué nos condenan á este martirio?»

–«Dame un higo, le respondió, y después te lo diré».

Dióle la princesa un higo de los que tenía para el niño, y habló así el medio hombre:

–«¿No recuerdas que al pasar yo por debajo de tu palacio, te reíste verme porque se me cayeron el hacha y la cuerda?» Recuerdo» contestó la princesa.

–«Pues bien: yo sé cierta palabra, y cuando la digo, sucede aquello que deseo; la dije, y quedaste en cinta».

–«Puesto que sabes esa palabra por medio de la cual sucede lo que quieres, replicó la princesa, díla ahora para que salgamos desde este tonel á tierra».

–«Dame un higo y la diré».

Dióle otro higo la princesa, y dijo él en su interior:

«Primero por mandato de Dios y después del pez, que salga á tierra el tonel, que se rompa y quedemos libres».

Sucedió así al momento, pero al salir les cogió la lluvia, y entonces le dijo la princesa:

–«Di otra palabra para que aparezca algún cubierto y no nos mojemos».

–«Dame un higo y la diré».

Dióselo y repitió la palabra, apareciendo al instante un cubierto bajo el cual se sentaron.

De nuevo habló la princesa:

–«Bien has hecho esto; pero di todavía otra palabra para que aparezca una gran casa con todo lo necesario para que podamos vivir en ella».

–«Dame un higo y la diré».

Dióselo la princesa y dijo él en su interior: «Primero por mandato de Dios y después del pez, que aparezca un palacio con todo lo necesario para que podamos vivir en él».

Al momento apareció un palacio con muchas riquezas y fijaron en él su residencia.

Un día que, según costumbre, salió el rey de cacería, divisó á lo lejos el palacio y envió dos criados diciéndoles:

–«Tomad estas perdices y guisadlas en aquel palacio y haceos cargo de él, porque tantas veces como he salido de caza, jamás lo he visto».

Los criados, luego que hubo hablado el rey, tomando las perdices se dirigieron al palacio, y así que llegaron, les preguntó la puerta –«¿Qué queréis?» Ellos contestaron: –«Nos ha enviado el rey para que guisemos unas

perdices». Entonces replicó la puerta: –«Preguntaré á mi señora». Luego la puerta habló á otra interior, y ésta á otra, así de puerta en puerta dieron parte á la señora, la cual mandó que entrasen. Al momento abriéronse las puertas por sí solas y entraron los criados, quienes quedaron asombrados al oír á las piedras y la maderas que les decían: –«¡Bien venidos seáis!» Dirigiéronse á la cocina, y como se preguntaran dónde hallarían leña, contestó ésta –«aquí estoy». Un criado dijo: –«¡no tenemos sal ni manteca!» y al punto gritaron: –«aquí nos tenéis». Cuando tuvieron todo lo necesario, pusieron las perdices al fuego, y mientras miraban las bellezas del palacio, se quemaron las perdices, y al apercibirse discurrían sentados cómo lo dirían al rey. Por fin acordaron ir y decirle todo cuanto habían visto. El rey no les dio crédito, y envió otros criados, á quienes sucedió lo mismo. Entonces decidió ir solo, y al llegar delante de la puerta quedó admirado oyendo que la puerta le decía: –«¡Bien venido seas!» Penetró más al interior, y todas las piedras y maderas le repetían: –«¡Bien venido!»

Sabiendo la princesa que había ido el rey, salió á recibirlo, pero sin manifestarse, diciéndole: –«¡Os suplico, señor, que os dignéis comer en nuestra humilde casa!» El rey aceptó con mucho gusto! tomó asiento. Fué la princesa á encontrar al medio hombre que se hallaba oculto por temor al rey, y le dijo: –«He suplicado al rey que coma en nuestra casa; ahora, pues, di una palabra para que aparezca una mesa con toda clase de manjares servida por doncellas, y con danzantes é instrumentos músicos». El medio hombre le contestó –«Dame un higo y la diré». Dióselo, y dicha la palabra de otras veces apareció

la mesa. Luego que, sentados la princesa y el rey, comieron y bebieron, comenzaron los instrumentos á tocar tan bien, a admirado él, dijo: -«¡Yo siendo rey no tengo tales instrumentos mi palacio!» Después bailaron los danzantes, y nuevamente asombrado dijo á la princesa: -«Yo, rey, no tengo tales cosas en mi palacio, y quiero me digas cómo las adquiriste». Respondióle que su padre se las había dejado en herencia.

Retiróse un momento la princesa, y llegándose al cuarto donde estaba el medio hombre, le dijo: -«Todavía te suplico que digas una palabra para que se introduzca una cuchara en la bota del rey». -«Dame un higo, le contestó, y entonces la diré».

Dióselo, dijo él la palabra, y en el mismo instante se introdujo la cuchara en la bota del rey. Al terminar la comida se levantó en actitud de marcharse, mas la princesa le detuvo diciéndole: -«Esperad, paréceme que me falta alguna cosa!» -«No, repuso el rey, no somos ni yo ni mis criados de esa condición». Entonces gritó la princesa: -«¿Estáis ahí todos los pucheros?» -«Todos», contestaron. -«¿Todas las cazuelas?» -«Todas», contestaron las cazuelas». -«¿Todas las cucharas? La que se hallaba en la bota del rey exclamó: -«Yo estoy aquí, dentro de la bota del rey». Entonces le dijo la princesa: -«¡Yo os he recibido en mi casa, os he proporcionado mesa y hecho tanto obsequio, y vos en cambio me tomáis la cuchara!» El rey le contestó que reprensión era injusta, y que alguien se la había metido en la bota. -«También á mí, continuó la princesa, me pusiste injustamente en el tonel con el medio hombre, sin haberlo conocido en toda mi vida, y ahora está en este palacio.

Quedóse el rey atónito durante mucho rato, sin poder articular ni una palabra. La princesa le presentó el medio hombre, quien le refirió cuanto había hecho. Después vuelto el rey á su palacio en compañía de ambos, casó á su hija con el Gran Visir, y al medio hombre lo nombró jefe de la guardia real dándole por mujer una esclava.

La serpiente, el perro y la gata

Vivía una pobre viuda con su único hijo, y estaban en tan deplorable situación que ni siquiera tenían pan para comer. Un día salió el hijo á coger oleandro, que vendió por dos paras⁵; y al volverse hacia casa encontró unos muchachos que mataban una serpiente, y les dijo: –«¡Tomad una para y no la matéis!» Tomaron la moneda y dejaron viva la serpiente, que le siguió. Al llegar á casa refirió á su madre lo que había hecho, y ella le reprendió diciéndole: –«Yo tal envío á que traigas paras para comer, y me traes serpientes». –«Que se esté con nosotros, madre, contestó; de algo nos servirá». Cogió otro día también oleandro, lo vendió, y al volverse vio unos chicos que iban á matar un perro, y les dijo: –«Tomad una para y no lo matéis». Tomaron la moneda y dejaron el perro, que también le siguió. Contó lo sucedido á su madre, que le reprendió como la primera vez. Cogió de nuevo yerba, la vendió, y al volver encontró unos muchachos en actitud de matar una gata, y les dijo: –«No la matéis y os daré una para». Dióles la moneda y soltaron la gata: Así que llegó á casa refirió á su madre lo que había hecho, y ella le reprendió diciéndole: –«Yo te envío á que traigas paras para comer pan, y tú me traes perros, gatas y serpientes». –«Deja, madre, contestó, de algo nos servirán».

⁵ Moneda turca equivalente á céntimo y medio.

Cierto día le habló la serpiente en estos términos: –«Si me llevas á mi madre y á mi padre y no tomas de ellos ni una piastra ni un ducado, sino pides solamente un sello que lleva mi padre en su mano, obtendrás con él un gran bien». Llevó-la como deseaba y dijo la serpiente á su padre: –«Este joven me ha librado de la muerte. Su padre dijo al joven: –«¿Qué quieres que te dé por el bien que has hecho á mi hijo?» –«No quiero, contestó, ni piastras, ni ducados, solamente deseo el sello que tienes en tu mano». El padre le replicó: –«Me pides una cosa muy grande, y no puedo dártela». Entonces hizo la serpiente como que se volvía con el joven, diciendo á su padre: –«Puesto que te niegas á dar el sello al que me libró de la muerte, me voy tras él porque le debo la vida». Al ver su actitud el padre dió el sello al joven y le dijo: –«Cuando necesites alguna cosa, comprimes el sello y acudirá un negro, al cual mandas lo que deseas, y te lo hará». Volvióse á su casa y su madre al verlo exclamó: –«¿Qué comeremos, cariño mío?» –«Vé á la alacena y encontrarás pan», le contestó. –«Pero, hijo mío, yo sé que la alacena no contiene pan, y me dices que vaya y hallaré». –«Entra donde te digo, y encontrarás». Mientras se dirigía hacia la alacena, comprimió el joven el sello, comparció el negro diciéndole: –«¿Qué mandas, señor?» –«Quiero que pongas pan en la alacena». Al llegar la madre encontró abundante provisión de pan, y comió. De este modo, gracias al sello, lo pasaron bien en lo sucesivo.

Cierto día dijo el joven á su madre: –«Madre, podrías ir al rey y decirle que me dé su hija por esposa». Ella le replicó: –«¿Qué categoría tenemos, hijo mío, para que el rey nos dé su hija?» No importa, vé», le replicó. Se levantó incomodada, y puesta á presencia del rey, le dijo: –«Mi hijo desea tomar por esposa á tu hija». El rey le respondió: –«Se la daré si es capaz de hacer un palacio más grande que el mío». Volvióse

la anciana y trasmitió á su hijo la contestación del rey. Aquella misma noche volvió á comprimir el sello, y al momento compareció el negro diciéndole: -«¿Qué mandas, señor?» -«Que hagas un palacio mayor que el real». Y al instante se encontró con un soberbio palacio. Presentóse de nuevo la madre al rey, y le dijo: -«Mi hijo ha construido el palacio que encargaste». Pero el rey le contestó: -«Si es capaz de hacer un camino de oro desde su palacio al mío, entonces tendrá mi hija por esposa». Volvió la anciana á referir esto á su hijo, y éste llamó al negro encargándole que hiciera una calle toda de oro. Al levantarse al día siguiente, la encontró conforme había encargado. Fué por tercera vez su madre al rey, y le dijo -«Mi hijo ha cumplido lo que encargaste». El rey le contestó que se preparase para la boda, y lo mismo dijo á su propia hija, después de referirle cuanto había ocurrido. Alegróse la hija y pidió á su padre le diese un negro para enviarlo donde conviniera. Terminadas las bodas, se llevó el joven la princesa, y vivieron felices mucho tiempo.

Pero, por desgracia, la princesa llegó á enamorarse del negro, y una noche, aprovechando el sueño del marido, tomóle el sello y huyó negro, y con ayuda del sello construyeron un palacio cerca del mar, donde vivieron juntos. Después de la fuga se acercó la gata al joven acariciándolo, y mayando, le dijo: -«¿Qué tienes, señor? ¿Que he de tener, gata mía? Me ha sucedido lo siguiente: mientras dormía yo por la noche, el negro me robó el sello y la mujer, y escapó». -«Calla, señor, repuso la gata, yo te lo traeré: déjame el perro, para montar sobre él, y te traeré el sello». Hízolo así, y montada la gata sobre el perro, pasó el mar. Al desmontar encontró un ratón, al cual le dijo: -«Si quieres que te deje vivo, has de meter la cola en la boca del negro cuando esté dormido». Hízolo así el ratón y entonces estornudó el negro cayéndole en tierra el sello que

tenía oculto en la boca. Lo coge la gata y montando el perro, atraviesan de nuevo el mar, pero en el trayecto le dice el perro: –«Si quieres vivir, gata, déjame que vea yo también un rato el sello». –«¿Por qué quieres verlo, amigo?» Tomó el perro el sello, y contemplándola se le cayó al mar, uno de cuyos peces se lo tragó. La gata, llena de dolor, exclamó: –«¿Qué has hecho, querido? ¿Cómo he de ir al allí sin el sello? Ven, sin embargo, que te montaré». Cabalgó de nuevo dirigiéndose al sitio donde abordaban los barcos. Albergáronse en uno de ellos, cuyo capitán precisamente había cogido el mismo pez. Púsose á rozarse contra la pared del barco mayando, y al verla á capitán exclamó: –«Compañero, qué hermosa gata nos ha venido; la noche freiré en casa este pez y le echaré las entrañas para que se las coma». Fué el capitán á su casa y después de limpiar el pez, echó las tripas y cayó el sello, que se apresuró á coger la gata, y montando el perro se dirigió á su amo.

Al llegar lo encontró todavía irritado y se puso á mayar así *miau, miau*. La oyó y exclamó en seguida: –«Querida gata, ¿traes el sello?» –«Lo traigo, amo mío, le contestó; pero debes matar al perro, porque lo dejó caer al fondo del mar, y he sufrido mucho para encontrarlo, y le refirió todo cuanto había pasado. Entonces tomó el amo la escopeta para matar al perro, pero lo impidió la gata diciéndole: –«Perdónalo, ya que hemos comido juntos el pan tanto tiempo». Y lo perdonó. Tomó después el sello, lo comprimió, y compareciendo el negro, le dijo: –«Qué mandas, señor?» –«Que traigas aquí el palacio que hay junto al mar». Inmediatamente lo transportó. Entró el joven y encontrando en compañía de la princesa al criado negro, lo mató. Después tomó á su mujer y fueron felices toda su vida.

El señor Nicolás y la señora María

Vivían juntos un lobo á quien llamaban señor Nicolás, y una zorra, llamada señora María, los cuales, habiendo comprado un campo con frecuencia á cavarlo y sembrarlo. Tenían para comer el día del cuento un panal de miel y una cesta de trozos de pan, y después de levantarse se fueron á cavar el campo.

Cuando hubieron cavado un poco, apretó el hambre á la zorra, pero como le daba miedo el hablar al señor Nicolás para comer, fingió que la llamaban para ir á bautizar y gritó: –«¡Espera, espera, ya voy!, señor Nicolás le dijo: –«Me llaman para que vaya á bautizar; voy y vuelvo al momento». –«Vete, le contestó el señor Nicolás, en seguida». Fuése la señora María á donde estaban la miel y el pan, y comió hasta hartarse, volviéndose después al señor díjole éste: –«Honorable madrina, ¿cómo has llamado al niño?» –«Arquiritsi», le contestó. Siéntase la zorra, pero al cabo de un rato grita de nuevo: –«¡Espera, espera!» –«¿Quién te llama?» le pregunta Señor Nicolás. –«Me llaman para que vaya á bautizar». –«Ve, y vuelve en seguida». Fuése, se hartó otra vez y volvió al campo. Preguntóle: –«¿Qué nombre has puesto al niño?» –«Mesitsi». Sentóse de nuevo, y luego gritó: –«¡Espera, espera!» –«¿Quién vuelve á llamarte? –«Me llaman para que vaya á bautizar». –«Siempre te llaman á ti!» Es que me aprecian, señor Nicolás». –«Pues ve y vuelve pronto». Fué y se comió toda la miel y el pan que quedaban, y volviendo el panal boca abajo, regresó hacia el

señor Nicolás, quien volvió á preguntarle: –«¿Qué nombre has puesto al niño?» –«Apipocapitsi⁶», respondió.

Al cabo de un rato de estar sentados preguntó el señor Nicolás: –«¿Comemos ahora ó más tarde?» –«Comamos ahora», contestó, y fue el Nicolás en busca de la miel y el pan, encontrando sólo el panal vuelto boca abajo. Diríjese á la señora María y le dice: –«Eh, señora María, ¿te has comido tú la miel y el pan?» –«No, le respondió ella», ¿cuándo he podido comérmelos?» –«Me engañas, replicó él, tú te los has comido». –«Hombre, que no; mira, vete á ver el ganado, y entretanto los buscaré». –«Voy; pero si á mi vuelta no los encuentro, te devoraré».

Aprovechando la ausencia del lobo, la zorra se metió en un agujero. Vuelve el lobo y no encuentra ni la comida, ni la zorra; mira acá, mira acullá, y nada. Por fin vió que estaba oculta en un agujero, y en seguida con ayuda de un cayado la cogió de una pata y tiró hacia afuera. Púsose á gritar la señora zorra: –«¡Ay, querido de mi alma; la pata, la pata!» pero como seguía tirando, continuó: –«¡animal, bestia, mi pata!» Al fin el señor Nicolás, cansado de tirar, y viendo que nada conseguía, tomó el cayado y se alejó de aquel sitio, librándose así la señora María de una muerte cierta y segura.

⁶ Los tres nombres dados á los niños tienen relacion con lo que la zorra hacía, pues vienen á significar *principio*, *medio* y *fin* (Nota del Trad).

Cenio y la lamia

Vivían juntos doce hermanos, uno de los cuales se llamaba Cenio, y habiendo acordado viajar por el Extranjero, se marcharon de su país, y llegados á una ciudad fuera de su patria se albergaron en casa de la Lamia⁷. Tenía ésta doce hijas, y con el siniestro fin de escaldarlos con agua hirviendo, invitó á los jóvenes á que durmiera aquella noche con sus hijas, á quienes advirtió que se pusiesen velos negros para reconocerlas más fácilmente. Cenio, que había oído es advertencia, por la noche cuando estaban dormidas cambió de sitia las cubiertas, con lo cual sucedió que la Lamia escaldó, no á los extranjeros, sino á sus hijas. A media noche despertó Cenio á sus hermanos para marcharse antes de que la Lamia se apercibiese del engaño y los matase.

Anduvieron desde allí algunos días, al cabo de los cuales llegaron á otra ciudad, á cuyo rey se presentaron, y los admitió en calidad de criados. Cenio era el más hábil, por lo cual sus hermanos le cobraron envidia, y con ánimo de perderlo refirieron al rey que la Lamia tenía una cubierta que resplandecía de noche lo mismo que si fuera día. Entonces les preguntó el rey: -«¿A quién enviaríamos para que nos la trajera?» y los hermanos indicaron á Cenio como el más apto. Díjole el rey: -«¿Eres capaz de ir y traérmela?» -«Iré, señor», contenstó. Marchó al momento á casa de la Lamia, y á escondidas vertió toda el agua que había en la casa y le llenó la despensa de sal. Cuanto á la noche volvió de fuera la Lamia, después de

⁷ Demonio en forma de mujer (Nota del Trad).

tomar pan y sal del comedor, buscó el agua, y no encontrando, encargó á su hija menor que fuese á traerla de la fuente. Como la noche era muy oscura a pidió á su madre la cubierta para que le alumbrase por la calle. Cenio, que esperaba oculto en la fuente, le arrebató la cubierta y la llevó al rey. La joven llegó con gran dificultad á su casa querellándose con la madre porque le había tomado la cubierta dejándola á oscuras. Comprendió la Lamia que Cenio era quien se la había quitado para llevarla al rey.

Este recibió á Cenio con gran alegría, llenándolo de obsequios y colocándolo á su derecha. Por instigación de los hermanos volvió á encargarle que le trajera el caballo padre que tenía la Lamia. Levantóse y marchó con este objeto. Al ir á cogerlo, relinchó el caballo, y bajando la Lamia se apoderó de Cenio y después de bien atado lo entregó á su hija menor diciéndole: –«Enciende bien el horno y arrójalo en medio para que se caliente, mientras voy á buscar las otras lamias para comérmolos». La hija se esforzaba para arrojarlo al horno, pero Cenio fingía que no sabía entrar. –«¡De otro modo!» le decía la hija de la Lamia. –«Suéltame», replicaba él. Lo soltó, pero ni aún sabía entrar. –«¡De otro modo!» volvía ella á decirle. –«No sé, enseñame cómo he de entrar». Mientras le enseñaba, dióla un empujón arrojó al horno, donde murió abrasada.

Monta él á toda prisa el caballo y se va al rey. Entonces dijeron los hermanos que la Lamia iba á ir á devorarlo. –«¿Y qué haremos?» exclamó el rey. –«Lo mejor es, contestaron, que vaya Cenio á apoderarse de ella». En conformidad con este parecer, le mandó el rey que le trajera la Lamia viva. –«Iré, señor, dijo Cenio, pero quiero que mandes hacer una caja que cierre bien y un vestido con cascabeles. Púsose este vestido

y disfrazado de fantasma se presentó de noche en casa de la Lamia, moviéndose para hacer sonar los cascabeles. Dijo así: -«Yo soy Cazí Brulís que vengo á arrancarte el alma, y si quieres librarte, entra en esta arca». Llena de espanto la Lamia, se metió en el arca; bajóse Cenio y cerrándola bien se la llevo al rey. Dio inmediatamente el monarca orden para que la mataran, y en premio de cuanto había hecho Cenio le concedió la mano de su hija y lo declaró heredero de su reino.

El señor Lázaro y los dragones

Erase un zapatero remendón, á quien llamaban Lázaro. Cierta día que estaba trabajando, llegáronse á molestarle infinidad de moscas, é irritado les tiró una suela, con la cual mató cuarenta. Ocurriósele entonces hacerse una espada, sobre la cual grabó estas palabras: «De un golpe he matado cuarenta almas». Se marchó al Extranjero, y á dos días de distancia de su patria encontró un pozo, junto al cual se echó y se quedó dormido. En aquel paraje vivían los dragones⁸. Sucedió que uno de ellos fué á sacar agua y vió á Lázaro dormido y á su lado la espada con aquella inscripción; se volvió y lo refirió á los otros, quienes le encargaron le propusiese ser compañero suyo. Aceptó Lázaro la proposición y vivió en compañía de los dragones! Habláronle de la costumbre que tenían de ir por turno á buscar agua y leña.

Llególe á Lázaro el turno para ir por agua, para lo cual se servían los dragones de un odre en el que cabían doscientas ocas⁹ de agua. Con suma dificultad llevó el odre vacío hasta el pozo, y en la imposibilidad de transportarlo lleno del líquido se entretuvo en ahondar la tierra alrededor del pozo. Estrañando los dragones su tardanza en volver, enviaron uno de ellos para saber lo que ocurría. Llegó el comisionado al sitio y le dijo: –«¿Qué haces ahí, señor Lázaro?» –«Como no quiero,

⁸ Hombres salvajes (Nota del Trad.).

⁹ La oca equivalía a cuarenta y cuatro onzas de peso (Nota del Trad.).

contestó, venir cada día á sacar agua, llevaré de una vez todo el pozo para escusarme el volver». –«Por el nombre de Dios, le replicó, no hagas tal, Sr. Lázaro; por no morirnos de sed vendremos nosotros cuando te toque el turno».

Otro día le llegó el turno de ir por leña, y no pudiendo llevar á cuestras un árbol, como hacían los dragones, ató con cuerdas todos los árboles del bosque. Sobrevino la noche y entonces fué uno de ellos á ver qué pasaba. –«¿Qué haces ahí, Sr. Lázaro?» le dijo. –«Quiero llevar de una vez todo el bosque para evitarme el volver». –«No, Sr. Lázaro, que nos moriremos de frio; ya vendremos nosotros cuando te toque el turno». Y el dragón se cargó el árbol.

Un día convinieron los dragones en deshacerse de él, mándolo á hachazos durante la noche. Lázaro, que los había oído, tomó un tronco y lo cubrió con su capa. Por la noche golpearon á una el tronco hasta hacerlo pedazos, y cuando se hubieron dormido, arrojó fuera el tronco y se ocultó bajo la capa hasta el amanecer, en cuya hora comenzó á gritar. Al oírle los dragones le preguntaron: –«¿Qué tienes?» –«Que me pican las pulgas», contestó. Los dragones pensaban que tomaba por pulgas las heridas causadas por las hachas. Al día siguiente le preguntaron si tenía mujer é hijos, y en tal caso si quería ir á reunirse con su familia, le darían una maleta llena de ducados de oro. Lázaro les contestó que con mucho gusto, y tomó uno de ellos para que le llevase la maleta hasta su casa. Poco antes de llegar dijo á éste: –«Espera, que voy á atar á mis hijos para que no te devoren!» Llegó á su casa, y ató á sus hijos con una cuerda vieja, diciéndoles: –«Cuando veáis al dragón, gritad: ¡carne de dragón!» Así que se acercó, gritaron los hijos: –«¡Carne de dragón!» El dragón lleno de espanto tiró la carga y echó á correr.

En el camino encontró una zorra que le preguntó por qué causa corría tan azorado, y le contestó que se había librado de que lo devoraran los hijos del Sr. Lázaro. –«¿A los hijos del Sr. Lázaro has tenido miedo? dos gallinas tenían y la una me la comí ayer, y ahora voy á comerme la otra; si no lo crees, ven conmigo y lo verás». Siguióla el dragón asido á la cola. Lázaro estaba de acecho armado con una escopeta por temor á los dragones, y al ver venir á la zorra con el dragón gritó á ella: –«No te he dicho que trajeras uno, sino todos». Al oír esto el dragón tiró de la cola de la zorra con tanta fuerza que quedó muerto, y libre ya el Sr. Lázaro de los dragones, amuebló magníficamente su casa y vivió felizmente con su familia.

Juan y los dragones

Había un hombre que huyendo del bullicio del mundo se fué á vivir al desierto. Poseía algunas ovejas y vendía la leche y la lana, y se entretenía en hacer cucharas, y con el producto de todo ello compraba el sustento para él y su familia, que la componían la mujer y una hija. Hallábase la mujer en cinta, y una noche le sobrevinieron dolores del parto. Corrió el hombre al lugar más próximo en busca de parteras, y entretanto la mujer dio á luz un niño. De vuelta encontró en el camino un monge que le dijo: –«Puesto que se ha hecho tarde, te suplico me admitas esta noche en tu casa». –«Ven», le contestó. Pasó con ellos la noche, y como no tenían quien bautizara el niño, se ofreció y le puso por nombre Juan.

Trascurrido algún tiempo murieron el padre y la madre de Juan, que quedó solo con la hermana. Esta le dio una navaja que había dejado su padrino. Decidieron marcharse del pueblo, y al cuarto día encontraron en el camino un hombre que llevaba tres perros. Juan y su hermana habían sacado de su casa tres ovejas, y el hombre les propuso cambiarlas por los perros. Aceptaron, y verificado el cambio, se separaron.

Llegaron Juan y su hermana á un palacio habitado por dragones, quienes llenos de espanto al saber que había llegado Juan, cavaron cuarenta orguias¹⁰ de profundidad en la tierra y huyeron abandonando su morada. Al marchar dejaron las

¹⁰ Medida de cuatro codos (Nota del Trad).

escopetas, de las cuales se aprovechaba el joven para salir diariamente de caza. Sucedió que cierto día, mientras cazaba, se acercó al palacio uno de los dragones á hacer provisiones de boca que se les habían concluido, y al ver la hermana de Juan se asustó creyendo que estaría también el joven, pero ella le dijo: -«No tengas miedo». Acabaron por amarse, mientras Juan se hallaba ausente, entraba el dragón. Llegó ella á estar en cinta, y acercándose el momento de tener sucesión, el dragón le habló en estos términos: -«Fíngete enferma, y cuando tu hermano te pregunte qué tienes y qué te apetece, le contestas que quieres comer cerezas para curarte; te preguntará dónde las ha de encontrar, y tú le dices que están en un sitio que yo te indicaré, distante un día de aquí, donde tengo tres hermanos, y de seguro que no volverá».

Hízolo conforme le aconsejó el dragón, y á la madrugada siguiente salió Juan acompañado de los tres perros en busca de las cerezas. Al llegar al punto designado, se acercó á beber agua de la fuente que había en el jardín, y se quedó dormido. Bajaron al momento los dragones para devorarlo, pero los perros arrojándose sobre ellos los despedazaron y cavando una fosa con sus uñas los sepultaron para que no los viera su amo. Al despertar Juan observa que los perros estaban ensangrentados, y creyendo que habían encontrado caza los reprendió por no habérsela traído. Tomó después las cerezas del jardín y se volvió á su hermana. Las comió y fingió que curaba.

Estando otro día Juan de caza, entró el dragón y le dijo: -«Fíngete otra vez enferma, y dile que deseas comer membrillos que están á dos días de distancia, en cuyo punto morirá indefectiblemente porque allí tengo seis hermanos». Hízose de nuevo la enferma y al otro día lo habló á su hermano

acerca de los membrillos. Fué Juan en busca de ellos, acompañado de los tres perros. Cuando llegó al jardín se recostó y quedó dormido, y al verlo los dragones, corrieron tres de ellos para devorarlo, pero los perros los descuartizaron; corrieron después los tres restantes, obteniendo igual suerte, y á todos seis los enterraron con sus uñas los perros. Levantóse entonces su amo, y viéndolos ensangrentados supuso otra vez que habían encontrado caza, y los reprendió por haberla abandonado. Después cogió los membrillos y los llevó á su hermana. Esta los comió y fingió que se había curado.

Díjole por tercera vez el dragón: –«Fíngete de nuevo enferma y dile que necesitas para curarte comer unas peras que están á tres días de distancia, y de allí te aseguro que no volverá porque hay nueve hermanos míos con tres cabezas cada uno». Hízolo así y Juan salió en busca de las peras, acompañado de los tres perros. Al llegar al jardín se quedó dormido: bajaron tres dragones á devorarlo, mas como los perros los destrozaran, bajaron á la vez los otros seis, y lucharon con los perros largo rato. Con el ruido despertó Juan, y mató á los dragones, y comprendió cuán injustamente había reprendido á sus leales perros las otras dos veces. Subió entonces al palacio y libertó las personas que tenían aprisionadas los dragones. Entre ellas había una princesa, la cual le prometió hacerle su esposo, más él se excusó diciendo: –«Por el favor que te he hecho sólo te pido que recibas en tu palacio á cualquier cojo ó impedido que se te acerque». Respondióle la princesa que lo haría y le dio una sortija por recuerdo de gratitud. Cogió Juan después unas cuantas peras y las llevó á su hermana, que las comió y fingió curarse.

Entró otro día el dragón y dijo á la hermana de Juan: –«Vamos á perecer sin remedio, porque dentro algunos días

tendrás un hijo y entonces nos cogerá y nos matará á los dos: pregúntale, pues, en qué estriba su fuerza y lo mataremos. Regresó de caza su hermano y hecha por ella la pregunta, le contestó que toda su fuerza dependía de dos dedos, y que faltándole éstos, la perdería por completo. –«No te creo si no me lo pruebas», respondió ella. Le ató los dedos con un hilo y quedó desmayado. Entonces llamó al dragón, y entrando éste, le sacaron los ojos, que dieron á comer á los perros, y lo arrojaron á un pozo seco¹¹.

Acertaron á pasar por cerca de aquel sitio unos caminantes, y como oyeran sus gritos le preguntaron quién era, y él les contesté que era hombre dotado de virtud divina y les suplicó lo sacasen del pozo. Sacáronlo y les pidió que lo llevasen al reino de aquel monarca, á cuya hija había librado de la esclavitud, prometiendo recompensarles bien su trabajo. Al llegar al palacio solicitó una entrevista con la princesa. Esta no lo reconoció hasta que vió la sortija y entonces lo hizo entrar. Refirió el ciego cuanto le había acontecido, é inmediatamente la princesa convocó á todas las magas para que por medio de artificios averiguaran dónde estaban los ojos que habían arrancado á aquel hombre. Una de las magas dijo que ella sabía el medio de curarlo, y marchando al palacio donde habitaban la hermana y el dragón, dió á comer una yerba á los perros, los cuales arrojaron los ojos, y volviéndose los puso á Juan, quien recobró al instante la vista.

Después fué Juan á su palacio y mató á su hermana y al dragón, y volviéndose en compañía de los perros, se casó con la princesa viviendo felizmente el resto de sus días.

¹¹ Es notable la analogía de éste hecho ficticio con el hecho real ocurrido á Sansón con la infame Dálila, que refiere la Sagrada Escritura (Nota del Trad.).

El león, el tigre y el águila

Un rey tenía tres hijas y tres hijos. Llegó la hora de su muerte, y llamando á éstos, les habló así: –«Yo, hijos míos, voy á morir, pero os encargo que cuidéis de casar á vuestras hermanas, y después os caséis también vosotros. Y á ti, continuó señalando al menor, te guardo una diablesa en la cámara de cristal, para que te cases con ella después de todos tus hermanos». Dióles algunos otros consejos más y murió. Siguió al cabo de unos días la reina, y los hijos quedaron huérfanos.

Pasado cierto tiempo, llegó y llamó á la puerta el león. –«¿Quién es?» gritaron las infantas. –«Soy el león, respondió, que vengo á tomar por esposa á vuestra hermana mayor». –«¿Cuánto dista tu casa?» –«Para mí cinco días, y para vosotras cinco años». –«¡Cinco años! exclamaron, no damos nuestra hermana; si llegara á enfermar ¿cómo iríamos á verla?» Pero el hermano menor la tomó de la mano y la entregó al león. –«Vete donde te lleva tu destino», le dijo. Abrazáronse y tomándola el león se fué con ella. Otro día llegó el tigre y llamó á la puerta.

–«¿Qué quieres?» le preguntaron.

Deseo tomar por mujer vuestra hermana mediana».

–«¿Cuánto dista tu casa?»

Para mí diez días, y para vosotras diez años».

–«¡Diez años! No damos nuestra hermana».

Pero el pequeño la tomó y la entregó al tigre, como había hecho con el león.

Otro día llegó el águila y llamó á la puerta; y preguntándole quién era respondió: –«Yo soy el águila que vengo á tomar por mujer vuestra hermana menor». Preguntáronle también si estaba lejos su casa, y les contestó: –«Para mí quince días, pero para vosotras quince años». –«Pues no te damos nuestra hermana: la una la dimos á cinco años, la otra á diez, ¿y ahora habíamos de dar ésta á quince años de distancia?» Pero el pequeño tomóla también de la mano y se la entregó al águila.

Casáronse después los hermanos mayor y mediano por este orden, y entonces el menor abrió la cámara de cristal para tomar la diablesa. Pero se le escapó al momento por los aires diciéndole: –«Si quieres encontrarme has de hacer una larga vara y unas botas de hierro, y vienes á los frondosos valles, á los mares tranquilos, á las montañas de mármol, á los campos de cristal». Preparó la vara y las botas de hierro y se fué á encontrarla, mas después de andar cinco años dió con la casa de su hermana mayor, y se sentó á descansar en el banco de piedra que había en la parte exterior. Salió al cabo de un rato la sirvienta á llenar de agua una botella y á la vuelta le pidió de beber. Al principio se negó, pero después de muchas instancias accedió, y al beber echó el joven su sortija dentro de la botella. Llevó la muchacha el agua á su señora, la cual, al ver la sortija, comprendió que había llegado su hermano. –«¿A quién has dado agua?» le preguntó. –«A nadie, señora», contestó. “No te asustes, dime quién es». –«Pues es un viajero que está sentado en el banco de afuera, y como me pidió de beber, no pude negarme». –«Vé á decirle que entre». Así que entró, se abrazaron tiernamente, y la hermana le preguntó: –«¿Cómo has venido aquí?» El le manifestó cuanto le había

ocurrido. Estando en ameno coloquio, oyeron que llegaba el león. –«Te ocultaré, dijo ella, para que no te devore». Dióle un soplo, y convertido en escoba, lo colocó en la puerta. Al llegar el león exclamó: –«Sangre real se percibe». –«Como atravie-sas caminos reales por eso percibes sangre real». Después de comer le preguntó la princesa: –«Si viniera aquí mi hermano mayor ¿qué le harías?

–«Lo destrozaría».

–«Y si viniera el mediano?»

–«Lo haría trizas».

–«Y si viniera el menor?»

–«Lo besaría!»

–«Pues ha venido».

–«¿Ha venido y me lo ocultas?»

Entonces tomó ella la escoba, dio otro soplo, y se convirtió de nuevo en su hermano. El león lo colmó de besos y abrazos y le preguntó la causa de su venida. Entonces le refirió cuanto había pasado, y le preguntó si sabía dónde estaban los frondosos valles, los mares tranquilos, las montañas de mármol, los campos de cristal.

–«No lo sé, contestó el león, pero mañana reuniré todos los animales, y tal vez alguno nos dé razón». Convocó el día siguiente á todos los animales, pero ninguno de ellos lo sabía.

Marchó desde allí en busca de los frondosos valles, y al cabo de otros cinco años llegó á casa de la hermana mediana; sentóse también en el banco de piedra y al volver la muchacha de sacar agua le suplicó le permitiera beber de la botella. Echó la sortija en el fondo y al verla la señora comprendió que era el anillo de su hermano y envió á llamarlo. Cuando hubo entrado, se abrazaron y preguntóle su hermana: –«¿Cómo has venido hasta aquí?» Después que refirió él

todos sus sufrimientos, oyeron que venía el tigre; y echándole un soplo lo convirtió en badila para que el tigre no lo devorara. Al entrar éste, dijo: –«Sangre real se percibe».

–«Atraviesas caminos reales, y por eso percibes sangre real».

–«¿Si viniera mi hermano mayor, continuó ella, qué le harías?»

–«Lo destrozaría».

–«¿Y si viniera el mediano?»

–«Lo haría trozos menudos».

–«¿Y si fuera el menor?»

–«Lo tendría como hermano».

–«Pues ha venido, y temiendo que lo devoraras, lo oculté».

Soplóle de nuevo y lo convirtió en hombre. Entonces lo abrazó el tigre y le preguntó: –«¿Qué te ha traído aquí?» El joven le replica que iba en busca de los frondosos valles. –«No sé, respondió el tigre, dónde están, pero mañana llamaré á todas las fieras y puede que alguna lo sepa». Al día siguiente las reunió pero ninguna lo sabía.

Marchó de allí y fué á la hermana menor que estaba otros cinco años de distancia. Sentóse también en el banco de piedra, y al ir la criada á buscar agua le suplicó le dejara beber, y echó la sortija al fondo de la botella. Cuando la princesa vió la sortija comprendió que había llegado su hermano y envió á la muchacha á llamarlo. Así que entró se abrazaron y besaron, y le preguntó: –«¿Por qué has venido?» y él refirió sus penas. Llegó en esto el águila y le hizo la misma pregunta. Contestó manifestando el objeto de su viaje, que no era otro que dar con los frondosos valles. –«Yo no sé donde se hallan, respondió el águila, pero mañana reuniré todas las aves y quizá alguna lo sepa». Al día siguiente, reunidas todas

las aves, les preguntó el águila si lo sabían. –«Nosotras lo ignoramos, contestaron, pero falta un azor lisiado y quizá él lo sepa». Y así era, en efecto; de modo que así que llegó, le dijo el águila: –«Conduce á este hombre á los frondosos valles». –«Con mucho gusto», contestó el azor. Llegaron, y allí encontró la que había de ser su mujer, que estaba con otras diablasas, y tomándola la llevó á su palacio y se desposaron.

El hermano menor que libró á su hermana del poder del dragón

Un rey tenía tres hijos y una hija. En la parte baja de su palacio había un hermoso jardín, al que nunca iba la hija por temor de que la cogiera el dragón. Un día, por desgracia, la tomó de la mano su hermano menor y bajaron juntos; y apenas hubieron llegado, acudió el dragón y levantándola en el aire la llevó á un monte tan elevado que nadie podía subir á él. Al tener el rey noticia de este hecho, mandó enlutar todo el palacio, y no quiso celebrar ningún consejo, encomendando todos los asuntos del Reino al ministro. Hermano menor, considerándose culpable del rapto, dudaba entre ir á rescatarla ó suicidarse; pero su padre, que lo amaba más que á los hijos mayores, trató de impedir su intento. Decidióse al fin por el rescate, y una mañana se dirigió á la montaña, pero bien pronto hubo de convencerse de que era insuperable. Ocupado en esta triste idea, vió que reñían dos serpientes, una blanca y otra negra, y que ésta estaba á punto de matar la blanca. Mató entonces la negra, la blanca le dijo: «¿Qué quieres en pago de la gracia que me has hecho?» –«No quiero otra cosa, le contestó el hijo del rey, sino que me subas á esta montaña». –«Agárrate á mi cola», repuso la serpiente. Y asido á su cola lo subió á la cima de la montaña, y después se marchó.

Encontró el hijo del rey un pastor que apacentaba las ovejas dragón, y ajustándose con él, entró á servirle como

criado, vistiendo también el traje de pastor. Cada semana lo enviaba el amo por pan á la vivienda del dragón. Encontró un día sola á su hermana y le dijo: –«Yo soy tu hermano y he venido á libertarte». –«¿Y cómo viniste aquí? ¿No tuviste miedo de que te devorase el dragón? Ocúltate porque puede llegar y verte; pero te advierto que es imposible que salgamos de aquí, pues tiene los cuartos llenos de princesas, que ha hecho sus esclavas, y además no podríamos bajar la montaña, y no comprendo cómo has subido tú cuando ni los pájaros suben». –«Me así á la cola de una serpiente, y así pude subir. Mira, luego que llegue el dragón pregúntale en qué estriba su fuerza, y cuando vuelva mañana me lo dices».

Por la noche hizo esta pregunta la hija del rey, y el dragón contestó que tenía en su cabeza tres cabellos de oro con los cuales abría una sala, donde había tres palomas: si mataban una, él enfermaría; si dos, se agravaría, y si las tres, moriría. Se lo refirió al día siguiente á su hermano, quien le dijo: –«A la noche cuando le quites los piojos, tomas una tijera, le cortas los cabellos de oro sin que se aperciba y matas las palomas para que reviente». Esperó la hija del rey que el dragón durmiera, le cortó los cabellos, y abriendo la mató las palomas, y en el mismo instante murió el dragón. Así que hubo espirado abrieron los cuartos, y libertaron todas las personas que estaban allí esclavizadas, y entre ellas tres princesas que llevaron consigo. Cuando llegaron á la cúspide de la montaña divisaron á sus hermanos que lo aguardaban al pié de ella. Puso pendientes los cabellos del dragón, y primero suspendió á su hermana, y después á la mayor de las princesas, gritando al mismo tiempo; –«Ésta es la mujer de mi hermano mayor». Suspendió á continuación la mediana, gritando: –«Ésta es la mujer del mediano», y después suspendió la menor, diciendo

que era la suya. Al ver los hermanos que la menor era la más hermosa, dominados por la envidia, cortaron los cabellos dejándolo arriba en el monte.

Lleno de tristeza se volvió al palacio del dragón y se entretuvo en recorrer las salas. En una vió, tendido sobre verde alfombra, un lebrel de terciopelo que perseguía una liebre también de terciopelo; en otra un cántaro de oro que vertía el agua sobre un aguamanil también de oro, y en otra una gallina de oro con pollos de oro también. Después á las cuabras, y en una de ellas vio tres caballos con alas oro, uno azul, otro rojo y otro verde, que le dijeron: -«¿Qué bien hemos de hacerte por habernos abierto la puerta?» -«No quiero otra cosa, los contestó, sino que me saquéis de esta montaña». -«Móntame, repuso el verde, y así que hubo montado, atravesó la montaña lo bajó al campo. Habíanle dado los tres caballos sendos de oro diciéndole: -«cuando nos necesites, quemas uno de ellos y al instante acudiremos». Dejó pasar algunos días, después de los cuales se dirigió á la capital, donde residía el rey su padre, con una verija sobrepuesta en la cabeza, con lo cual las gentes lo tomaron como un tiñoso, y en esta forma entró de criado en casa de un orífice. Cuando los dos hijos mayores, la hija y las tres princesas llegaron á palacio, el rey les preguntó por el hijo menor, y aquellos le contestaron que había muerto. El mayor instaba á la mayor de las princesas á casarse con él, mas la princesa no accedía sino á condición de que le proporcionase el lebrel de terciopelo persiguiendo la liebre, que había tenido en el palacio del dragón. El rey dió una proclama que se presentase el que se creyese capaz de traer este objeto. Entonces el tiñoso dijo á su amo el orífice, que si le permitía iría á buscarlo y lo presentaría al rey; y logrado el permiso pidió una oca de buen vino y otra de castañas cocidas y se encerró

en una sala. Expiaba el amo por el ojo de la cerradura, pero cansado de ver que su criado no hacía otra cosa que comerse las castañas y beberse el vino, se retiró á dormir. Al rayar el día quemó el tiñoso el pelo azul y acudió el caballo de este color. –«¿Qué me quieres?» le preguntó. –«Quiero, contestó, que me traigas el lebrel con la liebre». Inmediatamente se lo trajo, y á la madrugada lo entregó al orífine, que le mandó llevarlo al rey, que le cargó de florines y los entregó el amo. Celebróse la boda el domingo y todos salieron al campo á divertirse. Aprovechando el joven la ausencia del maestro quemó otro pelo y al momento acudió el caballo verde trayéndole un hermoso caballo de este color. Montó el caballo y se dirigió al campo para tomar parte en la fiesta. Pasado mucho rato y disponiéndose la gente para volver, se precipitaron para cogerlo, pero él sembró el camino de piastras, y florines y corrió al taller, donde de nuevo se puso la vejiga sobre la cabeza.

El hermano mediano quería casarse el domingo siguiente con la segunda de las princesas, pero ella dijo que no se casaba si no le traían el cántaro y el aguamanil de oro que tenía en el palacio del dragón. Requirió el rey de todos los orífices si podrían traerle estos objetos, y de nuevo se ofreció el tiñoso á proporcionarlos pidiendo su amo dos ocas de castañas y otras dos de vino, y comiendo y bebiendo pasó basta la madrugada, en cuya hora quemó otro pelo, y acudió el caballo rojo, al cual encargó le trajera el cántaro y ni aguamanil de oro. Trájoslos al momento y el tiñoso los presentó al rey, quien volvió á cargarle de florines. Celebróse en el campo la segunda boda, donde también se presentó el tiñoso con hermoso traje rojo. Al volverse querían echarle mano, pero se salvó arrojando florines al suelo.

El hermano menor que libró a su hermana del poder del dragón

Un hermano del rey quería casarse el domingo siguiente con la princesa menor, pero ella se negó diciendo que no se casaba si no le traían la gallina con los pollos de oro. De nuevo los proporcionó el tiñoso, y el domingo se dirigieron al campo á celebrar la boda. Fué también el joven vestido de blanco montando el caballo azul y cuando estaban divirtiéndose se arrojó del caballo y mató á su tío. Llevado preso á presencia del rey y preguntado por éste por qué causa lo había matado, el joven se descubrió á su padre refiriéndole cuanto le había sucedido. Al oírlo el rey, mandó matar los dos hijos mayores, y dióle en matrimonio la princesa menor, viviendo entrambos muy felices.

El convenio con el barbilampiño

Erase un padre con tres hijos, el menor de ellos cojo. Al morir el padre, les encargó que nunca fueran de camino con barbilampiño ni con cojo. –«Bien está, señor», le contestaron los hijos. Luego de ocurrida su muerte, salió el mayor de viaje, y en el camino, á corta distancia de su casa, encontró un barbilampiño que le preguntó:

–«¿Dónde vas, querido?»

–«Voy de viaje» le contestó.

–«¿Quieres llevarme contigo?»

–«No, no te llevo, porque el padre nos dejó al morir la orden de no viajar con barbilampiño».

Va más lejos y encuentra otro, al cual dio la misma respuesta. Sigue andando y encuentra otro que también le pregunta:

–«¿Dónde vas, querido?»

–«¡De viaje!»

–«¿No quieres llevarme! contigo?»

Entonces reflexionó: –«Todos los que encuentro son barbilampiños, aún puedo hallar otros; lo tomaré». Por fin le contesta: –«¡Bueno, vayamos juntos!» En el camino pactaron que si se enfadaba uno de los dos, el otro le cortaría un trozo de la espalda. Al poco rato el barbilampiño le da un pan diciéndole: «Aquí tienes este pan para que comas y des al perro y lo lloves entero». El le replica: «¿A caso es posible que coma

yo, dé al perro y el pan, quede entero?» —«¿Ves, ves, replica el barbilampiño, cómo te has enfadado?» Y parándosele le corto carne de la espalda, y el otro se marchó irritado.

Igual suerte tuvo el hermano mediano, por no seguir el consejo su padre. Marchó después el cojo, que era el menor, pero el más astuto de los tres. Lo mismo que sus hermanos, encontró en su viaje barbilampiños y pactó igual convenio con el tercero. Este le dió también un pan, diciéndole: —«Aquí tienes un pan para que comas tú, des á mi perro y lo llesves entero». ¿Qué hace el muy ladino? Se va al rebaño que apacentaba el barbilampiño, mata un cordero, lo asa y se lo come, y después coge el perro y lo mata. Acertó á pasar por allí una carreta tirada por bueyes enfermizos, uno de ellos á punto de morir, los cambió con dos del rebaño, y matando otro, convidó á comerlo á los dueños de la carreta. Al ver más tarde el barbilampiño que le faltaba un buey, no se atrevió á quejarse, mas como el cojo repitiera el hecho muchas veces, al fin no pudo contenerse y le dijo: —«¿Qué se han hecho los bueyes que me faltan?» Respondióle el cojo: Según el convenio que hicimos, no puedes quejarte; ahora, pues, levántate para que te saque un trozo de carne de la espalda». Cortóle la carne, se apoderó de las riquezas del barbilampiño, y se volvió contento y ufano á su casa.

El cuchillo de degüello, el asperón y el cirio rígido

Erase un hombre rico con una hija, la cual tenía la costumbre de sentarse á bordar en la ventana. Cierta día que estaba bordando, paso un pájaro y le dijo estas palabras: –«¿Por qué bordas y doras la tela, si te has de casar con un muerto?» La joven fué á encontrar á su padre y le contó llorando lo que le había dicho el pájaro. Su padre la tranquilizó contestando: –«¡Déjalo decir, al fin es un pájaro!» Pero el pájaro repitió varias veces la visita diciéndole las mismas palabras, y ella iba á consolarse con su padre.

Un día que estaba jugando fuera de casa con otras jóvenes de su edad, les cogió un fuerte aguacero y hubieron de guarecerse bajo el tejado de otra casa, y como se abriera la puerta, se entró y en seguida se cerró la puerta por sí misma. Al verse sola recorrió las salas de la casa, y en una de ellas vió un príncipe muerto que tenía en la mano derecha un billete concebido en estos términos: –«Si alguna persona llega aquí y permanece sentada sin dormir tres semanas, tres días y tres horas, yo resucitaré; y por gratitud, si es hombre, lo haré mi visir, y si es mujer, la tomaré por esposa». Después de leer estas palabras, permaneció sentada y sin dormir tres semanas y tres días, tras los cuales, viendo que pasaba por la calle una gitana, la hizo subir por la ventana, y le dijo: –«Siéntate en mi puesto dos horas, porque estoy rendida de sueño, y pasadas que sean me despiertas». Fuése á dormir, pero la gitana no la despertó y se quedó sola las tres horas. Entonces resucitó el

príncipe y al ver la gitana, le dijo: –«Tú eres mi esposa». La gitana le contestó: –«Coge aquella que duerme, y destínala á cuidar los gansos». Así lo hizo.

Un día recibió el príncipe aviso para ir á la guerra, y llamando su mujer le preguntó qué deseaba le trajese á la vuelta, y ella le pidió un traje de oro. Llamó también á la que cuidaba los gansos y le preguntó: –«¿Qué quieres te traiga á mi regreso?» Ella le contestó: –«Deseo me traigas el cuchillo de degüello, el asperón y el cirio rígido; y si no, ojalá quede sin movimiento tu caballo».

Venció en la guerra á los enemigos y al volver compró el traje de oro para su mujer, olvidándose del encargo de la que cuidaba los gansos. Observó que el caballo se negaba á andar, y entonces se acordó. Se dirigió á la plaza, en una de cuyas tiendas encontró los objetos y los compró. El mercader le preguntó para quién los llevaba. –«Para mi criada», respondió el rey. –«Pues cuando se los des, observa lo que hace con ellos». Llegó felizmente á su patria y su mujer le preguntó: –«¿Me traes lo que te dije?» –«Sí» le contestó, entregándole el traje de oro, dando también á la guardiana de los gansos el cuchillo, la piedra y el cirio. Fué con ellos la joven á su pequeña cabaña, y cerró por dentro, y puso en tierra el asperón, sobre éste el cuchillo, y encendiendo el cirio lo colocó junto al cuchillo. Todo esto lo observaba el rey por la cerradura. Ella comenzó á gritar: –«¿Por qué te detienes, cuchillo del degüello? ¿No te levantas para cortar mi garganta?» Entonces se levantó el cuchillo en ademán de degollarla, pero lo contenía la piedra de afilar, y al levantarse el cuchillo se apagaba el cirio. –«Yo era hija de familia acomodada, y mientras bordaba, venia un pájaro que me decía: ¿por qué bordas y doras la tela, si has de casarte con un muerto?, y yo no lo creí: ¿por qué te

estás quedo, cuchillo? ¿No te levantas á cortar mi cuello? (el cuchillo se levantó, pero la piedra lo retuvo), y un día estando jugando con las jóvenes de mi edad, nos cogió la lluvia y me detuve en la puerta de este palacio hasta que cesara; ¿por qué te estás quedo, cuchillo del degüello, y no te levantas á cortar mi garganta? (entonces se levantó el cuchillo, mas la piedra lo retuvo), pero se abrió la puerta. y me tiró adentro; y recorriendo todos los cuartos fui á la sala del príncipe, el cual tenía en la mano un billete que leí; ¿por qué te estás quedo, cuchillo del degüello, y no te levantas á cortar mi garganta? (y se levantó hacia ella, pero el asperón lo retuvo), permanecí tres semanas y tres días sin dormir, al cabo de los cuales paso la gitana por debajo de la ventana, y haciéndola subir le dije que se sentase para velar dos horas, pero estuvo tres y no me despertó, por lo cual el príncipe la tomó por esposa y á mí me destinó á cuidar los gansos: ¿cómo permites, cuchillo del degüello, que yo haya pasado tres semanas sin dormir y ahora sea guardiana de gansos, mientras la gitana, que estuvo tres horas sentada, sea princesa? ¿Todavía te detienes, cuchillo? Entonces el cuchillo del degüello se levantó muy alto sobre ella, y la piedra no pudo detenerlo, pero el cirio se apagó completamente.

El príncipe, que había estado escuchando, lloró de sentimiento, y rompiendo la puerta penetró en la cabaña, derribó el cuchillo que se agitaba por encima de la joven, y tomó á ésta por esposa, destinando la gitana al cargo de guardiana de los gansos.

El cordero con vellones de oro

Cierto rey, sintiéndose próximo á la muerte, repartió su fortuna entre los tres hijos que tenía. Los dos mayores se emborrachaban cada día un la taberna, y entre éste y otros vicios consumieron el capital de su padre y contrajeron deudas. El menor, por el contrario, conservó los bienes de la herencia, y habiendo contraído matrimonio tuvo una hija hermosísima, á la cual encerró en un palacio que hizo construir bajo tierra. Degolló al artista que lo habla construido para que á nadie pudiera descubrirlo, y publicó un decreto en estos términos: «El que sea capaz de encontrar la hija del rey, se casará con ella, pero de no encontrarla, se le quitará la vida». Muchos hombres lo tomaron á empeño y todos perecieron.

Un joven gallardo se presentó á un pastor y le suplicó lo metiera en una piel de oveja con vellones de oro y lo llevara al rey. Hízolo como lo deseaba, metiendo también comida, pan y cuanto necesitaba. Al ver el rey un cordero tan hermoso le dijo: –«¿Vendes el cordero?» –«No, mi señor el rey, no lo vendo, pero si lo necesitas, no te privaré de ese gusto; te lo presto por tres días y después me lo has de devolver». El rey lo tomó y lo llevó al palacio subterráneo, y al encontrarse en una puerta, gritó: –«¡Abríos, cavernas de la tierra!» Y la puerta se abrió por si sola. Atravesando varias habitaciones, tropezó con otra puerta y gritó de nuevo: –«Abríos, cavernas de la tierra», y la puerta se abrió por sí sola. Allí estaba el cuarto, todo de plata, donde habitaba la princesa, á quien dio el cordero y luego lo dejó solo con ella.

Llegada que fué la noche, el joven se salió de la piel, y al verla tan hermoso la princesa le preguntó sin asustarse:

–«¿Por qué te has metido en la piel y has venido hasta aquí?»

–«Como vi que muchos morían por no encontrarte, discurreí esta estratagema que me ha permitido llegar á este palacio donde tu padre te tiene oculta». –«Has hecho muy bien; pero te advierto que cuando hagas ver á mi padre que has descubierto mi morada, nos convertirá en ánades á mi y á las sirvientas, y me reconocerás en que al exigir que me reconozcas, yo me picaré el ala».

Pasados los tres días, el pastor reclamó el cordero, y el rey se lo devolvió. Luego el joven saliéndose nuevamente de la piel, se presentó al rey diciéndole que se consideraba capaz de encontrar la princesa. –«Siento mucho, hijo mío, le contestó el rey, que hayas de morir tan joven. ¿Tantos y tantos han pagado su temeridad con su vida y tú pretendes ser más afortunado?» –«Señor, podré morir, pero me propongo encontrarla». Marcharon, delante el joven y el rey detrás, y cuando llegaron ante la puerta principal dijo al rey:

–«Pronuncia tres palabras, Señor».

–«¿Cuáles han de ser, palacio, palacio, palacio?»

–«No, di: abrios cavernas de la tierra¹²».

El rey pronunció estas palabras, mordiéndose de despecho el bigote, y se abrió la puerta. Fueron á la otra y sucedió lo mismo, encontrando por fin á la princesa. Entonces dijo el rey: –«Has hallado la princesa, pero ahora convertiré en ánades á mi hija y á mis sirvientas, y si adivinas cuál de ellas es mi

¹² La carencia de verdadera declin., ó sea el uso de la preposición que la suple, es causa de que en castellano se exprese con cuatro palabras el vocativo y su comíplemento que en griego consta de tres (Nota del Trad.).

hija la obtendrás por esposa». Hízolo como lo dijo, y convertidas en ánades las presentó al joven diciéndole: –«¿Cuál de éstas es mi hija?» Entonces la princesa se picó el ala y el joven respondió: –«¡Esa que se pica el ala es la princesa!» Concedióle el rey su mano y pasaron ambos esposos una vida feliz.

La zorra en la romería

Una zorra que no tenía qué comer se echó á andar fingiendo que de romería. Encontró primero un gallo que le preguntó: –«¿Dónde vas, señora María?»

–«Á la romería y deprisa», le contestó.

–«¿Puedo ir yo también?»

–«Bueno, te llevaré sobre mis espaldas».

Al poco rato encuentra unos palomos, los cuales así que la vieron huyeron agitando fuertemente sus alas. –«No huyáis, les dijo, no huyáis, he dejado mis hábitos antiguos, porque ahora voy de romería». –«¿Voy yo también, señora María?» le pregunta el grande. –«Puesto que viene el gallo, ven tú también, pero te habré de llevar en mis espaldas». Siguen andando, y encuentran unos pavos reales que se apresuraron á huir de su vista. –«No huyáis, les dijo también, he de hábitos antiguos, y ahora voy de romería». –«¿Quieres que vaya yo también?» le pregunto el más grande. –«Dónde van los demás, puedes ir». Después de mucho andar llegaron á una caverna y les dijo la zorra: –«Venid ahora aquí dentro que nos confesaremos porque hemos de atravesar ríos y mares, y sabe Dios si viviremos hasta llegar al punto de la romería». –«Ven acá, tú primero, gallo, que te confesaré». Una vez dentro, dice el gallo. –«¿Qué he hecho yo, señora María?»

–«¿Tú qué has hecho? ¿Tú que cantas desde la media noche y despiertas los casados? y á veces cantas más pronto, y equivocando la hora se ponen en marcha las carabanas y

son robadas por los salteadores?» Se sentó la señora zorra y se comió el gallo. –«Ahora ven tú, pichón, y te confesaré». –«¿Qué mal he hecho yo, señora María?» –«¿Qué mal has hecho? tú que cuando las gentes siembran para que nazcan los frutos, vas y escarbas con el pico, y te comes las SEMILLAS». También se comió el pichón. Después llama al pavo real.

–«¡Ven acá tú también, pavo, que te confesaré».

–«¿Qué mal he hecho yo, señora María?»

–«¿Tú qué mal has hecho? ¿tú que robaste la corona real y la llevas en tu cabeza?»

–«No es verdad, señora María; espera que voy por testigos y te convencerás».

–«Bien, vuelve luego».

Sale el pavo y se posa en lo alto de un peral. Pasó por allí un cazador y cuando iba á apuntarle, le dice el pavo: –«No me mates y tu enseñaré mejor presa que yo; ven, te llevaré donde hay una zorra oculta».

Al llegar á la entrada de la caverna gritó el pavo: –«Sal, señora María, que te traigo los testigos».

–«¿Tales y tantos son los testigos, que no se dignan entrar?»

–«No quieren; salga su merced».

El cazador, que estaba en acecho, así que fué á salir la zorra le disparó un tiro, y en la agonía decía la zorra al pavo: –«Maldito seas por los testigos que me has traído».

El labrador, la serpiente y la zorra

Un labrador que cultivaba su campo en el cual había un montón de piedras, se hizo un día esta reflexión: quemaré los zarzales, arrojaré las piedras y de este modo lo convertiré todo en campo. Mas al ir á pegar fuego á los zarzales, encontró en medio de ellos una serpiente que le dijo: –«¡Guárdate bien de quemarme mi casa!» –«¿Como no? la quemaré». –«¡Bien, sea así, quémame la casa, pero pon tu varejón aquí en el zarzal para enroscarme y salir!» Apoyó el labrador el varejón y la serpiente se subió y se enroscó á su cuerpo. Entonces el labrador propuso á la serpiente someterse ambos al fallo de tres jueces.

Encontraron primero un caballo, el cual, enterado de lo que ocurría entre ellos, dijo: –«Mientras fui joven, mi amo me montaba y me tenía en la cuadra, y ahora que soy viejo me ha abandonado; fallo que la serpiente te devore». Siguen adelante y encuentran un mulo que formula igual sentencia. Hallan después una zorra, y le dicen: –«Ven acá, señora María, te nombramos juez de la causa que llevamos entre manos».

–«¿Qué sentencia queréis que dé, contestó, estando un litigante á caballo del otro? ¡Bajad y separaos, y después os juzgaré!» La serpiente bajó al suelo. Entonces la señora María dice al labrador: –«¿Porqué te detienes, tonto, ¡coge un palo y dale un garrotazo en la cabeza, que yo te ayudaré!» Coge el labrador el garrote, le da un palo en la cabeza y la mata. El labrador agradecido dice á la zorra: –«¡Ay! cómo te

recompensaré el favor que me has hecho?» –«No quiero otra cosa, responde la zorra, que una de las cluecas con sus pollos que tienes en tu casa». –«Conforme; voy á traértela, señora María». Va á casa, busca á su mujer y le dice: –«¡Ay, querida esposa! esto y esto me ha pasado y me ha salvado la señora María, por lo cual voy á llevarle una clueca con sus pollos». Su mujer le responde: –«¡Qué tonto eres, marido! ¿Por qué no metes los sabuesos en un saco y vas á cogerla?»

Tomó el marido los perros y metiéndolos en un saco se fué, y llegándose la zorra se lo entregó. La señora María esperó que el labrador no ausentara, y cuando quedó sola abrió el saco para comerse líos, pero precipitáronse sobre ella los sabuesos y la despedazaron. Mientras le clavaban los dientes decía: –«Ni mi abuelo ni mi padre fueron jueces y vivieron más felices; aprende para otra vez, señora María, á ser prudente».

La princesa guerrera

Cierto rey que vivía en compañía de sus tres hijas recibió un despacho que le obligaba a ir a la guerra, y como era anciano lloraba y reflexionaba entre sollozos lo que debía hacer. Acercósele su hija mayor y le preguntó: «¿Qué tienes, señor, que lloras?» «No te importa saberlo; vete de aquí», le contestó. «No, señor, dímelo». «¿Qué te he de decir, hija querida? Me han avisado que vaya a la guerra, y no puedo». «Ay, la guerra será fatal y desgraciada para ti, y te suplico que me cases antes».

Fué después la mediana y le preguntó a su vez: «¿Qué tienes, padre mío, por qué lloras?» «Vete de aquí, no te importa saberlo». «No, dime qué es ello». «No te lo diré porque me contestarías lo mismo que la otra». «No, señor, no te diré lo que te ha contestado mi hermana». «Pues qué he de tener, hija mía, me han participado que he de ir a la guerra, y como soy anciano no puedo». «¡Ay! fatal y desgraciada te será la guerra, y por eso te suplico que antes me cases!»

Fué después la menor y también le preguntó: «¿Qué tienes, padre, que lloras?» «Vete de aquí, no te importa saberlo». «No, dímelo». «No quiero, porque me contestarás lo mismo que tus hermanas». «No, yo te juro que no te diré lo mismo que las otras». «¡Qué he de tener, hija mía, me han avisado que he de ir a la guerra, y no puedo por mi edad y mis achaques!» «¿Y por eso te apuras y lloras, padre mío? Mándame hacer un traje de hombre y dame un buen caballo, y yo

iré en tu puesto». –«Marcha do aquí, niña; ¿tú habías de ir á la guerra?» –«No tengas cuidado, que iré y venceré». –«Así sea, pues lo quieres». Le arregló un traje francés de hombre y le dio un brioso caballo, fué la princesa á la guerra y venció á los enemigos.

En esta guerra había peleado á su lado un príncipe, á cuyo palacio fueron á descansar al regreso. Supo esto príncipe que su compañero era mujer y dijo á su madre la reina: –«Madre, esta joven ha ido á la guerra». –«No es posible, hijo mío, le contestó, que una joven pelee». El insistió y habló así su madre: –«Idos al campo y dormid sobre la yerba: si el sitio que tú ocupes se pone más verde que el suyo, es mujer, y sino, hombre». Salieron al campo y se tendieron sobre la yerba: durmióse el príncipe y entonces la princesa se fue á dormir á otro punto lejano, volviendo al amanecer al primer sitio, y al levantarse vió el príncipe que el sitio de la princesa estaba más verde. Fué á encontrar á su madre y le dijo que su puesto estaba más seco. –«No te lo decía yo, repuso la Reina, ¿ves cómo es hombre?» –«¡No, madre mía, que es mujer». Volvióse al fin la princesa á su reino, y al salir de la ciudad exclamó: –«Soltera fui á la guerra, y soltera me vuelvo para vergüenza del hijo del rey». Al saber esta el príncipe dijo á su madre: –«¿No te decía yo que era mujer? Yo iré á su corte y me la traeré».

Entonces se vistió él de pobre, y tomando husos y palillos y collares fué á venderlos á la capital de la princesa gritando: –«Husos, palillos y collares para el diente de oro», porque sabía que le habían extraído un diente y le habían puesto otro de oro. Oyéronlo las doncellas y dijeron á la princesa: –«¿Oyes, señora, lo que grita ese perdido?» Dejadlo que charle:» –«¿No le compramos alguna cosa?» –«Comprad lo que

queráis». Entonces le preguntaron cuántas piastras quería por un collar. El les contestó: –«No quiero dinero, sino una cazuela de mijo». Díronselo y al ir á echarlo al saco lo dejó caer al suelo, y lo fué recogiendo grano por grano, con lo cual se hizo de noche. Aburridas las doncellas le dijeron: –«¿Por qué no nos has pedido otra y no que te estás sentado recogiendo los granos uno á uno y perdiendo el tiempo?» –«Es mi principal oficio; pero ya que se ha hecho de noche, dejadme dormir en algún sótano!» Fueron á comunicarlo á la princesa, y les dio el permiso.

Observó que dejaban puestas las llaves y que cerraban por fuera el cuarto de la princesa; y cuando todas dormían tomó las llaves, abrió el dormitorio de la princesa y le arrojó al rostro una yerba soporífera que llevaba á prevención, y cargando sobre sus espaldas á la princesa se la llevó á su patria. Al despertar ella y verse en país extranjero no desplegó sus labios durante tres años. –«Fuiste un necio en traer una mujer muda, dijo la reina á su hijo; déjala y escoge otra». Obediente el príncipe eligió otra, y al celebrar el acto del casamiento dieron cirios á los asistentes y también á la muda: el de ésta se acabó y los circunstantes viendo que se quemaba se lo advirtieron, más ella hizo como que no oía. Entonces encargaron á la novia que se lo avisara y le dijo: –«Muda, que se te quema la mano!» –«Así te quedes muda, le contestó, y te vuelvas al punto de dónde has venido». Al oír el príncipe estas palabras despidió la novia que había escogido y se casó con la muda, viviendo entrambos felices durante toda su vida.

Los gemelos

Erase un pescador acaudalado, pero sin sucesión. Cierta día fué una vieja encontrar á su mujer y le dijo: –«¿Para qué quieres los bienes que posees, si no tienes hijos?» –«Así lo quiso Dios, señora mia, le contestó la mujer del pescador. –«No lo ha querido Dios, hija mía, le replicó la vieja, pues si tu marido pescara un pez dorado, tendríais familia; así cuando venga le dices que vaya á pescarlo y lo hacéis seis pedazos: tú y tu marido os coméis uno cada uno y tendréis dos hijos; otro la perra y tendrá dos perros; otro la yegua y tendrá dos pollinos; otro lo arrojáis á un mojón, y otro á otro mojón y brotarán dos cipreses». Díjolo á su marido, quien fué al momento á pescar el pez dorado, y al cabo de algún tiempo tuvo dos niños tan parecidos, que no se distinguían; la perra parió también dos perritos muy iguales, la yegua dos pollinos también iguales de los mojones nacieron dos cipreses.

Cuando los hijos fueron mayores, no contentos con sus bienes i fortuna, deseaban adquirir fama, y así solicitaron el permiso de padre para viajar. El padre no accedió á que los dos se ausentaran y únicamente consintió en que marchara uno, y cuando volviera, otro. Tomó pues uno de ellos un caballo y un perro, y al marchar advirtió á su hermano que mientras los cipreses se conservasen verdes lo creyese vivo, pero si se secaba uno de ellos, que fuese en busca. Anduvo, anduvo muy lejos de su lugar y se hospedó en casa de una vieja. Al anochecer hubo de salir á orinar y preguntó á vieja:

«¿De quién es esa casa que está ahí arriba?» La vieja le contestó:

–«Ese es el palacio de la hermosa del lugar».

–«Pues he de ir á apoderarme de ella».

–«Hijo mío, muchos hombres han ido con igual objeto, y esas tacas que ves derechas ostentan las cabezas fijadas por remate».

–«Pues yo iré á decir al rey que la tomaré, aunque me corte cabeza».

Era el joven muy astuto y diestro en tocar la guitarra, y durante la noche ejecutó varias piezas. Oyólas muy complacida la hermosa y á la madrugada preguntó á la vieja:

–«Anciana, ¿quién tienes ahí en tu casa que toca tan bien la guitarra?»

–«Ha venido un extranjero y él es quien la toca, princesa mía».

–«Dile que venga para conocerle».

Cuando se presentó el joven, la princesa le preguntó de qué país era, le felicitó por su habilidad y le propuso hacerlo su esposo por afición que ella tenía á la guitarra.

–«Con el mismo objeto he venido á esta casa, princesa», contestó.

–«Ve pues á pedirme á mi padre y dime su contestación».

Presentóse el joven al rey, quien le contestó: –«Si eres capaz de hacerme lo que te diga, conforme; pero si no lo haces, te cortaré la cabeza: de un golpe has de cortar con tu espada un tronco que tengo en el campo, tan grueso, que dos cuerdas de crines no pueden abrazarlo». Salió el joven de su presencia y se fué muy triste á la vieja, pensando que al día siguiente el rey mandaría cortarle la cabeza. Por la noche no tocó la guitarra, pues la pasó pensando en la manera de cortar

el tronco de un golpe, siendo tan grueso. La princesa viendo que no tocaba la guitarra lo llamó y le dijo: –«¿Por qué estas tan pensativo esta noche y no tocas?» El joven le manifestó la contestación de su padre. –«¿Y por eso te apuras? replicó; toca al momento la guitarra y nos recrearemos un poco, y á la madrugada te vas de aquí».

Tocó el joven la guitarra toda la noche, pasándola así alegremente, y al retirarse al amanecer le dio la princesa uno de sus cabellos diciéndole que lo rollase á su espada y cortaría fácilmente el tronco. Compareció ante el rey y llevado al campo cortó el tronco al primer golpe. Díjole entonces el rey: –«Sólo una cosa te propondré y te daré mi hija. Has de montar un caballo y hacer á escape tendido una carrera de tres horas llevando en cada mano un vaso de agua; si no viertes una gota, obtendrás mi hija, y en caso contrario, perderás la cabeza». Fuese muy afligido á casa de la vieja y no tuvo humor para tocar la guitarra. Llamóle la princesa y le dijo: –«¿Por qué no tocas y estás irritado?» Refirióle el joven la nueva condición impuesta por el rey, y ella le consoló y le pidió que como otras noches tocara la guitarra y se retiraría al amanecer. Así lo hizo, y al retirarse le dio la princesa su sortija, diciéndole: –«Echando esta sortija en el agua quedará congelada y no se verterá». Así sucedió, mas el rey volvió á decirle: –«Otra cosa aún te diré, que será la última. Tengo en mi compañía un negro; mañana luchareis, y si lo vences, tuya será mi hija». Esta vez el joven se retiró muy alegre y al verlo limosa le preguntó: –«¿Cómo estás tan alegre? ¿Qué te ha dicho mi padre?» –«Me ha dicho, contestó, que mañana lucharé con un negro, y espero vencerle, porque si él es hombre, hombre también soy. Esto es lo peor, replicó la princesa; porque el negro soy yo, pues me dieron un helado y me convertí en negro; pero

mañana vas al mercado y compras doce coletos para cubrir tu caballo, y además guardas este pañuelo. Cuando esté yo a punto de vencerte me lo enseñas, y recordando quién eres no te mataré; entonces procuras herir mi caballo en medio de las cejas, y matando mi caballo me habrás vencido». Fué el joven al mercado, compró los coletos con los que vistió su caballo y se presentó á pelear con el negro. Lucharon gran rato: once de los doce coletos estaban rasgados, y cuando parecía que el negro iba á matar al joven, éste hirió entre las cejas el caballo del contrario, que cayó muerto, y el joven fué aclamado vencedor. Entonces exclamó el rey: -«Pues tal victoria has logrado, te haré mi yerno». El joven, anheloso de adquirir fama le contestó: -«Tengo ahora que ausentarme, pero volveré dentro de cuarenta días y entonces me casaré».

Salió en busca de nuevas aventuras y llegado á una villa se hospedó en casa de una vieja. A la noche después de cenar el joven le pidió un vaso de agua: -«No puedo, contestó la vieja, porque la tiene guardada un mal espíritu; cada año le da el pueblo una doncella para comérsela y aquel día nos permite sacar agua, ahora ha tocado la suerte á la hija del rey y mañana se la llevarán». Al día siguiente llevaron al mal espíritu la hija del rey para que se la comiera y la dejaron atada con una cadena de oro. Cuando todos se hubieron alejado se acercó el joven á la princesa que estaba llorando y le preguntó: -«¿Qué tienes que lloras?» la princesa le contestó que lloraba porque vendría el mal espíritu á devorarla. El joven le repuso que la libraría si le prometía casarse con él. Dióle palabra la princesa y al momento llegó el mal espíritu, pero el joven aguzó á su perro que descuartizó al demonio. Cuando lo supo el rey, consintió en darle su hija y se celebraron las bodas.

A los pocos días se sintió el joven fastidiado por su inacción, y pretestó que quería salir de caza. El rey no se lo permitía, mas no pudo impedirlo. Díjole que tomara consigo criados, pero no quiso y sólo llevó su caballo y su perro. Cuando hubieron andado mucho, tuvo sed, y viendo una cabaña que estaba distante fué á beber agua. Dentro de la cabaña había una vieja á la cual pidió de beber un poco de agua, y la vieja le contestó que se la daría si le permitía pegar á su perro con una vara. Accedió y al instante quedaron petrificados él, el perro y el caballo, y en aquel momento se secó el ciprés de casa de su padre.

Entonces salió el otro hermano en su busca, y pasó por la villa en donde aquél había matado al espíritu, y por casualidad se hospedó en casa de la misma vieja, la cual cuando lo vió, tomándole por su hermano, exclamó: —«¿Cómo me has hecho sufrir, hijo mío! ¡No te he visto desde que te casaste con la hija del rey!» Dirigióse él al palacio real y al verlo el rey: —«¿Qué te has hecho? le dijo, —nosotros suponíamos que te habría sucedido alguna desgracia pues en tantos días no parecías». Por la noche, se acostó con la princesa y puso en media la espada. Díjole la princesa: —«¿Qué tienes que estás triste?» —«Nada», le contestó; y á la madrugada se fué de caza y por casualidad tomó aquel camino por donde había ido su hermano, y al verle de lejos petrificado lo reconoció. Dirigióse á la cabaña y dijo á la vieja que desencantara á su hermano. Contestóle la vieja: —«Deja que hiera al perro con la varilla, y después desencantaré á tu hermano». El joven dijo al perro: —«¡Devora por completo á la vieja!» Y la vieja repuso: —«¡Di á tu perro que no me devore para que desencante á tu hermano!» —«Dime cómo lo he de desencantar, contestó él, y diré al perro que no te devore». Y como no accediera, habló

al perro, el cual la engulló hasta la cintura. Díjole entonces la vieja: –«Tengo dos varitas, una verde y otra roja; con la verde encanto y con la roja desencanto». Tomó entonces la varilla roja, y desencantó á su hermano, al perro y al caballo. Después marcháronse á la casa de suegro. En el camino manifestó á su hermano lo que le había pasado y como había dormido con su mujer. Cuando le dijo había dormido con su mujer, sin advertirle que había puesto en medio la espalda, se arrojó sobre él, matándolo, y se fué solo á la casa de su suegro. A la noche le dijo en la cama su mujer: –«¿Qué tenías ayer que no me hablaste y pusiste en medio la espada?» –«No era yo el de ayer, sino mi hermano, al cual he matado en el camino al manifestarme que había dormido contigo». –«¡Cómo! ¿Lo has matado? replicó ella, ¿estás seguro de que era él?» –«Seguro estoy». –«Mañana iremos a verle». A la madrugada marcharon llevando consigo una garrafa de agua inmortal, la vertieron sobre el muerto y resucitó. Cuando hubo resucitado, le dijo el casado: –«Hermano mío, no me odies porque te maté».

A brazáronse entonces y yendo al país donde estaba la hermosa, el casado se la dio por mujer á su hermano, y enviaron á buscar á sus padres, en cuya compañía vivieron con sus mujeres.

La mujer honrada

Un comerciante tenía dos hijos, el uno virtuoso y el otro perverso. Cuando murió, los dos hijos se repartieron la herencia. El mayor, que era más prudente, gobernó bien la hacienda y la aumentó mucho. El pequeño, por el contrario, se entregó á una vida disipada, y al verse reducido á la miseria fué á encontrar al mayor y le dijo: –«Hermano mío, me he arruinado en negocios mercantiles». Movidó á compasión le regaló diez mil libras, que también malgastó en sus vicios. Fué de nuevo á su hermano manifestándole que las había perdido en sus negocios y aquél le respondió: –«Hermano, tú no tienes suerte, y así vale más que te quedes aquí en casa con mi mujer, y yo me iré de viaje y te daré la mitad del beneficio». Se fué al extranjero con la mercadería, dejando á su hermano mayordomo absoluto de la casa.

A los tres días de haberse ausentado, el hermano menor intentó engañar á su cuñada, pero como era buena y prudente no accedió á sus deseos y le dijo: –«Yo te tengo en puesto de tu hermano, y ¿tú quieres cometer contra mí tal injuria?» ¿Qué hace él entonces para lograr su intento? Se va al tribunal y dice: –«Mi hermano está ausente, y mi cuñada ha cometido adulterio, y yo no puedo tolerarlo». El tribunal, que conocía á la joven, le reprendió y lo expulsó. Marchase de allí, y para lograr su intento, se va á media noche á un compañero suyo borracho, lo introduce en casa de su cuñada, y corriendo al juez le dice: –«Dame dos ujieres para sorprender los amoríos de mi cuñada». Fueron al momento los ujieres y golpearon la

puerta. Ella se negaba á abrirles diciéndoles: –«Yo no tengo ningún impuesto: decidme primero quiénes sois y os abriré». Al fin hicieron bajar á las criadas y éstas abrieron. Díjoles ella: –«¿Qué queréis de mi?» Los ujieres penetraron y encontrando al borracho preguntaron á ella: –«¿Quién es éste?» Ella contestó: –«Nunca lo conocí». Condujéronla al tribunal y fué sentenciada á muerte.

Tomáronla dos soldados y la llevaron á un bosque, pero por si hermosura y talento no la mataron, sino que excavaron la tierra y la metieron hasta el cuello, dejándola así abandonada.

Más tarde acertó á pasar por allí un jefe negro con sus soldados. Al oír ella el relincho del caballo gritó con gran fuerza: –«Seas turco ó romano, ven á salvarme». Corre el árabe, la saca de la tierra, y poniéndola en la grupa la conduce á su casa, y más tarde le construye una cabaña, donde habitaba amada de cuantos la conocían por su discreción. Uno de los primeros oficiales la requebró con mal fin, pero ella lo desestimó y amenazó con dar cuenta al capitán. Entonces el oficial, en venganza de su desaire, mató al hijo del capitán y recogiendo la sangre roció hasta donde ella dormía y puso un cuchillo debajo de la almohada. A la mañana siguiente se levanta la arahesa y al ver su hijo degollado exclama con dolor: –«¡Quién ha cometido tal maldad!» El malvado le dijo: –«Veamos dónde va la huella de la sangre». Y observaron que iba hasta ella y además encontraron el cuchillo debajo de la almohada. El árabe no quiso creer que ella fuese la autora del crimen, y se concretó á despedirla entregándole un saquete de florines. Encontró una cabaña á cuya puerta se hallaba sentada una anciana, á la cual le dijo: –«Si me permites, pasaré aquí la noche». –«Siéntate y duerme», le contestó la vieja. Al día siguiente se dirigieron las dos al baño y en el camino encontraron un

hombre que lo llevaban á ahorcar por cuestión de quinientas piastras. Informada ella exclamó: –«Dejadlo libre, que yo daré por él las piastras». Entregó el dinero y se marchó. El que había sido libertado preguntó quién le había hecho tal favor, y como le contestaran, «una mujer que se ha marchado», corrió en su busca para darle las gracias. La encuentra y viendo después á un capitán de navío la vendió por esclava. El capitán quiso abusar de ella, pero Dios que vió su mala intención suscitó una horrorosa tempestad que hizo pedazos el buque, salvándose ella una tabla que la condujo á la orilla. Después de mucho andar encontró un palacio real y se sentó junto á la fuente de la reina. Salió la nodriza á tomar agua y le preguntó: –«¿Cómo estás tú aquí?» –«Soy sirvienta, contestó, y di á la reina si quiere tomarme por criada sin salario». Fué al momento la nodriza y habló á la reina, quien pin ella y viéndola discreta la hizo mayordoma de todo el palacio. Con el tiempo llegó la hora de morir la reina. Llamó á sus consejeros y les dijo: –«Muerta yo, quiero que esta joven me suceda en el trono». Según este mandato heredó la corona, pero habiéndose sonreído en cierta ocasión, los cortesanos se levantaron irritados y furiosos. Díjole entonces una vieja: –«¡Desdichada! tú eras una pobre y ahora eres reina, ¿por qué te ríes? dime lo que tienes y yo sabré con mi magia poner en concierto tu corazón». Contó toda su vida á la vieja, la cual le prometió darle la respuesta de allí á tres días. Hizo la vieja sus magias por las cuales todo lo averiguó, y volviendo á presencia de la reina le habló así: –«Manda construir una casa un gran pórtico y publica por todo el mundo un pregón para que el vizco, el ciego y el leproso se presenten á la reina y serán curados».

Su cuñado era vizco y el oficial del árabe se hallaba atacado de lepra, y al oír el pregón se presentaron en palacio,

aquél con su hermano y este con el capitán del buque, que lo había recogido. La reina mandó comparecer primeramente á los dos hermanos, y puestos en su presencia dijo el mayor: –«Señora, mi hermano es vizco». Respondió la reina que dijera cuanto había hecho en su vida, y sería curado. Contó él toda su vida, y aunque al principio temía hablar de lo que había intentado con su cuñada, por tener delante á su hermano, al fin lo confesó también. Levantó la reina las manos, trajeron agua y después de curarlo mandó que esperaran en el pórtico. Después subió el árabe con el oficial. Díjole lo mismo que al otro, que contara lo que había hecho y sería curado. Contó todo y al llegar á la muerte del hijo del árabe exclamó: –«¡Que no me mate mi amo!» Fué curado también. Llamó después al capitán del buque con su criado y después de referir su vida fué curado.

Sanos ya todos, volvió la reina á llamar al árabe, le dio mil gracias por lo que había hecho con ella y le suplicó no matase al oficial; y marcháronse todos excepto los dos hermanos. Al día siguiente llamó á su marido y le dijo: –«¿Qué hombre eres tú, que dejaste tu mujer en poder de tu hermano para que hiciera todo lo que has oído? Si vieras tu mujer, ¿la conocerías?» Contestó: –«¡Mi mujer murió ya hace diez años!» Replicóle de nuevo: –«¿Si la vieras la conocerías?» Y él replicó: –«¡A mi mujer no había de conocer!» Entonces ella se descubrió y le dijo: –«¡Yo soy tu mujer, y todo cuanto has oído yo lo he sufrido!» Abrazáronse entonces estrechamente y vivieron felices todo el resto de su vida.

La doncella cabra

Erase un labrador casado, pero carecía de sucesión. Su mujer, á fuerza de rogar á Dios que le concediera un hijo aunque fuese cabrito, sintióse en cinta y parió un cabrito, que con el tiempo llegó á ser una hermosa cabra. Cierta día le dijo su madre: -«¿Quién llevar al campo el agua para tu padre?» -«Átala á mi cuerno y yo la llevará le contestó. Llevó el agua á su padre, y al volver se desnudó de su piel en el camino. Al pasar por allí, un príncipe que iba de caza la vió y se admiraron sus ojos por su belleza, que resplandecía como el sol. Comprendiendo ella que era vista, se introdujo de nuevo en su piel y fué corriendo á su casa, pero el príncipe después de observar donde se metía, buscó á su madre y le dijo: -«He visto una cabra y quiero casarme con ella». Al oír esto su madre grita, se golpea en el pecho y dice: -«Hijo mío, tú has de casarte con una princesa». El replicó: -«Yo prefiero la cabra». Viendo su madre tal decisión y empeño, envió dos mujeres para agenciar el casamiento. La madre de la cabra las recibió á palos diciéndoles: -«¿Por qué venís á burlaros de mí, cuando no tengo ninguna hija? Dios me dio la cabra para consuelo». Volvieronse las mujeres contando á la reina lo que les había sucedido, y entonces le dice el hijo que vaya ella sola. Fué, quieras que no, y pidió la cabra para mujer de su hijo. Cuando la buena mujer vió á la reina, no pudo negarse y le entregó la cabra, que fué conducida al palacio real con gran contentamiento del príncipe, pues llevaba cinco días sin tomar alimento y consumido de tristeza.

Un día la reina se puso á amasar galletas: llega la cabra y con su cuerno le deshace la masa, y la reina indignada le hirió con el rodillo. Otro día llevaba la criada el pan al horno: seguía la cabra jugando y al llegar al horno le desbarata con el cuerno toda la masa, y el hornero la hirió con la badila. Por aquellos días se casaba mi hermano del rey y fué á la boda la familia real, dejando la libra atada á una silla. Así que hubieron marchado todos, se despojó de su piel, se puso vestidos de oro y se fué á la boda tomando planto al lado de su suegra, quien al ver su hermosura dijo en su interior: «así había de ser la mujer de mi hijo». Le preguntó: «¿De dónde eres, hija mía?» «Del rodillo», le contestó. Tomó también, parte en la danza, y su marido la reconoció, pero así que terminó la fiesta, arrojó una manzana de oro, se vistió la piel mientras la gente se entretenía en cogerla, y escapó. Llega á la noche al palacio la familia real, y la reina pregunta á su hijo: «¿Has visto en el baile una joven muy hermosa?» «La he visto», responde el príncipe; «Le preguntaste de dónde era?» «No sé: he olvidado lo que me dijo». Pues si vuelve mañana, preguntáselo de nuevo».

Al día siguiente volvieron todos á celebrar la boda, y fué también cabra que se sentó junto á su suegra. Esta le preguntó: «¿De dónde eres, hija mía?» «De la badila», le contestó. Al terminar el baile, echó una manzana de oro para distraer la gente, y se escabulló. A la noche le dijo el príncipe á su madre: «¿Preguntaste de dónde es aquella hermosa?» «Me lo dijo, hijo mío, pero lo he olvidado». A la madrugada se levantó el príncipe, y llegándose al hornero le dijo: «Enciende bien el horno y no cuezcas ningún pan;» y después dice á su madre: «Id vosotros á la boda, que yo iré después». Fuéronse todos, y el escondió en una casa. La cabra se quita la piel

y va á la boda: entonces coge el príncipe la piel y la arroja al horno. La piel le da aviso por el aire, y dejando el baile corre á arrojarse al horno, pero la detiene el príncipe diciéndole: –«No te tengo para el horno, señora mía», y cogiéndola de un brazado la encierra en la cámara de cristales, y permanece sentado á su lado sin concurrir a la boda.

Su madre envía la nodriza para saber porqué no iba su hijo, y así le dice la nodriza: Como no has ido á la boda?» –«Me duele la cabeza; dile á mi madre que iré por ella á la noche». Pero llegó la noche, y la reina tuvo que volverse sola. Al entrar le dice el príncipe: –«Toma, madre mía, la llave y tráeme un vaso de porcelana de la cámara de cristales». Abrió la puerta y ofuscada por el resplandor que despedía la sala, dio un grito, exclamando que había dentro un demonio con faldas. Echóse á reír el príncipe, y tomando de la mano á su madre la acompañó á la sala de cristales. Acércase la nuera y besa la mano á la reina, y el príncipe le dice: –«Madre mía, ésta es la cabra». Entonces la reina la colma de besos y abrazos y le pregunta: –«Hija mía, ¿por qué no te diste á conocer en tanto tiempo?»

Al día siguiente invita la reina á todos los reyes para la boda, y además envía á buscar á los padres de la nuera. Llegados éstos, bajó la hija á besarles la mano á la escalera, se celebró el casamiento y los novios vivieron muy felices.

La baya del laurel

Una mujer casada, que no lograba tener familia., pidió á Dios en sus oraciones le concediera un hijo, aunque fuese en forma de baya de laurel, y escuchando Dios su súplica, parió después de algún tiempo una baya de laurel. Tomaron las criadas la ropa de la parida, y al lavarla cayó la baya y se convirtió en un hermoso laurel de oro, cuyas ramas resplandecían como el sol. Tuvieron los príncipes noticia de este suceso y salieron de sus reinos para ver el caso. Uno de ellos fijó su tienda de campaña, quedando en medio la raid del laurel, y un día se fué de paseo con los otros príncipes: su compañero arregló la comida y se fué también. Entonces ella salió del laurel diciendo: –«Mi laurel arriba, mi laurel abajo; ábreme para que entre». Comió de todos los alimentos, y echó un gran puñado de sal en el resto de la comida. Llegó el príncipe y al encontrar la comida tan salada quiso matar al cocinero, quien exclamaba: –«Señor, yo no lo he hecho», y lo perdonó por intercesión de los otros príncipes. El siguiente día el cocinero hizo la comida completamente insípida. Sucedió lo mismo y al encontrarla salada, el príncipe comprendí que no debía ser culpable el cocinero, y así le dijo: –«Mañana te vas después de arreglar la comida, y yo me quedaré para ver quién hace esto». Se ocultó detrás del laurel y oyó una voz que salía del centro del laurel que decía: –«Mi laurel arriba, mi laurel abajo; ábreme Para que entre». Y saliendo del laurel comenzó á

comer de los alimentos, pero al ir á poner la sal se echó sobre ella el príncipe y diciéndole: –«¿Tú eres la que hacías eso?» la colmó de besos.

Se fué al laurel gritando: –«Mi laurel arriba, mi laurel abajo, ábreme para que entre». Pero él le responde: –«La besada y abrazada no entra en el laurel», y en seguida quedó seco. Marchóse el príncipe y ella le siguió de lejos, y encontrando en el camino un mercader, le dijo: –«Mercader, yo te doy este traje mío; ¿me das el tuyo y tu caballo?» –«Con mucho gusto», le respondió, y poniéndose el traje de hombre montó á caballo y alcanzó luego al príncipe. –«Caballero, dime qué has visto por el camino», le pregunta el príncipe.

–«He visto una joven que entre sollozos y gemidos exclamaba: –«Limoneros y naranjos, ¿qué es lo que me habéis hecho, que he perdido mi bien?»

–«Prosigue, prosigue», repuso el príncipe llorando, y ella repite lo mismo. El príncipe tomándola por un mercader la admitió como amigo y le preparó una habitación aparte en su casa invitándola á asistir al matrimonio que iba á contraer.

Acudió la novia, y cuando iban á casarse, el supuesto mercader se metió en un armario y se puso un vestido de mujer, cuyo oro brillada como el sol. Admirado el príncipe y reconociendo en ella á la baya del laurel, dice á los padres de la novia: –«Tomad vuestra hija y llevada á vuestra casa, que yo resuelvo vivir con mi amigo el mercader». Después se casó con la hermosa joven del laurel y vivieron felices.

El hijo de la osa

Érase un papas¹³ y su mujer, y cierto día salieron al monte á cortar leña. Encontraron en el camino un labriego, con el cual se fué la mujer, mientras el papas se quedó cortando una encina con la azuela que llevaba. La cortó casi toda, dejando sólo un palmo para que acabara de cortarla la papadía su mujer, pero como la encina era gruesa no pudo sostenerse y vino al suelo. Saltó entonces de allí una osa diciéndole: –«Quiero que me adoptes el primer hijo que tenga, diciendo que es tuyo». –«Calla, le responde el papas, yo soy hombre santo, y no puedo adoptar un oso como hijo mío». –«Haz lo que te digo, sino te devoro», repuso la osa, y contra toda su Voluntad hubo de acceder el buen papas, y andando el tiempo tuvo que pasar como padre de un oso.

Llegó su mujer y volvieron á su casa, dejándose la azuela olvidada en el sitio de la encina, que recogió la osa. Esta parió un niño, á quien los osos sus hermanos llamaban bastardo. Un día preguntó á la osa si era tal como le llamaban sus hermanos, y ella le respondió: –«Tienes por padre la azuela». –«¿Cómo puede la azuela engendrar hijos?» –«Tómala, le replica, y con ella esperas sentado en el pilón de fuera de la iglesia, y el que la reconozca por suya aquél es tu padre». Iba la gente á la iglesia, y al llegar el papa y verlo le dijo: –«¿Dónde has encontrado la azuela? es mía». –«Tuya es, y tuyo soy

¹³ Sacerdote griego (Nota del Trad.)

también yo», le contestó el joven. –«¡Calla, maldito!» –«¿Por qué tú eres mi padre». Tuvo que llevárselo á su casa, diciendo á su mujer: –«Mira, te he traído un joven para que te sirva de criado». –«Bien has hecho, Dios te lo pague», le contestó la papadla. Era el joven muy glotón, en términos, que el primer día se comió un escudo pan y el segundo todo cuanto había de consumir el papa en un mes. No pudiendo sobrellevar tanto gasto, lo colocaron en un horno, pero se comía todo el pan que se cocía.

Dan cuenta al rey de lo que pasaba, y llamando éste al joven, pregunta: –«¿Eres capaz de llevar sesenta cargas de leña?» –«Soy paz de ciento», responde. Pidió un hacha y le dieron una de cienocas de peso. La toma en sus manos y la hace pedazos. Le dan otra de quinientasocas y va al monte y trae las cien cargas de leña: encuentra en el camino un corpulento plátano, y lo arranca de raíz.

El rey admirado exclamó: –«Mucho come, es verdad, pero también trabaja mucho». Mas temeroso de que algún día lo matara, lo envió á cobrar el impuesto de los hombres de cabeza de perro pero que lo devorasen, prometiéndole la mitad de lo que cobrase. Fue allí, los venció en lucha y dio la mitad de lo cobrado al rey, pasando perfectamente el resto de su vida.

El príncipe y la extranjera

Un rey, deseoso de que su hijo se educase sin los peligros de la vida de la Corte, lo encerró en una sala de cristal junto con un maestro que le enseñara las primeras letras. En la misma sala le servían milla, pero un día que le llevaron carne con hueso, el niño se admiró porque bien había oído á su maestro la palabra hueso, pero no lo había visto, y jugando con él rompió por desgracia un cristal, y primera vez vió el cielo, las montañas, los campos, los ríos y otras muchas cosas. Entró entonces en deseos de salir á pasear, pero el maestro no se atrevió á permitirselo sin consultar antes con el rey. Pedida la venía, accedió el rey, y saliendo el joven de la sala de cristales, dió un paseo y visitó á los grandes y á los magistrados, y después salió algunas veces de caza con los mismos y mataron muchas liebres, con lo cual se aficionó, y se iba muchos días solo y sin perro.

Un día fué muy lejos por no haber encontrado caza, y viendo un judío preguntó: -«¿Sabes dónde hay caza?» -«Sobre aquel monte», le contestó. -«¿Cómo subiré?» -«Si llevas dinero, yo te subiré». -«Sí, llevo». -«Pues compra una piel de búfalo y te pondré dentro para que vengan los cuervos y te suban». -«Y cuando haya subido ¿cómo bajaré?» -«Ya encontrarás una escala».

Elevado por los cuervos al monte, vió un campo inmenso, pero sin caza ni cosa alguna. Entonces gritó: -«Judío, ¡me has engañado! Aquí no hay nada: ¿por dónde he de bajar?»

El judío le contestó: –«Echame dos piedras y después te bajaré». Arrojó dos piedras, que eran diamantes puros, y tomándolos el judío se marchó.

El joven corría de aquí para allí alimentándose de yerbas y raíces. Un día encuentra una trampa: la levanta, ve una escala y baja, baja todo el día, sin hallar el fondo. Por fin cobró aliento su corazón al divisar un gran palacio, y poseído del hambre corre en busca de alimento. Al llegar encuentra en la puerta un anciano encadenado, cuya barba le llegaba hasta las rodillas. Dirígese á él y le dice: Anciano, dame de comer». El anciano le responde: –«Suéltame, te daré». –«Me muero de hambre y no tengo fuerza para desatarte». Pues abre ese armario y con una varita que hay dentro golpeas y comparcerán cuantos manjares quieras». Así sucedió, y después que hubo comido y recobrado sus fuerzas soltó al anciano y le sacó los piojos que tenía de tanto tiempo de estar atado y sin cambiarse de ropa.

Un día el anciano dijo al joven: –«Toma las llaves del palacio y recorre las habitaciones». Solamente se había reservado una llave. Recorrió todas las salas, pero observó que ninguna llave se adaptaba á una que le faltaba ver, y volviendo al anciano le increpó así: –«No lo he abierto, contestó, porque dentro hay tres princesas y temo que te devoren, pero te daré un consejo: dentro del cuarto hay un gran baño, donde ellas se laban: así que entres, cojes sus vestidos y ya estarás salvo, porque toda la fuerza la tienen por su ropa». Advertido el joven, entró en el cuarto cn precaución. Al momento llegó la princesa mayor, pero tuvo el miedo y se estuvo quieto; llegó la segunda, y lo mismo; hasta que llegó la menor, que era la más hermosa, y cuando estaba en el baño, toma el su vestido y se escapa. Ella con astucia le gritaba: –«Tuya soy, tuya soy,

dame mis vestidos». –«No quiero» le contestó: –«Ea, déjame solo tocar la orla». Tocó la orla del vestido y lo tiraba hacia sí, pero el joven, que era fuerte, tendió una red y la cogió dentro. Llegándose al anciano le dijo: –«Con tu permiso me iré á ver á mis padres; ¿me puedes dar algun caballo?» El anciano le contestó: –«Baja á la cuadra y la grita: ven, caballo alado, ven que me llevarás á ver á mis padres». Compareció al momento el caballo alado, que montó el joven poniendo la princesa á la grupa.

En el camino hicieron alto y se sentaron para tomar alimento. Llegó allí el hermano de la princesa trasformado en un mancebo y le preguntó: –«¿Dónde encontraste estos manjares?» El joven le contestó con astucia: –«Tuyos somos y muy tuyos, pero permítenos comer; ¿de qué proviene tu poder?» –«De este cayado, le contesta, una vez que diga, bur, cayado, te mata». Toma el joven el cayado y grita: –«Bur, cayado, á la cabeza del mancebo», y quedó éste muerto. Siguieron su camino, yendo la princesa muy disgustada porque le hábil matado el hermano. Sentáronse de nuevo á comer y apareció otro hermano de ella cuyo poder provenía de su turbante que lo trasformaba en viento. Le quita el joven el turbante y grita: –«Bur, cayado, á la cabeza del mancebo», y lo mató también. Entonces la princesa dijo en su interior: –«Me he librado yo sola; ahora no me queda ningún auxilio». Llegan á la patria del joven y dice éste á un hombre: –«Corre á advertir la buena nueva al rey, porque ahora llega su hijo». –«Bien, le responde el hombre, el hijo del rey murió y desde entonces se ha quedado éste en los huesos». Anda más adelante: envía á otro para que vaya á darle la nueva. Entonces dispararon los cañones é hicieron otras demostraciones régias. Llegaron al palacio: el rey recibió al hijo casado con

músicas y otros regocijos y se celebraron grandes fiestas. Llegó también la nuera del rey y bailó con suma habilidad, causando la admiración de todos.

El príncipe no daba los vestidos á la princesa, porque si recobraba su poder, mataría á todos. Por esto el joven los entregó á su madre diciéndole: -«No se los des porque nos devoraría». Pero la princesa los recabó con toda astucia de su suegra y se los puso: -«A la una, exclama, á las dos, y adiós. ¡No soy para tu hijo!» y huye. Al saberlo el joven, llama, grita, pero ¿qué resultado obtiene? ella había huido. Entonces toma el caballo alado, el cayado y el turbante y marcha al lugar donde estaba la princesa. Por casualidad el padre de ella estaba en guerra con otro rey y dijo: -«A aquel que lo venza le daré mi hija por mujer». El entonces se transforma en aire, porque tenía el turbante del mancebo, toma también el cayado, corre á la guerra y á todos dio muerte. Entonces le dijo el rey: -«Aquella de mis hijas que te plazca, tómala» El dijo que la menor. Se metamorfoseó en aire, y allí donde la princesa estaba comiendo, fue y le arrebató los bocados y ella le dijo: -«Ahora me has adquirido con la guerra y con tu habilidad, y no puedo hacerte nada». Así, pues, la coronó, la tomó por esposa, y fueron á la Corte y pasaron tal vida como nadie la ha tenido.

Fin de los cuentos del Epiro

Cuentos de Astipalea

El caballo de oro

Vivían en cierta capital un rey y un papás, los cuales se profesaban tal amistad, que hubieras creído eran hermanos: juntos comían, juntos bebían, juntos se vestían y ni un momento podían separarse. Poseían toda clase de bienes; pero, para que veas, sus mujeres eran estériles y hallábanse ellos muy afligidos por no tener herederos¹⁴. Un día que estaban conversando exclamó el rey:

–«¡Qué felicidad sería para nosotros que nuestras mujeres que quedaran en cinta; entonces sí que jamás nos separaríamos!»

–«Bueno sería, rey mío, contestó el sacerdote, pero no está en nuestra mano, y no podemos oponernos á los designios de Dios: ¡gloria sea dada á su santo nombre!»

Como eran buenos, porque practicaban la justicia y hacían limosnas, Dios atendió sus súplicas y ambas consortes quedaron en cinta, con cuyo suceso el rey y el sacerdote estaban á punto de volver locos al ver lo que no esperaban:

«Ahora á la vejez aprenda el viejo á leer».

con lo cual ves cómo conviene que nadie desconfíe de Dios.

Llegó la hora y nacieron dos varones, causando tal alegría á los padres, que no cesaban de alabar y glorificar á la divina Providencia. Crecieron los niños como tiernos retoños, siendo de hermoso semblante, y cuando fueron grandecitos, hizo el

¹⁴ Los griegos son cismáticos y sus sacerdotes pueden contraer matrimonio.

rey construir á sus expensas una soberbia torre, poniendo en ella á ambos niños para que viviendo siempre juntos se amasen perpetuamente. Al levantarse de dormir los lavaban y peinaban, y después de mil besos y abrazos de sus padres se iban al colegio como dos angelitos, causando su gracia y hermosura la admiración de las gentes que no se cansaban de verlos. El maestro llegó á disgustarse un poco, no por falta de aplicación, sino porque iban algo tarde á la escuela, pues como niños que eran, después de estudiar la lección pasaban buena parte de la noche jugando, y, rendidos de sueño, á la mañana siguiente no se acordaban de ir al colegio.

Como á causa de esto les reprendiera una y otra vez el maestro, el hijo del sacerdote, menos dormilón y más resuelto que el príncipe, imaginó el medio de no dormir los dos á un tiempo, proponiendo á su compañero velar el uno media noche y el otro la otra media. Aprobó el proyecto el hijo del rey y acordaron que éste, como más delicado, pasaría estudiando la primera parte para dormir de madrugada, por ser el sueño á esta hora más reparador y más dulce.

Bien lo pensaron y bien lo hicieron: dormía media noche cada uno y por la mañana iban puntuales y alegres á la escuela. Pero, ¡para que veas! ¿Qué sucede? Dijimos antes que el hijo del rey estudiaba la primera media noche y entretanto el del sacerdote dormía. Una noche mientras estaba sentado estudiando en su mese, se abre el mulo y se le presenta un negro tan disforme, que cualquiera que lo viese quedaría muerto de espanto. Sus labios llegaban el uno al cielo y el otro á la tierra, la nariz tenía tres codos de largo y propiamente parecía un monstruo del infierno. Al verlo el hijo del rey se horrorizó y cayó sin sentido. El negro abrió la manecilla del niño, colocó un objeto sobre la mesa y desapareció. Vuelto en

sí al cabo de un rato el príncipe se levantó, y al tocar la mesa encontró un papel doblado. Lo toma, pero ¿tenían valor sus manos para abrirlo? Después de mucho pensarlo lo desdobra, y ¿qué ve? ¡Ojo mío, vista mía! Ve en pintura una niña que al mismo sol decía: «brillas tú ó brillaré yo», no había niña alguna que la igualase en elegancia y hermosura.

Quedóse atónito el hijo del rey y como un necio miraba y remiraba la pintura que le había herido el corazón. –«Mal estás, príncipe, pero Dios te ayudará». En esto dispiértase el hijo del sacerdote y le pregunta: –«¿Porqué no te acuestas siendo tan tarde?» Al oír esto oculta en su pecho el retrato y contesta que no quiere acostarse porque la lección es muy larga y difícil; pero á las repetidas instancias del otro se acuesta, sin conseguir conciliar el sueño. Amanece el día y fingiéndose enfermo se queda en casa sin ir al colegio, y de la mañana á la noche contempla absorto el retrato sin comer ni beber. Pasa uno y otro día –«Tu salud, oh príncipe, va de mal en peor». Perdió las fuerzas, quedóse amarillo y estuvo á punto de perder el juicio. Su amoroso papá, sumamente afligido, no comprendía como viviendo juntos y con igual cuidado, el del sacerdote estaba grueso y sano y el suyo se consumía como la cera. Preguntóle secretamente: –«¿Qué te pasa, hijo de mi alma, que estás tan absorto? ¿Es que no te hallas bien con el hijo del sacerdote? ¿Por qué estás tan triste? Si así sigues, me causarás la muerte».

–«Nada tengo, estoy bien», fué su única respuesta.

Preguntó después al del sacerdote, quien nada pudo decirle porque nada sabía; pero al ver que ni comía ni dormía y siempre estaba solo, concibió sospechas de la causa de su enfermedad.

Un día el hijo del sacerdote finge que se va á la escuela, pero le expía y mirando por la hendidura de la puerta, á cuyo frente estaba la mesa de estudio, ve al hijo del rey que besaba un retrato y exclamaba: «¡Estoy perdido por ti!» Entra aquél y le dice: –«Ahora te cogí, por la boca muere el pez. ¿Qué es lo que ocultas en tu pecho». Trabósele la lengua al hijo del rey y no pudo articular palabra. Pasad un rato, logró serenarse y le refirió lo que le había sucedido desde la aparición del negro y terminó diciendo: –«Hermano mío, mi muera te es segura si no encuentro esa niña; estoy decidido á marcharme de aquí y correr montes y montes hasta dar con ella, y si quieres, vente conmigo. Di á mi papá que quiero ausentarme para disipar angustia que oprime mi corazón». El hijo del sacerdote teme decirlo al rey, pero ¿qué ha de hacer amando entrañablemente á su hermano?

Al oírle el rey se alegró pensando que tal vez curaría su hijo, y mandó al momento que se dispusieran soldados para acompañarlos. Los jóvenes tenían su proyecto formado, y después de tomar algún dinero y víveres, salieron de la ciudad montados en hermosos caballos con música y festejos. Anduvieron todo el día, descansando durante la noche. Hicieron lo mismo el segundo día, y cuando, después de apurar cuanta comida y bebida había quedado, se durmieron profundamente los soldados, nuestros jóvenes huyeron. Al saber el rey y el sacerdote tal noticia, estuvieron á punto de perder el juicio. Arráncanse de despecho la barba, todo el reino se viste de luto, y no oyeras ni cantos ni risas, sino por todas partes palabras de aflicción y desconsuelo.

Pero dejemos á éstos y volvamos á los dos niños que corrían al azar atravesando campos y montes. Después de algunos meses divisaron una torre y resolvieron llegarse á ella para

descansar. Entraron, pues, y á los pocos pasos encontraron un lecho preparado y un mesa provista de manjares que todavía humeaban. Dijéronse: –«¿Si no sentaríamos á comer y vengan trabajos?» Sentáronse, comieron y bebieron bien y después se tendieron sobre la cama. Pero el hijo del sacerdote, que, como dijimos, era muy astuto, al notar qu el hermano se había dormido, se levanta callandito y se oculta bajo la cama, diciendo para sus adentros: «Me parece que viene alguien corriendo hacia aquí». Todavía no había acabado de hablar en su interior, cuando he aquí que llegan la buena mayordoma, que era hechicera, y su niña. Esta ve el niño tendido sobre el lecho y acercándose á su madre le dice: –«Mamá, han entrado hombres en casa».

–«Calla, le replica la madre, los despacharé después de sacudirles polvo».

–«Pero, ¿por qué, mamá? Quiero que me lo digas».

–«¡Ay, hijita mía! ¿Qué te importa saberlo? Ellos son dos y van en busca de la más hermosa del mundo, pero en vano se fatigan porque miden atravesar el mar que está cerca de aquí. Si supieran llegar orilla, al punto donde están las columnas, y cavarán hasta encontrar una brida y después se sumergieran, encontrarían dentro un lio alado, y montados sobre él pasarían fácilmente al otro lado». El hijo del sacerdote había escuchado con suma atención estas palabras, y así que salieron la hechicera y su hija, despertó al príncipe y después de tomar un bocado, el corazón adelante y los pies atrás, echaron á andar. Llegados que fueron á las columnas, el del sacerdote excavó largo rato, hasta dar con la brida, arrojóse con ella al mar y encontró un caballo con alas que le dijo: –«Móntame, señor». Montaron los dos, y abriendo y cerrando los ojos á causa de la velocidad, llegaron

al país de la niña hermosa, que estaba al otro lado del mar. Antes de penetrar, cambiaron la brida al caballo guardándose la primera por ser milagrosa. Preguntaron á los habitantes, y por ellos supieron que efectivamente aquél era el país de la hermosa. Alegróse el hijo del rey, pero se encontraron sin medios de subsistencia. Pasaron dos y tres días sin comer, al cabo de los cuales preguntó el del sacerdote: –«Ea, ¿qué hacemos, hermano?»

–«No sé», contesta medio muerto de hambre el príncipe.

–«Pues yo, replica el primero, he ideado hacer una obra de ingenio, pero no te lo decía esperando si te ocurría algún recurso. He pensado traernos un obrero á casa para que nos fabrique un caballo con capacidad bastante para contener un hombre, con tornillos y máquinas para andar: por fuera lo doraremos y adornaremos con piedras brillantes y le pondremos brida de oro y silla de terciopelo con flecos también de oro, y así haremos negocio, porque de otro modo estamos completamente perdidos».

El hijo del rey que á cuanto dijera replicaba: –«Bien;» entonces contestó: –«bien, bien lo pintas».

Llamaron, pues, á un hombre hábil, y con promesa de cobrar cuando tuviesen dinero, les hizo un caballito tan precioso que cualquiera al ver un animal tan hermoso exclamaría: –«¡Dios mío, dame otros dos ojos para mirarlo mejor!»

Al día siguiente metido el príncipe dentro del caballo y á pié delante el hijo del sacerdote entraron en la ciudad á la hora de ponerse el sol, y hubieras visto toda la gente corriendo y saltando de alegría al ver un caballo tan hermoso y resplandeciente. Llegó la novedad á noticia del rey, é inmediatamente dispuso que se presentaran en palacio para que se divirtiese la princesa, la cual era precisamente la hermosa

que buscaban. Cuando se les comunicó el mandato —no querían otra cosa— fueron á palacio, y el rey y la princesa quedaron cautivados por la hermosura del caballo; y después de obsequiar grandemente al hijo del sacerdote, le dijeron que lo dejase para mejor mirarlo y volviese al día siguiente. ¿Qué iba á hacer, siendo una orden del rey? Levántase y muy contra su voluntad marcha á casa, pero queda intranquilo por temor de que abran el caballo. A media noche vuelve á palacio y se lo lleva, y al salir el príncipe exclame —«¡Qué riesgo hemos corrido, hermano mío! Mi corazón latía como un reloj hasta que me has sacado».

Iban diariamente á palacio hasta que un día dijo el hijo del sacerdote: —«¡Cuánto tiempo perdemos inútilmente, hermano! Es preciso que esta noche, puesto que la princesa se entra á su cuarto el caballo, te decidas á salir y veremos lo que resulta».

De ningún modo se atrevió el príncipe á dar semejante paso, pero no desmayó su hermano, y por la noche en palacio hizo reventar á todos de risa con sus artes mágicas, en las cuales estaba muy versado. Al fin rendida de sueño la princesa se retira á dormir á su cuarto llevándose el caballito, donde se introdujo el del sacerdote sin ser visto de nadie. Metiése la niña en su camita de oro llena de flores y así hubo cerrado dulcemente sus ojos, sale él y se pone á su presencia presa de convulsiones y sin poder articular palabra. La princesa, que todavía no se había dormido, abre los ojos y llena de espanto va á lanzar un grito, pero entonces el joven haciendo un supremo esfuerzo rompe á llorar y exclama: —«Por el nombre de Dios, señorita, ten compasión de mí, desgraciado; no quieras afligirme injustamente. ¡Ay, alma mía, pupila mía, cuántos males sufro por tu causa! mírame, soy joven y gallardo».

Se incorpora ella y viendo al joven que llora, se siente herida de simpatía y amor y dice en su interior: –«Bien gritaría, pero cómo, si antes que vengan á prenderlo puede matarme y después suicidarse, y por otra parte, si he de tener marido, no ha de haber hombre más hermoso que éste?»

–«¿Qué propósito llevas?» le dice la princesa.

Después de tomar aliento contesta el joven:

–«Huyamos de aquí, señorita».

–«Júrame antes que no me tomas para otro que para ti».

–«¿Tan necio he de ser, luz mía, que vaya á correr semejante riesgo por otro?»

Ella pareció comprender la intención, pero ¿qué había de hacer? Levántase, recoge cuantos objetos de valor tenía, y sin dar parte á nadie salen de palacio. Condúcela á la casa de los jóvenes donde esperaba impaciente hora tras hora el príncipe, y pasan la noche los tres en amena conversación.

Entretanto amanece el día, llega la hora de levantarse la princesa y por más que la llaman ni contesta ni oye á los criados. Impaciente el rey, manda abrir el cuarto y ve con admiración y espanto que faltaba la princesa y todos los objetos de valor, y estaba solo el caballo con el vientre abierto.

–«¿Qué desgracia me ha sobrevenido, he perdido todo mi consuelo! exclama el rey. Corred á casa del dueño del caballo».

Inútilmente se fatiga y lucha contra el destino: el pájaro había de la jaula. Armanse los soldados y los persiguen, pero los jóvenes estaban ya cerca del mar y no tenían miedo. Al verla la princesa tantos soldados, –«Mirad, dice á sus compañeros, mi padre nos persigue, ¿y dónde iremos que no nos alcance la tropa?» El hijo del rey pone la milagrosa brida al caballo de oro que encontraran antes dentro del mar, y montados los tres pasan volando al otro lado.

Aproxímase el padre á la playa y no pudiendo pasar lanza esta maldición: (¡mala cosa es la maldición de un padre!) –«Vete, hija mía, y puesto que me desprecias huyendo de mi casa, ojalá que la primera noche que duermas con tu marido se rompa la pared y penetre una fiera de dos cabezas que os devore».

Volvamos al hijo del rey. Saltando de contento propuso volver á casa de su padre, pero la princesa prefirió pasar antes á la torre de la maga. Así lo hicieron y encontrándola sin gente comieron y bebieron, y después dijo el del sacerdote: –«¡He ahí tu esposo, señora mía! él es príncipe y yo simple hijo de un sacerdote».

Hizo ella un gesto de disgusto, pero por necesidad contuvo su ira. Acostóse con el príncipe su marido, y el hijo del sacerdote ocultóse otra vez bajo la cama para oír á la maga cuando llegara. Entra luego ésta con su hija y al verlos exclama la niña:

–«¿Ves cómo comprendieron lo que dijiste, madre mía? Ya la han robado».

Entonces la maga lanza un suspiro y la niña le dice: –«¿Por qué suspiras, mamá?»

–«¿Y qué te importa, hija mía? Lo que buscaron encontrarán».

–«Mamita mía, dime qué ocurre, dame ese gusto».

–«¡Ah desgraciados! El padre de esta joven le echó la maldición de que la primera noche se llegase á ellos una fiera que los devorase, y además sucederá que si alguno escucha y lo dice se convertirá en piedra». Y dicho este, se marcharon.

Dispertóles el hijo del sacerdote, diciéndoles que había necesidad de salir en seguida. Dirigiéronse á su país y encontraron la ciudad muy triste. Preguntaron á algunos hombres,

quienes les contaron que su rey tenía un solo hijo y lo había enviado con otro joven á quien amaba como hermano á dar un paseo custodiado por soldados, y que durante la noche, cuando éstos dormían, se perdieron los jóvenes, y tanto el rey como el sacerdote no vivían desde entonces temiendo que hubieran sido pasto de las fieras. Ellos les replican: –«Corred á darles la nueva de que han llegado sus hijos y traen consigo la niña más hermosa del mundo». Corren á dar la noticia á rey, échase éste á la calle, se arroja sobre los tres cubriéndolos de besos y abrazos y los lleva á palacio; el sacerdote se quedó como un tonto por la alegría de recobrar á su hijo. Todo fué regocijo, conciertos, bailes, y el país entero de infierno quedó convertido en paraíso. Una noche convoca el rey al obispo y varios sacerdotes para casar á su hijo. Celebráronse regiamente las bodas, y después del banquete salieron del palacio los convidados dejando solos á los recién casados que se retiraron á descansar.

Entonces el buen hijo del sacerdote dice al príncipe: –«Sabes, hermano mío, cuánto he sufrido porque obtuvieras lo que al fin has logrado: ahora, pues, te suplico me concedas la gracia de dormir en tu misma cámara».

¿Que había de hacer el príncipe? –«Lo que quieras», le contesta.

Acostáronse marido y mujer, y el hijo del sacerdote se sentó en una silla con espada en mano. Allá sobre la media noche se abre el muro y entra volando una fiera que se arroja sobre la cama. Entonces corre con la espada, corta las dos cabezas á la fiera y la echa fuera. Pero hete aquí que con aquel ruido se despierta el príncipe, y al verse encima la espada desnuda, cree que su hermano quería matarlo y pide socorro; suscítase un alboroto en palacio, corren al dormitorio preguntando

qué es lo que ocurre, y el príncipe exclama su hermano quería asesinarlo por envidia. Iba éste á declarar el motivo de estar la espada en la cama, pero se contuvo porque sabía que si declaraba lo ocurrido quedaría convertido en mármol. El rey decreta la muerte del culpable, y fueron inútiles las súplicas de perdón del sacerdote y la sacerdotisa. Entonces el hijo de éstos habló al rey:

–«Mi augusto y amado rey, puesto que no he matado á tu hijo, destiérrame, pero no me mates».

–«No, no, que muera», replica el rey.

Irritado el hijo del sacerdote exclama:

–«¿Por qué ha de ser tan desgraciada mi vida? Sólo siento afligir á mis padres, pero sobre la cabeza de los demás caiga la falta que voy á cometer». Y comenzó á referir todas las cosas que ocurrieron durante su ausencia, y cómo al fin oyó de los labios de la maga la maldición que había lanzado el padre de la joven para que la primera noche de casados se abriese el muro y entrase una fiera que los devorase. –«Por eso, continuó, corrí presuroso con la espada y la maté arrojándola fuera; y si no me dais crédito venid y veréis; mas ¿para qué he de hablar á personas tan ingratas? Sólo os advertiré por conclusión que la maga dijo que si alguien oía y manifestaba esta maldición se convertiría en piedra». Terminadas estas palabras cayó en tierra convertido en mármol, y entonces todos se arrepintieron de su indiscreción, pero «llueve cuando no conviene».

Pasados que fueron unos días, la princesa dijo al príncipe que si no iba á preguntar á la maga cómo perdería el hijo del sacerdote la forma de piedra, no le querría por marido y huiría de su lado. ¿Qué había de hacer? Levántase y se dirige hacia el castillo mal de sus gracias, porque tenía miedo.

Para no extendernos demasiado diremos que así que hubo llegado se echó en la cama haciéndose el dormido. Entran luego la maga y su niña, y al verlo en la cama exclama ésta:

–«¿Qué quiere de nuevo este joven?»

–«¡Ah! replica la madre, ¿recuerdas lo que dije que cualquiera que oyese y publicase aquellas palabras se convertiría en piedra? Pues bien, había otro joven oculto, y fué y las dijo, y ahora viene éste para saber cómo podrá curarlo, pero no le daré ese gusto».

Más al cabo de muchas súplicas de la niña rompió su propósito y le contestó:

–«Sólo puede curarlo, si su corazón es capaz, inmolando encima del mármol el primer hijo que tenga; de otro modo no hay remedio alguno».

Oyólo el hijo del rey y apenas quedó solo se levantó y marchó á su casa, donde le pregunta la princesa: –«¿Qué dijo la hechicera?»

–«¿Cómo he de contártelo, esposa mía? He oído que la única medicina que hay consiste en que inmolemos sobre el mármol mismo el primer hijo que des á luz, pero yo no puedo hacer semejante cosa».

–«La haré yo, contestó ella. El infeliz nos libró de la muerte y te afliges por sacrificar un hijo para dar la vida á nuestro bienhechor.

Llega su hora, da á luz un niño como un angelito, y ella, corazón de bronce, lo mató sobre el mármol: allí hubieras oído: tri...ri..ri, hasta que cae hecho pedazos el mármol. Vuelve á la vida el hijo del sacerdote y exclama: –«¡Ay, con qué pesadez he dormido y con qué ligereza despierto! ¿Quién me ha hecho esta gracia?» Levántase y ve el niño degollado: pregunta el motivo y se lamenta de que por su causa hubiese tenido lugar aquel infanticidio.

Desde la primera vez que el hijo del sacerdote vió á la hija de la maga, la amó con todo su corazón, porque era la criatura más hermosa después de la princesa, y decidió ir á pedirla á su madre. Llega, pues, á la torre y encuentra ambas sentadas á la mesa y les habla en estos términos: –«Buenos días, señoras».

–«Bien venido, joven», contestó la madre.

El corazón de la joven latió de amor á su presencia, y sospechado el objeto de su venida, bajó modestamente sus hermosos ojos.

–«¿Por qué habéis de estar con ansiedad, ignorando la causa de mi visita? ¿Qué he de decirte, señora? Yo amo á tu hija y sólo esto he venido».

–«¡Ah, tunante, cuán bien sabes cautivar la gente! Hijo mío, comprendo que mi niña te corresponde y yo te amé desde la primera vez que vinisteis al castillo: antes que hablaras adiviné tu propósito. Llévatela y toma esta cuerda, con la cual atarás el cuello del niño y quedará sano. Besaron los jóvenes la mano á la vieja, y tomando del catillo cuantas riquezas pudieron se marcharon.

Llegados al país, fué al momento el hijo del sacerdote y ató con la cuerdecita el cuello del niño, quien volvió por este medio á la vida. A la noche convocó el sacerdote á los convidados y casó á su hijo con la joven. Desde entonces, sin disgustos, sin tormentos, vivieron él y el príncipe muy felices cada cual con su mujer por espacio de largos años.

La cajita de oro

Erase un rey y una reina que tenían un solo hijo. Cierta día le habló así su padre: –«Hijo mío, veo que no tengo otro hijo que tú, y cuanto poseo te pertenece: quisiera, pues, que te casases para que tuvieras sucesión y yo la viera antes de morir, logrando así una vejez dichosa, pues tú eres mi única esperanza». Pero el príncipe no quería casarse por más que su padre lo deseara, así es que sus palabras por un oído le entraban y por otro le salían.

Al cabo de algunas semanas, pensando que tal vez habría cambiado opinión, torna á hablarle: –«Hijo mío, ¿has elegido alguna joven? La que te plazca te la concederé».

Si hablaran las piedras también hablaría él.

Sus entrañas no se conmovían. ¿Qué hará el rey?

Busca intermediarios, que le hablan una y mil veces, pero no hay medio de convencerle.

Por casualidad oyó el príncipe que en cierto país había una joven hermosísima, la cual convenía en casarse con aquel que la hiciera hablar, pero que si no lo conseguía había de morir; y se decidió á presentarse con ánimo de ganar el premio. Un día que su padre le estaba hablando le replicó: –«Ea, padre mío, puesto que quieres casarme, dame la hermosa de ese país».

–«¡Por María Santísima, recobra el juicio, hijo mío, le responde, plegue á Dios no me maten tus caprichos! ¿No sabes que lleva muertos tantos jóvenes, y quieres por ventura morir también? Hay tantas princesas y hijas de visires seductoras, y ninguna te agrada?»

–«Lo que me dices es pura fábula y pretendes ocultarme la verdad, replica el hijo: yo no quiero casarme, pero iré donde está ella, y si la gano, bien, y si no, perderé mi vida por su hermosura». –«¡Ay, hijo mío, que torturas mi corazón con tus locas palabras! ¡Nos afliges á mí y á tu amorosa madre que tanto ha sufrido para criarte y hacerte un joven cariñoso; en cambio de la dicha que contigo nos prometíamos, acibaras nuestra ancianidad propinándonos hiel y veneno! ¿Y qué te diremos cuando desprecias nuestros consejos y desobedeces á tus superiores?»

–«Pues bien, padre mío, mi resolución es irrevocable». El rey llorando de pena continúa diciéndole:

–«Yo, hijo mío, siento lastimado mi corazón de padre por la inevitable desgracia que te amenaza y no puedo evitar por tu terquedad. ¡Que Dios se compadezca de ti, que desdeñas el brillante porvenir que yo te preparaba con tierna solicitud!»

Levántase y con los ojos hechos dos ríos de lágrimas va á la habitación de la reina y le dice:

–«¡Pobre y tierna madre! El destino ha dispuesto que no disfrutemos de tranquilidad ni en invierno ni en verano. ¡El único hijo que tenemos y que constituía nuestra delicia y encanto y causaba admiración la de las gentes, desprecia nuestros consejos y va á parecer lastimosamente!»

–«Pues ¿qué piensa hacer?» replica la reina.

–«Esto y esto, le contesta, ¡desgraciada hora aquella en que supimos tal noticia!»

Lloraban ambos como dos pichones, sin poder consolar-se; pero viendo que sus súplicas eran infructuosas se dijeron: –«No hay medio, hará lo que se ha propuesto; le daremos, pues, nuestra bendición, y que vaya con Dios: del destino nadie se libra».

Le exhortaron hasta el día de su salida y llegado el momento le dijeron: —«Alma y vida nuestra, nosotros suspirábamos por tu felicidad, pero puesto que te empeñas, vete, vete en buen hora, y tu camino se cubra de flores y rosas». Su madre le dijo aparte: —«Dios te ayude, amor mío, y sólo te pido que donde quiera que te halles me olvides».

Arrójanse los dos á su cuello, lo colman de besos y abrazos y derramando abundantes lágrimas le dicen que se lleve cuanto quiera. Apareja el joven un hermoso caballo, toma bastantes monedas de oro y otras cosas que juzgó precisas, recibe la bendición de su padre y su madre, y adiós, alma mía, sale de la ciudad.

Anduvo errante algunos días, hasta que al fin llegó á una capital: apéase del caballo y se entra en un café para descansar y al propio tiempo adquirir noticias respecto del país en que se hallaba. Al poco rato llega un mercader ambulante que llevaba una hermosa cajita de oro y gritaba: —«Señores, vendo esta cajita: el que la compre se arrepentirá, y el que no la compre también se arrepentirá, y la vendo en mil florines, ni más ni menos». Todos los que se hallaban en el café fijaron su vista en el príncipe, el cual pensaba interiormente: «algo significará lo que dice, el que la tome se arrepentirá y el que no la tome también se arrepentirá; voy pues, á comprarla á la ventura, ya que todos los ojos se fijan en mí». Entonces lo llama y le dice: —«Acercaos, buen hombre; ¿en cuánto vendéis esa cajita?» —«En mil florines, ni más, ni menos, señor». El príncipe saca un cinturón de piel, y—tín, tín—cuenta el mercader los mil florines y después de echarlos á su faltriquera entrega la cajita diciendo: —«Que vaya bien». Permaneció sentado un rato el príncipe y después de convidar á beber á todos cuantos allí había se levantó y salió.

¿Qué quieres ahora, lector? ¿Qué deseas saber? Voy a referírtelo brevemente. Llegó el joven al país de la hermosa, y preguntando por ella, le contestan: –«¡Infeliz!, ¿así pierdes tu juventud? Esta princesa es un perro suelto, un corazón insensible; lleva muertos muchos hombres y piensas que á ti te dejará vivo? Mas si tanto te empeñas preséntate al rey, quien te dirá lo que has de hacer», Preséntase el príncipe al rey, saludándole con suma reverencia, y admitado éste de la hermosura y elegante porte del joven se levanta y tomándole la mano lo sienta á su lado.

–«¿Qué quieres, amado joven?» le pregunta.

–«He venido por tu hija, señor».

–«Ay! hijo mío, no obras con cordura; la princesa es una fiera que quiere tragarse todo el mundo: así, pues, desiste de tu empeño y vuélvete».

–«¡Buena cosa sería! ¡Aunque me cueste la vida!»

El rey, indignado de tanta muerte causada por su hija, le dice obtener la mano de la princesa había de conseguir hacerla hablar, y que si lo intentaba y no lo conseguía tenía pena de la vida, pero que también mandaría matar á ella.

Sale de la estancia real y se va al café para meditar, y apoya la abeza con sus manos sobre la cajita. De pronto se da un golpe en el codo, se le duerme la mano y siente un vivo dolor en todo el cuerpo le hace exclamar: –«Con justa razón sufro! ¿No oí gritar al mercader que el que comprase la cajita se arrepentiría?» Entonces le contesta la cajita: –«¿Si no te sirvo, por qué me compras?» A punto de perder el juicio estuvo el príncipe al oír hablar la caja de oro.

–«No te asuntes, sigue diciéndole, no temas, que yo soy tu salvación, pero escucha bien lo que voy á decirte. Esta noche irás á casa de la hermosa, y así que entres, dices:

¡Buenas noches! Ella estará sentada en un sitio alto detrás de cristales: te verá sin ser vista y comienzas á decirle mil halagos y hechicerías, como sabes hacerlo. Ella permanecerá muda como una piedra y entonces te diriges á mi diciéndome: ¡Ea! ya que la princesa se desdenea de hablar, dinos tú alguna cosa! Obediente á tu instancia te referiré un cuento, y tú haces como que me censuras agria é injustamente, y al fin ella aburrida de impaciencia por tus interrupciones y por tus tonterías», hablará».

Llenóse de gozo el corazón del príncipe y esperó con impaciencia la hora. Así que comienza á anoecer uno y dos, y á la princesa seguido de mucha gente, ansiosa de ver lo que sucedería. Entra toda cortesía y dice: —«Buenas noches, señora mía, luz de mis ojos! —¿Qué decís? ¿No queréis hablar á un extranjero que ha venido por vos? Abrid vuestra boca y decid tan sólo dos palabras para calmar el dolor que siento en lo más íntimo de mi corazón». —¡Desgraciado! No oye ni una palabra. ¡Infeliz príncipe! inútilmente sufres, pues no hay modo de hacer hablar al pajarito que pretendes cazar. Da vueltas por la sala y colocando la cajita sobre una tablilla exclama: —«Dios mío! no habrá aquí ninguna persona ni espíritu que me hable? Voy á morir, no puedo sufrir más!» Suplica una otra vez, pero en vano. —«¡Qué crueldad!» gritan desde fuera todos los jóvenes, mas ella no suelta su lengua.

—«¿No era yo, continuó el príncipe, el que tenía en mi palacio tantos hombres que por la noche no sabían cómo obsesquiarme y distraerme con su conversación? ¡Y sin embargo he venido á tierra extranjera á perder injustamente mi vida! ¡Bien me lo advirtieron mi padre y mi madre! Mas puesto que la señora princesa no quiere hablar, ¿no hablarás tú, tablilla de mi vida, ya que nos hallamos solos y nadie nos escucha?

—«Con tu permiso, señor, hablaré á ti y después á esta ingrata, contestó la cajita. ¿Qué queréis? ¿Una canción, un chiste, un cuento?»

—«Dinos, querida, un cuento para pasar el rato».

—«Está bien, pero te advierto y prevengo, señor mío, que me juzgues con justicia y no me interrumpas».

—«Esa palabra que has dicho me hiere».

—«¡Aprensión tuya! Principio mi cuento: ¡Buenas noche», señor mío! —Qué reviente allá arriba la bruja», dice muy bajito, aunque ella lo oyó.

Gran pena sentía la princesa al oírse tan amargas palabras.

—«Voy á abreviar mi cuento, continuó la cajita, pero no me interrumpas. Erase una vez, príncipe mío, tres jóvenes, íntimos amigos, y sin saberlo tenían los tres la misma amante. En cierta ocasión convivieron en pasar un día de campo, ¿oyes, príncipe? (éste se puso erguido como un palo dirigiendo la vista hacia donde estaba la princesa) ¡ah! me he olvidado donde íbamos del cuento, pero ahora recuerdo, querían ir de campo, mas como no tenían provisiones, enviaron cada uno de ellos un muchacho á casa de su amada, para que le trajese algo de comer. —¿Refiero bien mi cuento?» —«Con mucha gracia». Tenía ella una polla en el horno, va, pues, y hace tres provisiones: ya sabía lo que hacía, cuántas son las barbas, tantos los peines; toma además un quesito y un panecillo, y los divide también en tres partes, y envolviéndolas en otras tantas servilletas y dando una á cada criado los despacha. Reciben los jóvenes su parte, y cada cual con su servilleta, se van de campo, dirigiéndose á un jardín. Tomaron asiento y al momento desdoblaron las servilletas, pero ¿qué ven? Los tres tenían la misma comida. Se rascan de despecho la oreja comprenden la perfidia. Dice

uno: ¿«Quién es tu amada, hermano?» -«La tal», contesta. -«¡Ay, si es la mía!» -«No tal, que es la mía», replica el tercero. Suscítanse gritos, palabras, insultos y echan mano al puñal para matarse. Entonces el más prudente dijo: -«Amigos, no nos inquietemos por una mujer indigna de que nos matemos». Apaciguáronse y dijo uno de ellos: -«Yo propongo que pongamos nuestras sortijas bajo la misma piedra y cada cual tome un camino distinto: después de algún tiempo volveremos y tendremos las sortijas por señal para esperarnos, y aquel que en el intermedio haya aprendido el mejor arte, obtendrá nuestra amada por esposa». -«Buen proyecto», contestaron los otros dos. Marcháronse de aquel punto á aprender cual un arte, y al cabo de tres años volvieron á encontrarse en el mismo jardín. -«Dios nos ha concedido la gracia de vernos nuevo, dijeron, pero veamos lo que cada cual ha hecho». El uno dijo: -«Yo he alcanzado fama de astrónomo y puedo hablaros sobre todas las cosas». -«¡Bien, bravo!» respondieron los otros. Dijo el segundo: -«Yo me he hecho médico, y puedo hasta resucitar los muertos». Continuó el tercero: -«Yo á mi vez he aprendido á correr más ligero que el viento y me planto allí donde quiero». (¡Qué decís, hijos del diablo, que levantáis de horror la piel!) Entonces exclama un de ellos: -«Bien estamos, pero tú, astrónomo, examina qué hace nuestra amada». Examina el astro de ella y lo ve oscilando, y como todo astro cuyo brillo se extingue y muere. -«¡Ah, perra! está agonizando», dice el astrónomo. -«Ea, médico, le dicen los dos, propínale una medicina para que sane». Reúne el médico algunas yerbas y prepara el medicamento. -«Ea, querido, tu ahora corre á llevárselo». Llega éste en un minuto, le introduce en la boca la medicina y se va bajando su vida, que ya estaba en los dientes. -«Dime

ahora príncipe, pues deseo saber tu opinión, ¿quién de ellos era el más digno de obtenerla? Hace el príncipe como que discurre y después dice: –«¿Quién la ha de obtener, quién no la ha de obtener? ¿Si la obtendría el astrónomo?»

Entonces se enfadó la princesa, que ya no podía contenerse, y lanzando un grito que conmovió los cristales exclamó: –«Pero si no hubiese sido por el corredor, inútiles hubieran sido la astronomía y la medicina; luego el último la obtendría». Dijo, y de nuevo cerró la boca. Entonces oirías: –«¡Bien, bien! ¡habló la princesa! Corren á participarlo al rey, que lleno de satisfacción prorrumpió así: –«¡Gloria sea dada á ti, oh Dios, que has cambiado el modo de pensar de mi hija!»

Toma el príncipe con disimulo la cajita y dice: –«Tenemos una, princesa», y se va, pero para obtenerla había de hacerla hablar tres veces. Preséntase al rey, quien le dice; –«¡Tú eres mi hijo, come una vez hablará otras!»

Vuelve otra noche más animado y le dice de nuevo: –«Buenas noches». Pero olvidaba, lector, decirte una cosa. Cuando marcharon todos, bajó de su asiento la princesa é indignada injuriaba hasta las piedras: va á la tablita y la increpa de este modo entre lágrimas de desesperación: –«Tabla hechizada, yo te poseo hace tantos años y no sé que jamás me hayas dicho una sola palabra, y esta noche has entablado conversación con ese que has visto por primera vez», y esta te doy, ésta te regalo, la hizo mil pedazos.

La segunda noche colocó el príncipe la cajita de oro sobre una silla y habló así: –«¡Ah! esta noche me aburriré; la anterior tuve la tablita, pero no la veo. Todos me quieren mal, las piedras y los leños, y si me recostase en un árbol, caerían las hojas sobre mí. Ya no me hablará otra vez la princesa; ¿me hablarás tú, silla mía?» –«Con tu permiso, señor. ¡Estoy á tus

órdenes! ¿De qué quieres que hable?» –«Dime un cuento gracioso para pasar pronto la noche».

–«Voy á decírtelo, príncipe mío, pero deseo que me juzgues veraz».

–«Muy mal me parece que digas tales palabras: no soy un crío que no comprenda, sino un gran príncipe, y ¿no he de hacerte justicia».

–«Ea, permíteme que comience mi cuento. Principio de mi cuento: Buenas noches, señorito. Eran una vez tres compañeros: uno monge, otro carpintero y otro sastre. Carecían de trabajo y convinieron en irse á otro país donde pudieran ejercer su oficio. Marcháronse, pues, y á la noche llegaron á un aprisco, donde se refugiaron para descansar. Pero he aquí que temían acostarse los tres á la vez porque el país estaba infestado de ladrones, y así convinieron en echar suertes y vigilar por turno. Echaron suertes y tocó la primera al carpintero: acuéstarse el monge y el sastre y pónese de centinela el carpintero, el cual queriendo asustar al sastre, á quien después tocaba el turno., cogió un tronco que había en el aprisco, tomó los instrumentos de su oficio, hizo del madero una figura de mujer y la colocó delante de la puerta. Al terminar su hora dice al sastre: levántate para vigilar. Levántase el sastre y al cabo de un rato ve la figura, y asustando por creer que eran ladrones gritó: –«Á las armas, muchachos, que vienen á matarnos». Pero ve que no se mueve y recobra el valor: para más seguridad arroja una piedra y suena como si diese sobre madera. –«Mi carpintero del diablo, dice en su interior, ha hecho bien su obra y poco ha faltado para morirme de miedo: él ha hecho la figura y yo ¿qué haré?» Abre su pequeño saco de cuero y sacando algunas piezas de su oficio cose un traje y se lo pone. Si hubieras visto entonces la figura hubieras pensado

que era una mujer de veras, y tanto lo era que sólo le faltaba el habla. Pasa entretanto la hora y dispierta al monge. Levántase el infeliz monge y ve una mujer con todas sus condiciones, faltándole únicamente la vida. Comprende la treta que le han jugado sus compañeros y dirige con pureza de corazón sus preces á Dios: el Señor le escucha y comunica la vida á aquella figura vestida. ¡Aquí te quiero! Levántanse al amanecer los otros dos y disputan los tres sobre cuál la tomará por esposa. El carpintero dice: –«A mí me corresponde, porque ella era leño y yo le he dado la forma de mujer». El sastre replica. –«No: á mi me pertenece que la he perfeccionado, pues estaba desnuda y la vestí». Finalmente el monge les dice con divinas palabras: –«Hijos míos, atended mi suplica, dádmela á mí que no tengo mujer y estoy enteramente solo mientras vosotros vivís en compañía de vuestras esposas y vuestros hijos que os regocijan». Los otros no accedieron. Quisiera yo saber cual de ellos era el más digno de obtenerla.

–«Vaya, contestó el príncipe, por tan pequeña cosa no te quiebres la cabeza: el más digno era el desgraciado sastre que gastó sus agujas y mortificó sus manos para coser el traje».

Al oír esto la princesa exclamó:

–«Voy á hablar de nuevo, porque no puedo oír disparates: mal haya tu nombre, que ni sabes los días que tiene el año, pero sabes disparatar! y te suplico no vuelvas á angustiar mi corazón con tus necesidades». El príncipe le contesta. –«Muy bien has hablado».

Y con la cajita en el pecho se va derecho al rey.

Bájase la princesa, y llena de ira destroza la silla. Prepárase el joven para la tercera prueba. Durante el día se lava, se peina y se viste con elegancia, y así que anochece, se dirige de nuevo y dice: –«¡Buenas noches, princesa mía! ¿Todavía

estás enojada conmigo desde ayer? He comprendido que me equivoqué en el fallo y te pido mil perdones por haberte disgustado; dime una sola palabra y mi corazón quedará tranquilo». —«Si» espera, —«si esta noche logro lo que alcancé la pasada, mi alma estallará de gozo! ¡Qué fatal es mi destino!»

Coloca luego la cajita junto á la lámpara, y oye que ésta le dice: —«¡Paciencia, príncipe!»

—«Paciencia y paciencia, pero ¿hasta cuándo he de sufrir? La paciencia se me acaba y mi desgracia aumenta».

—«No te preocupes tanto por esa bruja; pero dime ¿de qué deseas que te hable?»

—«Qué quieres que te diga, refiérme un cuento para pasar la noche».

—«Voy á complacerte, caballero, pero á mi vez exijo que me juzgues con rectitud».

—«Así lo haré, no tengas cuidado».

—«Comienzo. En una ocasión, —;que te proteja la Virgen Santísima!— eran un rey y una reina: tuvieron una hija y la entregaron á la nodriza para que la criara dentro de cierto castillo. Fué creciendo la niña y peinándola la nodriza le encontró un piojo. Al verlo niña exclamó: —«¿Qué es eso, mamá?»

—«Un piojo que llevabas, hija mía».

—«Guardémoslo, mamá, para ver si se hace muy grande».

—«No crecen, hija mía».

—«Pues quiero que lo pongas en un frasco para ver lo que sucede».

Pusieronlo en un frasco y hubieras visto que creció y lleno el frasco; introdujéronlo en otro mayor y después en un jarro, y, para abreviar, se hizo grande como un buey. Resolvieron entonces matarlo y guardar la piel, y al efecto llamaron á un cortador y le dijeron: matarás este animal, nos darás la piel

y tirarás lo demás. Lo degüella, después lo desuella, sin comprender qué clase de bestia era, y cobrando su trabajo se marcha. Ellas salaron la piel y la dejaron secar. Pasaron algunos años, y aunque su padre le proporcionaba partidos, á ella le inspiró el diablo la resolución de no casarse, y como continuamente la aturdiere su padre con el dicho casamiento, un día le contestó: —«Tengo una piel, y el joven que pueda averiguar á qué especie de animal pertenece obtendrá mi mano, pero los pretendientes que no lo sepan han de morir». —«Conforme», contestó su padre, pensando que era cosa fácil. En seguida firma este decreto: —«El que sepa ganar la apuesta de mí hija, la obtendrá por esposa; pero si no la gana, se le cortará la cabeza». Muchos iban con deseo de obtener la princesa, como tú vienes ahora por esta señorita que está sería como un palo, pero nadie acertaba, y así moría gran número de ellos cada día. Pero ni Dios ni el diablo querían que se derramase tanta sangre por una mujer, y así se metamorfoseó el diablo en un galán tan hermoso, que causaba la admiración de todos. Lo ven el rey, la reina y la nodriza y exclaman: —«¡Qué joven tan hermoso; si ganase la apuesta, qué feliz vejez pasaríamos á su lado!»— No os inquietéis, que ya la ganará. Sabes que dicen que Dios juzga á tiempo, que lo que siembres cogerás: —la sangre vertida por ella demandaba castigo. (Esto no pertenece al cuento, sino que son proverbios míos, y los he visto confirmados). Ya, pues, el hermoso joven y pregunta cuál era la apuesta: al momento quedó la princesa prendaba de él y deseosa de que acertase. Le ponen delante la piel y dice: —«Esta es la piel de un piojo». —«¡Bravo, bravo! gritó la princesa, ha ganado la apuesta». Aquella misma noche arreglaron las bodas, y después del banquete y del baile se retiraron á descansar los recién casados. Se acuesta la princesa y cae

en un profundo sueño: mientras tanto el diablo se convierte en negro árabe y se acuesta á su lado sin tocarla ni con el dedo meñique. Así que amaneció, se llenó de espanto la joven al ver al negro, y del horror que le causó salió abundante sangre de sus venas. Levántense y conviértense de nuevo en gentil galán, y enamorada la joven se calla hasta ver en qué pararía; pero como sucediera lo mismo á la noche siguiente, dijo en su interior; *ea, esto ni se come ni se mastica*, y lo cuenta á su padre. Lo llama el rey, y á sus preguntas contesta que todo es efecto de la maldición de su padre, pero que le permita llevarse á la princesa al punto donde ha de curarse de su desgracia y volverá con ella. Accede el rey y les da algunos soldados para acompañarlos. Cuando hubieron andado un poco al acaso, se trasformó en diablo y dijo: -«¡Mujer, tengo hambre!» y se engulló todas las provisiones que llevaban. Marchan de allí, cuando al poco rato vuelve á gritar: -«¡Mujer, tengo hambre!» y se engulló todos los soldados que les seguían y los caballos que montaban. Lleva á su mujer á cierto sitio, levanta una piedra de mármol que cerraba una caverna, introduce á la princesa y cubre la entrada. ¡Ah, desdichada princesa! ¿Qué ve allí dentro? Ve fieras muertas, ve despojos humanos, ve cosas que hielan de espanto su alma. Al poco rato llega una fiera, levanta el mármol, penetra en la caverna y le da á comer carne humana, se convierte en serpiente y se enrosca al cuerpo de la joven de los pies á la cabeza, le introduce su lengua en la boca y le chupa la sangre. Trascorrida la noche se va, dejando á la joven herida de muerte. Al ausentarse del palacio había tomado á instancia de su madre dos pichoncitos, que llevaba ocultos en su seno: había decidido escribir una carta á su madre diciéndole lo que le ocurría, arrollándola sobre el pinchón y enviársela cuando el demonio no estuviese

presente. Toma, pues, la carta, se la liga en una pata á uno de los pichones y lo despide así que la fiera levantó el mármol, pero ésta lo advirtió y se engulló el pichón. Al siguiente día envía el otro animalito, el cual volando, volando, llegó al castillo de la princesa y se quedó sobre la puerta. Lo ve la reina y exclama: —«¡Ay! es el palomito de mi niña; ¿de dónde ha venido? Corred á traerlo». El pobrecito, como si lo entendiera, se dejó coger y llevar á la reina. Lo besó prodigándole mil caricias y preguntándole por su hija. Lo examina y ve una carta rollada en la pata. Al momento la toma y abre, pero ¿qué ve? Amargas y trabajos. A sus gritos acude el rey y se entera de la carta. Expide al momento un decreto diciendo que el que sea capaz de traer á su hija, la obtendrá por esposa, pero nadie escucha y todo el país esta desconsolado. Existía en la ciudad una pobre vieja que tenía siete hijos muy valientes, los cuales hacía siete años que se habían ausentado, y dio la feliz casualidad de que llegaron por aquellos días, y enterados por el camino de lo que ocurría, resuelven que fuese su madre á decir al rey que ellos eran capaces de traerle la hija, —«¡Ay! hijos míos! repuso su madre, me habéis dejado abandonada tantos, y cuando acabáis de llegar queréis ausentaros otra vez? Te hemos dicho que te presentes al rey ¿y aun estás sentada?» —¿Qué ha de hacer la vieja? Quiere y no quiere. Va por fin y se lo dice al rey. Alégrase éste al oír la noticia y le promete que si Dios permite que la traiga uno de ellos la obtendrá por esposa y distribuirá entre los otros seis la mitad de su reino, y por de pronto que pidan lo que quieran para el viaje. Vuelve la vieja, da la respuesta á sus hijos y éstos marchan á toda prisa. Ahora para que comprendas por qué no temen, has de saber que durante su ausencia anterior no habían permanecido ociosos como hacen muchos, sino que aprendieron artes diabólicas.

Escucha, pues. El uno aplicaba su oreja en tierra y oía cuanto pasaba debajo del mundo; otro levantaba con sus manos tanto peso, que con auxilio de un collar de hierro que llevaba, levantaba la tierra; otro era tan inteligente y hábil, que podía desnudar dormido sin despertarlo; otro tenía tales espaldas, que por carga que llevase no se fatigaba; otro poseía el arte de herir con su mano la tierra y hacer surgir una torre de hierro que ni á los rayos temía; otro sabía transformarse en una cosa como mosca, se ponía sobre el diablo y picándole con la saeta lo inutilizaba. No sé cuantos van: ¿llevas tú la cuenta, príncipe? bien dicen, «Bastonazos te dan, cuéntalos», porque ignoras á cada hora qué suerte te espera. Pero creo que falta el último, el cual tenía la habilidad de coger con los brazos abiertos cualquier cosa que caía de lo alto y atraerla á su seno. (Caramba con los mozos del diablo, qué artes habían escogido; ¡bravo, hijos de la vieja!) Cuando iban andando dijeron al que oía lo que pasaba debajo de la tierra: —«Mira si vamos bien y podemos llegar en una hora á lo sumo, no sea que se nos escape la liebre y perdamos el premio». —«Bien vamos», contestó. Avanzan, avanzan, y dicen de nuevo: —«¡Ea, mira otra vez!» —«Vaya, muchachos, ya nos acercamos; el sitio está detrás de aquella montaña». Llegan por fin y ven el mármol que tapaba la cueva, cuya piedra, Dios nos guarde, era dos ó tres veces más grande que esta casa. Entonces gritaron: —«¡Tú que levantas grandes masas, levanta este mármol!» Lo sujeta con el collar de hierro que llevaba y lo traslada á otro punto, pero callandito, callandito, no fuera que los oyesen desde abajo. El que oía lo que pasaba debajo del mundo les dice que la joven tenía enroscada á su cuerpo una serpiente que le chupaba la sangre. —Entonces exclaman: —«Tú que no te dejas sentir, ¡abajo al momento!» Corre este abajo,

coge la serpiente por la cola y poco á poco la desenrosca sin que ella lo note; pero la joven estaba ya medio muerto. Sube y les dice que se bailaba preparada para subirla y baja el que llevaba grandes pesos, la carga sobre sus espaldas, y huyen todos.

Amanece el día y despierta la serpiente: —«¡Ah, perros! exclama, los hijos de la vieja me la han arrebatado». Transformase al momento en negra nube y se lanza tras ellos. Lo observa el que oía de lejos, y les avisa que el diablo los persigue, y gritan: —«Tú que das una palmada en tierra y surge un castillo, pronto, que sino perdemos la joven!» Al momento golpea con su mano y se levanta un castillo gigantesco. Entranse todos y luego llega la nube que despide una gran bocanada de humo y produce un estruendo que conmueve el castillo. No temen, pero como se bailaban fatigados, deseaban recostarse un poco para descansar, y así dijeron á la joven: —«Nos vamos á retirar un rato, pero no salgas de la puerta, sino, estás perdida y lo pasarías peor que antes».— Lo mismo que si le hubieran dicho: — Cuando durmamos salte á la puerta.— El diablo, no habiendo conseguido apoderarse de ella, se transformó en una vieja que llevaba una clueca con pollos de oro, á los cuales arrojó una perla y comían, mientras ella gorgojeaba con tal dulzura que era un encanto La princesa, como había estado tantos días en el infierno, quiso ver el mundo; pero ¿por qué les llaman diablos, sino por los engaños que con sus artes causan? En el instante en que la infeliz avanza, la arrebató la negra nube y la eleva á una gran altura. —Despiertan luego los jóvenes, buscan la doncella; mas ¿dónde está? ¡Ni se ve, ni se oye! Pega aquel abajo, húndese el castillo, miran acá, miran alla, pero nada! Entonces dirigen arriba sus miradas y ven tu buen diablo llevando la joven entre nubes, pero

por la elevación parecían á lo más como una cebolla. Gritan todos –«Ea, tú que señalas bien, al momento, porque vamos á perderlos de vista!» Pero aquel contesta: –«Dejadlos que anden todavía». Anduvieron más: ora se veían, ora se perdían de vista, y cuando le pareció te dispara la saeta y va y le hiere al diablo en el pecho en el punto donde está el corazón, y al momento los vieron precipitarse hacia abajo. Entonces abre el otro sus brazos, coge en el aire la joven y luego cae el diablo hecho pedazos, con lo cual se vieron libres de él, y por fin devolvieron la joven á su afligido padre.

Ahora, señorito, te pido me digas cuál de los siete hermanos era el más digno de poseer aquella joven. —Discurre, discurre, y al fin dice: –«El más digno de poseerla es el que la llevó tanto trecho».

Al oír esto la princesa, se puso encendida como el fuego y exclamó: –«No puedo aguantar más y voy á perder la vida por el hijo de una extranjera. ¿Porqué vienes á romperme la cabeza con tus charlas y tus disparates?»

–«Señora mía, todo acabó, repuso el joven. He ganado la apuesta porque con ésta te he hecho hablar tres veces».

Por todo el país cundió la noticia y todos exclamaban: –«¡Habló la princesa!» El rey mandó á su hija que se adornase porque había de casarse aquella noche. Llegada la noche se desposaron los príncipes y se celebró la boda con grandes fiestas.

Pasados algunos días quiso el príncipe volver á su país consolar á sus afligidos padres, á lo cual consintió el rey, diciéndole: –«Llévate tu mujer, y buen viaje!» Llegó con su esposa, y al ver los padres al hijo que ya contaban muerto estuvieron á punto volverse locos de alegría. Quitóse el rey la corona y la colocó en la cabeza de su hijo, hizo lo mismo la reina con

Cuentos populares griegos

la joven, y sin penas ni disgustos vivieron los príncipes muy felices, pero ni yo estaba allí para saberlo, ni vosotros para que lo creáis.

La papadía tonta y sus hijas tontas

Había en cierta ocasión un sacerdote que vivía en compañía de su mujer, la papadía¹⁵, y sus tres hijas; mas para que lo sepas, una y otra y las cuatro eran tontas. Un día la mayor, después de salir de la función de iglesia, se fué de la ciudad con objeto de pasearse, y viendo un montecillo se subió al momento y sentada en la cima se lamentaba en estos términos: –«¡Ay, cuándo llegará el día en que me case y tenga un niño para arrojarlo desde aquí y ver cómo revienta! ¡Ay, niño mío!»

Impacientes la esperaban sus hermanas y se decían –«¿Qué se habrá hecho de nuestra hermana?» Ya en su busca la mediana, la encuentra y sentándose á su lado le pregunta: –« ¿Qué haces aquí? ¿Por qué lloras?» –«Infeliz, le contesta, ¿no ves esta pendiente? Deseo casarme para darte un sobriño y despeñarlo para verlo morir». Quedóse la mediana con la misma idea que la mayor. Fué la pequeña y sucedió otro tanto, y para no repetir, llegóse también la Papadía y se quedaron las cuatro lamentándose. Corre á buscarlas el afligido sacerdote, y al encontrarlas y preguntarles la causa de su llanto, le contestan que la hija mayor deseaba casarse para darle un nieto y precipitarlo por aquella pendiente.

¹⁵ Mujer de sacerdote griego, llamado en lengua moderna Papás (Nota del Trad).

—«¡Desgraciadas! les contesta, no puedo soportar por más tiempo vuestras necesidades y locuras! Si tenéis la suerte de que tropiece con otras mas necias que vosotras, puede que os vuelva á ver; de otro modo antes quedarán blancos vuestros ojos que me veáis».

Las abandona y anda, anda al acaso durante algunos días, hasta que llega á otro país. Recorre las calles y oye lamentos: entra en la casa para ver lo que ocurre y ve una mujer que tenía su niño metido en la cuña y encima un hacha pendiente del techo. Lamentábase la mujer gritando: —«¡Ay, hijo mío, hijo mío, muerto á hachazos!»

—«Eh, mujer, le dice, ¿qué tienes que lloras?»

—«¿Que he de tener, sacerdote mío? ¿No ves que caerá el hacha á mi hijo? y aún me preguntas qué tengo».

—«¿Que me das si te lo libro?»

—«Lo que quieras, sacerdote mío: hasta mi alma, si no la debiera á Dios».

Entonces toma la cuna y la pone en otro sitio.

—«Vaya, mujer, le dice, no llores más».

Retírase de allí llevándose buena cantidad de dinero, y no lejos observa mucha gente reunida y se aproxima para ver lo que ocurre. ¿Qué ve? Estaba para casarse un hombre alto, y como la puerta de casa de la novia era baja, no se le ocurría inclinarse para entrar, y el buen hombre discurría si se cortaría los pies ó la cabeza, pues de otro modo no creía poder pasar á visitar á su amada. Al ver esto el sacerdote se desternillaba de risa y les dijo: —«¿Por qué gritáis y os afligís cristianos de mi alma?» —«Esto y esto pasa, sacerdote mío, le contestan». —«Ea, yo os lo introduciré: ¿qué me dais?» —«Lo que quieras; pero haznos esa gracia». —Cogió el sacerdote al novio y poniéndole la mano en la cabeza le dice: —«Inclínate,

muchacho! más, más!» Así lo hizo entrar justito. –«Ea, ahora levanta la cabeza, y esto harás cuantas veces entres y salgas, ¿entiendes?» Luego fué con los novios á la iglesia y los casó, recibiendo por uno y otro bastante dinero.

Marcha de allí y encuentra una vieja que estaba lavando y adornando con oro y piedras preciosas una marrana que decía ser su hija y la disponía para casarla. Al ver al sacerdote exclamó: Hijo mío, ¿quieres llevar mi hija á casar y te recomendaré bien, pues soy muy vieja y apenas puedo andar?»

–«Con mucho gusto, anciana mía, por ti aunque sea gratis». Pero contestó así porque tenía su vista fija en el tesoro.

Toma, pues, tu buen sacerdote la marrana y la hace andar delante; pero á los pocos pasos concibió sospechas la vieja y dijo al sacerdote: –«Eh, hijo mío, vuelve para que te vea bien y pueda conocerte». Tu buen sacerdote se baja las bragas, y sin sonrojarse lo más mínimo, le muestra la parte inferior á la espalda, con perdón sea dicho. –«Ahora ya te conozco, dice la vieja, pero no os olvidéis de traerme la torta de bodas». Después que estuvo á cierta distancia, desnuda la marrana y cargado con todas las alhajas de oro y plata se vuelve á su papadía.

–«¡Ah, sacerdote de mí alma, le dice su mujer, hemos estado á punto de perder el juicio, viendo que nunca volvías!»

–«Yo pensaba, le contesta, que erais vosotras solas las necias, pero, según he visto, las hay que os aventajan, y así vengo dispuesto á sufrir todas vuestras impertinencias».

Con el tesoro consiguió casar sus tres hijas y él vivió después muy feliz con su papadía.

El viejo astuto

Vivían una cierta ocasión un viejo y una vieja que no tenían familia, y aunque servían de criados, poseían viñas, campos, bueyes, en una palabra, estaban sobrados de todo. Como se hiciera el hombre muy anciano y no pudiera ya trabajar, convinieron en vender sus bienes y hacerse una casa con jardín para pasar tranquilamente el resto de sus días. Toman, pues, todo y lo venden, quedándose sólo una vaquilla que estimaba mucho la vieja, para que les sirviera de consuelo ya que no tenían otra compañía, pues vivían fuera del pueblo.

Tu buena vieja cuidaba la vaquilla como si fuera un niño, y por su mano le daba de comer y beber. Pero consecuencia de tanta solicitud fué que el animal creció y se engordó demasiado, y entonces dijo la mujer:

–«Viejo mío, busca quien nos compre la vaca, porque se ha puesto excesivamente gruesa».

–«¿ A quién buscaré? contesta el viejo. Puesto que quieres venderla, me parece mejor que tú misma la lleves el domingo al pueblo, y te colocas en la plaza donde se reúnen los hombres, y la venderás á buen precio».

Bien lo dispuso el viejo. El domingo muy de mañanita toma tu buena vieja la vaca y la lleva al lugar. Así que llegó, la ven los dezmeros y convienen en burlarse tomando el animal por un macho cabrio. Quedóse la vieja con su vaca en la plaza esperando que salieran los hombres de la iglesia.

Los dezmeros, que eran tres, habían convenido, como hemos dicho, en burlarse de la vieja, y así sale uno de ellos y le pregunta:

—«¿Qué hace la vieja? ¿En cuánto vendes este macho cabrío?»

—«¿Qué dices, buen hombre? replica la vieja ¿No ves que es vaca, y la llamas macho cabrío? Tal vez tienes fascinada la vista y no ves bien».

—«Buena anciana, recobra el juicio y no digas tales palabras, porque se te reirán. Por ese macho cabrío te daré treinta piastras¹⁶».

—«Vaya, cristiano, no me insultes».

Todavía no se había retirado, cuando sale de la iglesia el segundo y dice á la mujer:

—«¿Qué hace la vieja? ¿Vendes ese macho cabrío?»

La vieja, que era corta de inteligencia, miró con toda atención la vaca y contestó:

—«¡Buen hombre, es vaca y me le dices macho cabrío!»

—«¡Bah, bah!— replica él— ¿Estás de broma?»

—«¿Y cuánto me das?»

—«¿Cuánto te doy? Te daré, por ser tú, veinticinco piastras, porque es muy viejo».

—«Vaya, no es nada la cosa: aquel que está allí sentado me daba treinta ¡y tú me ofreces veinticinco!»

—«Pues que te salga bien el negocio, anciana».

Se sienta junto á su compañero, y al poco rato sale el tercero y le dice:

—«Buenos días, anciana. ¿Cómo estás aquí sentada? ¿Acaso vendes este macho cabrío?»

¹⁶ La piastra equivale á veintidós céntimos de peseta (Nota del Trad).

Entonces la vieja, que estaba medio convencida por los otros, acabó de creerlo en toda forma y contestó:

—«Lo vendo, hijo mío».

—«Ea! ¿Me lo das por veinte piastras?»

La buena vieja dijo en su interior: «he aquí que por buscar lo más perderé lo menos». Por fin le respondió: —«Aquel me ofrecía treinta y tú veinte: Ea, buen hombre, llévatelo en los treinta».

Así engañaron á la buena anciana y compraron la vaca por mucho cabrío.

Va la vieja á casa y entrega á su marido las treinta piastra» diciéndole: —«¡Ay, viejo mío, qué burlas he sufrido hoy, pues he sido la risa del público! ¡Hete aquí que por el camino la vaca se convirtió en macho cabrío! Llego al lugar y quería reírme de los hombres vendiéndolo por vaca cuando era macho cabrío!» Al oírla se encendió de cólera el viejo y le preguntó: —«Vieja infeliz, ¿quién te ha dicho que era macho cabrío?»—«Fulano y mengano, y ellos me lo han comprado».

—«Bien: yo se la sacaré de sus narices».

Al día siguiente se levanta el bueno del viejo, alquila un criado para cuidar la casa y compra un burro viejo de cien años, y ¿qué hace? Toma y pone, con perdón, tres florines y tres escudos dentro del trasero del burro y se va al pueblo, precisamente al punto donde solían sentarse los dezmeros. Así que ven al viejo se le pegan como liendres, creyendo tener ocasión propicia para burlarse de él, pero como les gastara mucha broma, le preguntaron:

—«¿Anciano, vendes este turro?»

—«¡Ay, hijos míos! no vendería jamás este burro porque no tiene precio, pero ¿qué he de hacer? he sacado de él cuanto he querido, que vivan los demás!»

—«Pero, anciano, ¿por qué no tiene precio?»

–«Parece que no es bueno, pero, con perdón, tiene la propiedad de dar de cuerpo florines».

–«¡Caramba! ¿De veras tiene esa cualidad, anciano?»

–«De veras; y si no lo creéis, esperad y lo veréis».

Principia á dar con un palo al infeliz burro, el cual á fuerza de garrotazos se constriñe y arroja un florín, después un escudo, en fin cuantos había metido el viejo. Al echar el último le dijeron ellos: –«¡Basta, basta, anciano, ya lo creemos!»

Por signos se dijeron: «ahora hemos encontrado nuestra fortuna. Veamos, anciano. ¿En cuánto lo vendes? Te damos cinco mil piastras».

–«¡Ay, hermanos, seguid vuestro oficio: además que no lo pongo en venta!»

Hace como que se marcha y lo detienen diciéndole:

–«No te vayas: diez, quince»... y por fin le dan veinte mil piastras.

–«¿Y cómo lo alimentas, anciano?»

–«¿Pues cómo lo he de alimentar yo? No lo tengo bien acostumbrado: yerba y un hilito de agua. Ahora os lo lleváis, lo encerráis en una cuadra, le ponéis el alimento y el agua, y á los tres días volvéis y encontrareis la cuadra casi llena». Los deja el buen viejo y vuelve á su casa.

Llevan ellos el burro y lo encierran en una cuadra, como les había dicho el viejo, pero en vez de yerba le pusieron cebada para que les hiciera mucho más. El bueno del burro, como que estaba hambriento, mi arrojó sobre la cebada, comió cuanta pudo, bebió después agua, y luego reventó. Pasados que fueron los tres días se reunieron los dezmeros provistos cada cual de un saco para llenarlo de florines. Se dirigen á la cuadra, recorren con avidez el cerrojo y empujan la puerta, pero ésta no se abre. –«Bien, se dijeron, habrá hecho muchísimo y por eso no se abre la puerta».

¿Como habían de pensar que el burro había reventado, y que por tener las patas tiradas hacia la puerta, ésta no podía abrirse? Después de grandes esfuerzos la abren, y en vez de los florines, encuentran el burro reventado. Entonces desesperados se arrancan la barba exclamando: —«¡Por vida del pícaro viejo, bien nos ha engañado!» Y corren en su busca.

Sabía el viejo lo que había de suceder, y para prevenirse compró dos liebres enteramente iguales y dijo á su mujer: —«Hoy has de hacer tal comida, y cuando yo entre acompañando los dezmeros te preguntaré: —Anciana mía, ¿has dispuesto la comida para todos nosotros?—y entonces me contestarás: —He guisado lo que me mandaste á decir con nuestra liebre». —Toma una de las dos liebres, y llegándose al pueblo, entra en el café y se sienta á fumar con su pipa. Acertaron á pasar por frente del café los dezmeros, y como vieran al viejo, entraron y sentándose á su lado le dijeron:

—«¿Sabes lo que hay, anciano? Ha reventado el burro y ahora no sabemos qué hacer».

El anciano, que era astuto, cuando oye que había reventado burro prorrumpe en lamentos, llora y grita:

—«¡Ay, burro mío! ¿Por qué te vendí, pues tú me has hecho hombre?

—«¿Por qué no te me quedé para cuidarte como á un viejo?»

Aquellos confundidos le consolaron diciéndole:

—«¿Qué es lo que hablas, hermano anciano? Tú lloras, y nosotros que hemos perdido la sangre de nuestro corazón no lloramos!»

—«¿Qué pienso le disteis?»

—«¿Cómo te lo diremos, anciano? Le echamos algo de cebada».

—«¡Asesinos! vosotros habéis matado mi bestia».

Para abreviar, se dejó consolar y al poco rato dice á la liebre: –«¿Te atreves á ir á casa á decir á tu ama que disponga tal y tal comida porque quiero obsequiar á unos amigos?» Dicho esto, soltó la liebre, la cual al verse fuera del café tomó los montes y todavía sigue corriendo. Los dezmeros entraron en gran curiosidad, y aceptaron el convite para averiguar si había ido la liebre á transmitir la orden. Comprendiólo el anciano y les dijo:

–«Sí gustáis, venid á comer á mi casa, y me ayudareis á consolar á mi anciana que se disgustará por la desgracia del burro».

Aceptaron, y al llegar pregunta el anciano á su mujer:

–«¿Nos has preparado la comida, anciana?»

–«Lo que me mandaste á decir con la liebre, eso he hecho».

Y pone sobre la mesa la comida tal como el anciano había encargado á la liebre. Ven ellos la otra liebre, y tomándola por la que habían visto en el café se hablan al oído conviniendo en comprarla. Les pregunta el viejo qué es lo que hablan aparte, y le contestan: –«Queríamos pedirte que nos hicieras el favor de vendernos la liebre».

–«Cosa que no es posible porque estoy escamado, pues os vendí el burro y me lo habéis reventado».

Al oír la vieja que había muerto el burro, llora y se desespera, según le había, prevenido el viejo.

–«¿Había de daros también mi liebre, que es todo mi consuelo? No puede ser, marido mío ¡no la vendas!»

Ellos importunan al anciano, diciéndole:

–«Nos la has de ceder, nos la has de ceder. ¡Te daremos diez mil piastras, aunque nos privemos de nuestro patrimonio!»

Cuando oyó la vieja que daban diez mil piastras dijo á su marido:

–«¡Ea! dáseles por complacerlos y hagamos cuenta que no la teníamos».

Entregan las diez mil piastras y después de comer se marchan con la liebre. En el camino dice uno de ellos: –«Yo la enviaré ahora á decir á mi mujer que haga tal comida, y vosotros, si queréis, encargadle algo para las vuestras». –«Que le diga tal cosa». –«Pues á la que lo recuerde tal cosa» exclama el tercero. Entonces preguntan á la liebre: –«¿Has oído los encargos que te hacemos?» Movi6 el animal las orejas, con lo cual creyeron que les contestaba afirmativamente y la sueltan. La ven dirigirse hácia los montes y exclaman: –«Mírala, no va derecha al pueblo, pero es que antes quiere dar una vuelta».

¡Majaderos, bien os ajustó las cuentas el viejo!

Para no extendernos mucho: pasa el día, pasa la noche y cada cual en su casa. –«Vaya, mujer, dice el uno, ¿vino la liebre y te dijo que hicieras tal comida?»

–«¡Ah, Virgen Santísima! ¿Has perdido el juicio, esposo mío? No he visto liebre ni lebrilla».

Lo mismo sucedió á los otros dos. Va uno á casa del otro y le pregunta sí había llegado la liebre.

–«No, responde, y me he querellado con la mujer».

Van al tercero, y lo mismo. Entonces dicen: –«Esta noche ya no es hora, pero mañana madrugaremos é iremos á castigar al viejo». Este había advertido así á su mujer: –«Esos vendrán mañana á buscar la liebre: á prevención te pones un vestido lleno de sangre ajustado al cuello, y cuando lleguen me fingiré encolerizado contigo y tu caerás más al suelo como muerta, pero cuando me oigas tocar la flauta te levantas».

Llegaron temprano los dezmeros y le dijeron irritados: –«La liebre que nos vendiste la enviamos á casa y nos hemos quedado sin ella, pues no ha ido».

–«¡Ay, desgraciado de mi! exclama el anciano, habrá tomado el monte, la culpa la tiene la vieja!»

Se levanta y cogiendo un cuchillo lo clava en el vestido: fluye abundante sangre y al momento cae en tierra: la anciana como muerta.

Al ver ellos tal cosa quedaron mudos de espanto, pero después increparon al viejo diciéndole:

–«Vaya, anciano, ¿no has temido á Dios al cometer un asesinato?»

–«¡Bah! ¿Por eso os indignáis?»

Tomó la flauta y así que sonó se levantó la vieja. Cuando ellos la vieron buena y sana, dijeron:

–«Ea, anciano, ¿nos cedes esa flauta? Te daremos treinta mil piastras».

–«¡Bah, bah! ¿Cómo os la he de vender cuando alguna vez mató á mi mujer la resucito con ella?»

–«¡Pues nos la has de vender!»

Por fin accede, le entregan el dinero y se van con la flauta. En el camino decían entre sí: –«Buena ganga hemos conseguido del viejo: resucitaremos los muertos con la flauta y seremos grandes hombres!» Cuando llegaron al pueblo, la toma el uno y arma una pelotera con su mujer y la mata: toma luego la flauta, y toca que toca, pero inútilmente, y se golpea rabiosamente la cabeza por haber dado muerte á su mujer. Después piensa así: –«Si yo digo que mi mujer no ha resucitado, no matarán las tuyas y se burlarán de mí; como ha muerto la mía, mueran las tuyas!» Va á casa de uno de ellos con semblante fingidamente alegre y preguntado cómo le había ido, contesta: –«Bien, hermano: así que toqué la flauta, inmediatamente se levantó». Arrebátale la flauta, va á su mujer, le atribuye falsamente un delito y clavándole el

cuchillo la mata. Toca después la flauta; ¡ah, si las piedras sintieran también ella ¡sentiría! –«¿Qué he hecho? exclama: tal vez no sabré tocarla, pues aquel me dijo que su mujer había resucitado! Me callaré por ahora y después él me la resucitará». Va el tercero y comete igual crimen con su mujer. Corren entonces como locos del uno al otro pidiendo que resuciten á sus mujeres, y lloran y se desesperan por haberlas asesinado.

Preséntanse al juez y acusan al viejo de cuanto les había hecho. Lo cita el juez y le dice:

–«¿Por qué has engañado á estos hombres?»

–«Señor juez, contesta el anciano, del modo que ellos se burlaron de mi anciana, tomándole la vaca por macho cabrío, así me he burlado yo de ellos».

De este modo el bueno del viejo arregló las cuentas á los dezmeros, quedándose la ganancia y viviendo muy felizmente con su anciana. A zorro, zorro y medio.

El zapatero y la hija del rey

Había en cierta ocasión un zapatero que acabó por hacerse rico con su oficio, pues poseía casas, esclavos y...en una palabra, era hombre opulento. Pero por desgracia suya tuvo tres hijas que de tal modo se entregaron al lujo, que en pocos años dieron al traste con toda la hacienda de su padre, adquirida con su trabajo y sudor, y el buen libro, de maestro zapatero que había sido, vino á parar en zapatero remendón, ganando tan sólo una moneda de diez paras para sostener su casa.

En esta situación se llega á él cierto día un judío, encargándole que le remiende el calzado, y cuando estuvo corriente, le entregó un florín. Al ver la moneda el infeliz zapatero, exclama:

–«¡Me pagas con exceso, señor! Mi trabajo vale una decena y me entregas un florín».

–«Bien, hermano, le contesta, Si quiero dártelo ¿qué te importa?»

–«¡Que Dios te lo premie por otro lado! Así alimentaré á mis hijas».

–«¿Tienes hijas?»

–«Si: nada menos que tres».

–«Y ¿cómo podéis vivir?»

–«¡Ay! ¿Cómo hemos de vivir? Con pobreza, ganando á duras penas intento del día».

–«¡Infeliz! Vente conmigo y te daré mil florines para que los dejes á tus hijas: sólo una condición te impongo, pero que

la has de cumplir; y es que cuando yo abra un libro y lea no hables una palabra por ningún concepto, por más que oigas y veas».

Al oír mil florines, él, que cuando se veía una para le parecía una exclama: –«¡Bravo, voy!» Le entrega el judío los mil florines y contento los da á su mujer, diciéndole que se los ha regalado un hombre á condición de que lo acompañe en una expedición de algunos días, y le encarga cuide bien la casa hasta su regreso.

Toma lo más preciso, va en busca del judío y comienzan su viaje. Andan y andan en amena conversación, dirigiéndose hacia una elevada montaña. Llegan por fin á la cumbre, y al momento saca el judío del bolsillo un libro y comienza á leer, y entretanto calla el zapatero, cuando de improviso ábrase la montaña y caen dentro. Encuentran en el fondo una torre, llama el judío á la puerta, se abre y se hallan al momento en presencia de una joven hermosa y tersa como el águila, la cual dirigiéndose al judío, que no cesaba de leer, le dice: «¿Aún no te has cansado de tiranizarme, hermano?» Y diciendo esto saca su pañuelo y se lo da, y mientras el judío leía iba desnudándose la joven, entregándole todas las ropas que la cubrían. El zapatero contemplaba absorto y disgustado aquella singular escena, pero permanecía mudo, en cumplimiento de la condición impuesta por el judío; mas al ver que la joven quedaba con sola la camisa, no pudo contenerse y exclamó: –« ¡Hermano, no vas á parar hasta desnudar completamente la joven!» Y al instante desaparecieron ambos de su vista.

Repuesto de su sorpresa el zapatero remendón, recorre el castillo y encuentra escudos, florines, monedas de toda especie, y dice para sus adentros: –«¡Si pudiera encontrar por donde escapar y llevarlas á mi casa!» Entra después en una

bóveda y se halla un candelabro de diamantes, lo descompone y mete las piezas en su cinto. Buscando sitio por donde huir observa, después de mucho tiempo, una abertura por donde entraba la luz: corre en aquella dirección diciendo: –« ¡O moriré aquí dentro ó el destino de mis hijas me salvará!» Por fin, callando, callando, llega á la raíz del monte, cuando estuvo fuera exclama: –«¡Gloria á ti, oh Dios, que me has librado de este infierno!»

Corre presuroso á su casa y abrazándole la mujer, le dice:

–«Bien venido, esposo mío; ¿cómo lo has pasado?»

–«Mal y con frío, esposa; pero ó no había llegado mi hora ó la suerte de mis hijas me ha salvado».

Saca luego del cinto las piezas del candelabro, lo arma y lo cuelga en el comedor, y á la noche, cuando se sientan para cenar, dice:

–«Ea, querida esposa, para comer más á gusto encendamos el candelabro, porque Dios me conserva cuando debía estar perdido!»

Lo encienden y al subirlo aparecen cuarenta niñas hermosas cargadas de florines y con un pandero en la mano, las cuales comienzan á bailar que era un portento y le dicen: –«Nuestra señora da las gracias por el favor que le has hecho».

Acertó á pasar por la calle el Visir, y al oír el baile y la música, sube á la casa y ve el candelabro y cuarenta niñas tocando cada una su pandereta y bailando tan bien, que era cosa de perder un hombre el juicio. Lleno de envidia corre al día siguiente á palacio, diciendo:

–«Yo creía, oh rey, que ningún hombre podía igualarte, pero anoche estuve en casa de un zapatero y vi allí cosas que tú no tienes».

–«¿Y qué cosas son las que viste?»

–«Son un candelabro diamantino y cuarenta muchachas hermosísimas que cantan y bailan como no puedes imaginar».

–«¿Es cierto lo que me cuentas, Visir?»

–«Cierto, rey mío; y si gustas, prepárate para verlo esta noche».

Disfrazase el rey por la noche, y acompañado de su Visir se dirige á casa del zapatero, llegando cuando aún no había encendido el candelabro. Encendiólo el zapatero, y al instante se presentan cuarenta niñas con un saco de florines cada una, que le entregan sucesivamente, diciéndole al mismo tiempo: –«Te saluda nuestra señora por el favor que le has hecho», y comienzan á cantar y bailar, poniendo al rey á punto de perder el juicio; y tan entusiasmado estaba que ni se sentó hasta que hubieron desaparecido las niñas. Se vuelve á palacio y al momento manda una orden al zapatero para que le lleve el candelabro de diamantes. ¿Qué ha de hacer el infeliz? –«A mandato real, perros atados». Lo toma y lo lleva al rey, y por orden de éste cogen al zapatero y lo meten en la cárcel.

A la noche el buen rey y el visir encendieron el candelabro, esperando que saldrían las niñas, pero en vez de ellas salieron cuarenta árabes armados de porras y «ésta te doy, esa te regalo», descargan sobre ellos la cólera divina, diciéndoles que sin nuevo aviso desencarcelen al zapatero y le devuelvan lo suyo, pues sino, los matarían; y dicho esto se marcharon. Al día siguiente el visir aconsejó al rey que no lo devolviera, sino que obligara al zapatero á encenderlo. A la noche conducen al zapatero á palacio y le mandan encenderlo, pero así que lo hizo hete allí de nuevo cuarenta árabes más irritados que los primeros, que los emprenden á palos hasta dejarlos casi exámenes y les dijeron: –«Ea, perros, ¿qué os encargarnos?»

–«Perdonadnos y mañana temprano se lo daremos», exclaman el rey y el visir. Sin embargo, lejos de devolverlo, disponen que lo encienda la mujer del zapatero, y otra vez aparecen los cuarenta árabes, decididos á acabar con ellos. Dícnles: –«Ha llegado vuestra hora; nos decís una vez se lo daremos y otra vez se lo daremos», sin duda no estáis todavía hartos de palos». Y comienzan á darles sin compasión, en particular al visir, que tuvo que guardar un mes de cama. Entregáronlo por fin al zapatero, libre de la cárcel, el cual lo encendió en su casa por la noche, y de nuevo salieron las cuarenta niñas.

Cuanto el rey y el visir estuvieron curados de sus heridas, se dirige éste una noche á casa del zapatero, para enterarse si sucedía lo mismo que antes, y encontrando que continuaba la aparición de las niñas bailando, corre á palacio y dice al rey: –«No es conforme que un simple zapatero posea tal maravilla y tú no la tengas. Me ha ocurrido un proyecto: puesto que él tiene tres hijas, podías pedir la mayor para el príncipe, poniendo por condición que le dé por dote el candelabro». –«Buena idea, visir», contesta el rey, y al momento envía á buscar al zapatero y le comunica el proyecto: –«Como gustes, señor, y no sólo daré á mi hija el candelabro, sino cuanto quieras».

Conviene en casarlos la misma noche, á cuyo efecto conducen á palacio la novia y el candelabro, pero al encenderlo el zapatero, comparecen las cuarenta niñas, diciéndole: –«Nos envía nuestra señora para que te advirtamos que no cases tu hija hasta que venga ella; de otro modo te quitará el candelabro y cuantas cosas te tiene dadas». –«Bueno, dice el rey, no los casaremos hasta que ella misma venga». A la noche siguiente, al encender el candelabro, oyen de lejos voces y cánticos, y por fin se presentan las niñas acompañando á su

señora. Es recibida con alegría por todos; se casan los jóvenes y después ella refiere su historia.

Dijo que era princesa y el judío la había solicitado, pero que ella había rechazado noblemente su propósito, por lo cual la había hechizado y llevado al castillo que había construido dentro de aquella montaña. El judío iba con frecuencia decidido á hacerla perder su honra, para lo cual era preciso llevase consigo un hombre: si mientras ella se desnudaba, este hombre permanecía silencioso, él y joven perecerían juntos después de conseguir el judío su objeto; y que, por el contrario, si hablaba, perecería sólo el judío. Con tan funesto propósito había llevado consigo al zapatero, pero éste habló y el judío se atrajo la cólera divina.

Terminó diciendo que deseaba quedarse con la hija mayor del patero, y así lo hizo, viviendo muy felices todos ellos, lo mismo que el bueno del zapatero, que consiguió casar también sus otras dos hijas.

El padre bravo con su hijo bravo

Había en cierta ocasión un anciano y una anciana que vivían felices con el único hijo que tenían; pero murió el viejo y quedó la vieja sola con el hijo, él cual, como honrado y laborioso que era, trabajaba cuanto podía, logrando con sus afanes alimentar á duras penas á su madre. Pasado algún tiempo, dijo un día: –«Madre mía, ¿qué consigo con estarme aquí trabajando como un perro sin ganar apenas para nuestro sustento? Había pensado que con la ayuda de Dios podía irme á país extranjero y buscar algún oficio que me produjera un salario decente, y entonces te enviaría cuanto pudiera para que te alimentases mejor que ahora, porque dicen *mueve tus pies si quiere conocer tu destino*. –«Bien me parece tu deseo, hijo mío, quiero contrariar tu suerte», le contestó la anciana.

Despídese de su madre y busca algún barco que esté de marcha, pero no había ninguno. Ve lejos de la bahía un buque francés cargado que iba á Constantinopla, y resuelto se dirige á un promontorio, pone el pañuelo sobre un palo y lo agita. Lo observa el capitán del buque y exclama: –«Muchachos, algo debe pasar allí: empujemos para ver qué ocurre». Arrojan una barca hacia la playa, entrado en ella el jefe del cargamento, que hablaba el griego moderno, y dos ó tres marineros, y al desembarcar se aproxima el joven y les dice: –«¿No me llevareis con vosotros?»

–«Hijo del diablo, contesta el jefe, ¿para esto nos distraes de nuestra ruta? Creíamos que ocurría alguna novedad. ¡Vaya,

muchachos, aunque el buque está completamente cargado, metamos á este perillán y le sacaremos doble pasaje de las costillas!»

Lo llevan al buque y lo presentan al capitán, quien dice: –«Vaya con el tonto que tales molestias nos causa. Puesto que lo traéis, aplicadlo á trabajos pesados para que aprenda la ortodoxia». Trabajo todo el día como un perro, y á la noche después de cenar alguna cosa extendió sobre el buque algunas esteras viejas que encontró y se echó á dormir. Los marineros franceses, que eran excesivamente aficionados al vino, se emborracharon aquella noche de tal modo que, con perdón sea dicho, quedaron como cerdos, y quisieron divertirse molestando al joven griego. El, lleno de prudencia, se levantó de aquel sitio y se fué á dormir á otro punto; pero donde quiera que fuese, ellos le seguían. Por fin les dice: –«Ea, muchachos, dejadme en paz; yo estoy aquí echado y á nadie incomodo». Pero ellos, erre que erre, siempre molestándole. Entonces lleno de cólera coge á uno de la pierna y lo arroja al mar, y otro y otro, hasta cinco ó seis, de modo que todos los del buque le cobraron miedo. Al ver esa escena dice el capitán: –«Muchachos, ese malvado es una fiera capaz de arrojar á todos al mar, pero guárdele Dios de que lo cojamos al llegar á algún puerto, porque lo abandonaremos».

Llegan por fin á Constantinopla, y todos se apresuran á recoger su equipaje y con él á la espalda huyen ciudad adentro. –«¿Qué hacéis, muchachos, grita el jefe del cargamento, dónde vais sin descargar el buque?» El joven ve sumamente contristado al capitán y le dice: –«¿Por qué te afliges, capitán de mi alma?» –«Mala estrella la tuya. ¡Me has ahogado los hombres y has ocasionado la huida de los demás que me han dejado aquí dentro solo para descargar el buque!»

–«¿Por eso te irritas? Déjame las barcas y yo solo te lo descargaré». –«¡Famosa bravata! ¿Tú solo has de hacer un trabajo tan pesado, bravo joven?» Se baja á la ensenada y maneja los bultos como si fueran nueces. Entonces se dice el capitán: –«Este muchacho me conviene porque me ahorrará muchos hombres». Le envía las barcas de descarga y en dos días queda el buque completamente libre.

Los marineros, así que entraron en la ciudad, manifestaron que en el mismo buque había llegado un valiente capaz de destruir el mundo, y corriendo la noticia de boca en boca llegó á oídos del rey, el cual llamó al capitán y le dijo que deseaba ver aquel bravo. Como le había cobrado afecto el capitán, fué al buque llorando, visto lo cual por el valiente, le dijo:

–«¿Qué tienes, mi capitán, que vienes llorando?»

–«¿Qué he de tener, hijo mío? Que me ha dicho esto el rey».

–«¡Vaya! ¿Y por eso te incomodas y afliges? Si quieres, iré, de otro modo no dañaré tu corazón».

–«¿Pero puedo yo, hijo mío, medir mis fuerzas con un rey? Vete en buena hora».

Lo conduce á palacio y al verlo el rey se extrañó de cuanto le habían contado, porque ni era de gran estatura ni de aspecto feroz, así es, que exclamó: –«¿Este es el joven tan bravo? Gracias si llega á servir para cortar la leña de la cocina: para eso lo destino». El cocinero lo tomó por auxiliar, mandándole de pronto que partiese un enorme tronco, y del primer hachazo lo hizo cuatro pedazos. Le dice que haga trozos más pequeños, y el joven le responde: –«Hazme el favor de no hablarme mucho, porque si no, te cojo de un pié y te Arrojo al fondo de la caldera». Así tuvo luego humilde al cocinero, que no osaba desplegar sus labios.

Tenía el rey una hija muy hermosa, y para que ningún galán la importunase mandó construir un castillo casi herméticamente cerrado, pues no había más aberturas que la de la puerta, que nadie podía encontrar, y una ventanita; y allí puso á la princesa. Un hombre de confianza le llevaba todos los días la comida tasada, y ella descolgaba una tabla desde la ventanita para subir el alimento. Sucedió por aquellos días que murió este hombre y el rey dispuso que le sustituyese el bravo. Dióle el cocinero la comida y la llevó á la princesa. El anterior, como viejo que era, tardaba en llegar al castillo y la comida se enfriaba, mientras éste la llevaba caliente. Admirada la princesa de esta novedad, resolvió un día asomarse y esperó apoyada en la ventana. Cuando llegó el joven cruzáronse sus miradas y entrambos se enamoraron. Inútilmente buscó la puerta, pero un día se atrevió á preguntar á la princesa por dónde podría entrar, ni se lo permitía. Ella le contesta que dé vuelta al castillo, y donde vea cuatro hendiduras allí está la puerta, pero que es tan fuerte que no puede ceder si no la hace pedazos. Al cabo de mucho rato encuentra la puerta y la tira de un puntapié –tal fuerza tenía el mozo– sube y encuentra á la princesa. Esta visita se repetía todos los días y ambos vivían contentos.

El cocinero llegó á entrar en sospechas, porque lo veía vestido con mucho lujo y observaba que faltaba de la cocina gran parte del día, pero como le tenía miedo no osaba preguntarle. Lo sigue un día y ve que al llegar al castillo subía la comida á la habitación de la princesa, y lleno de dolor dijo en su interior: –«¡Pobre de mí, el día que el rey llegue á saber tal cosa, me manda matar!» Pero su conciencia no le permitió ocultárselo, y resuelto se llega al rey y le dijo:

–«Señor, he ahí tu espada y aquí mi cabeza. ¡Haz de mí lo que quieras! Voy á darte una mala nueva, pero yo soy inocente. ¡El hombre que me diste para llevar la comida al castillo ha roto la puerta y subido á la habitación de la princesa!»

Al oír esto el rey se tiró de la barba exclamando: –«¡Ah, pícaro, que no lo haya yo sospechado! ¡Pero tú te burlas de mí, cocinero, porque eso es imposible!» –«Es cierto, Señor». Envía hombres para cerciorarse, y le informan ser una verdad lo dicho por el cocinero. Entonces manda soldados para que lo prendan y lo pongan en el asador; pero al ir á cogerlo, á fuerza de puñetazos les revienta á todas las bocas y las narices: envía mayor número de hombres, y sucede lo mismo.

El rey tenía como tributario un pueblo de gigantes de tres ojos, que eran muy valientes: aquel año se negaban á pagarle el tributo ¡y el rey no se atrevía a mandar tropa para obligarles al pago. Pero pensó y dijo: –«Este diablo de mozo acabará con mí ejército, y si lo envío á cobrar de los gigantes, lo quitaré del medio y como forzosamente lo han de matar me libraré del peligro en que me tiene». Va, pues, un emisario del rey y le dice: –«Tu suegro te llama á palacio para comunicarte un asunto». –«Está bien, ahora voy». Se viste y se presenta al rey.

–«¿Qué me queréis?» le dice.

–«Yerno mío, esto es lo que ocurre, y deseo vayas á traerme el tributo de capitación».

–«Así lo haré, oh rey, con tu permiso. Dame cuantos camellos tienes para traerte el dinero».

Le da treinta camellos y alimento para el camino y se pone en marcha. Al verlo alejarse el rey, movió la cabeza con satisfacción y exclamó: –«No me preguntes tu fin». Dirígese

primero el joven al castillo y dice á la princesa: –«Tu padre me quería para que vaya á cobrar el tributo de los gigantes, y mañana temprano me pondré en camino». Al oír tales palabras la princesa se angustia su corazón y le suplica no vaya á perder la vida, pues aquellos hombres de tres ojos son feroces. Contesta que ningún miedo le causan y que las arrancará los ojos.

Levántase muy de madrugada, apareja los camellos y marcha, dejando á la princesa llorando desesperada porque presume que va á quedar sola para siempre. Anda y anda algunas semanas, y un día encuentra en el camino un anciano que por su barba y su parecía monge, el cual aproximándose le pregunta:

–«¿Dónde vas, hijo mío?»

–«Voy á cobrar el tributo de los gigantes».

–«¿Y para qué llevas estos camellos?»

–«Para que traigan los florines».

–«¿Y dónde están tus armas?»

–«No las necesito, que no voy á pelear».

Entonces saca el anciano una espadita de madera y se la entrega diciéndole:

–«Toma esta espada, hijo mío, porque podría suceder que sostuvieras una lucha».

–«Te doy las gracias, Padre: ahora no tengo con qué recompensarte, pero cuando vuelva verás mi buena voluntad».

Deja al anciano y llega por fin al país de los gigantes. Entró en el pueblo, precisamente por el sitio en que jugaban reunidos los hijos de los gigantes, los cuales, así que lo vieron, tomándolo por extranjero emprendieron á pedradas. –«¡Ea, muchachos, estaos quietos!» les dice; pero ellos le seguían gritando, hasta que irritado cogió por el pie á unos cuantos y

los hizo pedazos. Retínenselos gigantes para vengar muerte de los jóvenes y tratan de apoderarse del bravo, pero él saca la espada, y aquí hiero, aquí mato, hace tal carnicería, que corría la sangre como si la calle fuera un río. Acuden á su rey y le dicen que ha llegado una fiera con camellos y ha matado tanta gente, que parece traer la intención de no dejar nariz sana. Manda el rey que lo hagan venir á su presencia y le pregunta qué objeto le traía al país, á lo cual contesta que quería le cargasen los camellos de florines para llevarlos á su rey. Los gigantes, llenos de miedo, tin, tin, le cargan los camellos y se vuelve hacia Constantinopla. Encuentra en el mismo punto al anciano, que le dice:

—«¡Bravo, hijo mío! ¿Qué has conseguido?»

—«Pues, ¿no ves? —le contesta. —Me han cargado de florines todos estos camellos».

—«Bien, ¡gloria sea á ti, oh Dios! Yo no lo esperaba, hijo mío. Pero ahora entra á descansar y comeremos un poco».

Este anciano era un antiguo ladrón que vagaba por aquellos puntos, y cuando comprendía que alguno llevaba dinero, lo adormecía, dándole en la comida un vino en que ponía sustancias soporíferas, entonces le robaba. Otro tanto deseaba hacer con el joven, pero este lo sospechó y no quiso beber del vino que le daba. Después de comer fuéronse á dormir, y cuando creyó el viejo que estaba completamente dormido, descargó los camellos y fué á esconder el dinero; pero se levanta el bravo y cogiendo al viejo por la barba, grita: —«Viejo malvado, ¿qué haces?» El viejo, temblando, le dice: —«Yo, hijo mío, soy ladrón desde la edad de doce años, y ninguno más que tú ha podido cogerme: no me mates y te daré cuánto dinero quieras». Y tomándolo de la mano lo conduce á una cueva llena de riquezas de todas clases, diciéndole de nuevo:

–«Mira, si me dejas vivir te regalo cuanto ves y además esta sortija de brillantes que no tiene precio». –«Si te perdono, replicó el joven, harás otros males». Y de un puñetazo le rompió la cabeza.

Cierra después la cueva, carga los camellos y prosigue su viaje de regreso. Su suegro ya no pensaba en él, suponiendo que los gigantes habrían comido los ojos, cuando un día le dan la noticia de que había vuelto con los camellos cargados de florines. Efectivamente, después de visitar á su princesa en el castillo, fué á la capital, y el rey, admirado de su bravura, confesó que era digno de su hija. Esta hacía días que se hallaba triste, sin que su esposo pudiese averiguar la causa, hasta que á fuerza de ruegos supo que la princesa se hallaba en cinta; y como las relaciones que mantenían habían sido hasta entonces á disgusto de su padre, deseaba marcharse á otro país. –«¿Tan poca cosa pides? Desde luego cuenta con ello», –le contesta. Al día siguiente va á palacio, de donde toma los dos mejores caballos y cuanto creía necesario para el viaje, saca del castillo á la princesa y huyen.

Andan, andan, siempre tierra adentro por montes y desiertos, sin encontrar un mal pueblo. Un día, al fin, divisan un castillo, y llegándose entran á descansar. Este castillo estaba habitado por cuarenta dragones, y cada día salían de caza treinta y nueve, quedándose uno por turno para guisar. Entonces había ido éste á avisar á sus compañeros que la comida estaba dispuesta. El bravo se había dormido, pero al poco rato le despiertan los sollozos de la princesa. La ve llorar y le pregunta: –«¿Por qué lloras, alma mía?» –«¿No ves, le dice ella, que vienen hombres salvajes á devorarnos?» Pero el sin asustarse le replica: –«No temas que nos hagan daño, pues sólo hemos entrado para descansar y marcharnos luego».

Los dragones vieron desde lejos los jóvenes sentados en la ventana y corrieron alegres con el doble propósito de matar al varón y apoderarse de la mujer. Al llegar al pie de la escalera encargan á uno que vaya á bajarlo para hacer de él cuarenta trozos, según el número que ellos eran; sube y le dice: -«¿Cómo te has atrevido á venir á nuestro castillo? Baja al momento, perro, para que te descuarticemos». Pero el bravo se levanta irritado, le arrima un puntapié y lo hace rodar por las escaleras, llegando abajo muerto. Los demás, encendidos de cólera al ver su hermano muerto, suben con ánimo de destrozarlo; pero el bravo toma el palo del muerto y dando, ora al uno, ora al otro, acabó con todos ellos y después los arrojó á un foso, quedando él y la princesa señores y mayordomos del castillo de los dragones con todas las riquezas que contenía.

Volvamos al padre de la joven, el rey de Constantinopla. Cuando supo la huida de su hija estuvo á punto de perder el juicio, y envió fuerzas en su persecución. Cierta día al amanecer vieron los jóvenes lleno de tropa el camino que conducía al castillo, y sospecharon que era enviada por el rey en persecución suya, y dice el bravo á la princesa: -«Voy á bajar, y si aciertan á insultarme, no dejaré ni uno para volver». Así sucedió, pues como los soldados se acercaran con intención de herirlo, dio muerte á todos ellos, y el rey se quedó sin noticia de la expedición. Para abreviar: envió fuerzas dos y tres veces, pero inútilmente, basta el punto de que se sublevó el país y no consintió que por causa de su hija muriesen todos los hombres. No pudiendo el rey hacer nada, convocó un congreso, citando á él á sus doce ministros, para ver qué le aconsejaban. Abierta la sesión, el más autorizado por su edad habló en estos términos: -«Nada conseguirás por más tropa que envíes, oh rey, porque es muy bravo; pero recuerdo que

tu padre, contemporáneo mío, tenía un hombre salvaje, temido por todos, del cual se servía cuando proyectaba una empresa difícil: á la muerte de tu padre lo pusieron en el antiguo castillo y no sé si vive todavía». Alegróse el rey de la noticia y envió al momento á ver si aún vivía.

Llegan al castillo los enviados y gritan:

–«¡Eh, hombre salvaje! ¿Vives todavía?»

–«¡Ah, perros, responde, me tenéis irritado por haberme dejado tantos años muerto de hambre y viviendo alimentándome sólo de excrementos!»

–«Vaya, ¿qué quieres ahora? ¿Cuánto alimento necesitas diariamente para recobrar el vigor en cuarenta días, á fin de que te enviemos á un punto?»

Hace como que piensa y después dice:

–«Pues quiero que cada día me traigáis diez quintales de pan, algunas treintenas de carne y buen número de barriles de vino, para que se lave mi barriga después de tantos años».

Así lo hicieron y el dragón recobró la salud. Sacáronlo del castillo y diéronle una vara de hierro de treinta quintales de peso, con la cual jugaba como si fuera un junco. Dicele el rey: –«Querido, si me traes mi hija, que está en poder de un bravo, te tendré en mi palacio y te daré de comer cuanto quieras». –«Bien está, rey mío, ¿quién podrá vencerme?»

Una mañanita se asoma la princesa á la ventana y divisa un salvaje, cuyo aspecto la llena de espanto, y dice á su marido: –«¡Ay, esposo mío, no creo que ahora me libres!» Asómase él y al ver al salvaje, dice: esposa, es preciso que baje para ver lo que quiere. ¡El destino de nuestro hijo me valga!» (Aludía al hermoso niño que había dado á luz la princesa).

Baja sin arma alguna y parándose delante del dragón le pregunta que desea. El salvaje, con una voz que hizo temblar

los montes, le contesta: -«He venido á arrancarte la joven». El bravo le desafía, diciéndole: -«Hiéreme». -«No, contesta el salvaje, hiéreme tú». Después de mucho rato levanta la vara, la hace vibrar, da golpes— ¡guárdame, Dios mío!— y arranca de raíz los árboles. El bravo, que era muy hábil y astuto, se libraba de los golpes agachándose, con lo cual la vara le pasaba por encima sin tocarle. Una vez quedó desarmado el dragón, pues la vara fué á parar muchas millas lejos, y aprove. Chándose el joven le arrojó una pelota muy fuerte que le tocó en medio del pecho y dio con él en el suelo. Al verse el dragón en tierra, exclama: -«Me has vencido, dispón de mí como quieras». -«Te mando que guardes la puerta de este castillo». -«Bien está, señor». Y lo coge y lo hace guardián.

El castillo tenía una puerta y dos ventanas. El bravo, quo diariamente salía de caza, coge un día un leoncillo y otro un tigre pequeño, los lleva á casa, y después de domesticarlos, los destina á guardianes de las ventanas, y de este modo estaba la princesa bien segura. ¡Pero para que veas lo que á veces ocurre! Un día sale de caza y exasperado por no encontrar nada, corre montes y valles inútilmente, y cuando quiere volver al castillo, pierde el camino y anda todo el día sin acertar con él: llega el día siguiente y en vez de ir al castillo se encuentra en un desierto: así pasan cinco y seis días sin verse ni saber dónde está.

Un día se reúnen todos los leones y tigres para devorar la princesa. Lucharon el león y el tigre de la casa en defensa de su señora pero murieron en la refriega; luchó también el salvaje, y aunque mató todas las fieras, murió también de cansancio. Al verse sola la princesa decide abandonar el castillo, y al efecto se viste de hombre con el traje de su marido, coge el niño en brazos y montando un hermoso caballo negro que

tenía dentro del castillo, se dirige á la ventura hacia los montes. Su buena estrella la llevó una madrugada á las puertas de una capital cuyo rey había muerto, y se había convenido en nombrar rey al primer extranjero que se encontrase fuera de la puerta. Abren y ven á la princesa, que como iba vestida de hombre, parecía un joven imberbe. Luego la sientan en el trono, y una vez en posesión de la dignidad real, se hizo apreciar de todos sus súbditos por su rectitud de justicia, por su amor á los pobres por el bien que dispensaba al país, así es que continuamente se oía exclamar: –«¡Viva mil años nuestro rey!»

Algo distante de la ciudad había una fuente, de la cual se surtían todos los habitantes, y en ella descansaban y apagaban su sed los extranjeros. Al saberlo la joven, dio órdenes para que la trasladasen frente á la puerta de la ciudad, pues así confiaba dar algún día con su marido. Construida la fuente en el punto que deseaba, llama á palacio á un pintor y encargándole bajo severas penas el secreto, le da una idea exacta del castillo, se quita después el traje de hombre que llevaba, pénése el propio, toma en brazos el niño y le manda pintar un cuadro figurando estar sentada en la ventana del castillo, custodiado por el hombre salvaje, el león y el tigre. El pintor, que era aventajado en su arte, lo hizo tal cual se le había encomendado, y recibiendo unos cuantos florines se ausentó del país. La reina manda que para ornato de la fuente coloquen aquel cuadro, y pone hombres para custodiarlo, encargándoles que si algún extranjero al beber agua se fija con sorpresa en el cuadro, que lo cojan y se lo presenten. Pasaron días y días, y cuantos se llegaban á beber, si bien miraban el cuadro, no manifestaban ninguna sorpresa.

Más volvamos ahora al bravo. El infeliz había corrido por los montes, y de tanto sufrir había quedado desconocido. Al cabo de muchos días, tostado del sol y con el vestido destrozado, llega al castillo, pero ¿qué ve? todo el campo lleno de huesos y el castillo completamente desierto. Lloro y grita desesperado: –«¿Dónde estáis, esposa mía, hijo mío? ¡Ah! ¡Esos serán vuestros huesos!» Lamentos inútiles. Entonces exclama: «¡Me vuelvo á los montes!» Anda y anda, y por fin la casualidad lo lleva al país donde reinaba su mujer. Sintió sed y buscó agua, pero, como hemos dicho, no la había sino junto á la puerta de la ciudad. Llegóse allí con los ojos bajos y de pronto nada vió; pero después de beber se levanta y ve el cuadro que representaba el castillo. Al momento lanza un profundo gemido y cae desfallecido en tierra: cógenlo los guardas y lo llevan al rey.

Ella lo reconoció al instante, pero él ni sospechó siquiera que aquel rey pudiera ser su mujer.

Dícele ella: –«Deseo me expliques qué significa el profundo gemido que has lanzado al ver el cuadro».

–«Dios te dé larga vida, oh rey, pero déjame sumirme en mi aflicción que ni un turco ha sufrido lo que yo». Entonces ella le muestra el anillo del ladrón vestido de monge y le pregunta: –«¿Conoces esta sortija?»

El reconoció la sortija, pero su mente no podía conciliar las ideas que le asaltaban y no cesó de llorar, hasta que compadecida ella rasgó sus vestidos diciéndole: –«Querido, yo soy tu mujer, y éste nuestro hijo», y le refirió cuanto había sucedido. Manda después celebrar grandes fiestas y reuniendo á los ministros dice: Yo soy mujer, y cuanto he hecho ha sido por encontrar á mi marido: ya lo he encontrado, á Dios gracias, y así podéis buscaros otro rey».

–«Aunque lo buscáramos con linterna, contestan todos, no hallaríamos reina semejante. Tu marido será el rey y tú la reina». De este modo quedaron reyes de aquel país.

El padre de ella la tenía prometida por esposa á un gran rey, y viendo éste que no le cumplía la palabra suscitó contra él una guerra con ánimo de apoderarse del país; pero el padre supo que su hija era reina y le escribió pidiéndole compasión y que le enviase un ejército para defenderse del invasor. Recibe la joven la carta y después de leída dice á su marido que era preciso reunir fuerzan para acudir en auxilio de su padre, y que si no quería ponerse al frente de las tropas iría ella misma. –«Sí, iré con tu permiso, reina mía, –«¿Por qué no he de ir?» Y en seguida ordena que le hagan una vara de hierro de diez quintales de peso. La hacen y se dispone á marchar hacia la Corte de su suegro.

El hijo del bravo, que era ya crecido y asistía á la escuela, al ver la vara la toma en sus manos, juega con ella, como si nada pesara, y la quiebra sin observarlo nadie. Va el padre en busca de ella y al verla rota se exaspera, pero no puede averiguar quién ha sido el causante. Manda que hagan otra más grande y sucede lo mismo. Por tercera vez ordena que le hagan otra de treinta quintales y se pone en acecho para ver quién la rompía. Cerca del medio día ve á su hijo que toma la vara y jugando con ella exclama: –«Ésta es buena y la deja en su sitio. El padre, con perdón sea dicho, estuvo á punto de reventar de alegría al ver que tenía un hijo tan bravo, y le dice: –«¿Ésas cosas me haces, diablillo? Bien dicen: Me parió mi madre para parecerme á mi padre». Por fin se despide de la reina, toma la vara y se marcha. Pero habías de ver cómo corría el bravo y detrás su hijo hasta darle alcance. –«Hijo mío, vete con tu madre», dice: –«Yo quiero ir contigo», responde el

niño. No pudiendo convencerlo, lo lleva consigo, y llegan á la Corte del suegro cuando ya las tropas enemigas marchaban en dirección de la capital. El rey se alegra al ver á su yerno, y abrazando con cariño al nieto, pregunta:

–«¿Qué hace mi hija?»

–«Buena está y te saluda».

–«¿Dónde está el ejército que me traéis?»

–«Detrás viene».

Entonces el rey le muestra desde la ciudadela los enemigos que llegan. Manda el yerno que cierren las puertas y armado con su vara se lanza al campo. Corre tras él su hijo sin poderlo detener con su amenazas ni con castigos, y entra en acción al lado de su padre. El príncipe enemigo tenía el campo y la montaña cubiertos de tropa, y como no vió más que dos hombres, dijo en su interior: –«Los cogeré vivos y así evitaré derramamiento de sangre». El hijo se irritó á viendo quieto á su padre, y blandiendo una porra que llevaba se lanza en medio del ejército, arrójase también el padre con su vara, y matan á derecha é izquierda á multitud de soldados, y por fin el hijo coge al príncipe extranjero y lo lleva á su abuelo, diciéndole: –«Aquí tienes tu enemigo, abuelo mío: haz con él lo que quieras». El rey, que era hombre compasivo, habla así al príncipe: –«Ahora que te tengo en mis manos, ¿qué debería hacerte, pues sin culpa por mi parte me declaraste la guerra y pretendías despojarme de mi reino?» –«Ahí tienes tu espada, y aquí mi cabeza», contesta el príncipe.

–«Vete y llévate tu ejército, y en lo sucesivo medita antes de hacer las cosas. Te perdono la vida, pero me pagarás un tributo y estarás bajo mi dominio».

El príncipe se volvió muy agradecido con su ejército.

Después de algunos días dice el rey al bravo: -«Ya es cosa de que buscar á mi hija, y entretanto me quedaré vuestro hijo para consuelo». Fué el yerno á buscar á la princesa y volvieron á la Corte de su padre, donde vivieron todos muy felices.

El judío y la doncella

Eránse en cierta ocasión dos hermanas, las cuales vivían en distintos pueblos. Ocurrió que una de ellas escribió á la otra suplicándole que fuese á asistirle porque se encontraba en ocasión de parto y deseaba tenerla á su lado en aquel trance. Luego que hubo abierto la carta y enterándose de la súplica de su hermana, á quién amaba entrañablemente, se dirigió al pueblo con su marido y su hijo, dejando al cuidado de la casa á la hija, joven hermosa y honesta, no sin recomendarla á una vecina anciana.

Algunos días después de la marcha acertó á pasar por debajo de la casa un judío que vendía toda clase de objetos de tocador, y al oírlo la joven salió á la calle para comprar algunos. Quedó el judío prendado de su hermosura, y al preguntarle ella los precios, le contestó que por un solo beso le daría todo el género. La joven bajó los ojos llena de rubor, y sin decirle una palabra se vuelve á casa, cierra tras si la puerta y no se asoma ya por más veces que el mercader pasa anunciando los objetos que tiene en venta. Pero he aquí que desde aquel momento el judío ya no puede ni comer ni beber y pasaba los días y las noches debajo de la casa de la joven, y no consiguiendo nada se dirige á la anciana, á quien dice: –«Buena anciana, si me alcanzas estar á su lado te daré cuanto quieras». La mala mujer corrió en seguida y trató de inducir á la joven á cometer maldad con el judío, mas viendo que era inútil insistir contra su virtud, maquinó una sorpresa. Dijo así al judío: –«No he

podido convencerla, pero me ha ocurrido que construyas en tal sitio un baño y yo la llevaré para que se bañe, y tú te ocultas en el cuarto y podrás hacer de ella lo que quieras». Al día siguiente pone manos á la obra, y cuando estuvo terminada y ya la gente iba á bañarse, dice la vieja á la Joven: –«Ven, hija mía, iremos á bañarnos, que han abierto al público un baño nuevo, y la gente está muy satisfecha». –«Vamos, pues, anciana», contestó la joven, y cambiado el vestido se van á la casa de baños.

Apenas llegaron y entraron en el cuarto del baño, el judío, que estaba oculto, dando un salto se apoderó de la joven, y la vieja huyó al momento. La joven tuvo miedo al verse sola con el judío, pero confió triunfar de él. Díjole: –«No me toques, pues ahora ya soy tuya: bañémonos primero y después comeremos y beberemos y serás dueño de mi persona». Dejóse convencer el judío, y mientras él se bañaba hizo la joven una gruesa espuma de jabón, se la puso en los ojos, derramó después un vaso de agua hirviendo y le ató los pies: y dejándolo en esta situación se volvió á su casa muy tranquila. El buen judío se frota los ojos para levantarse, y desesperado por haber perdido los huevos y la cesta, llora y se maldice: ¡cómo sufre el mal asno por haberse dejado escapar el pájaro que tenía en las manos! Por fin consigue salir y va corriendo á la vieja, á la cual dice:

–«¡Infeliz vieja, cuánto he sufrido además de quedar completamente burlado!»

–«¿Qué dices? ¡Tú te chanceas conmigo!»

–«No, amiga; te hablo formalmente. Pero ahora ¿qué hacemos? Es preciso que para vengarnos escribas á sus padres disfamándola».

En seguida escribe la vieja á los padres diciéndoles: –«Sabréis que desde que os fuisteis, vuestra niña, abusando de

vuestra ausencia y sin atender á mis justas amonestaciones, se ha convertido en mujer de pésima conducta».

Al leer la madre esta carta se enciende en cólera y dice á su hijo: –«Corre al momento á cortar la cabeza á tu infame hermana y trae la sangre en esta vasija».

Levántase el hermano, corre de noche al pueblo y llama á la puerta de la casa paterna. La joven pregunta asustada: –«¿Quién llama á estas horas á mi puerta?» El se dijo para sus adentros: «mira que bien finge la ramera». –«Soy tu hermano», contestó. Reconoce ella su voz y loca de alegría abre la puerta. Al momento desenvaina él la espada para degollarla. La joven, al ver tan inesperada acción, sale á la calle y echa á correr á toda prisa, pero la persigue el hermano, hasta que ya en los montes la joven se siente desfallecida y parándose grita: –«¿Qué es lo que te he hecho, hermano, para que te empeñes en matarme?»

–«Voy á decírtelo, hermana. La vieja á quien encargamos te guardase, nos ha escrito tu mala vida; y por eso los padres, que están furiosos, me han enviado para matarte y me han dado este frasco para llenarlo de tu sangre, y he de llevar además por señal tu dedo meñique, sin que pueda excusarme de hacerlo».

–«¡Ay, hermano mío! ¡No creáis á esa perra vieja que tales cosas os ha escrito! ¡Dios hace justicia al desgraciado!»

Siéntanse en la cima del monte, le refiere lo sucedido con todos sus detalles, y luego añade: –«Ya sabes la verdad, hermano mío. Si quieres llevar las señales, puedes hacerlo, porque tengo el corazón de hierro: tu me cortas el dedo, llenas de sangre el frasco, y me dejas errante por el monte, para ir donde me depare mi destino». Dicho esto, aparta la vista, saca él la espada y le corta el dedo, llenando con la sangre el frasco;

despídense, y va cada cual por su camino. Dirígesse el hermano á sus padres, á quienes da cuenta de haber ejecutado sus órdenes, mientras la joven, cambiado su vestido por traje de hombre, por temor de encontrarse con algún imprudente, corría montes y valles.

Después de muchos días hizo alto en un punto donde había una fuente adornada de plátanos, sobre los cuales se arreglaba el lecho y allí pasaba las noches. El hijo del rey de aquel país solía ir á abreviar su caballo á aquella fuente, yendo un día en ocasión de estar la joven dormida, y como la sombra de su cuerpo reflejaba en el agua, al ir á beber se asustó el caballo. Le pega el príncipe, pero el caballo retrocede de nuevo. –«¿Qué le pasa hoy á mi caballo que se encabrita y no quiere beber?» se dice el príncipe. Acercáse por fin al árbol y ve una como nereida; y medio asustado, exclama:

–«¿Eres hombre ó diablo?»

–«Soy hombre como tú», responde la joven.

–«Pues baja».

Pero como estaba completamente desnuda, tuvo vergüenza y contestó: –«Échame tu capote para cubrirme y bajaré». Le tira el príncipe el Capote y bien envuelta baja y le refiere toda su historia.

El príncipe le ofrece hacerla su esposa, y llevándola á palacio la presenta á la reina, diciéndole: –«Madre mía, ésta es tu hija». Manda después prepararle un baño y le envía vestidos regios.

La madre estaba triste, porque creía que era una nereida y que se ausentaría del reino con su hijo, pero nada decía por no lastimar el corazón de éste. Casáronse y al cabo del año tuvieron una niña hermosa como un sol, y pasados algunos más les nacieron dos niños, y así vivían alegres y felices.

Un día recibió el príncipe orden del Gran Turco para que fuese á la guerra. Comprendiendo la joven que la suegra no la amaba, á su marido:

–«Te vas y me dejas en compañía de tu madre que sabes que no me quiere, y me moriré de tristeza. Quería pedirte una gracia creo me concederás, y es que me permitas ir á ver á mis padres, me suponen muerta».

–«Bien, querida; haré cuanto quieras».

Al día siguiente llama á su visir y le dice: –«En nadie tengo con fianza más que en ti: acompañarás á mi mujer al pueblo de sus padres, y volvéis cuando sepas que he regresado de la guerra». (¡Bravo, príncipe, has acertado la elección!) Le entrega su mujer y sus hijos, despídense y marchan en una regia carroza.

Después de algunos días de camino, atravesando un desierto, el diablo sugirió al visir la idea de tentar á la reina, á la cual habló en estos términos:

–«Ya ves, reina mía, que estás en mi poder y puedo hacer de ti lo que quiera».

–«¡Visir, le contesta, cumple tu deber, no sea que te cueste la vida! ¿Es por ventura ese el encargo que te confió el rey?»

Pero el malvado quería ejecutar su intento, y como á las buenas no pudiera lograr nada, acudió á las malas, desenvainando la espada y diciéndole:

–«Si no accedes á mi empeño, mataré todos tus hijos».

–«Hazlo, villano; ¡lo que pretendes no es lícito!»

Toma entonces el bárbaro los hijos y los mata á presencia de la madre, cuyo corazón se deshacía de dolor.

Entretanto los hombres que iban á las órdenes del visir se habían alejado, y la infeliz reina quedó sola en presencia del malvado. Temiendo por su vida, le dijo: –«¡Hermano, soy

completamente tuya, porque me espantas con tu horrible faz!» Calmado un poco con estas palabras, le pidió ella permiso para ir á echar aguas, diciéndole que para que no creyese que quería escaparse la atara de un pió. Dios enfatuó al visir, que consintió en que se retirase la reina, á la cual sujetaba con una cuerdecita atada al pié. –«Ven á mi auxilio, madre mía», exclama la joven, y cuando se hubo alejado un poco desata el pié y sujeta la cuerda á un árbol. De tanto en tanto tiraba el visir de la cuerda y se persuadía de que tenía bien sujeta á la reina. Cansado de imperar, se adelanta y ve el engaño. –«¡Ah! se ha burlado de mi la perra!» exclama. Se tira la barba, mira aquí y allí; pero ni parece, ni so oye. Entonces se limpia la sangre, y dirigiéndose hacia la carroza grita á grandes voces que la reina había huido después de matar á sus propios hijos. Llegan los criados y creen lo que les cuenta. –«¿Y qué vamos á hacer ahora?» dicen. –«Nos volveremos al país, contesta el visir, y referiremos lo que ha pasado». Regresan á la capital y al oír la suegra el hecho exclama: –«¡Ah, bien decía yo á mi hijo que era una nereida, pero él nunca me escuchó!»

Dejemos ahora al visir, que encubrió su crimen con mentiras, engañado así á las gentes, y volvamos á, la joven, la cual encontró en el camino un pastor y le preguntó si podría darle un traje suyo, que se lo agradecería. El buen pastor le dio un traje viejo y raído, y ella entregándole unas cuantas monedas, siguió andando hasta que por fin llegó á su pueblo. Entra en el único café que había y pregunta á su dueño si necesitaba un criado. –«Precisamente me hace falta, porque se me ha marchado uno de los que tenía». Entra, pues, de camarero en el café, con obligación de madrugar, barrer, arreglar las luces y hacer todas las faenas consiguientes.

Desde su entrada, el cafetero veía progresar su negocio, y admirado de tal criado le confió la administración de la casa y la dirección de los demás sirvientes.

Pero no olvidemos al príncipe. Cuando llegó al palacio de regreso la guerra, su primer cuidado fué preguntar por su mujer. ¿Pero quién había de atreverse á decirle nada? Va á su madre y le pregunta:

–«Madre mía, ¿qué se ha hecho mi mujer?»

–«¿Qué te diré, hijo mío? Siempre te decía que era una hechicera y no me creíste, pero ¡qué cierta era mi sospecha! Sabrás que en el camino por donde la acompañó el visir mató y devoró á sus hijos y después desapareció».

–«Dime la verdad, madre».

–«Verdad te he dicho, hijo mío».

–«No lo creo».

Llama al visir y preguntado contesta:

–«¡Rey mío! Todo lo que te dice tu madre es cierto».

–«Pues yo no puedo permanecer aquí y quiero viajar contigo para aliviar un poco mi afligido corazón!»

¿Qué había de hacer el visir? Al día siguiente sale con el rey, el cual en todas partes buscaba cuentos para distraer su triste; y al cabo de mucho tiempo se encontraron por casualidad en el pueblo de su mujer.

Cierto día salieron de paseo el padre, la madre y el hermano de la joven, y también, aunque separados de ellos, el judío y la vieja. Sobrevino en esto una gran lluvia y –dónde irán, dónde no irán– se entran en el café, y de allí á poco entra también el rey con su visir. Al verlos la joven los reconoció a todos y corrió presurosa á servirles las bebidas que pidieron. Como se hiciera tarde y no pudieran marchar porque el cielo relampagueaba y tronaba, cerraron las puertas. Entonces el rey,

haciéndose pasar por un comerciante acaudalado, dijo que pagaría bien al que supiese contarle un cuento bonito para pasar el tiempo. El cafetero contesta: –«Buen hombre, yo no entiendo de tal cosa». –«Bien, hermano, si hay quien sopa, llámalo». Entonces contesta: –«Voy á ver, porque tengo un criado que es muy ingenioso para todo». Llama á la joven, la cual hace como que se excusa, pero después de muchas súplicas dice: –«Os contaré uno, pero pongo por condición que el que tenga necesidad de echar aguas salga ahora, porque después no se abrirán las puertas». Como todos estaban ansiosos de oírlo exclamaron: –«Venga el cuento». Cierran bien las puertas, guardando el rey las llaves, y toda la concurrencia se sienta para escuchar con atención.

Entonces comienza la reina y refiere toda su historia, como si dijéramos, todo el cuento que vamos narrando. Así que la vieja su nombre, exclama: –«Tengo ganas de orinar», pero le replica: –«Aguántate en tu puesto, anciana». Después hace el judío igual exclamación y ella le responde: –«Las puertas están cerrada». Lo mismo sucedió con el visir.

El rey se hacia el tonto, y preguntaba y volvía á preguntar, hasta que por fin la reina rasgó el vestido de pastor, quedando con el suyo y dijo: –«Si no lo creéis, yo soy aquella joven de quien os he hablado».

Entonces la abrazan su madre, su padre y el rey, y prenden á la vieja, al judío y al visir. A la mañana siguiente envían á buscar tres caballos bravos, introduciéndoles pimienta en las narices y en seguida mandan montarlos á los tres culpables: corren á escape los caballos y pronto quedan los ginetes hechos mil pedazos. Toma el rey á su mujer y á los padres de ésta y vuelven á su reino, donde vivieron siempre muy felices. Pero ni yo ni vosotros estabamos allí para que lo creáis.

La mujer honrada

Erase una vez un hombre muy rico, casado, y como no tenía sucesión, adoptó una niña muy hermosa, á la cual hizo heredera de todos sus bienes. Murieron el hombre y su mujer, y la joven entró en posesión de la herencia. Cierta día hallábase sentada en el balcón jugando á las cartas con sus amigas, cuando acertó á pasar por debajo un joven, y así que la vió, ya no le permitió su corazón alejarse de allí, de manera que no hacía más que ir y volver. Marcháronse las amigas á sus casas; y al quedarse sola pregunta al mancebo: –«¿Qué tienes, que no vas á tu quehacer?» –«Alma mía contesta, ¿cómo he de alejarme de aquí y dejarte?» Al día siguiente el desdichado de nuevo bajo el balcón. Entonces ella, que lo quería porque era gallardo, le hace señas para que suba, y preguntándole qué intención llevaba, le contesta:

–«¡Si no consigo hacerte mi esposa, alma mía, me mato!»

–«No, dice ella, no te mates. Yo soy libre, tengo algunos bienes que me dejaron mis padres, y me avendré á vivir con un joven que pueda hacerme feliz. ¡Sélo tú!»

Llaman á los sacerdotes y los casan.

Pasaba el tiempo, y el marido, siempre metido en casa, no quería dedicarse á ningún trabajo, y viendo ella que llegarían de este modo á consumir toda su dote, le dijo un día: –«Dime qué intención abrigas, esposo mío, pues siempre te estás aquí sentado, sin trabajar ni hacer nada. ¡Ya ves que poco á poco no tendremos ni pan que comer!» El ni siquiera contestó, y

al verlo tan impasible salió incomodada de casa, y busca por aquí, busca por allí, le encontró colocación para servir en un barco. Vuelve á casa y le dice:

–«Esposo mío, si quieres puedes embarcarte en un buque».

–«Mujer, le contesta, ¿sabes por qué no quiero ir á ningún trabajo? Porque temo que así que me separe de tu lado, otro se hará dueño de ti y yo seré un desgraciado».

–«Aprensión tuya; no tengas ningún temor de semejante cosa, y para que estés seguro de que jamás te haré traición, llévate contigo este traje blanco como el lirio, y si ves que se ensucia entonces dices que te he engañado. Cree que te seré enteramente fiel».

Con estas palabras lo persuadió y se embarcó. Habíase puesto el traje que le dio su mujer, que era blanco como la nieve, y aunque ejercía el oficio de cocinero, siempre iba limpio. Como hubieran pasado algunos días, el capitán y los otros marineros viéndolo tan curioso entraron en deseo de averiguar por qué el hombre no se manchaba. Pregúntanle: –«En verdad, cocinero, queríamos nos dijeras á qué hora te cambias de vestido, pues te vemos siempre enteramente limpio». –«¿Qué os diré? contestó. No me cambio á ninguna hora, sino que mi mujer me dio este traje, diciéndome que no tendría ninguna mancha mientras ella se conservase honrada».

–«Bravo, cocinero, le dijeron, buena mujer tienes».

Llegaron á una capital, y los habitantes se admiraban de que guisando diariamente conservase el traje brillante como el sol. Pasaba cada día por delante del palacio y se lo miraba el rey. Después de mucho tiempo acertó á pasar cargado con una estera, y el rey deseoso de saber cómo iba siempre limpio, le mandó subir. Llegado á su presencia, le preguntó:

–«Muchacho, debes cambiarte de ropa tantas veces como horas tiene el día, y por eso tu traje está siempre brillante».

–«No, Señor, ni mi oficio lo permite».

–«No creo tal cosa, y para convencerme te pondré en puesto del carbonero».

Lo hace así, pero jamás le veía una mancha, y admirado dijo: –«El posee un secreto que no quiere descubrirnos: llevadlo á la cárcel».

Tenía el rey tres hijos y una hija, el mayor de los cuales oyendo que el cocinero había dejado una mujer tan hermosa, pretesta que tiene necesidad de viajar para distraerse, y provisto de florines se dirige al pueblo. Apenas llegado pregunta y más pregunta, hasta averiguar la casa de la joven, porque «preguntando se va á Roma». No se atrevió á ir de pronto y se hospedó en la de una vieja que vivía enfrente, á la cual dijo: –«Anciana, yo soy el príncipe de este país, que he venido expresamente por esa joven tu vecina, y así me la traes te daré grandes cosas». La vieja, pues ellas se ingieren fácilmente en estos negocios, va corriendo y dice á la joven: –«¿No sabes nada, joven de mi alma? Ha venido aquí el príncipe, que se muere por ti, el cual trae mucha lana y me asegura que si le permites entrar en tu casa te lo dará todo».

Se me olvidaba decirnos que habiendo regresado el barco en que iba su marido, fué la joven á preguntar por él y supo que el rey lo había encarcelado.

Al oír á la vieja que el príncipe se hallaba en el pueblo contestó: –«Con mucho gusto; que venga». Vuelve la vieja y dice al príncipe: –«Me ha prometido que te recibirá esta noche». Dio buena propina á la vieja y así que anochece se levanta y va á casa de la joven con un saco de florines para mejor conquistarla.

–«Buenas noches, señora mía», le dice.

–«Buenas, joven, le contesta, pero has venido temprano, pues los vecinos todavía están sentados y me señalarán con el dedo como si estuviera entretenida con un hombre. Vete al café y vuelve al punto de la media noche».

Levántase él y se va dejándose el saco de dinero. Ella cierra y espera sentada. Entretiéndose el príncipe en el café jugando, y tanto le interesó la partida, que ni recordó que había pasado la media noche. Corre y llama á la puerta, mas la joven no le abre diciéndole que ha pasado la hora y que la deje en paz. Pero como insistiera en llamar sin cesar, la joven, que era de corazón fuerte, se arma de un palo, abre la puerta y, este te doy, aquel te regalo, me lo pone blando como un higo y lo deja tendido en las escalas. Levántase el buen príncipe limpio y sin lavarse, y se marcha sin decir ni una palabra por temor de que la gente supiera que una mujer lo había puesto de aquel modo. Se vuelve y dice á su padre que unos ladrones que habían salido al camino, le habían robado y apaleado, é influye para que ponga en prisión más estrecha al hombre del traje blanco.

Después de él va el segundo al pueblo; y, para no extendernos mucho, le sucedió lo mismo que al primero. Igual suerte cupo al más pequeño, sin embargo de que tenía fama de muy astuto. Entretanto el marido seguía en oscuro calabozo, pero conservando siempre blanca y limpia la ropa.

Cuanto la joven hubo echado bastante lastre, merced á aquellos tontos, su viste de hombre, compra un buque que ponía espanto, lo arma y se constituye capitán, llevando consigo algunos jóvenes marineros, ¿Dónde irá, dónde no irá? Va á la capital del rey, quien al ver tal busque, superior á cuantos él poseía, trata de casar al capitán con su hija. Al efecto

prepara un banquete, al cual convida al capitán, y en la mesa le comunica su proyecto. La joven le contesta: –«Acepto por mi vida, pero te pido antes dos gracias: la una, que me permitas primero ir á ver mis parientes, y la segunda, que por motivo tan fausto pongas en libertad á todos los presos».

–«Cuanto me pidas», contesta el rey.

Abren las cárceles y sacan á todos los presos, excepto SÓLO su marido. –«Todavía falta alguno», dice la joven. Entonces la princesa le entrega su marido, y tomándolo con dos ó tres más, se marcha en compañía de la princesa.

Durante la travesía coge una noche dormida á la princesa y la arroja al mar. Al día siguiente llama á su cámara á su marido, y quitándose el traje de hombre que llevaba le dice: –«Yo soy tu mujer, y cuanto he hecho ha sido por conseguir tu libertad». Y lo refirió cuanto había sucedido durante su ausencia.

Llegaron por fin al pueblo, donde vivieron muy felices sin separarse jamás y conservando el marido su traje siempre limpio y brillante.

El judío envidioso

Vivían en cierto tiempo un viejo y una vieja que tenían muchos hijos: el infeliz viejo era zapatero y trabajaba con afán todo el día para sostener la familia á pan y agua: veía á los demás hombres ociosos y que el uno compraba carne, el otro pescado, mientras él nada podía dar á sus hijos más que unas olivas y un poco de queso; de modo que estaba afligido cuanto pueda decirse. Un día habla así á su vieja: –«Anciana, yo no puedo sufrir que cada cual lleve á su casa toda clase de comestibles, y yo huero entro, huero salgo: mi corazón me incita á pedir á nuestro vecino el judío (el cual era muy rico) veinte piastras para dar de comer mañana á mis hijos, y afianzaré la deuda con nuestra casa».

–«Lo que quieras, viejo mío», le contesta la mujer.

Levántase, pues, el buen viejo, va á casa del judío y le dice:

–«Buenas noches, vecino. Vengo á pedirte veinte piastras que me hacen falta, y te daré en garantía mi casa».

Pero el judío, que era hombre avaro, le contesta:

–«Te haré este favor; pero te daré diecisiete y pondré en el recibo que te doy veinte». (Bien dicen que á los avaros los lleva el diablo á horcajadas en el pescuezo).

–«Bien está lo que dices, vecino», exclama el infeliz viejo.

Toma el anciano el dinero, y al día siguiente, levantándose de madrugada, compra en la plaza carne y pescado y lo lleva á su anciana: en el camino encuentra un hombre que vendía pollos y gallinas y le compra una.

¡Como saciarían el hambre los infelices hijos, que llevaban tanto tiempo sin comer más que con los ojos!

Al verlo venir la vieja tan cargado, exclama: –«Viejo tonto, ¿qué has hecho? ¡Ya no tenemos dinero para otro día! ¡Bien hace Dios en no darnos! ¿Para qué quieres tanta cosa?»

–«¡Eh, Infeliz vieja! ¿No sabes que soy muy espléndido cuando tengo? Guisalo para que hoy comamos bien, que mañana Dios dirá».

Va la vieja y lo guisa regiamente. Cuando se sienta el viejo en la mesa y ve la gallina perfectamente arreglada, dice: –«Anciana, ya comeremos otro día gallina, que ésta es propia para regalada á un rey».

–«Vaya, viejo, déjate de tonterías».

–«No, no tal: pónmela en una servilleta, que quiero llevarla al rey».

No pudiendo disuadirlo, le envuelve la gallina en una servilleta limpia. Al llegar á palacio, la guardia le impide subir. Grita el viejo, óyelo el rey y pregunta qué ocurre á los centinelas. –«Señor, dicen, ha venido este anciano, le hemos preguntado qué quería, y nos contesta que desea ver á Vuestra Señoría». –«Dejadle subir», contesta el rey.

–«Sube, pues, se quita el casquete y hace la reverencia al rey. Pregúntale qué desea, y el viejo contesta:

–«Señor, te traigo una gallina asada, porque no me parece del caso comerla nosotros».

Hízole gracia al rey, y le dijo:

–«Ea, trínchala, pues».

Sentáronse á la mesa, el rey en el sitio del medio, y á ambos lados la reina y el príncipe. Siéntase también el buen viejo, desata la servilleta y trincho un ala la da á la reina, diciendo: –«Reina mía, toma tu parte». Trincha la otra y la da al príncipe: –«Toma tú también tu parte, hijo mío». Después

corta la cabeza y dice al rey: Toma también tú, señor, la cabeza, porque eres la cabeza de todos». Lo demás se lo reservó el pobre zapatero para comerlo con sus hijos. Sorprendido agradablemente el rey por esta distribución, le dio unos cuantos florines, y el viejo volvió corriendo á su casa y, mostrando á su vieja el resto de la gallina y las monedas, le dice: -«¿Ves, pobre anciana, cómo esta gallina es de buen agüero?»

Al día siguiente paga su deuda el viejo al judío y dispone le construyan una casa. Al ver el judío que el viejo, que no tenía pan para comer, se hacía una casa para vivir á lo grande, entró en curiosidad y un día le preguntó cómo había encontrado aquel vellón. El bueno del viejo le cuenta toda la verdad y el judío exclama: -«¡Y yo, tonto de mí, que no lo supe hacer!» Poseído de envidia compra un pavo, lo rellena y lo lleva á palacio. Dejaronle pasar los centinelas mediante una propina, y puesto á presencia del rey, le hace también reverencia y le dice: -«Señor, os traigo un pavo asado». -«Ea, pártelo» contesta el rey. Lo toma, pero como no sabía trinchar, estuvo batallando dos horas para separar los huesos de la carne. Entonces manda el rey á buscar al viejo, el cual llega á palacio y se encuentra al judío con una gran fuente y un pavo.

-«Ea, anciano, le dice el rey, trínchanos este pavo».

-«Con mucho gusto, señor». Y en un instante corta un ala, que da al príncipe, la otra á la reina y la cabeza al rey, diciéndole: -«Tomad, señor, porque figuráis ser la cabeza de todos; lo demás será para comérselo el viejo con sus pobres hijos». Y lo toma en disposición de marcharse.

El judío, irritado, dice en su interior: -«Razón tienen que al que está bien y busca mejor el diablo le eclipsa las habas; no me bastaba concretarme á mi negocio, quise ganar más, y el viejo se me come el pavo».

–«¿Dónde vas, buen viejo? exclama el rey ¿no nos dices por que el judío nos ha traído el pavo? ¿Por ventura le dijiste alguna cosa?»

–«Te diré, señor. Como me preguntó dónde había encontrado el vellón, le expliqué todo lo que pasó, para que Dios alargue la vida de nuestro rey, pero no le dije que me imitara». Entonces dispone el rey que se incaute el viejo de la mitad de cuanto poseía el judío, y al efecto, para que éste no se opusiera, los hace acompañar por unos cuantos soldados. Al oír tales palabras el judío estuvo á punto de perder el juicio; pero ¿podía oponerse al mandato real? Van á su casa y entrega al viejo la mitad de sus riquezas. (Bien te ha cogido el viejo).

Este lo pasaba en grande, pero el judío ni comía ni dormía, y estaba furioso porque no podía vengarse del viejo, que era protegido del rey. –«¿Cómo haría, se decía, para obtener de la reina que me permitiese tener una apuesta con el viejo, y que si acertaba éste obtuviese el resto de mi fortuna, y en caso contrario, lo matasen?» Después de muchos esfuerzos accedió la reina, la cual un día habló así al rey: –«Esposo mío, aquel anciano tiene cautivado tu corazón, pero á mi no me hace gracia; por esto, deseo proponerle una apuesta, y si la cierta, obtendrá el resto de la fortuna del judío, y si no, se le cortará la cabeza».

El rey no disgustó y opuso que sería un crimen matar al pobre viejo. –«Yo asumo la responsabilidad del hecho», contestó la reina. Lllaman, pues, á palacio al viejo y dícele la reina: –«Anciano, voy á proponerte una apuesta: si la aciertas, obtendrás toda la riqueza del judío, pero si no, se te cortará la cabeza. Para acertarla te concederé tres días de tiempo».

–«Reina mía, contestó después de pensar un rato, si es cuestión de acertar, pronto hallaré la solución, sin necesidad

de haceros esperar tres días. Está bien lo que dices: si la resuelvo, me quedaré con el dinero, y si no, haced de mí lo que queráis».

Entonces la reina toma cinco huevos y le dice: –«Has de distribuir estos cinco huevos entre nosotros tres, de modo que todos tengamos igual parte, pero ha de ser sin romperlos». De pronto el viejo dice: –«¡Que diablo! ¿Cómo puede ser eso?» Pero reflexiona un rato y, dirigiéndose al príncipe, le dice: *να, υιέ μου, εν' αυγό και δυο πούχεις τρία; al rey, να και του λόγου σου, αφέντη μου, ένα και δυο πούχεις τρία; y a la reina, να και συ τρία, που δεν έχεις κανένα*. Así resolvió el problema, causando la admiración de todos por su agudeza é ingenio.

Ganó la apuesta el viejo, y gozoso el rey exclamó: –«¡Bravo, anciano, bravo!» El judío bajó confuso la cabeza, y con su dinero vivió espléndidamente el viejo en compañía de sus hijas, mientras él se moría de hambre y recorría las calles descalzo y andrajoso. –«Lo que no quieras que te hagan á ti, no lo hagas tú á los demás». Y así concluye el cuento.

El tiñoso

Vivían en cierta ocasión un rey y una reina, los cuales tenían tres hijos y una hija. Durante la velada dijo un día el rey á los hijos: –«Os acostaréis esta noche, y mañana de madrugada vendréis á referirme el sueño que cada cual hayáis tenido». –«Está bien, padre», contestaron. Fuéronse á dormir separados, como acostumbraban, y los tres soñaron. Despiértase muy temprano el rey, se viste y espera con impaciencia oír los sueños de sus hijos, pues por ellos pretendía saber el destino de cada uno.

Llega el primogénito y le saluda:

–«Buenos días, padre».

–«Buenos los tengas, hijo mío. ¿Has tenido algún sueño?»

–«Ciertamente lo he tenido, padre».

–«¿Y qué has visto?»

–«He visto que era dueño de territorios, ciudades, esclavos, esclavas y cosas por el estilo.

–«Bien, hijo mío». Y en seguida le separa su parte.

Se retira y viene el segundo, que también le da los días. Le pregunta y resulta haber tenido igual sueño que su hermano, y le da también su tanto de herencia.

Vamos ahora al menor, el cual vió en sueños que su padre le sostenía una palangana con la toalla en la espalda y le echaba agua para lavarse. Como era astuto, discurrió y se dijo: –«Vaya, si digo yo que mi padre me servía el agua para lavarme, pensará que yo seré más que él y puede hacerme

matar; y, al contrario, si digo que no he tenido ningún sueño, me tendrá por desgraciado y lo pasaré peor que mis hermanos». Así no sabía qué hacer: discurre, discurre y después de mucho rato se dice á solas: –«Le diré que no he tenido ninguno, y que caiga lo que llueva». Va, pues, y le dice:

–«Buenos días, padre».

–«Buenos los tengas, hijo mío. ¿Has soñado esta noche?»

–«No, padre».

–«Vaya, di la verdad».

–«Pero ¿cómo he de decirte que no he tenido ningún sueño?»

Entonces vuelve la vista el rey y dice en su interior: –«¡Ah! Esto no es buen signo; tiene mala estrella y pudiera suceder que yo sufriera alguna desgracia por su causa: mejor será que se vaya, porque un hombre de mal destino no ve término á su sufrimiento». Llama al momento al verdugo y le manda que lo acompañe á pasear por el Parque. Después le dio secretamente la orden de llevarlo á matarlo al desierto, y que por señal le trajera la camisa y el dedo meñique. El niño comprendió todo esto, pero ¿qué podía hacer? Tomólo, pues, el verdugo, y en vez de llevarlo al Parque, lo condujo á un bosque. Mas he aquí que su corazón se resistía á matar á un tierno e inocente niño, y tan afligido estaba, que las lágrimas salían de sus ojos como dos ríos. Al verlo el príncipe le pregunta por qué llora. El verdugo, no pudiendo declarar la causa de su dolor, le contesta:

–«¿Que te diré, príncipe? Padezco una enfermedad crónica». –«Escucha, hermano, replica el niño: –«¿Por qué me ocultas la verdad? Sé perfectamente que mi padre te ha dado la orden de matarme. El no me aprecia y ¿tú me compadesces?» –«¡Ay, príncipe mío, mi corazón resiste á hacer semejante maldad, pero el caso es que me exigió por señal tu camisa ensangrentada y tu dedo meñique».

–«No me mates, que en cuanto á la señal es cosa fácil, y yo te juro ante el cielo y la tierra no volver á pisar la ciudad».

En seguida se saca la camisa y se la entrega al verdugo; después vuelve el rostro y le dice: –«Hermano, córtame el dedo». Se lo corta, tiñen la camisa con la sangre y exclama el príncipe: –«Lleva ahora esto á mi padre y déjame que, ó me coman las fieras, ó me muera de hambre». Despidense, tomando cada cual su camino, el verdugo hacia el rey, y el príncipe hacia el centro del bosque. El rey al ver las prendas creyó que su hijo estaba muerto, y ninguna pena le causó; pero Dios velaba por el joven, el cual corría sin rumbo fijo montañas y valles, manteniéndose sólo de yerbas, de modo que se debilitó y desfiguró: y además el traje se le había convertido en girones.

Al cabo de seis meses divisa cierto día una casa de campo y dice en su interior: –«Yo de todos modos estoy perdido, porque ó me moriré de hambre, ó me devorarán las fieras». Se levanta y entra en la casa: mira por aquí, mira por allí, no ve á nadie; busca algo que comer, pero inútilmente, porque no encuentra sino pucheros y calderas vacías: –«Aquí no deben habitar hombres, sino dragones», se dice. Siéntase, pues, y cerca del medio día ve un dragón que conducía hacia la torre un gran rebaño de cabras. Helósele la sangre, pero como correr para salvarse? Mas al acercarse respiró un poco el joven porque vió que el dragón era ciego. Se acurruca en un rincón, y entretanto llega el dragón, toma una caldera y se pone á ordeñar las cabras: va el joven, que estaba desfallecido de hambre, con un frasco poco á poco, y llenándolo de leche se la bebe. Cuando el dragón hubo acabado de ordeñar, tomó la caldera y se tragó toda la leche, y limpiándose el bigote y la barba, cogió una pieza, que era un hornillo en forma de pipa,

en la cual, ¡Dios nos libre! metió tres ocas¹⁷ de tabaco, y se puso á fumar sentado sobre un arca, y así estado se echa, con tu permiso, un dragoniano. (Así echaras tu alma).

El joven reflexiona entonces y se dice: –«Conviene valerme de la astucia para hacerle creer que soy su hijo».

–«¡Padre, aquí me tienes!» exclama.

–«¿Quién me habla?» pregunta el dragón, levantándose de pronto.

–«No me arrojes; soy tu hijo».

–«No creo que tú seas hijo mío; pero te daré tres puñetazos, y si los soportas, entonces te llamaré mi hijo, y si no, ¡pobre de ti!»

–«Conforme».

Toma sigilosamente tres sacos de cuero, los llena completamente de paja, se pone uno de ellos sobre la espalda y acercándose al dragón, le dice: –«Pégame, padre mío». El dragón, como no veía, levanta el puño y le pega sobre el cuero, que queda hecho pedazos.

–«¿Vives?» le pregunta.

–«Aun vivo, padre».

–«Está bien».

Le da otros dos puñetazos y, para abreviar, lo adoptó desde aquel momento por hijo y lo apreció como á su alma. –«Hijo mío, le dijo, ya ves que yo paso con la leche, pero toma esta varita de diamante, y cuando tengas hambre, das un golpe con un extremo de ella, y se presentará á tu vista una mesa provista de toda clase de manjares y postres, y después que estés satisfecho, hieres con la otra punta para que desaparezca: de este modo vivirás en la torre comiendo

¹⁷ Cada oca equivale á cuarenta y cuatro onzas de peso.

y bebiendo y ayudándome porque no tengo vista». –«Bien, padre, haré lo que me mandes».

Al día siguiente va el dragón á apacentar el ganado, y al momento el joven coge la varita para probar si el dragón le había dicho la verdad. Golpea con un extremo, y al punto aparece una mesa con manjares, bebidas, dulces, con todo el servicio conveniente. Siéntase el bueno del príncipe con un hambre que no veía, y engulle casi hasta reventar; después hiere con la otra punta, y desaparece de su vista la mesa. –«Ea, ya soy feliz, exclama, he hallado mi fortuna». Después barre la torre, pone cada cosa en su puesto, enciende el fuego y lava las calderas, de modo que al volver el dragón, encontró todo como deseaba. Muy complacido alababa á Dios porque le había deparado un hijo para atenderle en su vejez, y los dos eran felices.

Un día se encuentra el príncipe con una puertecita, y al ir á correr el cerrojo se pone á bailar la torre y cuanto en ella había: mira fuera de la casa y observa que bailaban los montes, los campos y los árboles, todo lo cual ofrecía un espectáculo encantador. Pónese el cerrojo dentro del pecho, y al día siguiente dice al dragón:

–«Padre mío, yo quiero ir á apacentar nuestras cabras para descansar, ya que no tienes vista».

No, hijo mío, tú no estás acostumbrado á tales trabajos, y te quedarás en casa, que yo no me fatigo por eso».

–«Déjame ir hoy, padre, y si después no me dejas otro día, me quedaré contento».

–«Ya que tanto empeño muestras, toma las cabras; pero ten cuidado de no llevarlas á una montaña que hay muy alta, porque allí habitan dos nereidas, y cuando alguno llega á sus confines, ó le sacan los ojos, ó le causan algún otro mal; y por

haber ido yo, hijo, estoy falto de la vista ahora cumplen treinta y dos años y paso no preguntes cómo». –«Bien, padre mío. ¿Soy yo acaso tonto para meterme en el fuego y quemarme?»

Toma el rebaño y paso á paso lo dirige hacia la montaña que precisamente le había indicado el dragón para que no fuese. No había por allí ni un pájaro, y abundaba la yerba en términos, que las cabras pacieron grandemente, y entretanto aburrido el joven se subió á un árbol y se puso á tocar el cerrojo. En el seno de la montaña estaba la torre de las nereidas, una de las cuales, habiendo lo ni rebaño y el príncipe encima del árbol, dice á su compañera; –«Asómate, hermana, y verás qué buen apetitillo nos ha venido hoy». Llegan al pié del árbol y le suplican que baje, pero no les hace caso. Se afanan por cogerlo, mas no pueden, porque mientras la una subía, la otra bajaba, y cuando las vió cansadas se inclinó, y asiendo una de ellas por el cabello la enlazó á una rama y la dejó suspensa cual si fuera racimo de uvas. Ya la otra á auxiliar á su hermana y le sucede lo mismo. Entonces les dice: –«Ahora os tengo bien sujetas, perras!» Ellas le prometen que si las descuelga le darán cuanto quiera, pero les contesta:

–«Si no devolvéis la vista á mi padre el dragón, no os bajo».

–«Conforme; bájanos y te la entregaremos, pues la tenemos en nuestra torre».

–«No, decidme dónde la tenéis, que yo mismo iré por ella, y entonces os soltaré».

Muéstranle ellas la torre, diciéndole que hallará sus dos hijas sentadas en el hogar y que al entrar tenga cuidado de no decir pa, porque las asustaría, y que para acariciarlas diga quiquí, y después les pida los ojos de su padre, que son dos manzanas doradas que están en una cajita debajo de la

costura. Diríjese el príncipe, y por el camino reflexiona así: –«¿Qué es esto? ¿Por qué me encargan que no diga á sus hijas pa y que diga quiquí? Esto es una tontería, y lo haré al contrario». Entra en la casa gritando pa, y al momento las hijas de las nereidas, que estaban sentadas al hogar encendiendo fuego, caen en medio y se abrasan. Esto salvó al príncipe, pues de otro modo hubiera sido devorado por ellas; toma entonces la cajita que contenía las manzanas doradas y se va.

Las nereidas confiaban que él haría lo que le habían encargado y que habría sido devorado, mas he aquí que de pronto lo ven venir y se dicen mutuamente: –«¡Ah, el perro ha abrazado á nuestras hijas!» Sin embargo, fingieron una gran alegría y le dijeron con una sonrisa que encerraba todo un veneno: –«¿Has tomado los ojos de tu padre?»

–«Sí, los he tomado».

–«Pues ahora bájanos».

–«Bien, esperad que antes vaya á buscar á mi padre, y el os bajará».

Dicho esto, dirige el ganado en dirección á su casa.

–«¿Cómo te ha ido hijo mío?» le pregunta el dragón.

–«Bien, padre», le contesta.

Ordeña el dragón la mitad de las cabras y extrae tanta leche cuanta de ordinario daban todas juntas. Admirado dijo: –«¡Que abundancia de leche! jamás han dado tanta!» –«Padre ¿mío, como tengo buena vista, las he llevado donde había mucha yerba».

Después de ordeñar las otras cabras y beberse toda la leche se sentó á fumar con su enorme pipa, y pasado un rato le dijo el príncipe, alargándole una de las manzanas doradas:

–«¿Quieres comerte esta manzana, padre?»

–«Hijo mío, responde, se me hace extraño que hayas encontrado esa fruta, porque no la hay en nuestras tierras».

–«Padre mío, en tantos años que estás falto de la vista, los montes se han llenado de manzanas; ¡cómete esta!»

–«Vaya, cómetela tú, que mi estómago no está para manzanas».

–«Yo ya he comido cuantas puedas pensar».

La come por fin el dragón y al momento recobra un ojo. Parecióle haber vuelto de la muerte á la vida, y arrojándose sobre el joven exclamó, entre besos y abrazos: –«¡Hijo mío; tú eres mi salvación!» Y sacando un manajo de treinta y nueve llaves se las entrega, diciéndole: –«Por el favor que me has hecho te constituyo heredero de todos mis bienes: yo seré tu siervo mientras viva y te casaré' la mujer más hermosa del mundo!»

Le da el joven la otra manzana y el dragón recobra toda su vista. –«¿Cómo me ha venido esta felicidad, hijo mío?» le pregunta y el príncipe le cuenta todo lo sucedido, acabando por hacerle saber que aún las tiene suspensas del árbol para que haga de ellas lo que guste. Llénase de alegría el corazón del dragón y exclama: –«¡Ah! Llegó la hora de que yo también les aplique mi táctica», y tomando el ganado va derecho á aquel punto, donde las encuentra colgadas como deseaba, y al momento las despedazó.

Durante la ausencia del dragón, el príncipe abrió las treinta y nueve piezas, y estuvo á punto de perder el juicio al ver, aquí florines, allí diamantes y brillantes, acá jardines llenos de árboles de ramas de oro y en cada una un hermoso pájaro, allá estanques con cisnes nadando, constituyendo todo ello un segundo paraíso, en términos, que quedó absorto al contemplar tales maravillas. Después se dirige á otra puerta

que estaba cubierta de telas de araña, mete una y otra llave; hasta las treinta y nueve, sin conseguir abrirla, y su corazón se lastimó, porque el dragón no le había dado aquella llave. Cuando llegó éste, violo irritado, y aunque comprendió la causa, le dijo:

–«¿Que tienes, hijo mío? ¡Yo pensaba encontrarte alegre por haber visto tantas cosas y te encuentro triste!»

–«¡Ah, padre mío, ojalá me hubieras quitado el alma cuando, al darme las treinta y nueve llaves, separaste la del cuarto cuya puerta está cubierta de telas de araña!»

–«Hijo mío, para que no sospeches, te aseguro que allí dentro no hay más que paja y carbón. ¿Qué sacarías con abrirla?»

Pero el joven insiste en que le dé la llave y como el dragón se negara, se finge enfermo á causa del disgusto.

El infeliz dragón, por un lado deseaba complacerle por el amor que le tenía, pero por otro temía perderlo, porque, ahora lo comprenderás, conservaba encerrada allá dentro una yegua sin igual en el mundo, pues en un abrir y cerrar de ojos la perdías de vista, porque corría como un rayo, y en esta alternativa optó al principio por consentir que siguiera enfermo. Supo hacerlo tan bien el joven, que hubo día que el dragón pensó iba á morir, y entonces le entregó la llave, explicándole la causa de no habérsela dado antes. Tomó la llave el príncipe, diciendo: –«Padre mío, tú me hablas como si yo no tuviera pizca de talento y fuera capaz de escaparme dejando tantas riquezas y maravillas!»

Aprovechando la primera salida del dragón abrió aquella puerta y vió una yegua que valía cuanto puedas imaginar, pero el animal se hallaba muy desfallecido de tanto tiempo de estar encerrado sin ver á nadie. El príncipe, que era muy aficionado á los caballos, la tomó con gusto y, sacándola fuera,

la lavó y peinó, y después le puso pienso, con lo cual el animal recobró aliento y vida. En el mismo cuarto encontró un espadín colgado, en cuya vaina había esta inscripción: –«Cualquiera, con solo tocar esta espada, matará mil hombres, y, si la desenvaina, diez mil».

Cuando al anochecer llegó el dragón, encontró muy alegre al joven, quien sonriéndose le dijo: –«¡Me has devuelto la vida, padre mío!» Pero el dragón se quedó pensativo y triste, porque comprendió la intención que había formado.

Para no alargarnos demasiado, por espacio de diez días, así que el dragón se marchaba, corría el joven á la cuadra, y alimentaba y acariciaba á la yegua, la cual le correspondía lamiéndole la mano. Al cabo de los diez días habló la yegua así: –«Príncipe, tu padre se halla en gran peligro: prepárate, que iremos á auxiliarle». El príncipe mira acá, mira acullá, hasta que comprendió que era el animal el que había hablado, y admirado dijo: –«Yegua mía, ¿eres tú quien me habla?» –«Sí, y te repito que tu padre corre peligro, porque ha resuelto casar á tu hermana, y al efecto ha fijado una condición, y el que la cumpla será su esposo».

–«¿Y qué condición es esa?»

–«Ha construido un gran lago y ha dicho: –«El que atravesase este lago, obtendrá la mano de la princesa». Han ido muchos infantes y príncipes y todos han perecido, y los reyes indignados por la pérdida de sus hijos le han declarado la guerra, en la cual puede perecer; ¡pero si quieres, vamos!»

Todos los hijos se interesan por sus padres; así es que cuando el príncipe oyó semejante relación, olvidó toda la desgracia que le había causado el suyo y dijo á la yegua: –«Corramos al momento á auxiliarle!»

Entonces la yegua le encarga que tome sus tres sillas y las tres mudas de hombre que en la casa había, cuyos trajes eran, el uno el cielo con las estrellas, el otro el mar con los peces y el tercero el campo con las flores, y además un peine, una pastilla de jabón y un poco de sal; y después añade: –«Como llevo treinta y dos años de estar encerrada estoy muy gruesa y no podré correr, pero lléname tres colchones de paja para saltar un poco y adelgazarme, y ten preparado cuanto te he dicho para que no haga ruido al saltar y oyéndolo el dragón venga luego á cogernos: á ti nada te haría, porque te quiere mucho, pero á mí me despedazaría».

Prepara el príncipe los colchones y salta la yegua buen rato, pero la última vez da contra un metal que había en tierra, y al momento oye el ruido el dragón y exclama: –«¡Mi hijo se escapa!» Deja el ganado y corre á cogernos, pero comprendiéndolo la yegua, dice:

–«¿Tienes preparado lo que te he encargado? Monta en seguida!»

Monta el príncipe y huyen. Recorre la casa el dragón: ni yegua, ni joven. Entonces abre otra cuadra, de la cual saca una yegua de tres patas, hermana de la que había huido y más ligera que ella, pero que no podía saltar, y montando en ella los persigue. La otra había encargado al príncipe que mirase de cuando en cuando hacia atrás.

Vuélvese éste y dice á la yegua que ve una negra nube. –«Arroja al momento el peine, le contesta, porque nos persiguen». Lo arroja y se convierte en un espeso bosque, que con su arbolado impedía correr á la de tres patas, pero al fin lo pasa. Dícele entonces que arroje la pastilla de jabón y se convierte en un collado tan resbaladizo, que la de tres patas no hacía más que tropezar y caer; pero después de mucho rato

lo vence y estaba á punto de darles alcance. Arroja el príncipe entonces la sal, mas aturdido como estaba, en vez de echarla hacia atrás, según le indicara su yegua, la tira adelante y se convierte en un extenso lago semejante al mar. Da la yegua un tremendo salto y pasa al otro lado, teniendo necesidad de descansar por tal esfuerzo. Llega la de tres patas con el dragón y se detiene porque, como hemos dicho, no podía brincar. Entonces el ligón afligido da suelta á estas razones: –«Hijo mío, me pierdes y pierdes todos tus bienes, tu rica hacienda! Más ¡ay! no tienes tú la culpa, sino esa maldita yegua; pero, hijo mío, jamás te olvidaré, y si algún día vienes á verme, me encontrarás propicio». Después de seguir hablando muchas más cosas por el estilo monta de nuevo y se vuelve á su torre.

La yegua y el príncipe prosiguieron su camino. Encontraron una fuente con dos caños que manaban oro y plata, y la yegua le dijo que sumergiera su crin, parte en el caño de oro, y parte en el de plata, después la cola y, al fin, todo el cuerpo, y que él pusiera su dedo meñique en el de plata, con lo cual el dedo del príncipe se hizo de plata y la yegua quedó plateada y dorada, despidiendo tal brillo que deslumbraba. Dícele también: –«Luego encontraremos un hombre que se te acercará para venderte un caballo cojo, y le das el precio que te pida porque nos será útil, y además cambias tu vestido por el suyo». Efectivamente lo encuentran y le dice el príncipe:

–«¿Dónde vas, buen hombre?» –«¿Dónde he de ir, desgraciado de mí? Al pueblo á vender este caballo que, á causa de una caída, se rompió la pata».

–«¿Quieres vendérmelo?»

–«¡Ah, señor, tú quieres burlarte de mí! ¿De qué puede servirte este caballo? Los grandes siempre os burláis de los pequeños».

–«De veras te hablo, hermano, ¿cuánto he de darte por tu caballo? »

–«Bueno: dame lo que valga».

–«Te daré diez mil piastras».

(El campesino creyó de nuevo que se burlaba, pero quiso probarlo, y continuó:)

–«Lo que valga».

–«Te daré veinte, treinta, cincuenta mil».

–«Dame las cincuenta mil y tómalas».

El príncipe le entrega las cincuenta mil piastras á cuenta del caballo y, quitándose su vestido se pone el del labriego, diciéndole: –«Yaya, ahora á tu casa». Aquel infeliz cree que se chancea, y se sienta. –«Yaya, hermano, le repite, vete á tu trabajo, que eso es tuyo». Márchase por fin, volviéndose cada momento á mirar atrás y llega á su casa, vestido como un rey, mas su mujer no lo conoce y lo despide. –«Pero, mujer, soy tu marido» exclama. Fija ella sus ojos y dice: –«¡Ay, desgraciada de mí, se ha vuelto turco mi marido!» –«Cállate, mujer, le replica, que hemos encontrado nuestra suerte». Y comienza á referirle cómo había ido el negocio. El tal labriego llegó á ser el primer señor de la comarca por sus muchas casas y haciendas. Pero volvamos al príncipe.

Le encarga la yegua que mate el caballo y lo desuelle, teniendo cuidado de que la piel salga entera. Lo mata, pues, y lo desuella, aunque con algún rasguño, y entonces le dice que la meta dentro de la piel, con lo cual tu buena yegua quedó como el caballo cojo y él como el simple labriego. Además le encarga que al llegar á la ciudad vaya á comprar tripas á la carnicería y se las ponga en la cabeza para que parezca un tiñoso y así nadie lo conozca. Entran en la ciudad de su padre, la yegua comienza á cojear y él compra tripas con excremento y se las

encaja en la cabeza, siendo ambos la risa de las gentes. Diríjese montado al punto donde se verificaba la apuesta á presencia del rey y de varios príncipes, quienes al verlo se mueren de risa y le dicen: –«¡Infeliz tiñoso, aquí perecen los hijos de reyes y visires, y tú pretendes ganar la apuesta con tu matalote cojo!» Pero sin hacer caso, y obtenido el permiso, se dirige al lago, relincha el matalote cojo y, dando un brinco, atraviesa el lago, y desde la orilla opuesta vuelve en otro salto donde estaban los espectadores. El rey y los demás se frotaron los ojos de rabia al ver que el tiñoso de quien se habían burlado ganaba la apuesta, y con ella la mano de la princesa, y el primero exclamó: –«A cualquiera que me nombre á mi yerno le corto la cabeza;» y dirigiéndose al palacio encuentra afligida á la princesa, porque habiendo acudido tantos hijos de reyes y de príncipes ninguno había podido ganar la apuesta sino el perro del tiñoso, y lejos de compadecerla, arrastrándola por las escalas la mete dentro del pajar, dando orden al cocinero para que no le suministre más alimento que el indispensable para la vida. Pero la reina bajó á consolarla, y le proporcionó una cama decente y encargó al cocinero que desatendiese la orden del rey, con lo cual la joven se tranquilizó un tanto en medio de su desgracia.

Por la noche va el tiñoso al pajar, pero la princesa ni se volvió para mirarlo: acostáronse poniendo él su espada entre ambos, y durmieron como hermanos, pues realmente lo eran. Al amanecer le pregunta la madre por el tiñoso y ella le contesta que no creyese tal, pues era un gran personaje, ¿y cómo no comprendía que era su hermano?

Uno de los reyes que había perdido á su hijo en la apuesta, vino con su ejército á vengar la injuria. Sabedor de ello el tiñoso, dice á la princesa que manifieste á su padre que si

quiere irá él á la guerra. –«No puedo presentarme á mi padre porque me mataría», contesta la joven.

–«Pues encarga á tu madre que se lo diga».

Se lo dice la joven á su madre, y ésta al rey, el cual le contesta:

–«¿Pero no os he dicho mil veces que jamás me habléis del tiñoso? Puesto que hay guerra y lo quiere, que vaya y lo maten para que desaparezca de mi vista».

Va, pues, la madre y le dice:

–«El rey está conforme con que vayas tú á la guerra».

El día que se puso en marcha el ejército monta á caballo, y al llegar donde estaban el rey y todos los magnates tropieza en un lodazal y cae con el caballo cojo sin poder levantarse. Separó el rey con vergüenza la vista y los demás se mordieron los labios para contener la risa por temor y respeto al rey, pero decían en su interior: –«El rey es orgulloso y por castigo Dios le ha deparado semejante yerno para que muera en su presencia». El ejército sigue adelante dejando al tiñoso en el lodazal, pero levántase luego el joven, sube á un monte, saca la piel sobrepuesta á la yegua y le pone la silla de cielo con estrellas. El, después de bien lavado, se viste su propio traje, monta, y llegado al campo de batalla se apea y se sienta debajo de un árbol. El padre envía al momento que lo ve sus ayudantes para invitarle á pasar á su tienda de campaña; mas él se niega; va el rey en persona, le saluda y abraza con ternura suplicándole que se llegue al campamento para obsequiarle como su rango merece; pero él se niega de nuevo alegando que no es hombre de guerra y que ha llegado allí paseando. Se retira el rey y le envía magníficos presentes.

Comienza luego la batalla y ve el joven que perece la mayor parte del ejército de su reino y que su padre va á quedar

prisionero. Entonces monta á caballo, desenvaina su espada y se lanza en medio de los enemigos, á los cuales destruye, y apoderándose del rey lo presenta á su padre. Este concede generoso la libertad al rey su enemigo, obligándole á satisfacer una contribución de guerra. Arroja el padre sobre el hijo abrazándolo y colmándolo de besos, y le dice: –«Salvador mío, libertador de mi reino, vamos á palacio, donde tú serás el rey y yo tu esclavo». Así que hubo dicho esto, da un salto la yegua, quitándolo de su presencia, y entonces el rey exclama: –«No es hombre, sino ángel de Dios, y sin duda que para premiar alguna obra buena mía me lo ha enviado para salvarme». Levántanse y dirígense con música á la ciudad. Entretanto el bueno del príncipe, subido á una colina, se quitó el vistoso traje, poniéndose de nuevo el de tiñoso, y tirándose en medio del lodo fingía que todavía no había podido levantarse. Al verlo prorrumpen en carcajadas y le dicen: –«Infeliz tiñoso, nosotros hemos ido á pelear y volvemos victoriosos, y tú, maldito, todavía estás metido en medio del lodo!» El no contestó ni una palabra. Llegan á la ciudad, pregunta la reina por el tiñoso y le responden que á la ida cayó en un charco y allí permanece, y el rey le cuenta el gran auxilio que le había prestado un príncipe desconocido, y añade: –«Querida, si tal yerno tuviese, gustoso le daría mi vida!» Va la madre á contar á su hija lo sucedido, y entonces la princesa solicita del rey la gracia de que le permita bordar un turbante de oro para regalárselo á ese príncipe, si de nuevo asiste á la guerra; y obtenido el permiso, le proporciona oficiales para ayudarla á hacer aquel trabajo admirable. Al cabo de pocos días suscitóse nueva guerra, sucediendo lo mismo que en la primera, es decir, venció el rey con auxilio de su hijo, el cual quedó sumido también en el lodo. A los cinco ó seis días otra guerra

mayor, pero entonces ya estaba bordado el turbante de oro y la reina se lo entregó á su esposo, diciéndole: -«Este turbante se lo das al bravo que te auxilia». Parte el rey, pero el príncipe no se presentó hasta el tercer día, vestido con el traje de campo con lirios, precisamente en el momento crítico en que su padre iba á caer prisionero. Causa á los enemigos horrible mortandad, pero es herido en una mano, de la cual fluía abundante sangre, y su padre se la venta y le coloca el turbante de oro. Desaparece de un salto que da la yegua, pero no se echa en el lodo.

Así que anocheció, el bueno del príncipe con su traje y su espada entró en el pajar, y la princesa llena de alegría lo reconoció por su hermano. El rey que oyó las risas del joven, indignado de que estuviera contenta con el tiñoso, toma la espada y se presenta en actitud de matarla. Abrázalo entonces la reina y le dice: -«Por Dios, ¿Que vas á hacer? ¡Puede que se ría de amargura!» Enviaron una doncella para que callase, pero queda atónita al ver al príncipe y corre á dar la noticia. Va la reina, y viendo el rey que no volvía, dirígese furioso al pajar con intención de matar á los cuatro. Entra y en vez del tiñoso ve á su libertador. Arroja entonces la espada y abrazándolo exclama: -«Vida mía, alma mía, ¡tú en esta choza! Vamos arriba». -«¡No, contestó el príncipe, pasaré aquí la noche y mañana subiré!»

Pasaron complacidos y contentos la velada y después se subió el rey dando órdenes para que alhajasen todo el palacio, y al día siguiente envía á llamar á los ministros y á todos los jefes y amigos para que asistieran al casamiento de su hijo. Cuando todos estuvieron presentes y la mesa dispuesta, va el príncipe á lavarse las manos, y el rey loco de contento por tener tal yerno, se pone la toalla en la espalda, coge la

palangana y le echa el agua para lavarse, cumpliéndose de este modo el sueño que el joven había tenido tiempo atrás. Después que hubieron comido, tomó la palabra el príncipe y dijo:

–«Señores, voy á referiros un cuento, pero exijo que nadie me interrumpa».

–«No te interrumpiremos, príncipe», contestaron todos á una.

Entonces comienza á referir el cuento, así:

–«Erase un rey que tenía tres hijos, y les dijo una noche que se fueran á dormir y al día siguiente le manifestaran el sueño que cada uno tuviera».

–«Yo soy ese rey, exclama el padre, porque eso ha pasado entre nosotros!»

–«Te suplico que no me interrumpas. Los dos hijos mayores le refirieron el sueño y el rey les dio la parte de herencia que les correspondía, pero el menor dijo que no había tenido ninguno».

–«¡Vaya, hermano, eso lo hice yo!» exclama de nuevo el rey no pudiendo contenerse. Entonces le dicen los ministros: –«Señor, tu madre te aguantó nueve meses y tu no aguantas una hora para que el hombre diga su cuento».

Calla el rey y prosigue el príncipe:

–«Aunque el hijo menor decía que no había soñado, no era cierto, pero como en sueños había visto que su padre le servía el agua para lavarse, tenía miedo de decirlo». –«Ese hijo sería mejor que su padre», exclamaron los ministros. –«Al decir que no había tenido ningún sueño, el padre lo entrega al verdugo para que lo saque engañado y le quite la vida; pero compadecido éste, se contenta con cortarle el dedo meñique, que presenta al rey como prueba de haberlo matado. Y si no

lo creéis, mirad, yo soy aquel príncipe, ved cómo me falta el dedo. Aquí tenéis al tiñoso de quien os reíais!»

En seguida abraza al verdugo, que era uno de los comensales y le dice: «¡Tú que me salvaste, eres mi verdadero padre!» Lo colma de bienes y además lo nombra gran Visir.

Celebráronse grandes fiestas por tan fausto suceso, casóse la hermana, y más tarde contrajo también matrimonio el príncipe, el cual heredó la corona de su padre.

El salvaje

Erarse rey y reina que tenían un hijo. Hallábase el rey muy triste porque carecía de ejército y de dinero, y comprendía que si otro monarca le declaraba la guerra se apoderaría fácilmente de su reino. Esta idea preocupaba constantemente su ánimo y apenas desplegaba sus labios, pero paseaba con frecuencia por el campo con objeto de distraer la tristeza que tenía en su corazón. Un día le salió al encuentro un monge, y viéndolo tan pensativo le preguntó:

–«Rey y Señor, ¿qué tienes que estás tan triste? Todos se alarman por ver afligido á tu Señoría!»

–«¡Ah, mi amado monge! le responde, cada leño con su humo. Pienso que cualquier día me veré perdido por carecer de ejército y que otros se apoderarán de mi reino».

–«Desecha esa tristeza, rey mío: yo te diré lo que has de hacer. En esta comarca hay un salvaje á quien todos temen por su fuerza; haz pues lo posible para enviar hombres á cogerlo, y cuando lo tengas á tus órdenes, á nadie temerás».

Reanimóse un poco el rey y le dijo:

–«Monge de mi alma, la gracia que quieras te concederé así que tenga en mi presencia el hombre salvaje que dices».

Llega presuroso á palacio, convoca al momento á los ministros y les refiere lo que le había manifestado el monge. Al oír sus palabras alegráronse los ministros, pero pensaban cómo traerían al salvaje, y contestaron al rey:

–«Señor, dices que en el desierto hay un hombre salvaje, pero aunque lo hallemos, ¿cómo nos apoderaremos de él? No vemos otro medio sino que lo traiga el mismo que te ha hablado».

Al día siguiente se levanta el rey muy de madrugada y se va á encontrar al monge, quien así que lo divisa se aproxima y le dice:

–«¿Qué has hecho, rey mío?»

–«Nada he hecho, monge, porque lo manifesté á mi gobierno, el cual opina que sólo puede traerlo el que me habló».

–«Perfectamente, señor, cuando quieras te lo traeré; pero me has de dar cuarenta mil hombres, me harás una cadena de cien mil quintales de peso y una jaula de hierro, cuyas barras tengan el grueso de una columna, y así te lo traeré; de otra manera no puede ser».

–«Te daré cuanto deseas», repuso el rey.

Dirígense juntos á palacio, donde el rey dispone al momento lo que el monge le había encargado. Recogen los bohemios todo el alambre del país para hacer la cadena, y en una semana quedó todo dispuesto y el monge salió en busca del salvaje.

Al cabo de cerca de tres meses llegan al punto en que vivía el salvaje, y el monge manda que circuyan toda la montaña con la cadena, cuidando bien de que aquél no huya por ninguna parte. Cumplen los hombres la orden, y cerca del mediodía sienten temblar la Montaña, por lo cual comprendieron que bajaba el salvaje. Miran por acá, miran por allá, y nada ven; mas cuando se hallan cerca de la cima observan que baja un salvaje tan formidable que les causa terrible espanto. Entonces el monge, poniéndolos delante, exclama: –«¡Ea, muchachos, cojamos la fiera, al momento la cadena!» Echan al

instante la cadena, pero no podían cogerlo, porque parecía que tenía alas y volaba. Para no extendernos demasiado diremos que transcurrieron infructuosamente seis meses, hasta que al cabo de ellos un día se fatigó demasiado el salvaje, y enredándolo con la cadena lo ataron y metieron en la jaula. Díceles entonces el monge: –«Muchachos, ahora descansad, que ya lo tenemos seguro». Lleváronlo después al rey y dejaron la jaula en medio del pórtico del palacio. Al ver el rey que se lo habían traído, abrazó y colmó de besos al monge, y le preguntó qué mercedes quería por el favor que le había hecho. –«Nada quiero, le responde, sino tu amistad». –«No, repuso el rey. ¿No puedo yo recompensarte dignamente?» Y al despedirse el monge le da numerosos regalos.

Con la presencia del salvaje sintió el rey disiparse su melancolía y recobró su buen humor; mas no pasó mucho tiempo sin que perdiera su consuelo. ¡Mira como! Hallábase un día el príncipe encima de la escalera jugando con una manzana de oro: se le desliza de las manos y rodando rodando cae dentro de la jaula en que estaba el salvaje. ¿Cómo cogerla? Corre el niño y se la pide, y entonces, hablando por primera vez, dice al príncipe: –«Trae la llave y ábreme la puerta de la jaula para que pueda tomar un poco el aire después de tantos días de encierro, y te daré tu manzana de oro». El príncipe, como niño que era, va, toma la llave y abre la puerta: el salvaje le da la manzana y pone los pies en polvorosa, y si tu lo viste, yo también. Al poco rato llega el rey, y así que entra en el pórtico va á ver al salvaje, según acostumbraba, porque era todo su consuelo. Al observar la jaula abierta y que no estaba el hombre llegó á punto de perder el juicio, y desenvainado la espada corre á matar al encargado de las llaves. Este, al ver su siniestra actitud, exclama: –«Señor, vas

á matarme injustamente, pues no soy yo el delincuente, sino el príncipe, que sin yo saberlo tomó las llaves y abrió siendo la causa de que huyera el salvaje».

–«¿Es verdad?», pregunta frenético el rey.

–«Cierto es señor».

Entonces lo deja y corre á matar á su hijo; pero la reina, así que lo oye, coge en brazos al niño y dice llorando al rey:

–«¡Por el nombre de Dios, no cometas semejante crimen, rey de mi alma!»

Acuden presurosos los empleados de palacio, y postrados á sus pies: –«No, señor, exclaman, no haga tal cosa!» Y la reina, aprovechándose de los gritos y los lamentos, da lugar á que el niño se escape. El rey lo llama y lo busca, y después grita jurando:

–«¡Que no se presente delante de mí, pues lo mataré, porque recuerdo cuanto hice para traer al salvaje, y él le abrió para que huyera: que se vaya lejos donde no me oiga, porque no sabe el mal que me ha causado!»

La infeliz reina, al oír tales crueldades de la boca del padre, decide incitarle á huir en seguida, y le arregla un par de babuchas de hierro, poniendo en cada una cincuenta florines, y preparándole otras cosas necesarias, se dirige al sitio en que le había aconsejado se ocultara, y le dice:

–«Hijo mío, como mi mala estrella ofuscó tu entendimiento para que hicieras eso, tu padre ha proferido un terrible juramento para no volver á verte, porque te mataría; y así, es preciso que cambies de nombre y de traje, y te vayas á país extranjero hasta que veamos en qué paran estas cosas; pero te encargo que donde quiera que vayas, aprendas á escribir, para lo cual te meto cien florines en estas babuchas».

El cambia el traje de príncipe por el de rústico, y lo despide con mil besos y abrazos. Dejemos por ahora al rey y la reina en sus penas y trabajos, y vamos al infeliz príncipe.

Se dirige á los montes, anda sin rumbo fijo una semana, anda dos semanas, hasta que al cabo del mes encuentra un porquero que conducía una piara de mil cerdos.

–«Buenos días, pastor», le dice.

–«Buenos los tengas. ¿Qué buscas por aquí?»

–«¿Qué he de hacer? Soy un pobre joven y busco alguna ocupación con que vivir yo y auxiliar á mis padres».

–«¿De veras? ¿Qué dices? ¿Tendrás fuerzas para cuidar estos cerdos?»

–«Sí que las tengo».

–«Dentro de quince días cumplo mi contrata, é iremos juntos al amo, á quien diré que me voy, porque este oficio me es enojoso, y así tú ocuparás mi puesto».

Como se hiciera tarde, conducen ambos los cerdos al establo, donde ya esperaba el amo, quien al ver al muchacho pregunta al porquero:

–«¿Qué ocurre, que traes á éste contigo?»

–«¿No te dije que me iría porque concluye mi tiempo de contrata, y tú me contestaste que no me iría si no traía otro en mi puesto? Pues he aquí que ahora te lo traigo».

–«Bien; cuando pasen los quince días te pagaré, y entretanto llévalo contigo para que aprenda dónde ha de conducir los cerdos, no sea que vayan donde no están acostumbrados y los perdamos».

Luego se captó el joven las simpatías del amo y de la dueña, porque así que entró en la casa no se estuvo con los brazos cruzados, sino que cogió la escoba y barrió, encendió el fuego, vistió los niños y no paraba un momento; de modo que

al cabo de los quince días servía mejor que su antecesor. Fué, además, muy afortunado después, puesto que desde que el otro se marchó, engrosaron extraordinariamente los cerdos, y ni se perdió ni enfermó ninguno, sino que estaban robustos como leones. El amo le amaba porque, merced á sus cuidados, veía prosperar el negocio, y llegó á decirle que lo haría su yerno; pero el príncipe recordó el encargo de su madre de que procurara instruirse, y así una tarde se fingió triste. Al verlo el amo le dice con cariño: –«¿Qué tienes, que te veo tan afligido? ¿Acaso estás triste por haber perdido algún cerdo? No te preocupes por eso». –«¿Que te diré, señor? No es eso, sino que estoy triste por haber de dejarte luego, pues he recibido una carta en que me dicen que mi madre está moribunda y desea verme».

–«No vayas, pues tal vez la hallarás muerta».

–«No haré tal, señor, y te pido permiso para ir».

–«Hijo mío, si tal es tu deseo, libre eres y no puedo detenerte». Con esta astucia consigue salir del compromiso, y andando andando llega al cabo de algún tiempo á una ciudad. Al atravesar por una de sus calles ve un obrador de zapatería, y como se detuviera en la puerta, le dice el zapatero:

–«¿Qué quieres, muchacho?»

–«¿Qué he de querer? Soy un pobre joven y deseo aprender algún oficio para vivir y ayudar á mis padres». (Lo mismo que había dicho al pastor).

Con tales palabras, dichas en tono lastimero, se enterneció zapatero y le dijo:

–«Vaya, ¿quieres ser zapatero?»

–«¡Dios te ilumine si haces esa caridad!»

Entrañablemente –«Ea, pues, adentro, muchacho, eres hombre de suerte».

Al entrar ve á uno que lustraba un par de zapatos: se acerca, toma la brocha, y en un momento los deja como un espejo, admirando su habilidad á todos los del taller. Hizo en seguida todas las faenas de la casa, como en la del pastor, y también lo estimó mucho su nuevo amo. A lo que habían pasado dos ó tres meses, viendo aprecio en que el aprecio en que zapatero lo tenía, le dijo:

–«Maestro, voy á pedirte un favor».

–«Y dos, hijo mío. ¿Qué quieres?»

–«Maestro, cuando salí de mi casa sabía un poco de letra, y ahora estoy á punto de olvidarla, y me quedaré ciego, porque bien dicen que el que sabe de letra tiene cuatro ojos. Es verdad que dirás –«¿que necesidad tienes? Aprende tu oficio». Pero mi madre me encargó, que en cualquier oficio que tomase me sería muy conveniente instruirme un poco, y por esto te suplico que, si es posible, me busques un maestro con quien dé lección sólo dos horas al día, y las demás emplearé en mi oficio».

–«Está bien, hijo mío».

Para que veas, lector, su buena suerte, el zapatero tenía relaciones con un maestro muy instruido que se calzaba en su tienda, y quiso la fortuna que pasara por la calle en el mismo instante en que hablaban. Así fué, que al verlo, gritó: –«Maestro, maestro, entrad: me haréis el favor de dar lección á este joven dos horas al día y yo os lo recompensaré».

–«Si otro me lo pidiera, maestro Jorge, así llamaban al zapatero, le diría que no, pero al maestro Jorge nada puedo negarle: que venga al medio día á mi casa y lo probaré de arriba abajo, y después haré todo lo posible para que en solas dos horas consiga adelantar como si estuviera todo el día».

Va, pues, al medio día á casa del maestro y le dice que desea aprender á escribir.

–«Bien, muchacho, veo que eres pobre: ¿qué te he de pedir?»

–«Sin embargo dime lo que sea, que te pagaré».

–«¿Qué te diré? Mi trabajo vale treinta ó cuarenta talers, pero contigo no quiero especular; dame lo que buenamente puedas».

Entonces se saca el joven un zapato y contando cincuenta florines, se los entrega al maestro. Este al verlos se sonrió de satisfacción, porque las dádivas venden á Cristo, y le dice:

–«A tu disposición, hijo mío; del modo que tú te portas conmigo, me portaré yo contigo».

El maestro puso el mayor cuidado en la enseñanza, y en poco tiempo aprendió el príncipe la gramática, llegando á ser una lumbrera. Después tomó otro maestro, al cual le dio también cincuenta florines, y aprendió el arte náutica, y simultáneamente se perfeccionaba en la obra de zapatería. Sucedió que su amo, el señor Jorge, QUISO casarlo con su hija, pero él se libró por los mismos medios que había empleado con el dueño de los cerdos.

Toma de nuevo los montes, y andando andando encuentra un pastor que apacentaba mil cabras.

–«Buenos días, pastor», le dice.

–«Buenos los tenga el joven», le responde el pastor.

Entran en conversación y á las pocas palabras se encarga del nado. Las cabras, como antes los cerdos, se pusieron muy gordas, y el amo estaba satisfecho. Un día, cuando volvía el ganado al establo, He le escapó una cabra y disgustado la persiguió. Toma el animal una altura, y se para; toma luego otra, y se para; y el joven siempre corriendo tras ella para cogerla.

Y ¿qué quieres? La cabra ganó siete alturas, al cabo de las cuales se detiene, y al aproximarse el joven le sale al encuentro el hombre salvaje, diciéndole entre besos abrazos:

–«¡Ah, príncipe! por causa mía has sufrido tantos males, viniendo á ser pastor y zapatero, pero yo estaba siempre á tu lado cuidando no tuvieras desgracias, y ahora te haré el rey más grande del mundo: por esto he hecho que desapareciera la cabra para presentarme á ti y dar fin á tus penas».

El príncipe después de descansar un rato replicó: –«Permíteme que lleve á mi amo la cabra, y si quieres, volveré después».

–«Vete, pues, y vuelve luego».

Toma la cabra y encuentra las demás reunidas en el camino. Las lleva al establo y dice á su amo que no puede continuar sirviéndole porque ha recibido una carta en que le dicen que sus padres están en peligro de muerte. Se dirige hacia el salvaje, el cual le sale al encuentro y le saca un traje regio bordado en oro, y mostrándole una gruta llena de florines le dice:

–«¡Mira, para ti guardo este tesoro!»

Después lo conduce á otro sitio donde había una piedra de mármol con una inscripción que descifró el mismo salvaje, y removiéndola dice al príncipe:

–«Ahora bajarás trescientas escalas, y al fin de ellas verás cuarenta estancias, en cada una de las cuales hay una nereida. Cuanto llegues á la primera estancia se te presentará la primera nereida que te preguntará si la quieres por esposa, á la cual contestarás: Perfectamente, por eso he venido; y ella se alegrará y te concederá una gracia. Engañas de igual modo á todas, que te concederán otras tantas gracias, y entonces huyes de ellas y te subes».

Baja, pues, el príncipe las escalas, y al llegar á la primera estancia, según le había dicho el dragón, se le aparece al momento la primera nereida, que le pregunta:

–«¿Qué quieres? ¿Me tomas por mujer?»

–«Perfectamente, señora mía, le responde, por ti he venido».

–«Bien, tú brillarás como el sol».

Va á otra y le dice que será filósofo. En una palabra, lo adornaron con cuarenta gracias, y entonces huye y se sube hacia el dragón. Al verle, le dice: –«¡Bravo!, ahora sólo te falta una mujer hermosa, pero en cierta ciudad hay una princesa bellísima, y para obtener su mano se ha fijado esta apuesta: en el techo de la torre se ha suspendido una sortija, y el que sea capaz de tomarla de un salto será el esposo de la princesa; pero si no gana la apuesta, se le cortará la cabeza. Precisamente ahora han perdido muchos príncipes é infantes la apuesta, y con sus cabezas tiene construida una torre, faltando sólo una para terminarla. Iremos, sin embargo, nosotros á tomar parte, y si alcanzas la sortija no temas caer, que yo te recogeré en el aire y ganamos la princesa; no te escuches la gente, que al verte tan joven y hermoso te dirán: –«¡Por Dios, no saltes, que perderás la vida!»

Dichas estas palabras, aparece una yegua adornada de arriba abajo de oro y diamantes, que era una maravilla, y tan ligera, que corría como el viento. Montan sobre ella, y en un abrir y cerrar de ojos se encuentran en aquella ciudad, y al momento desaparece el salvaje, quedando solo el príncipe. La gente estaba atónita, no sabiendo qué admirar más, si la yegua ó el príncipe.

La princesa, al ver un joven tan apuesto, estuvo á punto de perder el juicio, y todos suplicaban á Dios que venciese y se casase con la hija del rey, pero por otra parte se dolían de su

juventud y le aconsejaban no expusiese su vida; mas él, recordándolas palabras del salvaje, corrió hacia la torre, seguido de toda la gente que entre sollozos y lamentos exclamaba: ¡Desgraciado príncipe! Al llegar á la torre y ver su extraordinaria altura estuvo á punto de huir, pero se avergonzó de tal idea. Entonces dijo en su interior: ¡A tu oración comiendo, madre mía! Y dando un salto se encuentra la sortija en su mano. Truécanse los lamentos en alegría y júbilo, y el rey te casarlos la misma tarde, mas el salvaje dice al príncipe: –«Firma los esponsales, pero no te cases aún, porque has de saber que tu padre murió hace seis meses, y hay otro que aspira á esa corona é irá mañana para tomar posesión del trono: conviene, pues, que corramos al momento».

Se excusa con el rey y, entregando á la princesa la sortija que había alcanzado, se despide, y, montado en la famosa yegua, llega en poco tiempo á su país. Dirígese al momento á palacio y pregunta con ansiedad por la reina, y los criados le responden: –«Desde el día murió el rey va cubierta con siete velos negros y no recibe á nadie.

¡Como habían de pensar los infelices que aquél era el príncipe! Díceles que era portador de un secreto que interesaba á la reina, y á fuerza de ruegos acudieron á pasar aviso; mas así que el príncipe ve la estancia real, entra corriendo y exclama:

–«¡Reina, soy tu hijo!»

La reina sin mirarlo dice:

–«Bien venido seas, joven. A cada momento me aturdís con mi hijo!

–«¿No soy yo, madre mía, el príncipe que cuando mi difunto padre cogió al salvaje por mediación del monge, jugando un día con la pelota de oro se me cayó dentro de la jaula, y tomando la llave abrí y dejé escapar al salvaje?»

–«Joven, tú cuentas lo que sucedió por haberlo oído».

–«¿No soy yo el príncipe en cuyos zapatos pusiste cien florines para que completara su instrucción?»

Al oír estas palabras la reina suelta los negros velos, y arrojándose á su cuello exclama:

–«¡Tú eres mi hijo, vivo estás, luz mía! ¡Te escapaste y has vuelto! ¡Tú eres mi único consuelo!»

Corre por el país la noticia de haber llegado el legítimo príncipe y lo colocan en el trono, celebrándose grandes fiestas por tan fausto suceso; pero el nuevo rey sólo estaba atento á consolar á su madre, todavía triste por la muerte de su esposo.

Quando hubieron pasado algunos días pidió permiso para llevar á viajar á la reina madre, y se dirigieron al país de la princesa. Esta, atribuyendo la ausencia del príncipe á falta de amor, se liquidaba como la cera, pero apenas supo que venía con la reina, su madre, voló á recibirlos con el rey, los ministros y los grandes y pequeños y luego de llegados, coronaron á los jóvenes en palacio. Terminadas las fiestas de boda, toma el príncipe la madre y la esposa, y, despidiéndose del suegro, regresan á su reino. A la llegada se le presenta el salvaje pidiéndole cincuenta camellos para traer el tesoro que le había mostrado en la gruta, y pocos días después vuelve con todos los florines y diamantes, y se queda en palacio viviendo con la real familia.

Pasaba el príncipe una vida feliz, cuando he aquí que circula la noticia de que posee un gran tesoro, y llenos de envidia se levantan contra él siete reyes y otros tantos reyezuelos con innumerable ejército para declararle la guerra y apoderarse de su país, sus riquezas y su mujer. Cuando lo supo el príncipe comenzó también á tomar disposiciones, pero ¿qué podía

hacer contra tanta fuerza? Su corazón temió perder todos los objetos que constituían su dicha. Entonces le dice el salvaje:

–«¿Temes estando yo á tu lado? Nada podrán hacerte por muchos que sean. No reúnas tropas ni hagas nada».

Cobró ánimo el príncipe con estas palabras, y ya no se preocupó de si tendría ó no tendría guerra. Cuando el salvaje supo que los enemigos confederados se hallaban en la frontera, cae como un rayo en medio de ellos, y, ora aquí, ora allí, los destruye, y apoderándose de los siete reyes y siete reyezuelos, los ata y presenta al príncipe, diciéndole: –«He aquí tus enemigos: haz con ellos lo que quieras». Llorando le suplican los presos les perdone la vida, comprometiéndose á pagar la indemnización que quiera fijar; y compadecido el príncipe les dice: –«Idos, os perdono; pero me pagaréis tanto tributo anual». Se postran llenos de gratitud, reconociéndolo como su superior, y vuélvese cada uno á su país.

De este modo, según le había prometido el salvaje, llegó á ser el rey más temido y poderoso del mundo, viviendo feliz y opulento en compañía de su buena madre y de su bella esposa.

Fin de los cuentos de Astipalea

Cuentos de Tinos

El cuento del dragón

Vivía en cierta ocasión un hombre, el cual, paseándose, encontró un garbanzo, y dijo para sus adentros: –«Sembraré este garbanzo, que se convertirá en una mata, y ésta producirá muchas, y de este modo, andando el tiempo, podré cargar algún navío, y tal vez los doce de propiedad del rey».

Animado con este razonamiento se decidió á presentarse en palacio, y, admitido en audiencia, solicitó del rey los doce barcos para cargarlos con los garbanzos que nacerían de la siembra del que llevaba en la babucha. Admirado el rey de tal discurso, dijo al joven:

–«Si quieres casarte, te concedo la mano de mi hija, pues por tu ingenio te considero digno de ella».

He omitido decirte, lector, que al dirigirse este hombre á palacio encontró á un dragón que le preguntó dónde iba.

–«Voy en busca de mi fortuna», le contestó.

–«La fortuna porque suspiras, repuso el dragón, la lograrás si eres capaz de contestar á diez preguntas que te haré, pues entonces serás dueño de este palacio que tienes á la vista y de todos los campos y jardines del contorno. Si las contestas, yo moriré reventado, y si no, tú morirás».

Dejemos por ahora al dragón y volvamos á la entrevista del joven Penteclemas, que así lo llamaban, con el rey. De pronto no supo qué responder, pero reflexionando que si se negaba á ser su yerno no le concedería los navíos, se decidió á aceptar

la proposición y ver como iría la cosa. Cuando contestó afirmativamente, el rey, para asegurarse de si era pobre ó rico, mandó á un criado que preparase la cama á Penteclemas, poniendo sábanas bordadas y cubierta de terciopelo. Llegada la noche, le dijeron que se retirase á la cámara, pues ya era hora de descansar. El rey había encargado al criado que vigilase y observara si dormía ó no; pues había discurrido de este modo: –«Si duerme, es pobre, y si no duerme, es un rico educado á la moderna, que no admite ropa bordada en la cama».

Por la mañana el criado dio cuenta de que el huésped había pasado la noche inquieto y sin pegar los ojos. El rey dispone que aquel día se le prepare la cama sencillamente, y el joven durmió con toda tranquilidad, porque no temía que se le extraviase el garbanzo entre los bordados de la ropa. Convencido el rey de que era un joven rico y de sangre noble, lo casó con su hija.

Entonces Penteclemas se acordó del dragón y de las respuestas que había de dar, pues se acercaba el plazo de cuarenta días que éste le había concedido; y á los tres de haberse casado se marchó, no pudiendo evitar la compañía de la princesa que quiso salir con él; pero en el camino la dejó atrás bien acompañada, y él se adelantó hacia el palacio del dragón para ver qué suerte, favorable ó adversa, le esperaba. Había advertido que si la reina preguntaba de quién era el palacio, le dijeran que era propiedad de Penteclemas. Realmente preguntó la reina por dos ó tres veces, y se alegró al oír que era de su marido. Al llegar al palacio del dragón, subió con su mujer, que anduvo más aprisa de lo que él deseaba, y los acompañantes se volvieron.

Quedóse pensativo Penteclemas, y, aunque la joven le preguntaba la causa, no se atrevía á decírsela, mucho menos

cuando el plazo había espirado y el dragón estaba á punto de llegar. En esto subió una vieja vecina, y al ver triste á la joven le preguntó qué tenía.

–«Viendo á mi marido pensativo y triste, contestó, me entristezco yo también».

Entonces se acerca la vieja á Penteclemas, y, á fuerza de insistir en sus preguntas y de incomodarse, consiguió saber lo que había. Dijole que no pasara pena, porque cuando viniera el dragón ella contestaría, y así, que procurase consolar á la reina, que tan triste estaba. Llega al fin el dragón y grita: ç

–«¿Has venido, joven?»

–«Seas bien venido», le responde la vieja, fingiendo ser Penteclemas.

Cierran las puertas y comienza el interrogatorio entre el dragón y la vieja, pero sin verse, porque estaban en distintas salas. Dragón: –«Una cosa única, ¿cuál es?»

Vieja: –«¡Dios!»

Dragón: –«Dos cosas, ¿cuáles son?»

Vieja: –«¡La justicia!»

Dragón: –«Tres cosas, ¿cuáles son?»

Vieja: –«Tres pies tiene la trípode sobre la cual se pone la olla».

Dragón: –«Cuatro cosas, ¿dónde están?»

Vieja: –«Cuatro mamas tiene la vaca».

Dragón: –«Cinco cosas, ¿qué cosas son?»

Vieja: –«Cinco dedos tenemos en las manos».

Dragón: –«Seis cosas, ¿cuáles son?»

Vieja: –«Seis estrellas tienen las Pléyadas».

Dragón: –«Siete cosas, ¿en dónde están?»

Vieja: –«De siete vírgenes se compone el coro ó danza».

Dragón: –«Ocho cosas, ¿cuáles son?»

Vieja: -«Ocho pies enlazados tiene el pólipo».

Dragón: -«Nueve cosas, ¿cuáles son?»

Vieja: -«Nueve meses te llevó tu madre».

Dragón: -«Diez cosas, ¿en dónde están?»

Vieja: -«Diez son tus preguntas: ¡reventá, dragón!»

Efectivamente reventó el dragón, y Penteclemas heredó el palacio con todos sus contornos, viviendo feliz con la reina, su esposa, no sin recompensar á la vieja, colmándola al efecto de oro.

Constante y el dragón

Había una vez un viejo que tenía tres hijos, y los tres querían aprender oficio. Salieron al monte á buscar trabajo, y, encontrando un campo sin segar, hicieron alto y se dijeron: –«Entremos á segarlo y su dueño nos pagará nuestro jornal». Apenas comienzan, cuando notan que crujen los montes, y luego ven llegar un dragón, que les dice:

–«¡Buenos días, muchachos!»

–«¡Buenos los tenga el amo!» contestan.

–«¿Qué hacéis aquí?»

–«Hemos visto este campo y nos dijimos: seguémoslo, que su dueño nos pagará».

Cuando hubieron segado la mitad, dijo el dragón al menor de los tres, que se llamaba Constante: –«¿Ves aquel monte? Allí está mi dragona: toma esta carta y llévasela».

Recibió Constante la carta, pero en el camino ocurrióle abrirla y leyó: –«Mata á éste que te envió y arrójalo al horno, y, bien cocido, tenmelo preparado para comérmelo á la tarde». Sin apurarse rasga la carta y escribe otra en estos términos: –«Deseo te halles bien, dragona: matarás el mejor pavo, lo rellenas y lo entregas con una canasta de pan al dador de esta carta, y lo envías aquí para que coman los trabajadores».

Cuando el dragón vió venir á Constante cargado con el pavo, se dijo: –«¡Más astuto es ese que yo!» Y luego continuó en voz alta: –«Daos prisa, muchachos, procurad acabar hoy la siega, que á la noche cenaremos en mi palacio y os pagaré

vuestro trabajo». Segáronlo todo y marcharon con el dragón. En el camino dice el pequeño Constante á sus hermanos: –«Hermanos, vuestros ojos son cuatro: allí donde vamos, no durmamos».

Durante la noche, mientras dormía el dragón con la dragona, se levanta Constante, despierta á sus hermanos, y acercándose bonitamente á la dragona, le quita la sortija de la mano, y se escapan los tres. Al despertar el dragón busca inútilmente á los jóvenes para comérselos. Entre tanto la dragona echa de menos la sortija, y enterado él, monta á caballo; pero los jóvenes estaban ya en su territorio y allí nada podía hacerles. –«¡Volveos, que os pagaré!» les grita, más ellos siguen su camino hasta llegar á la ciudad.

Dedicáronse allí cada cual á un oficio: el mayor al comercio, el segundo á carpintero, y Constante, el pequeño, á sastre. No pudiendo el mayor vivir tranquilo, porque el menor se guardaba la sortija, y deseando la muerte de éste, preséntase un día al rey y le dice: –«Señor, toda clase de bienes posees, pero si tuvieras la cubierta de diamantes del dragón, serías el único rey del mundo».

–«¿Y cómo podré obtenerla? ¿Quién es capaz de traerla?»
–«Expide un decreto ofreciendo hacer grande y poderoso al que te traiga la cubierta del dragón: no se presentará ninguno; y entonces envías á BUSCAR á mi hermano menor, que es sastre, y le ordenas bajo pena de la villa que te la traiga».

Expidió el rey el decreto pero nadie se consideró capaz de ir. Entonces encarga á su visir diga á Constante que vaya á traerle la cubierta de diamantes del dragón, y que si no la trae le quitará la vida. ¿Qué había de hacer Constante? Emrende el camino y dice: –«¡Ea, me encomiendo á mi madre y á mi amo!» Encuentra una vieja, á la cual saluda, y ella exclama:

–«¿Dónde vas, pues ninguno que pasa por este camino vuelve?»

–«Me envía el rey á traerle la cubierta de diamantes del dragón».

–«¡Ay, hijo mío, vas á perecer! Vuelve atrás y di á los que te envían que te den tres cañas, la una llena de piojos, la otra de chinches y la tercera de pulgas; vas por detrás de la casa durante la noche, cuando duerma el dragón, haces callandito un agujero en la pared y vacías las cañas sobre la cama. El dragón y la dragona no podrán sufrir las pulgas, los piojos y las chinches, y cogiendo la cubierta la estenderán fuera de la ventana y la dejarán colgada; entonces tomas la cubierta y huyes en seguida, porque si te alcanzase el dragón te devoraría».

Hizo el muchacho cuanto le había dicho la vieja, y tomando la cubierta huyó. Asomóse el dragón á la ventana, pero la cubierta había desaparecido.

–«Dragona, dice ¿dónde está la cubierta?»

–«No sé», contestó la dragona.

–«¡Ah! Nadie la ha cogido más que Constante».

Baja á la cuadra, toma el mejor caballo, y ala! ala! llega á divisar á Constante, á quien grita: –«¿Qué es lo que has hecho, perro? Dame la cubierta».

–«Lo que te he hecho es nada: lo que aún te haré!»

El dragón no pudo apoderarse del joven porque estaba ya en la frontera del rey, y se volvió. Entregó Constante la cubierta al rey, quien en pago le mandó hacer dos mudas de vestidos.

Al cabo de veinte días vuelve á palacio el hermano mayor y pregunta al rey:

–«Señor, ¿te ha traído Constante la cubierta?»

–«Sí, y es muy hermosa».

–«Bien, rey mío, pero si tuvieras el caballo y la campana que posee en su quinta el dragón, no desearías ya ninguna otra cosa».

Expide entonces nuevo decreto, y tampoco se encontró ninguno que se atreviera á ir. Preséntase otra vez Constante en palacio por orden del rey, quien le dice: –«Quiero que vayas á traer el caballo y la campana del dragón, y si no vas, te quitaré la vida». ¿Qué había de hacer el infeliz Constante? Sale de palacio pensando cómo había de apoderarse de ambos objetos, pues el caballo relinchar y la campana sonaría, y entonces despertándose el dragón, bajaría á devorarlo. ¿Pero cómo oponerse, siendo mandato real? Emprende, pues, la marcha, y se encuentra la misma vieja de antes, á la cual saluda con cariño, y ella le dice:

–«¿Donde vas otra vez por aquí, hijo mío?»

El rey me ha enviado á traerle el caballo y la campana del dragón, y si no los traigo, me matará».

–«Vuelve y diles que te den cuarenta y un tapones, porque la campana tiene otros tantos agujeros, y cuando sea de noche los cubres todos, porque si dejaras alguno sin cerrar sonaría y el dragón te devoraría, pero si acaso sonase, bajas á la cuadra y te ocultas en medio del pajar: el dragón te buscará, y cuando veas que se sube, tapas el agujero que haya quedado abierto en la campana, y poniéndola sobre el caballo te escapas».

Hízolo como le indicó la vieja y escapó á caballo con la campana. A mitad de camino estaría cuando, despertando el dragón, echó de menos los objetos que el joven se había llevado, y montando otro caballo lo alcanza en la frontera del rey.

–«Mal perro, le grita, devuélveme el caballo y la campana.

–«Lo que te he hecho es nada, le responde, más te haré todavía».

Llega á palacio, le entrega el rey otro ajuar de ropa y se vuelve á su oficio. Al cabo de veinte días va de nuevo el hermano mayor al rey y le dice:

–«Rey, ¿te traje mi hermano la campana y el caballo?»

–«Si», contestó.

–«¡Ah, rey mío! todo lo tienes ahora; pero si poseyeras el dragón para exhibirlo, no desearías nada más».

–«¿Y puede tu hermano traer el dragón?»

–«Si, lo mismo que ha traído lo demás».

Entonces el rey expidió un decreto diciendo: –«Al que sea capaz de traerme el dragón le regalaré un gran reino».

Oyólo el maestro de Constante y le dijo:

–«¿Oyes? Hablan por ti, para que vayas á buscar el dragón».

–«¿Como he de traer el dragón, si me matará?» –«No puedes por menos que ir».

Levántase el mozo, marcha y en el camino encuentra la vieja que le dice:

–«¿Donde vas otra vez por aquí?»

–«Voy á traer el dragón, porque así lo exige el rey, y si no me dices que he hacer, el rey ó el dragón me matarán».

–«No te aflijas: vuélvete y di al rey que te dé un vestido haraposo, una hacha, una sierra, diez clavos y cuatro cuerdas gruesas. Cuando tengas todo eso, vas allí, te pones el susodicho traje y comienzas á cortar el plátano que está fuera de la torre del dragón, quien al oír los golpes té dirá: ¿qué haces ahí, anciano? y tú le contstas que estás haciendo el ataúd para Constante que ha muerto».

Ejecutando el joven la orden de la vieja empieza á golpear el plátano. Al poco rato se le acerca el dragón y le dice:

–«¿Qué haces ahí, anciano?»

–«Construyo el ataúd de Constante, de Constante que ha muerto, pero me cuesta mucho trabajo cortar el plátano».

–«¡Ah, perro! Siendo para él, yo te ayudaré».

Preparado el ataúd, cuando ambos lo claveteaban, dijo el fingido: anciano al dragón: –«Entra en la caja para que veamos si está bien porque él tenía precisamente la misma estatura que tú». Entró el dragón, cayendo de bruces, y el supuesto viejo volvió á decirle: –«Vuélvete de cara, porque no veo bien tu medida». Cuando lo tuvo vuelto, tomó la tapa para ver si ajustaba bien, y al momento la clavó y ató la caja con las cuerdas, y sacando el caballo que tenía oculto detrás de una tapia, cargóle el ataúd y marchó.

El dragón gritaba: –«Anciano, desátame porque la caja está bien». Pero él le contestó: –«Es Constante el que te ha cogido y te lleva al rey para enseñarte al público». Al llegar á palacio dice al rey: –«Aquí dentro te traigo el dragón, y guardas la caja cerrada hasta que venga á abrirla mi hermano el mayor».

Fué éste al día siguiente y preguntó al rey si Constante le había traído el dragón, y como le contestara afirmativamente, añadió: El que te ha traído el dragón que te traiga también la sortija de diamantés de la dragona». De nuevo expidió el rey un decreto diciendo: –«Al que sea capaz de traerme la sortija de diamantes de la dragona le regalaré un gran reino».

Entonces dice á Constante su amo:

–«Para descansar has de ir á buscar la sortija de la dragona».

–«Iré, porque ese es mi destino» –contesta.

Encontróse con la vieja, quien le preguntó:

–«¿Dónde vas otra vez por aquí, hijo mío?»

–«De nuevo me envían en busca de la sortija de la dragona: ¿que he de hacer para ello?»

–«Escucha lo que puedes hacer. Escribes una carta falsa en estos términos: Dragona, mata á ese que te envío, ásalo en el horno y cuélgalo en la puerta para engullírmelo cuando llegue».

Va, pues, Constante y le dice:

–«Buenos días, dragona».

–«Buenos, hijo mío, ¿qué quieres?»

–«Toma esta carta que me ha dado el dragón». Leyó la dragona la carta y le dijo: Sientate, hijo mío, que lo prepararé».

Fue la dragona á preparar el horno, y, cuando lo tuvo dispuesto, dijo á Constante:

–«Vaya, sube para hacer sombra y veremos si está bien encendido». Subió Constante, pero al momento se dejó caer, y á su vez dijo á la dragona:

–«Sube tú para enseñarme, porque yo no sé».

Sube la dragona para enseñar á Constante, y el muy taimado le da un empujón arrojándola dentro del horno, le corta los pechos y los cuelga fuera de la puerta, y tomándole la sortija se marcha al momento. Se la entrega al rey y le dice:

–«Ahora, rey mío, es preciso que mi hermano mayor abra el ataúd para que tu Señoría y todo el mundo os divirtáis con el dragón».

Llamó pues el rey al hermano mayor de Constante para que abriese el ataúd, y los balcones y terrados estaban llenos de gente ansiosa de ver el dragón. Abrió aquel el ataúd, y el dragón vió todo el pueblo en los balcones y terrados, pero no encontrando cerca de si mas que le había abierto, lo devoró á vista de todos. El rey, lleno de temor, dio libertad al dragón, que se fué á su torre. Al llegar vió en la puerta dos pechos pendientes: busca inútilmente por todas partes á la dragona, hasta que dirigiéndose al horno lo abre y ve á su mujer quemada.

El cuento del barbilampión

¡Buenas tardes, Señor mío!

Erase una vez un barbilampión casado, cuya mujer, hallándose en cinta, lo exigió que le comprase queso tierno. Salió á la calle mi buen hombre, y encontrando á un pastor, le dijo:

–«¿Tienes queso tierno?»

–«No, querido barbilampión, ¿cómo lo he de tener? Cuando ordeño mis cabras y cuezco la leche, viene un dragón y se la bebe. ¡Que me caiga la maldición de Cristo si tengo tiempo para hacer quesos!»

–«¿Es verdad lo que dices? Yo castigaré al dragón. Cuando ordeñes las cabras y vayas á hacer la cuajada llámame».

–«Si me libras de él te llevaré mucha leche y queso, y te le todo de balde».

Quando llegó la hora acostumbrada, el dragón se preparó para ir al cercado del pastor. Adelántase el barbilampión, arroja por el suelo ceniza quemada, cierra con llave y se queda dentro con la leche cuajada en la mano. Llega el dragón y mira si el pastor hacia la cuajada para entrar á comérsela, Le dice desde adentro el barbilampión:

–«¿Quién eres?»

–«¡El dragón!», contesta.

–«¿Qué es el dragón? Me pareces una mosca y dices el dragón!»

Trata éste de abrir la puerta, pero observándole por la cerradura el barbilampión, exclama:

Desde este suelo que al pisarlo brota fuego, te engulliré, como hago salir agua de esta piedra que exprimo, porque ya te he dicho que en mi presencia no eres más que una mosca».

El dragón poseído de espanto le replica:

–«Si quieres, de hoy en adelante seremos hermanos».

Desde aquel momento quedaron amigos: el dragón seguía al barbilampiño, y el pastor vendía la leche y el queso.

Un día dice el dragón á su amigo: –«Vamos en busca de caza para poder comer, tomemos distinto camino y veamos quién trae más piezas».

Marcha por su lado el barbilampiño, y luego se encuentra con un jabalí en actitud de acometerle. Se sube á la cima de un árbol y el jabalí intenta romper con sus dientes el árbol para hacer caer al joven y devorarlo, pero se le clavaron los dientes de tal modo, que quedó muerto y colgado. Entonces baja tranquilo el mozo y después de pensar un rato llama al dragón y le dice:

–«¡Mira, mira mi casa! Y tú ¿qué has hecho?

–«Yo todavía no he hallado nada».

–«Pues yo he cazado un pequeño jabalí y lo he colgado en este árbol; cógelo y guísalo, que luego voy allá».

Decía eso porque no era capaz de llevar una fiera tan pesada, pues el animal era muy corpulento. Tomó el dragón el jabalí y lo desolló, y al ver llegar al joven, después de un largo rato, le dijo: –«¿Vaya, qué haces? ¿Cómo has tardado tanto? Llévate el pellejo y tráelo lleno de agua para que podamos lavarnos las manos y guisar».

Toma el joven el pellejo vacío y lo llena de agua, pero no puede ni siquiera moverlo. Comienza entonces á golpear el pellejo y á gritar: –«¡Ay, ay, ay! ¿Quién me hiere?» Oye el dragón las voces y los lamentos y corre á ver lo que pasa. –«¡Mira!

le dice el joven. ¿No los has encontrado? Vinieron diez hombres á quitarme el agua y los he apaleado de lo lindo, y han huido heridos. Cárgate tú el pellejo, que yo voy á apalearlos de nuevo, pues me arrepiento de haberles tenido compasión y no haber acabado con ellos». El dragón le creyó y dijo:

–«Déjalos querido: ya me llevo yo si pellejo, y tú trae leña para guisar, porque tengo hambre». –«Bien, ya voy, pero dame una cuerda grande para atar los leños».

Ata con la cuerda hasta diez árboles y tirando grita: –«¡Aaah, arriba! ¡Aaah, arriba!» Viendo el dragón que no venía, va en su busca y de lejos lo ve, pero el barbilampiño le dice: –«Pist, pist», para que callase. Admirado el dragón exclamó: –«Haces una tontería. ¡No puedes con uno y quieres llevar diez!»

–«Querido dragón –replicó– te he significado que no hablaras porque quería llevarte delante de tu caverna la montaña con todos sus árboles, tal como está aquí. Ahora me has interrumpido y puedes coger la leña que quieras, pues yo me desdeño de llevar un árbol, porque creería rebajada mi dignidad».

Desde entonces el joven deseaba tener ocasión de huir del dragón, porque veía que no siempre podría engañarlo y que á su lado acabaría mal. El dragón arranco de raíz un árbol y se lo llevó, y después de guisado el jabalí, sentáronse á comer. Echa entonces á discurrir que nada valía su compañero, y le dice:

–«Oye, joven».

–«¿Qué quieres?»

–«Vamos á luchar al campo para ver quien vencerá al otro».

–«Estas bien» -contestó, lleno interiormente de miedo.

Comienzan á luchar, y al primer golpe cae el joven en tierra. –«¿Donde está la fuerza que decías?» –«Es que he resbalado, dragón».

Al segundo golpe le hinca el dragón las rodillas y vuelve á decirle: –«Eh, joven, ¿Dónde está tu fuerza? ¿Por qué tienes los ojos desencajados?

–«¿Porque los tengo desencajados? -contestó mirando hacia donde acababa de sentarse el dragón. –Porque pienso dónde te arrojaré, si al Occidente, o al Oriente, pues me pareces una mosca».

El dragón cree que es capaz de ello y le replica:

–«No hombres, no. ¡Ya sabes que somos hermanos! ¡Pero explícame como tu amo te hizo tan bravo».

–«Voy á decírtelo. Hizome cavar la tierra y cuando hube hecho un gran foso me dijo que saltase de un brinco arriba. Viendo que no podía, me advirtió que volviese la oreja para echarme unas gotas de agua, encargándome que mientras me arrojaba el agua exclamase guialóbafo, guialóbafo, guialóbafo¹⁸! De este modo comencé á adquirir la fuerza que tengo y la agilidad para brincar».

El dragón le manifestó su deseo de adquirir agilidad por ese medio, y como el barbilampiño no esperaba otra cosa, comenzó á hacer un gran foso. Cuando lo hubo acabado dijo al dragón: –«Ya puedes bajar». El dragón bajó en seguida.

–«Salta ahora afuera». Al momento saltó fuera.

–«Ahondaré más», –dice el joven.

Cuando hubo profundizado más, ya no pudo saltar el dragón, y entonces le gritó: –«Vuelve ahora tu oreja, y cuando te eche el agua exclamas tres veces guialóbafo».

¹⁸ Salpicado de agua (Nota de Trad.).

Volvió el dragón la oreja, y el imberbe, que tenía preparada agua hirviendo, se la echó al principio poco á poco, pero después en gran cantidad. El dragón exclama una vez guialóbafo, pero como se escaldaba ya no continuó diciendo guialóbafo, guialóbafo, sino gurlóbafo, gurlóbafo, gurlóbafo¹⁹, imberbe de mi alma!» Así acabó con el dragón.

Corre en busca del pastor y le dice:

–«¡Ea! Ya te he librado del dragón. ¿Qué me darás?»

–«Lo que quieras», –le responde.

–«Pues quiero una de tus mejores ovejas».

–«Escógela y llévatela».

El imberbe toma una oveja de las más grandes y se va á su casa, pero le sale en el camino un zorro y se le lleva la oveja, y aunque lo persigue, nada alcanza, porque el zorro se metió en su madriguera. Discurre un rato y exclama: –«¡Verás, Bromomaria (este era el nombre del zorro) cómo me vengaré de ti!» Toma dos calabazas vinateras y las cuelga de un palo sobre el hoyo del zorro. Sopla con fuerza en dirección del aire y zumban las calabazas, produciendo este sonido: uh, uh, uh. Pensó el zorro que era el joven quien gritaba, y así después de haber devorado la oveja, se aguantó la sed tres días; pero al fin se dice: –«Para perecer de sed más vale salir á ver que es lo sonaba». Ve las calabazas en vez del joven, é irritado las ata á la cola y se va á arrojarlas al mar; pero al volverse para echarlas al agua le vence el peso y cae al mar con las calabazas, y cuando lo sacaron, el pobre zorro estaba muerto.

Y se acabó el cuento.

¹⁹ Saturado de agua (Nota de Trad.).

Las tres nueras

Había tres viejas vecinas, con un hijo cada una, á los cuales instaban á casarse para que no quedaran solos el día que ellas muriesen. Los tres eran comerciantes, unidos en sociedad, y por esto las madres se profesaban tierna y estrecha amistad. Un día que los comerciantes paseaban por las calles, vieron en un balcón tres jóvenes y se detuvieron para contemplarlas. Resultó que se enamoraron y las pidieron, celebrándose luego el triple casamiento, y por cuestión de economía convinieron las nueras en vivir todos juntos, teniendo también en su compañía las suegras. Pasaron así bastante tiempo, pero después hubieron de marchar los mandos á Constantinopla para comprar géneros.

Durante la ausencia de los maridos, las nueras, que no simpatizaban con las suegras, querían matarlas para librarse de la carga de las viejas. Pero una de ellas dijo: –«No, no las matemos, porque es pecado, pero atormentémoslas bien». La primera nuera puso á su anciana suegra á aprender á leer, la otra á tocar el violón y la tercera la encerró en la bodega, haciéndola sentar dentro de una canasta para empollar cuarenta huevos. De este modo, mientras los hombres estuvieron fuera, ellas, descargadas de las viejas, tenían completa libertad.

Volvieron de su viaje los comerciantes, y al dirigirse á su casa oyeron voces en la calle. Volviéronse y asomándose á la reja vieron una escuela donde leían y forzaban á una vieja á

decir b, a, ba, b, de, be; pero la vieja no sabía decirlo y la apalearon. De pronto uno de los comerciantes exclama:

–«¡Pobre de mí, aquí está mi madre!»

–«¡Es verdad!», le contesta el compañero.

–«¡Madre mía! ¿Qué haces ahí?», grita el infeliz joven.

–«¡Ay, hijo mío! ¡Mira á qué me han reducido!» –«¿Y quién te ha puesto aquí?»

–«¡Mi nuera, tu mujer!»

–«Espera te, madre, que pronto volveré!»

Así que andan un poco más oyen risas y gritos en otra escuela, donde enseñaban á tocar el violón. Se asoman y ven una vieja que tenía el instrumento y no podía manejarlo, lo cual excitaba la risa y la burla. Al momento el otro joven conoce á su madre y exclama:

–«¡Madre, madre! ¿Qué haces?»

–«¿Qué he de hacer, hijo mío? ¡Tu mujer me puso á aprender el violón, y como no sé, se burlan de mí!»

–«¡Espérate, madre, que luego vengo!»

El otro dice: –«¡Ay! Vosotros habéis encontrado vuestra madre pero, infeliz de mí, ¿quién sabe dónde se encuentra la mía?»

–«Vaya, ya la hallaremos», le contestan sus compañeros.

Dieron vuelta por todas las calles, mas no la encontraron, é impacientados acordaron dirigirse á su casa para ver qué les dirían las mujeres respecto de sus suegras. –«Seguramente nos dirán que han muerto», se decían.

Suben delante los dos que habían encontrado á su madre, y detrás iba el otro, pensando qué habría sido de la suya, cuando se detiene al oír gemidos. Se inclina hacia la bodega, y mirando por una abertura ve á su madre dentro de una canasta, y exclama:

—«¡Queridos, queridos, deteneos, que he averiguado dónde está mi madre!»

Entra en la bodega y pregunta:

—«¿Qué haces aquí, madre?»

—«¡Ay! ¿Qué hago, hijo mío? ¡Tu mujer me puso á empollar huevos!»

—«¿A empollar huevos?»

—«¡Sí, hijo mío, y me alimento de salvado amasado con agua, lo mismo que las gallinas!»

Suben irritados los comerciantes y encuentran á sus mujeres vestidas de luto, las cuales les participan que durante su ausencia habían fallecido las tres suegras.

—«¿Y cómo? —exclaman— ¿Las tres han muerto?»

—«¡Si, las tres!» —contestan las mujeres.

Entonces ellos, para disimular, prorrumpieron en llanto y sollozos. Al siguiente día les dijeron:

—«Arreglaos, que daremos un paseo para distraernos y consolarnos de la muerte de nuestras madres».

Vístense las tres muy gozosas, suponiendo que habían engañado á sus maridos. Cuando estuvieron á cierta distancia del pueblo, pone cada cual á su mujer dentro de un saco y exclaman: —«¡Ahora nos vengaremos y os llevaremos á donde aprendáis, la una á leer, la otra á tocar el violón y la otra á empollar huevos!»

Dicho esto, las arrojaron al mar y se fueron en busca de sus madres, decididos á no volverse á casar jamás.

Así acabó el cuento de las tres nueras.

Cuento de las doce zorras

Volvíase cierto día á su casa un sacerdote, después de haber celebrado en un pueblo, y en el camino encontró una zorra muerta, á los dos pasos otra, á pocos pasos más otra y para no alargar la relación, encontró en el trayecto hasta doce zorras. Entonces discurrió que si volvía en busca de todas ellas, podría desollarlas y obtener alguna ganancia con la venta de las pieles. Volvió pues, á la más próxima, pero no la encontró. Dijo entonces: –«Dejaré aquí mi valija (estaba llena de pan bendito) é iré á recoger las once zorras, y cuando vuelva aquí, las meteré todas juntas».

Volvió, pues, á la más proxima, pero no la encontró. Dijo entonces: Dejaré aquí mi balija (estaba llena de pan bendito) é iré á recoger las once zorras, y cuando vuelva aqui, las meteré todas juntas». Vuelve hacia atrás y no encuentra nada, más atrás, y tampoco, en fin, que no encontró ninguna, y se pensó que otro hombre se le había anticipado, no sospechando que fuera una sola expresamente iba á cada corto trecho haciendo el muerto para burlarse del sacerdote. Mientras andaba y más andaba, aprovecha la zorra la ocasión, y después de comerse todo el pan, llena de pierdas la valija. Llega por fin el sacerdote á casa y dice á su mujer:

–«Toma la valija y guarda el pan, porque vengo agobiado del peso».

Desata la mujer la bajita y la ve llena de pierdas.

–«¿Qué son estas pierdas?», exclama.

Se tira el sacerdote las barbas y dice:

–«La Bromomaria me ha jugado esta treta!»

La taimada zorra no hacía más que devorar cuanto hallaba, valiéndose de su astucia. La encuentra un lobo y la saluda así:

–«¿Qué tal, señora Bromomaria?»

–«Bien, caballero Muzuri».

–«¿Qué comes?»

–«Querido Muzuri, iba hambierta por el camino y me froté los ojos en la tierra, diciendo á la vez, lirios, lirios: al momento llega un sacerdote y me echa panes benditos».

¡Ea, señora María, voy yo también en busca de panes benditos!»

Se va el caballero Muzuri, frota sus ojos en la tierra, pronunciado las palabras que había dicho la señora María, hasta que á fuerza de frotar y escavar la tierra encuentra una trampa y se enreda. Entonces exclama: –«¡Ah, Bromomaria, Bromomaria!» ¿Qué me has hecho?» Pasa un campesino y al ver el lobo cogido en la trampa lo desuella y se lleva la piel. Por fin, se ve libre el caballero Muzuri, y cogiendo á la zorra le dice:

–«¡Voy á devorarte, porque te has burlado de mí!»

–«¡Ven antes á mi casa, dícele ella, que veré á mis hijos, y después me devorarás!»

–«¿Y cómo he de ir contigo?»

–«Llévame en tus espaldas».

Cargó el lobo la zorra sobre sus espaldas, pero ella no cesó durante el camino de morderle y comerse su carne. –«¡Ay, querida a Bromomaria, cómo me pican las moscas!», decía en tono dolorido el lobo.

–«Fuera, fuera moscas!», gritaba la zorra.

Al fin llegaron al agujero. Metióse en él la zorra, cerró y no se dejó ver más. El infeliz caballero Muzuri hizo esfuerzos para entrar, pero no pudo, hasta que cansado de esperar se marchó, muriendo luego desollado y mordido.

Así acaba el cuento de la zorra.

Fin de los cuentos de Tino

Cuentos de Siros

El Juanito de la viuda

Comienza el cuento. ¡Buenas tardes su Señoría!

Erase cierto rey que tenía un cazador muy diestro, al cual pagaba una pensión á condición de llevarse cuantas aves cazase. Un día tuvo que pasar con la caza por delante del visir, el cual se la pidió, pero el fiel á su palabra, no quiso dársela. El visir se ofendió sobremanera, y desde entonces buscó ocasión para perderlo, más nunca pudo conseguir que el hombre faltase á su deber. Llegó el cazador á envejecer, y sintiéndose gravemente enfermo, llamó un día á su mujer y le habló en estos términos: -«¡Esposa mía, yo voy á morir! ¡Te encargo sigas llevando á la escuela á nuestro hijo, y si alguna vez te pregunta cuál era el oficio de su padre, no selo digas, porque por odio hacia mi podría el visir perderlo!» Dichas estas palabras, espiró.

Muerto el cazador, el rey retiró la pensión, y con este motivo el hijo, no solo dejó de asistir á la escuela, sino que andaba descalzo y cubierto de andrajos; así es que las vecinas murmuraban de la viuda y decían: -«¡No iría este joven tan mal vestido si viviera su padre!»

Cierto día preguntó á su madre qué oficio había tenido su padre; ella, recordando el encargo que al morir le había hecho su esposo, le contestó que había sido sastre. Comprendió el joven que no le había dicho la verdad, y no cesaba de dirigirle la misma pregunta, hasta que un día su madre le dijo: -«El oficio de tu padre era la caza y el rey le pagaba una pensión con la cual vivíamos desahogadamente».

El domingo inmediato el muchacho pidió las armas de su padre y salió de caza. Quiso su buena suerte que matara muchas aves, y las llevó á palacio, haciendo lo mismo por espacio de algunos días. Preguntó el rey quién era el que le traía las aves, y como le contestaran que era Juanito, el hijo del cazador, lo llamó y le dijo:

–«¿Tú eres el hijo del cazador que tuve?»

–«Sí, señor».

–«Pues te doy el mismo cargo que tuvo tu padre, y te señalo dobla pensión de la que él disfrutaba».

Comenzó el joven á sustituir á su padre. Un día que llevaba á caza á palacio, llamaron las aves la atención del visir y se las pidió, pero se negó á dárselas y las entregó al rey. Cobróle el visir el mismo odio que á su padre, y buscó mil medios para perderlo.

En cierta ocasión dijo el rey al joven: –«Esta semana la has de pasar en el campo y tráeme cuantas aves mates, porque quiero obsequiar el domingo con un banquete á mis ministros». Marchó el joven y anduvo todo aquel día sin encontrar caza, y, para abreviar, estuvo recorriendo los campos hasta el sábado sin poder matar un ave ni encontrar una pluma. Al mediodía, perdida toda esperanza, exclamó: –«¡Dios mío! ¿Qué desgracia me persigue? ¿Cómo he de presentarme al rey? ¡Antes prefiero que salga una fiera y me devore!»

Mientras así hablaba, aparece de improviso una fiera sin igual en el mundo; pues su piel estaba revestida completamente de piedras preciosas. Aunque con gran miedo, le disparó multitud de saetas, y al cabo de dos horas consiguió matarla. La desolló y llevó al rey la piel en cambio de las aves. La ve el visir y se la pide, ofreciéndole hasta cincuenta mil piastras, pero el joven desechó con desprecio su oferta.

Al ver el rey tal maravilla mandó al visir le diera de regalo diez mil piastras, pero el visir solamente le entregó cien. Convocó el rey toda la Corte, y cuando vieron la piel dijeron todos que no había monarca que tuviera tan gran maravilla. Sólo el visir replicó:

–«Esta piel es verdaderamente muy hermosa, pero si tuvieses huesos de elefante bastantes para construir una iglesia, todos los reyes del mundo admirarían tu magnificencia».

–«Pero, pregunta el rey, ¿cómo podemos nosotros matar los elefantes que están custodiados por cien mil soldados?»

–«El Juanito de la viuda ha sido capaz para matar tal fiera, y ¿crees que no podrá traer los huesos de los elefantes?»

Llama el rey á Juanito y le expone su deseo. El joven le contesta que luego le volverá la respuesta. Se retira á su casa triste y pensativo, y observándolo su madre le dice:

–«Vamos á comer, Juanito».

–«No tengo apetito, madre», le contesta. Pero, ¿qué tienes, hijo?» No quería el joven manifestarle la pena que sentía por no disgustarla, pero hubo de acceder á las repetidas instancias de su madre, y le contó la entrevista que había tenido con el rey y la orden éste le diera.

–«No pases pena por eso. Vamos á comer y luego te diré lo que debes hacer».

Obedeció el hijo, y después de la comida le dice su madre: –«Pide al rey que ponga á tu disposición mil hombres con hachas, otros mil con cuébanos, mil caballos cargados de vino y otros tantos cargados de arena, y que todo este gasto corra á cargo del visir».

Se lo dice al rey, y éste manda al visir que lo tenga todo dispuesto para dentro de tres días. Después pregunta á su madre qué ha de hacer para matar los elefantes.

–«En el sitio á donde has de ir, hijo mío, le contesta, hay cuarenta elefantes, y al mediodía bajan al campo donde existe un estanque, un el cual se introducen para apagar su sed. Llevarás de noche los mil hombres con las hachas, los cuales desocuparán el estanque y pondrán en lugar del agua el vino con la arena. Al mediodía, sedientos los elefantes y sofocados por el calor, se arrojarán al estanque y con el vino se embriagarán y trastornarán cayendo en profundo sueño. Entonces harás entrar los hombres con las hachas para que los descuarticen. Mandas después poner los huesos en cuébanos y los presentas al rey».

Hizo Juanito cuanto le había indicado su madre, y cuando el rey vió los huesos de los elefantes, mandó al visir le diera cincuenta mil piastras, pero solamente le entregó quinientas. Dispuso el rey la construcción de la iglesia, y así que la tuvo terminada convocó á los ministros, al visir y á todos los cortesanos para que admirasen tan portentosa obra que no tenía igual en ningún reino del mundo. El malvado visir le dijo: –«Señor, magnífica es esta iglesia y gentes vendrán de todas partes á visitarla, pero hay cosa mejor que ésta y más conveniente para ti. En país no lejano vive una hija de dragón, custodiada por cuarenta manos suyos, la cual, además de su hermosura, posee la virtud de convertir á cualquiera que la bese en un joven de veintidós años. Muchos reyes quisieran apoderarse de ella, pero no pueden, pues el de Rusia, que lo ha intentado en varias ocasiones, ha perdido quinientos mil soldados, muertos á manos de los dragones».

–«¿Y cómo es posible, contesta el rey, que nosotros nos apoderemos de ella, cuando Rusia no ha podido?»

–«Me admira, rey mío, replica el visir, que tal cosa digas, cuando Juanito el de la viuda te ha traído los huesos de elefante, con los cuales se ha construido esta iglesia».

El rey, que era de edad avanzada y recordaba su dulce juventud, llama al momento á Juanito y le manda que vaya en busca de la hija del dragón. Sale Juanito de palacio y vuelve á casa pensativo y triste. Al verle su madre le dice:

–«¿Qué es lo que tienes, hijo mío?»

–«¿Cómo te lo diré, madre mía? ¡El rey me ha dado este encargo!»

–«No te aflijas, hijo mío; todo son intrigas del visir. Vuelve á palacio y di al rey que esa joven no puede cogerse por medio de la guerra, pero que te dé un buen caballo é irás en su busca del modo que puedas».

El rey le concedió permiso para escoger el mejor de su caballeriza, y, hallándose ya dispuesto á marchar, le dice su madre:

–«Hijo mío, llévate cuantas piastras hay en casa, y vete á habitar en otro país, porque aquí acabaría el visir por perderte».

El joven obedeció el consejo de su madre, y besándole la mano partió. Anduvo cinco ó seis días por bosques y llegó á un rio tan ancho que le era imposible atravesarlo. Había allí un árabe echado en el suelo, que tenía un labio pegado á la orilla de acá del rio y el otro á la opuesta ¡diablo de boca! El joven le toca con el pié y le pregunta:

–«¿Qué haces aquí?»

–«Estoy para servir al público. Cuando llega alguien que quiere atravesar el rio, sorbo toda el agua y pasa á pié enjuto».

–«Vaya, pues sórbela ahora».

Hízolo así y al verse Juanito al otro lado del rio exclamo;

–«Bien por el bravo que sorbe tan gran rio!»

–«Yo no soy bravo, contesta el árabe, sólo lo es Juanito, el hijo de la viuda».

—«¡Pues yo soy Juanito, el hijo de la viuda!»

—«Saludo á su señoría. ¿Tienes necesidad de que te acompañe?»

—«Sí, vente conmigo».

Marchan juntos y luego encuentran un hombre que llevaba las manos dos montes, con los cuales jugaba como si fueran bolas: no eran muy grandes que digamos, el uno como el Pirgo y el otro como el Caparis²⁰.

—«¿Qué haces ahí?» —le pregunta Juanito.

—«Es que tengo los dedos muy gordos y quiero adelgazarlos».

—«Bien por el bravo que con tales montes juega!»

Le contesta lo mismo que el árabe y Juanito se lo asocia. Encuentran los tres otro hombre que llevaba sobre sus espaldas un centenar de árboles.

—«¿Qué haces ahí?» le pregunta.

—«He cortado este haz de leña para llevarlo á mi madre».

—«Bien por el bravo que lleva por carga todo un monte de leña!»

Le contesta como los otros y se unen los cuatro. Andando, andando, encuentran otro que corría por aquí y corría por allí, y tan pronto lo veían como lo perdían de vista, y de nuevo aparecía y desaparecía. Pregúntale Juanito: —«¿Qué haces?»

—«Ora estoy en Constantinopla, ora estoy en el Occidente: donde quiero, allá voy».

—«Bien por el bravo!»

—«No soy bravo; sólo lo es Juanito, el hijo de la viuda».

—«No soy Juanito, el hijo de la viuda».

—«Saludo á su señoría. ¿Tienes necesidad de que te acompañe?»

²⁰ Los montes más elevados de Sira (Nota del Trad.).

–«Si vente conmigo».

Siguen los cinco y encuentran un hombre echado con el oído pegado á la tierra.

¡Eh! ¿Qué haces ahí?», le pregunta.

Escucho lo que pasa en todo el mundo».

–«Bien por el bravo que oye lo que pasa en el mundo».

–«No soy bravo», y et cetera.

Andan juntos un mes, dos meses, tres meses, sin ver más que el cielo y la tierra. Por fin un día divisan á lo lejos un objeto que blanqueaba con una paloma, y dirigiéndose hacia allí llegan á una torre en cuya entrada había una fuente. Al poco rato sienten temblar la tierra y abrirse los montes, y aparecen cuarenta dragones diciendo entre sí: –«Buen apetitillo nos ha caído en suerte». Luego preguntan en voz alta:

–«Qué queréis aquí?»

–«Venimos á apoderarnos de la hija del dragón», contesta Juanito.

–«Si sois capaces de ganar tres apuestas que os propondremos, os llevareis la hija del dragón, y en caso contrario nos comeremos á uno de vosotros».

–«¿Y cuál es la primera?» preguntó resueltamente Juanito.

(Tenían los dragones una caldera como media plaza de grande, dentro de la cual habían puesto cuarenta bueyes.)

Dicen, pues, los dragones:

–«Si sois buenos para bajar la caldera y comeros el alimento que contiene, ganáis la primera apuesta».

Entonces Juanito pregunta al primer compañero:

–«Tú que sorbías el río, ¿eres capaz de comerte todo este alimento?»

–«Perfectamente», contesta el árabe, y tomando la caldera por sus dos asas la levanta y dice:

–«¿He de comer también la caldera, ó sólo el alimento?»

–«Sólo el alimento», le contesta Juanito.

Abre el árabe sus descomunales labios, encaja la caldera dentro de su boca y en un instante la deja vacía. –«Habéis ganado una apuesta», dice el dragón mayor.

–«¿Cuál es la segunda?» pregunta de nuevo Juanito.

(Tenía la torre una puerta de bronce, tan grande y pesada, que no podían abrirla los cuarenta dragones juntos.)

–«Que abráis esta puerta es la segunda apuesta».

Dirígese Juanito al segundo compañero y le dice:

–«Tú que llevabas los montes en las manos para adelgazarte los dedos, ¿eres capaz de abrir la puerta?»

–«Sí, señor».

Toma carrera y de un golpe pasa adelante junto con los goznes. –«¿Cuál es la tercera apuesta?» vuelve á preguntar Juanito.

(La hija del dragón poseía dos virtudes: por una de ellas se convertía en paloma y volaba por los aires; por la otra se trasformaba en jardín lleno de lirios y limoneros y toda clase de flores que esparcían exquisito aroma.)

–«Hacia aquel punto, contestan los dragones, hay una fuente· el que antes llegue y traiga una escudilla llena de aquella agua, ganará la apuesta».

–«Pero, ¿quién estará allí para verlo? replica Juanito.

–«No hay necesidad de ello, contestan porque la fuente tiene la propiedad de brotar el agua pura y limpia para el primero que llega, pero si va otro después la encuentra agitada y turbia».

Entonces pregunta Juanito á aquel compañero que recorría en un instante inmensas distancias:

–«¿Te sientes capaz?»

–«Tengo seguridad de llegar antes que otro, y vencer á cualquier ave por ligera que sea», contestó.

Este y la hija del dragón, convertida en paloma, emprenden la carrera y al instante desaparecen de la vista de todos. Juanito, imaginando lo que podría ocurrir, mandó al compañero que aplicando el oído en tierra sabia cuanto sucedía en el mundo, que observase quien llevaba ventaja. Aplica éste el oído y dice:

–«La hija del dragón se ha trasformado en jardín, con lo cual ha adormecido al hombre, y se aprovecha avanzando».

Entonces grita Juanito á otro compañero:

–«Eh, tú que arrancabas de raíz los cipreses, haz agitar alguno á ver si despierta nuestro amigo.

Pone en obra la orden y desportando de su letargo el compañero, emprende de nuevo la carrera, y llega á la fuente antes que la hija del dragón. Llena de agua la escudilla, y volviendo al punto de partida, la presenta á los dragones, y quedan así ganadas las tres apuestas.

Toman en su consecuencia la hija del dragón y se marchan. No bien habían andado una hora, cuando vueltos de su sorpresa los dragones exclaman:

–«¿No es vergonzoso para nosotros que siendo cuarenta hermanos nos dejemos arrebatrar nuestra hermana por siete hombres? ¡Vamos á recatarla!» Y dicho esto, se ponen en marcha decididos á devorar los siete amigos y rescatar la hija del dragón.

Juanito oye ruido, y mirando atrás ve los dragones corriendo en persecución suya; pero no pudieron darle alcance.

Libres por fin de cuidados, cada uno de los compañeros fue quedándose en el respectivo punto que antes ocupaba, y Juanito se dirigió á su país en compañía de la hermosa hija

del dragón. Sentáronse á descansar un rato, y aprovechando Juanito la ocasión, refirió á la joven su desgracia vida y el temor que le inspiraba el Visir. Escuchóle ella atentamente, y poseída de simpatía y cariño hacia Juanito, le dijo cuando éste hubo acabado la narración: –«Deja á un lado los cuidados, que yo sabré vengarte del buen Visir».

Llegaron por fin á la capital, y noticioso el rey, envió doncellas para que diesen la bienvenida á la hija del dragón y la llevasen á su presencia. Así que la joven entró en palacio, habló al rey en estos términos: –«Tuya soy, Señor; pero te pido una gracia: que dispongas un baquete é invites al Visir, á los ministros y á los cortesanos, porque deseo pronunciar un discurso».

Accede el rey á esta súplica y, terminado que fué el baquete, dijo la hija del dragón: Un hombre poderoso tenía un criado fiel, y queriendo premiar sus buenos servicios, mandaba algunas veces á su tesorero que le diese cien piastras, pero nunca le daba más que diez. Ahora os pregunto, señores: ¿Qué castigo merecía el tesorero?»

Todos contestaron á una que lo que procedía, era atarlo sobre cuatro caballos briosos y hacerlos correr para descuartizarlo. Entonces prosigue la hija del dragón y dice:

–«El hombre poderoso de que os he hablado es el rey, el siervo fiel, Juanito, el hijo de la Viuda, y el mal tesorero el Visir: de consiguiente debe aplicarse á éste el castigo que unánimemente le habéis impuesto».

Así sucedió, en efecto. Mandó el rey poner al Visir sobre cuatro caballos y luego quedó su cuerpo descuartizado. Dio el nombramiento de Visir á Juanito y lo casó con la hija del dragón, quienes se amaron entrañablemente y fueron felices durante toda su vida.

Los amigos

Vivían en cierta ocasión dos jóvenes que se querían tan entrañablemente, que no se separaban sino el tiempo preciso para retirarse á descansar. Sucedió que uno de ellos se casó, y desde aquel momento se volvió celoso, y se separó del amigo, á quien, cuando por casualidad veía, decía al pasar por su lado tan solamente buenos días, pues temía que si entablaban conversación tendría que llevarlo á su casa y allí vería á su mujer. Y no paró en esto, sino que construyó una casa de tres pisos: colocó en el piso bajo á madre, en el segundo á su suegra y á su mujer en el alto, encargando á la madre muy especialmente que no abriese la puerta á algun imprudente que pudiera presentarse.

¿Qué hace entonces su amigo? Disfrázase de rico extranjero y, aprovechando la ocasión en que el marido había salido á su trabajo, se presenta y llama en la casa. Abre la madre, y después de saludarse mutuamente, le pregunta:

–«¿Qué te ocurre, joven?»

–«Yo, responde, soy un extranjero acaudalado: he visto esta casa y como me ha gustado mucho, me atrevo á pedirte me hagas el obsequio de permitir que la examine por dentro».

–«Dios me libre, joven! Me ha prohibido mi hijo que deje entrar á ningún hombre».

Te doy cien piastras, buena mujer, si me consientes la entrada». Cuando oyó la infeliz cien piastras las tomó al momento y le dijo:

–«Entra, pero procura salir luego, no sea que venga mi hijo».

Entró el joven, y después de ver el piso bajo, subió al segundo, donde le detuvo la suegra preguntándole:

–«¿A qué vienes aquí?»

Contestóle en iguales términos que á la madre, pero como se resistiera á franquearle la entrada, le alargó otras cien piastras, que la suegra aceptó. Así pudo subir hasta el piso alto.

Al verlo la joven esposa tuvo miedo, pero luego la tranquilizó el fingido extranjero diciéndole que no llevaba otro objeto que tomar el diseño de la casa. Satisfecha su curiosidad, se despidió y bajó al segundo piso, donde se sentó muy tranquilamente.

Vete en seguida, -le dijo la suegra, -no sea que llegue mi yerno».

No me voy -respondió- si no me devuelves las cien piastras».

Temerosa la suegra de que llegara su yerno, se las devolvió sucediendo lo propio con la madre, que estaba en el piso bajo, y entonces se dirigió á un punto por donde había de regresar su amigo.

Al poco rato pasó éste por delante de él diciéndole simplemente: buenos días. Entonces le apostrofó en estos términos: –«¿Porque dices solamente buenos días? ¿Ignoras acaso que el rey ha mandado que para saludar se diga: buenos días, ya lo he sabido?» Al momento corrigió el amigo su primer saludo diciéndole: –«Buenos días, ya lo he sabido».

Llega á casa y, consiguiente con la orden que él creía emanada del rey, saluda á su madre diciéndole: –«Buenos días, ya lo he sabido». La madre, aturdida, no pudo articular

una palabra. Sube el hombre al segundo piso, y al encontrar la suegra le dice: –«Buenos días, ya lo he sabido». –«Puesto que lo sabes, le contesta la suegra, tu madre tiene la culpa, porque si no le hubiese abierto la puerta, no hubiera entrado en la casa».

Baja colérico hacia su madre y le pregunta:

–«¿A quién has permitido entrar en casa?»

–«Hijo mío, le contesta, era un extranjero que quería tomar el diseño de tu casa».

Corre el piso alto y pregunta á su mujer quién era el joven que había entrado durante su ausencia.

–«Voy á decírtelo -le contesta la esposa. A pesar del disfraz he conocido que era tu amigo, el cual, enojado sin duda porque ni siquiera le hablas, ha querido ponerte en ridículo».

La contestación produjo en él un cambio completo, porque comprendió que es en vano encerrar á la mujer si no se fía en su virtud. Concedióle libertad para salir de casa, y siempre que encontraba al amigo se mostraba amable y afectuoso con él.

Los tres consejos

Había en cierta ocasión un matrimonio tan sumamente pobre, que ni comer podía. Un día dijo el marido á la mujer: —«Esposa mía, tengo absoluta necesidad de ir á Constantinopla á buscar trabajo para ganar mi sustento y enviarte algo de tanto en tanto, á fin de que puedas vivir». Aunque á disgusto, dióle su consentimiento la infeliz mujer, y el marido marchó á la Capital.

Como no sabía ningún oficio, entró de simple criado en casa de un noble, extraordinariamente avaro, y así nunca podía enviar á su pobre mujer ningún recurso, porque el amo no le pagaba. Esperó un año, dos años, tres años, cuatro años, diez años, veinte años, pero en balde, hasta que, apurada su paciencia, le dijo un día:

—«Señor, dame la cuenta, que quiero volverme á casa á ver á mi mujer».

El amo le arregló la cuenta como le pareció, y por los veinte años de servicio le dio trescientas piastras. Al ver Frintirico — tal era su nombre— que tan malamente pagaba sus servicios, se echó á llorar, pero sin quejarse lo más mínimo. Cuando se disponía á marcharse le llama el amo: —«Frintirico, Frintirico, ven acá».

—«¿Qué mandas, Señor?»

—«Dame cien piastras y te daré un consejo».

—«Pero, Señor, no»

—«Vaya, calla y dámelas».

¿Qué había de hacer? Las entrega al amo, quien le da este consejo: –«No preguntes lo que no te importa».

Se dispone otra vez á marchar, y de nuevo grita su amo: ven acá, ven acá: dame otras cien piastras y te daré otro consejo».

Se las entrega también y el amo le da este segundo consejo: –«No cambies nunca el camino que lleves».

Por tercera vez se marcha enojado y de nuevo le dice: –«Dame las otras cien piastras y te daré otro consejo».

Desesperado se las entrega y el amo le da este tercer consejo: La cólera de la tarde guárdala para la mañana».

Marchóse por fin el hombre lloroso y afligido, porque al cabo de tantos años de ausencia nada podía llevar á su infeliz mujer. Después de andar bastante divisó un árabe encaramado sobre un árbol seco, al cual iba adornando de florines en sustitución de las hojas. Llamóle el hecho la atención, pero recordando el primer consejo de su amo siguió su camino sin decir una palabra. Pocos pasos había andado cuanto le gritó el árabe: –«Ven acá, ven acá».

Se aproximó y le dijo: –«¿Qué quieres?»

–«Hace doscientos años, contestó el árabe, que estoy aquí con el propósito de dar todos estos florines al primero que pasara sin preguntarme que hago, y de cortar la cabeza á cuantos me hicieran esa pregunta. He construido una torre con las cabezas que llevo cortadas y deseaba la tuya para terminarla, pues solo una me falta; por sin duda estaba escrito que la torre no se acabaría, y así toma estos florines, que tu prudencia has ganado, y vete».

Recoge el hombre los florines, los carga sobre cuarenta camellos que le regaló el árabe y se marcha.

Encuentra más adelante diez hombres que conducían, como él, otros cuarenta camellos cargados de florines.

–«Buenos días, muchachos», les dice.

–«Buenos los tenga el bravo», le contestan.

–«¿Dónde vais?»

–«Los diez vamos al rey».

–«Pues entonces iremos juntos».

Andando, andando, se encuentran en una encrucijada, y divisan una taberna que distaba poco del camino que llevaban.

–«Vamos á echar un trago», exclaman los diez. Pero el hombre viendo que el primer consejo de su amo le había dado, y recordando el segundo: –«No cambies el camino que lleves», se excusó de ir con ellos. –«Guárdanos, pues, nuestros camellos, que vamos nosotros», le dijeron. Al poco rato sabe que han muerto á manos de ladrones, que ocultos los aguardaban. Toma entonces todos los camellos y sigue su camino.

Llegado que fue al pueblo se dirige á su casa, le abre su mujer, sin conocerlo, y él le dice:

–«Buena mujer, soy extranjero y te pido por favor me concedas albergue por esta noche».

–«Mi marido está ausente, le contesta, y no puedo admitirte en casa; pero si quieres, vete afuera y recógete en la cuadra».

Aceptó, y mientras cenaba la provisión que había traído, ve un joven que entra en la casa y después de un rato baja á la cuadra, deja las alforjas y vuelve á subir. Lleno de celos nuestro hombre exclama: –«Mi mujer es una infame. A mí no me permite entrar en la casa y á este otro le deja pasar toda la noche».

Toma furioso la escopeta decidido á matar á los dos, pero en aquel momento recuerda el tercer consejo de su amo: –«La cólera de la tarde déjala para la mañana». Aplaza su venganza y procura conciliar el sueño.

Levántase al día siguiente de madrugada, y al salir de la cuadra ve bajar al joven, el cual tendría unos veinte años de edad, y oye que dice: –«Madre, luego te enviaré habichuelas para que las guises y las comeremos al mediodía».

Comprendió entonces que al separarse veinte años antes de su mujer la había dejado en cinta y que aquel joven era hijo suyo. Arrepentido en su interior del crimen que pensaba cometer por falta de prudencia, se dio á conocer á su mujer y á su hijo, y los tres vivieron felices y opulentos merced á los consejos de su amo.

El barbilampiño y los dragones

Había en cierto tiempo un barbilampiño casado, el cual tenía el capricho de salir cada noche de casa para hacer sus necesidades -con perdón sea dicho— y de exigir que su mujer se levantase también para aguardarlo. Una noche se levantó ella de mal humor y lo acompañó como de costumbre hasta la puerta, pero así que vió que había salido, cerró y se metió en la cama decidida á no abrirle. El barbilampiño, que creía que su mujer lo esperaba sentada, se acerca á la puerta y llama, y viendo que no le abría exclama: -«Mujer, mujer, ábreme, que ya no te haré levantar más». Pero ella, ni le contestó, ni se movió de la cama.

El infeliz barbilampiño se sentó lloroso y al último se dijo: -«Mi destino quiere que busque otro país donde habitar». Emprendes, pues, el camino, y andando, andando, encuentra dos huevos y un saquito de ceniza y los recoge. Poco después divisa una luz á larga distancia: sube en dirección de la misma, y al llegar observa una torre cuya puerta estaba abierta. Penetra en ella y se encuentra en presencia de cuarenta dragones que estaban comiendo.

-«Buenas tardes, hermanos», les dice saludándoles.

-«Buenas las tengas, le contestan, llegas perfectamente para me te devoremos, porque hoy no hemos cogido nada».

-«¿Vosotros comerme? Yo os comeré á vosotros», les replica, y al decir esto, comprimo con sus manos los dos huevos que llevaba y arroja al mismo tiempo la ceniza. Saltan

las yemas de los huevos, y chocando en el aire con la ceniza, producen un vistoso fuego artificial.

Al ver esto los dragones se dijeron entre sí: –«Este es más bravo que nosotros, porque hace fuego y humo; asociémoslo, pues, como hermanos, porque puede devorarnos».

A seguida le dicen en voz alta:

–«¿Quieres ser hermano nuestro?»

–«Bien, lo seré», respondo.

Tenían los dragones para su servicio una caldera con cuarenta asas, en la cual ponían su comida, que era ordinariamente de cuarenta bueyes, y cuando adoptaron por hermano al joven hicieron poner otra asa más. Un día dijeron: –«Veamos quién puede levantar esta caldera». Lo intentó uno y no pudo; se probó otro y tampoco. El barbilampiño se hacía el distraído, pero llegó su turno y le dijeron:

–«Veamos si tú puedes, barbilampiño».

–«¿Qué he de hacer?»

–«¡La caldera, hombre!»

–«¿Qué me engulla la caldera?»

–«Solo eso no faltaba. Vete á su trabajo, no sea que por probar tu fuerza nos dejes sin comida».

Otro día que hacía un tiempo sereno, dijeron:

–«Vamos á cortar leña para el invierno». Tomaron las herramientas y se fueron todos al bosque. Mientras ellos cortaban leña, el barbilampiño se entretenía en tender las cuerdas por el suelo.

–«¿Qué haces con las cuerdas?» le dijeron.

–«Las preparo para atar los leños».

–«¿Pues, cuántas cuerdas necesitas?»

–«¿Acaso pensáis que he de llevar carga tan ligera como vosotros? ¿Veis estos plátanos? Pues quiero atarlos todos

juntos y llevármelos a vez. O todo ó nada. No quiero yo avergonzarme, haciendo como vosotros cinco viajes á cusa, cuando con uno me basta».

–«Pues preferimos que no lleves nada; nosotros los llevaremos».

Cargaron los dragones los leños y los llevaron á la torre. ¡De buena se escapó el barbilampiño con sus picardías!

Otro día se entretenían en arrojar una bala que pesaba cuarenta quintales. La coge uno y la tira á mil pasos, la coge otro y la tira á dos mil; quien la arrojaba á más, quien á menos distancia. Cuando llegó el turno á nuestro hombre, le dicen: –«¡Tú, ahora, barbilampiño!» Este, que ni moverla podía, pone las manos en la bala y exclama con gran voz: –«¡Anatolia y Constantinopla, recibid la pelota del barbilampiño!» Cuando los dragones oyeron Constantinopla: –«Déjala, le dijeron, no la tires, que tenemos en Constantinopla nuestra hermana y nos la puedes matar».

Por fin le cobraron miedo y se dijeron: –«Démosle un saco de talers y que se marche, porque es capaz de causarnos alguna desgracia». Le hacen la proposición y él contesta: –«Conforme; pero me habéis de dar un dragón para que me lo traiga, porque yo me avergonzaría de llevar tan poco peso».

Conviene gustosos, y el barbilampiño, temiendo se le escapara el dragón que llevaba los talers, lo ató con la punta de una cuerda por la cintura y puso el otro extremo en uno de sus pies para llevar las manos libres. Llegados al pueblo llama el joven en su casa, y comienza á ladrar un perro que su mujer tenía. Espantóse el dragón y arrojando en tierra los talers echa á correr: el barbilampiño, como que estaba unido á él por la cuerda, fué arrastrado largo trecho y por fin murió.

Abrió la puerta la mujer y se encontró los talers, que al punto metió en casa. Sabedora después de la muerte de su marido el barbilampiño, se casó en segundas nupcias con otro hombre que la dejaba dormir tranquila, y llegó á hacerse tan vieja ó más que yo. Es verdad que ni yo estaba allí para verlo, ni vosotros lo creereis aunque os lo asegure.

Los dos pantufleros

¡Buenas noches, y principia el cuento!

Vivían una vez dos hermanos pantufleros, tan pobres, que pensaron y convinieron en ir al extranjero y ponerse á servir, porque no podían vivir con su industria. La mujer del uno era prudente y sentata, y aconsejó al marido se dedicara á lo que encontrase, y antes que estar ocioso se contentara con ganar diez paras y aún cinco, si era preciso. Por el contrario, la del otro era una mujer sin fundamento ni criterio, y así, le dijo: –«Mira; allí donde vayas, acuérdate que no vas á perder el tiempo por una ó dos piastras; si no has de ganar cinco ó seis por día, no trabajes».

Dejaron los hermanos sus mujeres y se fueron al extranjero. El uno buscaba un jornal de cinco piastras, y como no se las daban, no quería trabajar, con lo cual no ganaba nada. El otro buscaba lo mismo, pero no econtrándolo, sirvió por el corto jornal que pudo lograr, y con la ayuda de Dios, se hizo un traje bueno y llegó á reunir trescientas piastras. En aquel tiempo trescientas piastras eran gran cosa. Encontráronse un día los dos hermanos, y al ver el que no trabajaba que el otro iba bien vestido, le preguntó:

–«¿Cómo lo haces, hermano? ¿Cuánto ganas?»

–«Poquito á poco he reunido trescientas piastras», le contestó.

–«Pues yo, repuso el primero, no puedo encontrar trabajo».

Compadecido el hermano le dio algún dinero y decidieron volver á Sira en busca de sus mujeres. Al pasar por cierto sitio dice el holgazán:

–«¡Hagamos una apuesta!»

–«Venga», contesta su hermano.

–«¿Quién puede más, la verdad ó la mentira?»

–«Seguramente la verdad».

–«Pues yo apuesto que puede más la mentira. Si vence la verdad, te doy cien piastras, y si vence la mentira, me las das tú».

El buen hermano no hubiera aceptado la apuesta, pero accedió por no disgustarle. Sabedor el diablo de esta apuesta, se les presenta en forma humana, y le preguntan:

–«¿Quién vence, la verdad ó la mentira?»

–«La mentira», contesta el diablo.

–«Dame las cien piastras», dice el holgazán á su hermano.

De este modo con sus astucias le fue robando cuando dinero llevaba, y no contento con esto le sacó los ojos y lo dejó abandonado en una cueva, marchárondose solo al país. Cuando llegó, le preguntó se cuñada:

–«¿Como no ha venido mi marido?»

Se ha quedado, contestó, porque está pobre. Es un borracho y un holgazán, pues no quería trabajar si no le daban cinco piastras».

Pero dejemos á este en Sira y volvamos á su hermano. Ciego y metido en la cueva no hacía más que llorar y afligirse por su triste estado. A media noche oyó ruido, y luego penetró un gran número de nereidas (pues aquélla era su morada). Se sientan y comienzas á referir sus hazañas.

–«¿Sabéis qué he hecho hoy? decía una, he ido á Constantinopla y he vuelto leproso al rey».

–«Yo, continuó otra, he inspirado á una madre que arrojara su hijo en una caldera hirviendo».

–«Pues yo, prosiguió una tercera, he hecho que un joven sacara los ojos á su hermano».

Y así fueron todas contando sus maldades. La que había vuelto leproso al rey y la que había ocasionado la ceguera del hermano dijeron á la otra:

–«¡Vaya un servicio que has prestado, hermana! Con inspira á la madre que arrojara el hijo en la caldera no has hecho otra cosa que enviar un hombre al Cielo. ¡Nosotras al menos conseguimos que el rey y el hermano padezcan!»

La otra ofendida replicó:

–«Nada habrías hecho si supieran irse á la fuente á lavarse, porque el ciego vería y el leproso sanaría».

Siguieron hablando las nereidas toda la noche, y de madrugada se marcharon á continuar sus maldades. El infeliz ciego, que por gracia de Dios no fué visto por las nereidas, se salió de la cueva andando á tientas encontró una fuente y lavándose los ojos recobró la vista. Entonces se acordó del desgraciado rey, y cogiendo agua la puso en una vasija y marchó á Constantinopla. Llegó á palacio y dijo que prometía curar al rey. Las doncellas pasaron aviso, y al momento fué conducido á la real cámara. Dispuso que el rey se acostara desnudo, lavóle todo el cuerpo con el agua que lleve llevaba y al momento cayó la lepra y quedó sano el enfermo. Agradecido el rey lo abrazó, le nombró Visir y le prometió la mitad del reino.

–«No, rey mío, contestó, te doy las gracias, pero tengo hijos y mujer y quiero ir á verlos y vivir en su compañía».

No insistió el rey, y cargándole de florines doce camellos, le dio permiso para ir á Sira.

Al verlo llegar tan rico, su mujer estuvo á punto de volverse loca de alegría y exclamó:

–«¡Si me habían dicho que eras pobre y holgazán!»

–«No hagas caso; es que mi hermano se ha chanceado contigo», contestó sin dar á comprender el menor resentimiento.

Su hermano seguía las costumbres de siempre, no trabajando y gastando en las tabernas y en los cafés cuanto le había robado, viniendo á quedar tan pobre como antes. Por dos ó tres veces el otro le socorrió, y entonces el malvado pensó cómo habría hecho de nuevo fortuna. Un día encontró á su buen hermano y le preguntó:

–«Aún no me has dicho cómo recobraste la vista y encontraste dinero, pues yo te dejé ciego y sin un cuarto».

Este le refirió cuanto le había sucedido y entonces él le suplicó que le acompañara á la cueva y le sacara los ojos para ver si también enriquecería. Fueron allá, le sacó los ojos y lo dejó en la cueva. Por la noche entran las nereidas y empiezan á contar los males que aquel día habían causado, cuando de pronto se golpea la frente una de ellas y exclama:

–«¿Sabéis que aquel ciego recobró la vista y además curó al rey de Constantinopla? Conviene que inspeccionemos si hay alguien que nos escuche, y en tal caso que pague cara su curiosidad é imprudencia».

Registran á tientas las nereidas la cueva, y apenas dan con él lo hacen pedazos. Su buen hermano en cambio vivió feliz y rico con su mujer en premio de su laboriosidad y de sus virtudes.

La varita

En tiempos antiguos todas las islas eran gobernadas por reyes. Tenía el de Naxos una hija, cuya hermosura era incomparable, por todos los príncipes la deseaban por esposa. Pero su padre decía: –«Si la doy, por ejemplo, al de Páros, me declararán la guerra el rey de Tinos, el de los, el de Micón y los reyes de todas las islas». No sabiendo pues qué partido tomar, convocó á sus ministros para consultarles, y éstos le aconsejaron que la princesa se hiciera la muda, y que los jóvenes que la solicitasen se comprometieran á hacerla hablar, para lo cual se les concedería tres días de tiempo, al cabo de los cuales, si no conseguían su intento, se les cortarían la cabeza. Adoptó el consejo el rey, y hecho público el propósito del monarca, se presentaron muchos príncipes, pero ninguno salió victorioso, de modo que con las cabezas de estos ilustres jóvenes se construyeron tres elevadas torres.

Había en Sira una pobre vieja que vivía con un nieto huérfano, el cual tenía pensado hacia algún tiempo irse al Extranjero, porque en Sira ganaba poca cosa con su trabajo. Llegó este joven á saber la decisión del rey de Naxos y se presentó al momento á su abuela diciéndole:

–«Abuela, quiero ir á Naxos para hacer hablar á la princesa».

–«Mira, hijo mío, le contestó la pobre anciana, allí han ido muchos príncipes sin conseguir su intento. ¿Quieres tú perder la vida cuando eres mi único consuelo y amparo?»

Pero como el nieto insistiera, le dijo:

–«Puesto que te empeñas, vete, pero antes pide consejo á tu tía, mi hermana, que es muy experta, y te instruirá sobre lo que debes hacer».

Se dirigió á casa de su tía y le dijo:

–«Tía, dame á besar tu mano, porque quiero ir á hacer hablar á la princesa, aunque me cueste la vida».

–«Hijo, le contesta, ¿qué hará mi pobre hermana sin el apoyo que tiene, que eres tú? Pero si tan decidido estás, toma esta varita, y cuando te veas apurado, habla á la princesa por medio de ella, que al fin te contestará».

Dio las gracias á su tía, y tomando la varita se dirigió á la isla de Naxos. Llegado que fué, pidió permiso para hacer hablar á la princesa, y el jefe encargado le dijo:

–«¿Ves estas torres? Están construidas con cabezas de príncipes que intentaron lo que tú pretendes. ¡Una sola falta para remate!»

–«¡Pues que sea la mía!» contestó con decisión.

Luego de puesto el sol entró por primera vez en el palacio, que estaba custodiado por agentes de policía. Lo introdujeron en el cuarto de la princesa, á quien saludó diciendo:

–«¡Buenas noches, princesa mía!»

(La joven, que estaba sentada en un sofá, ni siquiera se volvió á mirarlo).

–«¡Ay, princesa mía! ¿No te compadeces de este joven que por ti ha abandonado á su madre viuda, y ni aún te dignas volver tu vista hacia él?»

Con estas y otras semejantes palabras trascurrió la noche sin conseguir que la princesa hablase; y así que amaneció abrieron las puertas y salió el joven.

Llega la segunda noche, y vuelto á presencia de la princesa exclama:

–«¡Buenas noches, princesa mía! (A la puerta del sordo cuantos truenos quieras). Princesa mía, ¿no te compadeces de mi juventud? ¿No te mueve á lástima mi triste situación?»

Amaneció, sin conseguir nada en toda la segunda noche, y salió del palacio.

Volvió la tercera y última noche con suma desconfianza y gritó nulo: –«Ay de mí, princesa mía, no pretendo que me hables, sino que te vuelvas y me mires. ¡Yo he abandonado por ti á mis padres y voy á perder la vida!» Acordóse entonces del consejo de su tía, sacando la varita la apoyó en la puerta de la sala y dijo:

–«¿Me hablarás, tú, puerta, ya que la princesa no se digna hablarme?»

¿Qué quieres que diga? contesta la puerta á impulsos de la varita. Yo era árbol en el monte y me cortaron, me hicieron madera, me llevaron al carpintero, me cepillaron y me convirtieron en puerta ¡abre! ¡Cierra! y aquí me tienes consumiendo mi vida mirando siempre á la princesa».

–«Princesa, exclama el joven, tu puerta me habla, y tú ni mirarme quieres».

Adelanta unos pasos, y aplicando la varita al candelabro, dice:

–«¿Me hablarás tú, candelabro, ya que la princesa no se digna hablarme?»

–«Te diré, contesta el candelabro, que yo era tierra en el monte, me hicieron plata, me llevaron al platero, y ahora frota que frota para estar brillante, consumo toda mi vida».

En esto venía la aurora y el joven empezó á temblar. Quiso hacer el último esfuerzo, y con suma habilidad se aproximó á la princesa y aplicó la varita á su cabeza sin que ella lo notase. Al mismo tiempo dijo:

–«¡Ah, princesa mía! ¿Tu puerta y tu candelabro me han hablado y tu no me hablarás?»

Vuélvese instintivamente la princesa, y sin darse cuenta de lo que hacía, exclama:

–«Estate quieto y no me fastidies con tu palabrería!»

–«¡Gracias á Dios, contestó lleno de júbilo el joven, por fin hablaste! ¡Muchos príncipes han perdido la vida por tu causa, pero ahora serás mi esposa, porque he vencido y he ganado la apuesta!»

Salió del palacio, y como él no decía que había hecho hablar á la princesa, lo prendieron y lo llevaron á presencia del rey, á quien pidió por gracia que antes de mandar cortarle la cabeza se dignase convocar á los ministros, porque deseaba pronunciar un discurso antes de morir. Accedió el rey á su petición, y reunidos los ministros con el monarca, habló el joven en estos términos:

–«Señores: en Sira, donde yo vivía, ocurrió un suceso singular. Salieron cierto día de caza tres amigos, que eran, el uno sacerdote, el otro sastre y el tercero carpintero. Como se les hiciera de noche, se entraron á descansar en una casa que había en el bosque y convinieron para su seguridad que cada uno de ellos velase por turno. Tocó la primera velada al carpintero, y con intención de asustar al sastre, hizo un hombre de madera y lo colocó frente á la casa. Retiróse á descansar, y se levantó el sastre. Vió al hombre parado, y aproximándose sin miedo, comprendió que era obra del carpintero. El entonces le pone un casquete y una camisa, y

se fué á despertar al sacerdote. Este encendió la vela, tomó el libro y se puso á recitar sus oraciones. Llegóse después hasta la puerta, y al observar al hombre se asustó en gran manera. Recobrado del susto al ver que no se movía, se acercó, y viendo que era de madera, rogó á Dios le concediese el habla; y accediendo el Cielo á su súplica quedó el leño convertido en un hombre como nosotros. Lo llevaron á la ciudad y puestos ante el tribunal, pidieron los tres amigos la propiedad del hombre. El carpintero alegó que le había dado la forma, el sastre que lo había vestido y el sacerdote que le había hecho hablar. Yo salí de Sira sin saber la sentencia, y por eso deseo me digáis á quién correspondía, al carpintero, que le dio la forma, al sastre, que lo vistió, ó al sacerdote, que lo completó con el lenguaje».

El rey y los ministros opinaron que el carpintero debía cobrar su trabajo y el sastre su vestido, y que el sacerdote era el verdadero dueño del hombre. Entonces exclamó el joven:

–«¡Pues en ese caso á mí me corresponde la mano de la princesa, porque la he hecho hablar!»

Enterado el rey de la verdad del hecho, concedió al joven la mano de la princesa, su hija, é hizo celebrar las bodas con grandes fiestas. El joven llamó á su lado á la abuela, para que viviera en palacio, y los que antes comían habichuelas, comieron después perdices, y el pobre huérfano llegó á ser él rey de Naxos.

Fin de todos los cuentos



Biblioteca de Autores Clásicos Neogriegos